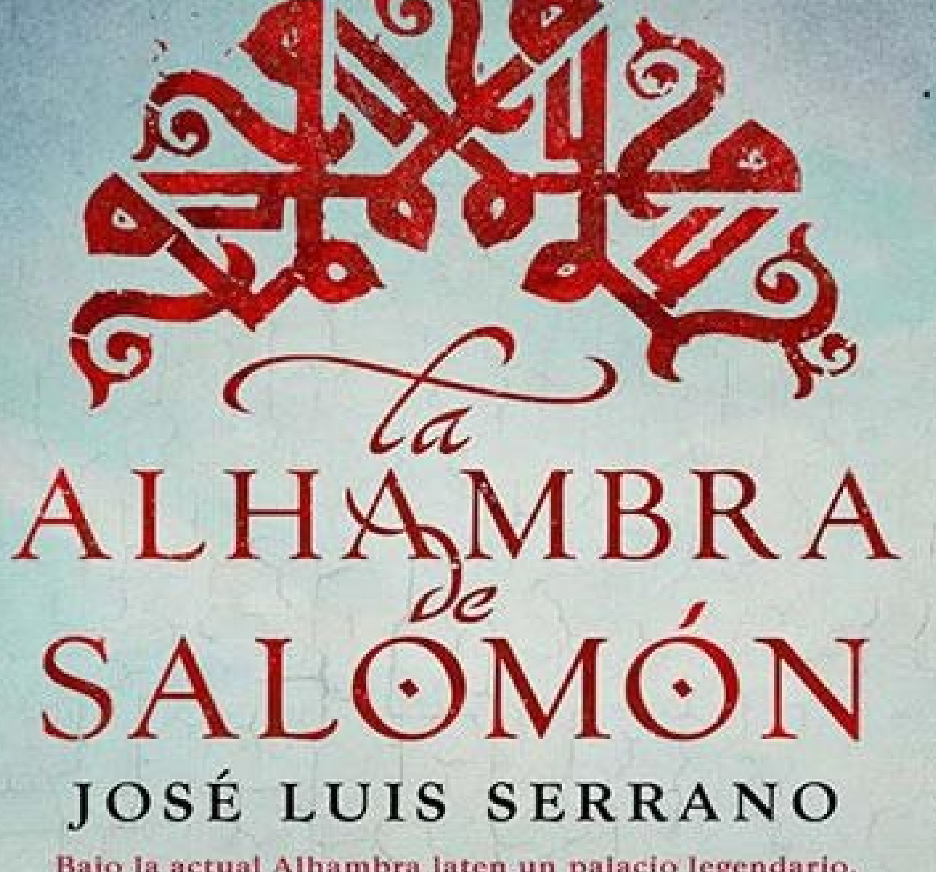


Bajo la actual Alhambra laten un palacio legendario, una sinagoga mística y una residencia paradisiaca. Y la verdadera historia de su construcción se encuentra en estas páginas.

Corre el año 1002. Tras la muerte del padre, la familia Nagrela llega a Córdoba, capital de Al Ándalus y la ciudad más grande del mundo. Allí establecen su negocio de plantas medicinales y remedios de espagírica. Samuel Nagrela, el segundo varón de la familia, cultiva el comercio y, al mismo tiempo, estudia la ciencia de los griegos, la jurisprudencia judía, el derecho musulmán, el Corán, la Biblia, el Tamud, la lengua aramea, la medicina hipocrática y un oficio que habría de cambiarle la vida: el de calígrafo de la lengua árabe.

En el 1013 el ya rabino Samuel inicia su viaje de exilio, tras la guerra civil. Está convencido de que lo guía la Divina Providencia y de que algún día será príncipe de todos los judíos andalusíes. En ese viaje iniciático conocerá a Ilbia, una joven noble recluida en el castillo de Salobreña, con asombrosos conocimientos matemáticos y arquitectónicos, y que habría de convertirse en la mujer de su vida y en la artífice de su sueño: años más tarde, convertido ya en un hombre rico y poderoso, Samuel construirá el nuevo templo de Salomón.

Lectulandia

José Luis Serrano Moreno

La Alhambra de Salomón

ePub r1.0
Titivillus 13.12.15

Título original: *La Alhambra de Salomón*
José Luis Serrano Moreno, 2013
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

A Eva, para siempre en mi origen

Una cúpula cubre la sala, asemeja al baldaquino de Salomón,
gira durante el día y arega la camareta con luces de zafiro.
Al atardecer se detiene para respetar el movimiento de las estreas.
Al mirarla se repoza mi alma, se consolan mis dolores.
olvido mis angustias, mi corazón apenado se enfortese,
y siento que mi cuerpo se levantara como con alas de águila.

Hay también una mar de bronce que parece la Mar de Salomón,
aunque no descansa sobre bueyes sino sobre leones…

SALOMÓN IBN GABIROL,
versión hispano-sefardí de Marqalit Matitihau

1

Los recuerdos grandes se quedan a vivir en los cuartos del corazón, durante la vida asoman cuando quieren, vuelven a la hora de la propia muerte y se transmiten por la sangre. En el más antiguo de los de Samuel Nagrela su hermano Isaac entraba alterado en el patio de la casa y gritaba:

—¡Almanzor ha muerto! ¡Almanzor ha muerto!

Su madre entonces le reprendía:

—¡Guarda silencio, Isaac! ¡Tu padre está muy enfermo!

Al mismo tiempo, cabizbajo y despacio, agarrado al pasamanos, un médico bajaba por las escaleras. Antes de que alcanzara el patio, su madre lo interrogaba con la mirada.

—José ha muerto —respondía el médico y comenzaba a recitar una plegaria—: «Bendito eres Tú, Adonai, que revives a los muertos…».

En vez de continuar el rezo del médico, su madre daba un grito que parecía más de espanto que de dolor y después se abrazaba llorando a Isaac.

Era una tarde de verano. Samuel Nagrela tenía por entonces nueve años y Mérida era una ciudad bulliciosa y próspera donde, sin embargo, todo parecía milenario. La intransigencia de la muerte parece menor en las ciudades viejas, pero aquella coincidencia sería inolvidable para Samuel: al tiempo que llegaba la noticia de la muerte de Almanzor, moría su padre.

Las mujeres de la familia se encerraron en el cuarto para amortajar el cadáver. Los niños esperaban en el patio. En la calle se oían cantos de muerte. Muecines, plañideras y actores se vistieron con telas de saco en señal de luto y comenzaron un concierto de quejidos y gritos que inundó la atmósfera polvorienta de agosto en El Algarbe. Lloraban, claro está, por Almanzor, canciller de Al Ándalus. Y los niños de Mérida salieron a las calles arrastrados por la curiosidad. Samuel también habría salido, pero el muerto importante era otro: su padre.

Antes del atardecer los hijos fueron llamados al lecho mortuorio. De uno en uno, por orden de edad, fueron besando el cadáver. A Samuel le impresionó el frío del rostro. En Mérida nadie había besado nunca la nieve. Las viejas piedras romanas eran más calientes que el rostro de su padre; las aguas quietas del Guadiana, el agua fresca del pozo o las naranjas del invierno, también. La muerte parece más cálida en los días históricos, pero Samuel Nagrela no olvidó jamás aquel frío experimentado en los labios. Y cuando muchos años después, le llegó a él la hora de la muerte, este frío fue el segundo de los recuerdos grandes que lo asaltó. El primero, ya lo hemos dicho, fue el de su hermano Isaac anunciando a voces la muerte de Almanzor.

2

La cabeza del niño no asomaba. Venía en mala posición. Sólo una cesárea hubiera permitido resolver el parto, pero ninguna mujer de aquel distrito sabía practicar esa intervención. Nada más podía hacerla el médico Eleazar o con menos precisión alguno de sus aprendices, pero ninguno estaba. Corría el año 1006 del calendario romano, por entonces aquella pequeña ciudad se llamaba Garnata al Yahud —Granada la judía en lengua árabe— y ya nadie sabría recordar que el nombre originario en lenguas antiguas era Gara Anat, que significaba la colina, la piedra, el cuerno o la peña de la diosa Anat. La Alhambra ya se llamaba así, pero era sólo una vieja fortaleza agrietada de tapial rojo, bajo la cual se extendían apenas sesenta casas, una sola calle ancha que comenzaba en un puente sobre el río Dauro y terminaba en otro sobre el Genil, y una oscura sinagoga sin prestancia levantada por los fundadores nueve siglos antes en su única placeta. Esta medina judía estaba situada a dos leguas de la capital de la cora, la muy antigua ciudad de Elvira, Ilíberis o Elibirge, la del gran caballo totémico, en el punto donde el camino que de allí venía tocaba el Dauro y se bifurcaba: río arriba hacia Guadix o Acci y río abajo hacia Almuñécar o Sexi.

El único cirujano que allí vivía era rabí Eleazar, que por aquellos días volvía de Córdoba con sus dos aprendices. Mediada ya la última etapa del viaje, se enfrió de pronto la calima de septiembre, y una tormenta de viento sin lluvia barrió el camino, levantó nubes de polvo y arrancó árboles. Aun así rabí Eleazar se resistió a interrumpir la marcha. Comenzó a ilustrar a sus aprendices sobre las causas y el origen de las tormentas del mes de *tishri* y sobre las precauciones anímicas que había que adoptar frente al pánico que provocaban los rayos en alta montaña. Ya estaba el rabino repasando las plegarias propicias para frenar las tempestades, cuando en un instante se desbordó el río Genil y anegó el camino real, al tiempo que una lluvia gruesa los empapaba. Entonces rabí Eleazar ordenó desviarse, subir a una pequeña loma y desde allí alcanzar una venta de arrieros que creía próxima. Cuando alcanzaron el refugio de la posada ya no llovía y un sol anaranjado de atardecer luchaba con las últimas nubes de la tormenta. Estaban a sólo tres horas de Elvira y apenas a cinco de Granada, pero aun así rabí Eleazar decidió pernoctar allí para secar las ropas y evitar el catarro.

Apenas bendijo la mesa, Eleazar comenzó a hablarles a los neófitos de su hija Eliana sin que viniera a cuento. No sólo era una mujer fuerte y saludable capaz de parir hijos varones, sino que además era su mejor consejera y el alma misma de sus iniciativas comerciales. Los dos aprendices lo escucharon asintiendo con la cabeza, sin mirar a los ojos del maestro y sin decir nada, como siempre hacían. Pero a uno de

ellos, llamado José, le bastaron dos o tres frases más para comprender que a rabí Eleazar lo estaba asaltando la vejez. No sólo por la imprudencia de ensalzarles a una mujer, sino por la contradicción de haber concertado años antes el matrimonio de esa supuesta joya con un cristiano bizantino. Como tantas veces, en aquella ocasión José volvió a sentir el dolor de no ser él el esposo de Eliana; pero por primera vez comprendió que el causante de su pesar no era el esposo cristiano, sino el admirable maestro con el que llevaba doce años como aprendiz de cirujano.

Amaneció un día radiante y fresco, y rabí Eleazar decidió demorarse aún más en el camino para disfrutar del reverdecer de la naturaleza por las lluvias del día anterior. No se lo perdonó nunca, porque la parturienta era su hija Eliana y murió aquella mañana. El varón que traía en su vientre logró respirar por sí mismo, pero sólo vivió unos días.

Ilbia tenía por entonces nueve años y sí que asistió al parto, porque Eliana era su madre. Se deslizó entre las muchas mujeres que entraban y salían de la alcoba, nerviosas por el desenlace que se preveía inevitable. Nadie reparó en aquella niña que desde la esquina del cuarto lo observaba todo con ojos de espanto. Los gritos de dolor de la agonía, en contraste con el espantoso silencio que siguió a la expiración, alentaron sus primeros recuerdos grandes.

Ilbia y su hermano Isa se quedaron en Granada bajo la custodia de su abuelo paterno, pero aquella situación habría de durar poco tiempo. El padre, Casim Alarif, se empeñó en llevarlos consigo a la cora de Almuñécar, donde su familia gobernaba. Vivirían en Salobreña, una fortaleza junto al mar, en la que Casim ejercía como alcaide.

Los abuelos se resistieron, los niños también. Para ellos, Casim era casi un desconocido que nunca había convivido en la casa. Se dedicaba a la guerra. No era judío. El matrimonio de Casim y Eliana había sido parte de un acuerdo comercial entre familias; lo habitual en aquellos tiempos. Nueve siglos hacía desde la fundación de Gara Anat por unos pocos deportados de Jerusalén. De manera paradójica, encerrados en la crisálida de su fe, sin afán proselitista y ajenos al politeísmo de su entorno, esos judíos habían echado raíces y habían crecido en la curia iliberitana. Ni la religión imperial, ni el culto a Mitra, ni la doctrina renovadora del rabí Jesús de Nazaret, ni el Islam penetraron en su comunidad. Sus costumbres matrimoniales tuvieron mucho que ver con esta pervivencia de su fe y con la solidez de su tradición. Los matrimonios eran un asunto de la familia, y en la lengua hebrea ni tan siquiera había una palabra para decir «novio»: se decía «yerno». Ni «novia»: se decía «nuera».

Por otra parte, Casim era muladí, es decir, cristiano recién convertido al Islam, y era además de estirpe bizantina, es decir, no arriana sino católica. No monoteísta, sino trinitaria. En la familia de la madre de Ilbia no había guerreros ni politeístas. Había tejeros y sederos, agricultores y, sobre todo, comerciantes como Eleazar, su abuelo, que también era cirujano y rabino, aunque supiera sacrificar sus tradiciones más

arraigadas y pagara una fuerte dote para casar a su hija con Casim Alarif. Así que el matrimonio de los padres de Ilbia había sido pactado entre las familias por causas comerciales. La familia de Casim seguía controlando el puerto de Almuñécar y garantizaba por tanto la salida de la seda que los judíos de Garnata comerciaban. A los judíos les interesaba llevarse bien con el clan que gobernaba el puerto más próximo a Garnata. A los gobernadores les interesaba llevarse bien con quien pagaba las tasas aduaneras. Una boda era para las dos familias una buena manera de llevarse bien.

Los jóvenes se conocieron en la semana de la boda y la vida matrimonial se redujo a unas cuantas visitas de Casim a la casa del padre de su esposa. Las justas para concebir tres hijos: el que murió sin nombre a los pocos días de nacer; Isa o Iesus, que tenía once años cuando murió su madre, y Helvia o Ilbia, de nueve. Según la Ley, estos niños eran judíos por haber nacido de madre judía. Eso, más el cariño que sentía por ellos y el sentimiento de culpa por la muerte de su madre, explicaba que Eleazar suplicara a Casim que dejara a los niños viviendo bajo su custodia. Eleazar no era hombre de súplicas y Casim tenía otros planes: pronto, cuando muriera su tío, él gobernaría en Almuñécar. Cuando eso sucediera, su hijo Isa gobernaría Salobreña. Así había sido siempre desde los tiempos de Justiniano. No quería un hijo rabino: quería un heredero. En cuanto a Ilbia, la casaría con quien hubiera que casarla. Como a él lo casaron.

Era difícil oponerse a un guerrero poderoso como Casim, por más que fuera cristiano, politeísta y bizantino, descendiente de Liberio, el general que comandara el cuerpo expedicionario de Bizancio que desembarcó en Almuñécar siglo y medio antes que lo hiciera Abderramán I.

3

Apenas enviudó, convencida de que Córdoba era la ciudad más segura y el poder de los Omeya el más estable del mundo, la madre de Samuel salió de Mérida y se instaló en la capital con sus cuatro hijos, sus dos esclavas y su negocio de herboristería, droguería y espagírica. Compró una casa por mil dinares contantes y sonantes que fueron pagados en monedas de oro, sin crédito ni aplazamiento. Vista desde fuera era una casa grande que parecía destartalada, porque había sido construida extramuros, en el arrabal más próximo a la judería, en unos tiempos en los que la ciudad crecía tan rápido que los alarifes apenas si podían prestar su consejo a la multitud que edificaba sin cesar. Vista desde dentro, sin embargo, era una casa armónica y alegre, limpia y sobria. Las puertas de la herboristería, el negocio familiar, daban a la calle más transitada del arrabal, la que desembocaba en la Puerta de Almodóvar. A esa calle daba también el establo donde se guardaban la única mula y la carreta que servía tanto para el oficio como para el viaje. Detrás de la tienda había un cuarto sin ventanas y con dos alturas que se usaba de almacén y por un adarve lateral con cancela de hierro que se cerraba por las noches se entraba a la vivienda.

El zaguán estaba pavimentado con lajas de caliza y tenía un banco corrido donde dormían las dos esclavas que también servía para la conversación, para el reposo de la siesta en verano y para la costura interminable de las mujeres. También en el zaguán, en un ángulo próximo a la calle, estaba el cuarto de la letrina, con una pileta para el aseo, muchos orinales y un falso techo en el que se guardaban algunos trastos inservibles pero que nadie se atrevía a tirar. Desde el zaguán se pasaba a la sala de verano: una habitación pequeña, orientada al norte, donde dormían los dos varones de la familia: Isaac, de dieciséis años y Samuel, de catorce.

Desde esa sala se entraba al patio y, por el patio, se accedía a la sala de invierno, la mayor y más acogedora de la casa. Servía de comedor para todos y de dormitorio para la viuda Nagrela y sus dos hijas menores: Carmela, de trece y Dalila, de once. Tenía un ventanal enrejado orientado al sur y estaba amueblada tan sólo por dos arcones de buena madera donde se guardaban las mantas y los manteles. Había también dos alacenas abiertas en la pared: una para los vestidos y las túnicas, y la otra para las viandas y los enseres de la cocina. Para sentarse y comer se usaba tan sólo una alfombra, varias esteras y algunos cojines que se extendían sobre el suelo y después se recogían.

El alma de la casa eran sus dos patios. El trasero con uso de huerto, algún frutal, gallinero y palomar; y el principal, emparrado, con un andén pintado de rojo almagre que servía de asiento y dos arriates de jazmines que subían por las tapias. El suelo era

de tierra de albero y, en vez de un pozo, en el centro había un hornillo de atanor que se usaba para preparar los remedios de espagírica y para asar el cordero en las grandes ocasiones. En uno de los ángulos había una torta de cerámica para los anafes de la comida cotidiana y por doquier tiestos de aspidistras, geranios y rosales. Apenas llegaba el aire cálido de abril, este patio se convertía en un trasiego de vecinos y jóvenes en fiesta. Y en las noches de verano, cuando el calor enturbiaba la atmósfera, las flores del jazmín parecían estrellas de plata que iluminaran un cielo de esmeralda. Circulaban entonces las frutas y los vinos, los jarabes dulces y las carnes tiernas. Se encendían antorchas y las muchachas bailaban al son de las palmas y los laúdes. Isaac se reservaba porque era el cabeza de familia, pero a veces Samuel y sus amigos se arrancaban al baile con sus hermanas y vecinas.

En la tienda y en el almacén había toda clase de plantas de las sierras de Al Ándalus, de África o de Persia. Vendían plantas de ornato, laureles de fiesta y un perfume masculino de flor de arrayán que era en realidad un filtro de amor. Abundaban también los derivados para la introspección y las especias de cocina llegadas a través de los puertos de Alcacer, Almería o Málaga, pero se comerciaba sobre todo con preparados para la salud del cuerpo. La madre practicaba el arte de la cura que había aprendido de su marido y en el que iniciaba a sus hijos. Curaba los ardores de estómago, el dolor de cuello, el abatimiento y la consunción. Se enfrentaba a la epilepsia y lo sabía todo sobre colirios, jarabes y cataplasmas. Si le presentaban a un niño con anginas, mandaba a Samuel o a Isaac a capturar viva una víbora, la estrangulaba con fibras de púrpura marina y enroscaba ese hilo alrededor del cuello del niño: las anginas remitían.

Las dos hijas eran las encargadas de preparar el polvo para limpiarse y cuidar los dientes y las encías. En una olla de arcilla nueva con tapa agujereada ponían raíces de nogal y las cubrían con agua. Metían la olla en el atanor hasta que se consumía el caldo, la dejaban enfriar, machacaban las raíces y las tamizaban. Añadían después una sexta parte de sandáraca triturada y una décima parte de clavo y cilantro molidos. La fama de este polvo para dientes y encías fue tan grande que las principales casas de Córdoba lo encargaban por talegas.

Samuel las repartía. En ninguna casa lo invitaron a pasar a las habitaciones de prestigio, pero con sólo lo que vislumbró a través de rejas y celosías, con sólo ver los patios de mármol, el trasiego de esclavos, los grandes tiestos romanos, los pedestales sin estatua y las ropas tendidas de los patricios cordobeses, el joven Nagrela aprendió rápido dos cosas: que era judío y, sobre todo, que no pertenecía a la *jassa*, la aristocracia andalusí.

4

Instalados en el castillo de Salobreña, para Ilbia y para Isa Alarif comenzaron años de infortunio, no tanto porque ambos añoraran la casa del abuelo y lloraran por su madre muerta, sino porque además no soportaban el régimen castrense del alcázar. Para la hija era una angustia perpetua: odiaba el trajín de los soldados, el ruido de las armas de entrenamiento, el olor de las mulas, los gritos de dolor de los prisioneros que se le iban incrustando en los oídos con tanta profundidad que la despertaban en la noche. Detestaba que su padre fuese el jefe de todo aquello y al tiempo se sentía culpable por odiar a quien no se puede. Los olores rancios de la factoría de salazón que había bajo el alcázar, sumados a la inapetencia propia de su naturaleza de niña flaca, acabaron por arruinarle la salud. A pesar de ese desconcierto del alma, Ilbia seguía siendo una niña más inteligente que despierta y más seria que reservada.

Digna de un califa, como decía su padre.

Digna de un sumo sacerdote, como decía su abuelo Eleazar.

A nadie se le podía ocurrir que fueran niños infelices, por la simple razón de que habían mejorado de clase. Como nietos de un rabino cirujano pertenecerían a las cada vez más numerosas clases medias, pero ahora, como hijos de un gobernador, eran de la nobleza. Sin embargo, justo eso era lo más insoportable para Ilbia, porque las fiestas, las ciudades y la vida mundana eran en Al Ándalus para todos los hombres y sólo para las mujeres pobres. Para entrar en los paraísos de la alegría, las ricas tenían que esperar a que un marido las sacase de la casa del padre y las llevara a la propia. Eran las únicas mujeres que utilizaban el velo y las únicas para las que la oración del viernes en el mes de ramadán significaba regocijo y expansión porque, por una vez, podían salir de casa para ir a la mezquita.

Ilbia pensaba que esa era la diferencia con el hermano. Sólo a ella le afectaba el dolor de ser noble y eso era, por lo tanto, un plus de injusticia. Los otros dolores de la vida eran universales. Lo había descubierto con la nitidez de una revelación cuando murió una vieja esclava de la familia de su padre. Junto al eunuco Hassan, aquella mujer era la encargada de atenderla desde que llegó a Salobreña. Una noche le estaba cepillando el cabello como hacía siempre antes de dormir; le ayudaba su hija Flora, de la misma edad que Ilbia, y de pronto a la esclava le estalló el corazón y cayó fulminada. Como estaba sentada de espaldas, Ilbia tuvo que girar la cabeza para comprender lo que había pasado. Pero antes que en el cuerpo de la muerta, su mirada se fijó en los ojos trémulos de la niña. Le bastó esa mirada para comprender que reflejaban el mismo espanto que ella había experimentado años antes cuando vio morir a su madre entre los gritos del parto. «Luego el dolor es universal —se dijo—,

mientras que la alegría sólo es para los hombres y los pobres».

Había dejado los estudios de música porque la práctica del laúd le hacía presentir que la esperaba una vida de dolor. Sin embargo, se empeñó en la lectura. Al principio, Eleazar enviaba a Salobreña los libros que quería que leyera Isa, su único nieto varón. Pero se dio cuenta de que quien los leía era Ilbia y decidió mandárselos a ella junto a interminables cartas moralistas en las que la advertía de los peligros de cada lectura. Así, cumplidos los doce años y a pesar de que su lengua materna era el romance andalusí —que carecía de expresión escrita—, Ilbia leía en árabe, griego y hebreo; había estudiado la *Materia médica* de Dioscórides y *Las alteraciones de los órganos* de Galeno; había releído el Talmud, el Corán e innumerables tratados de geometría, álgebra y filosofía. Ningún libro le pareció nunca mejor o peor, los leía sin selección a medida que llegaban a sus manos, y todos le parecían escritos por el mismo autor. Sin embargo, en el último otoño de tormenta que pasó en Salobreña leyó una tragedia griega que la conmocionó. Era un cuadernillo de ocho folios que encontró cosido en el mismo cartapacio de cuero que contenía un tratado médico sobre los humores del alma. Al abuelo, sin duda, aquel cuaderno le había pasado desapercibido, porque no aludía a él en la carta que acompañaba al envío. Venía de Alejandría y la copia podía tener varios siglos de antigüedad. Ilbia lo leyó y lo releyó con perplejidad, porque no daba crédito al hecho de que sus sentimientos más profundos y secretos hubieran sido experimentados y escritos por alguien siglos antes. Era una de las tres versiones de *Electra* y contaba cómo un tribunal, por mediación de Apolo, eximía de pena a Orestes, autor de un crimen horrendo: el asesinato de su madre. Sólo había que intercambiar los sexos del asesino y de la víctima para que Ilbia se viera reflejada en la trama. Habría matado a su padre de tanto como lo odiaba y estaba segura de que su Dios, cuyo nombre ignoraba, la habría absuelto. La profundidad del sentimiento lo hacía inconfesable. Incluso en las conversaciones más íntimas que mantenía con su hermano, ella se resistía a admitirlo, y lo disimulaba con recuerdos inventados y gestos de aprecio del padre que el hermano nunca le había visto hacer. En cambio, Isa Alarif, un adolescente de temperamento duro y reservado, no le ocultaba a su hermana que si pudiera mataría al padre con sus propias manos por haberlos sacado de su casa y por tenerlos confinados en aquella fortaleza inhóspita asaltada por los vientos más inclementes del Mediterráneo.

Cada vez que el padre salía de Salobreña, los dos hermanos experimentaban una sensación de alivio. Tan pronto como la comitiva escapaba a la vista entre los cañaverales, Isa embarcaba en un pequeño velero al que llamaba su carro, y ella se quedaba en la playa, se desprendía de cualquier velo, cabalgaba por la arena y vivía horas de gritos y risas. El eunuco Hassan se lamentaba de que ella pusiera en juego su vida, pues Casim lo ejecutaría si se enterara de aquella expansión impropia. Flora lloraba con amargura porque no podía soportar que su ama se adentrara en las aguas y se dejara sumergir por las olas. A veces, con la complicidad de Isa, despistaban a la guardia e iban a recoger gatos a la pequeña medina que había bajo el alcázar. Ilbia y

Flora delante, Hassan detrás con mirada de perro ladrador. Con la desaprobación expresa de Hassan, que creía que los gatos eran traicioneros y absorbían el alma de los recién nacidos, Ilbia los acariciaba, les hablaba con extraños sonidos y se los llevaba consigo. Una tarde leyó algo sobre el culto a los gatos en el Antiguo Egipto y le pareció que aquel texto lo había escrito ella misma en una existencia anterior. Tuvo el temor de estar concibiendo una gran herejía. No tenía a quien contárselo, pero se atrevió a decirse que tal vez habría otras vidas antes de la vida y otras para después. Tal vez muchos siglos antes ella hubiera sido feliz en Alejandría. A lo mejor fue un gato divino. La simple suposición la asustó, porque le permitió darse cuenta de los extremos de desdicha a que había llegado.

Por los días en que Ilbia le daba vueltas al asunto de la reencarnación, Flora entró en su habitación, lloriqueando como siempre, y acabó de confirmarle que la tristeza no tiene fin, porque le dio la peor noticia de su vida: Casim Alarif había concertado su boda con el nuevo califa de Córdoba. Para cuando se hiciera mujer, porque por entonces tenía doce años, en el pueblo seguían llamándola la Niña de los Gatos y todavía era impúber.

5

Para no arrepentirse de su decisión de abandonar Mérida, a la viuda Nagrela le bastaba con comprobar que sus hijos no eran sólo cada vez más diligentes, sino también cada vez más sabios. La familia Nagrela ni temía la pobreza, ni aspiraba a enriquecerse. No pertenecían a la jassa, pero tampoco a la *amma*. Eran de las clases medias de Al Ándalus. Por eso, y no por ser judíos, los Nagrela eran sobre todo comerciantes. De manera continua invertían su capital en contratos de exportación o importación de mercancías, y actuaban como agentes comerciales capaces de enlazar el campo con la ciudad y esta con los remotos mercados de Siyilmasa, Alejandría, Jurasán, Panonia, Transilvania o Rus de Kiev. De estirpe levítica, Isaac y Samuel, además de practicar el comercio, estaban siendo educados en la ciencia de los griegos y estudiaban el Corán, el derecho musulmán y el godo, la Biblia, el Talmud, la jurisprudencia judía y los secretos de la lengua aramea. Samuel aprendía también la medicina en los tratados hipocráticos y en *Las alteraciones de los órganos* de Galeno, y un oficio que habría de cambiarle la vida: el de calígrafo de la lengua árabe.

Además de ser el centro comercial del mundo, la ciudad de Séneca y de Osio era la más fecunda red de fuentes de sabiduría en la Tierra. Los califas se habían preocupado de importar sabios de todo el mundo a los que, una vez en Córdoba, obligaban a formar brigadas de aprendices o academias de discípulos que pronto podían prescindir de los maestros. Sin embargo, una mañana de junio de 1009, al término de una noche de calor pastoso, todo esto pareció terminar de repente. Siglos de armonía se vinieron abajo en pocas horas y, en pocos años, Córdoba estuvo a punto de desaparecer de la faz de la tierra.

La noche anterior, el anticalifa Mahdí negociaba su propio poder con parientes omeyas y generales bereberes y eslavos. Siete mil hombres del ejército popular disuelto más un número similar o superior de mercenarios aguardaban bebiendo en la calle el resultado de la negociación. Habían encendido hogueras en las explanadas del río adyacentes al antiguo alcázar y El Mahdí les había enviado veinte toneles de vino de sus propias bodegas. Después de fermentado, aquel vino se alambicó con bayas de enebro en un convento cristiano. A El Mahdí no le había agradado el resultado porque el vino había perdido el color dorado y se había vuelto transparente como el agua y de altísima graduación. Fue por eso por lo que decidió regalárselo a los soldados.

Avanzada la noche, se oía un ritmo monótono de tambores bereberes que se iba fusionando con los cantes hondos de los hombres del ejército popular. Y antes del alba, muy borrachos, bereberes y andaluces empezaron el saqueo de las tiendas del mercado de los guarnicioneros.

Aquella noche Isaac y Samuel Nagrela estaban en Lucena. Se habían llevado el mulo y la carreta cargada de trabajos de bronce, orfebrería y algunas hierbas medicinales de su propia herboristería, y pensaban volver con un cargamento de cerezas y brevas apalabrado en Lucena que les exigía un retorno rápido para evitar la maduración excesiva.

La viuda Nagrela y sus dos hijas se quedaron en Córdoba y no consiguieron dormir en toda la noche. Nadie durmió aquella noche y nadie podía imaginar lo que iba a ocurrir.

Al amanecer, con el olor del incendio, la población no dudó en tomar las armas, no para defender el califato loco de El Mahdí, sino para evitar que el saqueo de los borrachos se extendiera a sus propias casas. Muchos judíos previeron la catástrofe y decidieron dirigirse al arrabal donde vivían los bereberes ziríes. Su jefe, el general Zawi Zirí, tenía una esposa judía y de él podía esperarse que los protegiera.

La viuda Nagrela pensó también en buscar la protección del general bereber, pero decidió quedarse: no sólo porque en aquella casa estaba todo cuanto poseía, sino sobre todo porque vio que amanecía y creyó que los ruidos de la madrugada eran sólo eso: pesadillas de insomnio que no podrían continuar en una mañana tan hermosa. Se lavó la cara, se cambió de ropas y al asomarse al patio trasero para recoger los huevos de las gallinas oyó los gritos del terror y la muerte, y sintió con nitidez el inconfundible olor a quemado del saqueo. Sólo entonces comenzó su turbación. Antes de esconderse donde había previsto, buscó a su hija Carmela por los rincones menos pensados de la casa y no la encontró, porque la niña se había escondido en el lugar más previsible: en la letrina del zaguán. Con su hija Dalila trepó al altillo del almacén, donde a veces dormían Samuel e Isaac y allí se quedaron las dos, inmóviles y abrazadas, hasta que la soldadesca entró en la casa. Cuando terminaron de apuñalar los sacos y de llevarse cualquier objeto de mínimo valor, prendieron fuego. La casa ardió como la brea.

A esa misma hora turbia del amanecer de verano, cuando nadie sabía en Lucena lo que estaba pasando en Córdoba, Isaac y Samuel se pusieron en marcha con su mulo y su carreta cargada de frutas. Antes de mediodía se cruzaron con caminantes por los que supieron que la judería de Córdoba había sido asaltada e incendiada. Era probable que las riquezas de su familia —el atanor y las hierbas, las sedas y el producto para dientes y encías— se hubieran perdido. Se tranquilizaron diciéndose que la familia tenía los conocimientos para seguir produciendo y comerciando.

—El saber no arde —confirmó Isaac.

El oro tampoco, y ellos sabían donde su madre escondía los dinares de oro.

Las quince leguas de distancia entre Córdoba y Lucena solían hacerse en dos jornadas, pero la inquietud de los jóvenes les hizo avanzar sin piedad para con el mulo. A pesar de que los días de junio eran largos, estaba muy entrada la noche cuando llegaron a Córdoba. Encontraron primero a Carmela tiritando de pánico en la letrina del zaguán. Estaba allí cuando llegaron los asaltantes y sobrevivió porque a

ninguno se le ocurrió mirar en el interior de aquel cuartucho. Por entre los escombros humeantes de la tienda, subieron al altillo del almacén y allí encontraron lo que más temían encontrar: vieron abrazadas, sin carbonizar, asfixiadas, pero como si estuvieran dormidas, a su madre y a su hermana Dalila.

La estancia humeaba todavía y el calor era insoportable. Asediado por el recuerdo de la muerte de su padre, Samuel se acercó sin respirar a los cadáveres y se quedó quieto, dispuesto a cualquier cosa antes de aceptar de nuevo aquella sensación de frío. Más impulsivo, Isaac comenzó a zarandear a la madre como si quisiera despertarla. Carmela hizo lo mismo con el cuerpo de su hermana, y así estuvieron los dos hasta que a ambos los derribó el llanto.

Entre los dos varones, con el estorbo más que con la ayuda de Carmela, bajaron con gran dificultad los cuerpos y los tendieron en la calle. Había tantos muertos en Córdoba que nadie se ofreció para transportar los suyos hasta la sinagoga más próxima. Sólo entonces, Samuel se permitió la desesperación. Dejó que las lágrimas —secas por las cenizas del incendio— le arrasaran la cara y se hirió las palmas de las manos con sus propias uñas. Le pidió a Isaac y a Carmela que se quedasen junto a los cuerpos y salió corriendo. Entró en la medina por el arco de Almodóvar y se fue directo a la casa de su maestro, el anciano rabino Hanok.

Lo encontró rezando y llorando, pero muy sereno: acaso a esas horas fuera el único cordobés consciente de que la aparente algarada de mercenarios y soldados borrachos era en realidad el primer día de una terrible guerra civil. Sin atender las lágrimas y los gemidos del muchacho, el rabino lo agarró con fuerza por los hombros y lo obligó a mirar la breve candela ante la que oraba.

—¡Habla con Dios! —le ordenó.

Samuel no tuvo tiempo de desobedecer: trató de rezar cualquier oración, pero no fue capaz de hilvanarla. Entonces miró la escasa llama y sintió crepitar en ella a la Divina Providencia.

Después de un buen rato en que Samuel se hubiera derrumbado de no ser por el sostén de los brazos del anciano, este dio por terminada la oración. Buscó en la casa unas andas mortuorias y ropas blancas de luto para vestir a los dos muchachos. Salió con Samuel y en la calle del arrabal se quedó con Carmela rezando ante el cadáver de Dalila, mientras Isaac y Samuel llevaban a la sinagoga el cuerpo de la madre, que era el más pesado.

Samuel iba delante y las calles se le entrecruzaban como lanzas; la plaza le pareció una adarga donde estallaban las espadas y cada casa del camino un pecho blanco atravesado por los dardos. Cuando trasladaban el segundo cadáver, el de la hermana menor, el rabino Hanok caminaba tras las andas rezando salmos y a Samuel le parecía que Córdoba, la ciudad donde se oró en todos los idiomas, lo miraba con ojos fosforescentes de tigre en la oscuridad. Muchos años después, en Granada, comprendió que esa mirada persigue a los que han vivido en Córdoba aunque se escondan en el centro de la tierra.

La noche en la sinagoga fue de oración y dolor. Se velaban veintidós cadáveres que hubo que amontonar para que cupieran en hilera, y apenas había una veintena de dolientes. Los judíos cordobeses que no habían huido todavía se aprestaban a recoger los restos del expolio e iban saliendo para Lucena bajo la protección de los hombres del general Zawi.

Al amanecer recomenzaron los combates y, sin embargo, las calles de Córdoba se llenaron de comitivas fúnebres que querían enterrar a los muertos del día anterior. Se veían las familias de blanco de los andaluces, que preferían para el luto el color de los huesos, las canas y las cenizas. Se veían las comitivas de negro de las familias más arabizadas de la ciudad. Entre contiendas de mercenarios bereberes y soldados andaluces, los féretros se cruzaban en el laberinto de calles, unos camino de la basílica arriana que era ahora la mezquita mayor, otros camino de las ocho iglesias bizantinas, o de las tantas sinagogas o de las innumerables mezquitas de la ciudad.

A media tarde, que era la hora de los entierros en verano, cesaron los combates y comenzaron a llegar a los cementerios los cadáveres desde todos los templos de la ciudad. Las familias más tradicionales gemían en voz alta, se desgarraban las ropas y se laceraban el rostro, según costumbre inmemorial de los andaluces. El aire de tormenta se inundó de rezos en todas las lenguas: el latín de los bizantinos, el romance de los arrianos, el árabe de los nobles musulmanes y el hebreo de los judíos. Era como si la ciudad entera rezara y como si las calles palpitaran como raudales de sangre.

En el momento en que el último sudario fue cubierto por la tierra, Samuel se giró y miró a los ojos a su hermano Isaac:

—Me quedo en Córdoba —le dijo.

La decisión era tan fuerte y arriesgada que su hermano no la hubiera tomado en serio de no ser por el momento tan excepcional en que se la comunicó. La cara de estupor de Isaac exigía una explicación:

—Dios me lo ha ordenado esta noche —añadió Samuel.

Tenía dieciséis años y en el crepitar de la candela del rabino Hanok presintió la derrota del destino infausto por la Divina Providencia. Y creyó verse como elegido por Dios: «El que creó la Tierra para mis pies —escribió en un poema— sólo a mí eligió como su siervo, tanto que se me llama con su Nombre».

6

La guerra se extendía por todo Al Ándalus. Al principio todos entendían sus causas: la revuelta inicial fue un alzamiento del pueblo contra la dictadura amirí. Lo importante en los siglos andalusíes no era ser cristiano o musulmán, judío o bereber, sino ser rico o ser pobre. Y la guerra comenzó como lucha de pobres contra ricos. Sin embargo, pronto otros dos bandos o taifas se definieron con claridad: la de los andaluces y la de los bereberes.

Eso confundió todos los pareceres porque había andaluces ricos y andaluces pobres. Había bereberes ricos y bereberes pobres.

Por si fuera poco, muladíes y cristianos eran andaluces.

Los eslavos podían ser cristianos o muladíes, pero sobre todo eran mercenarios, y aquí aparecían en un bando y allí en el otro.

Los judíos no estaban de ninguna de las dos partes: su reino nunca fue de este mundo. Pero había judíos ricos y había judíos pobres. Judíos en la taifa de los andaluces y judíos en la taifa de los bereberes…

De manera que en pocos años lo único cierto de la guerra fue el terror de la guerra. El país entero era recorrido por ejércitos menores que a veces ocupaban ciudades o fortalezas, que a veces combatían entre sí o se aliaban, y que por donde pasaban iban reclutando soldados a la fuerza, sin preguntar por su etnia, religión o condición. A veces un general eslavo mandaba una tropa bereber, y otras un oficial andaluz comandaba una patrulla de sudaneses y cristianos.

Las clases medias suspendieron la actividad comercial, escondieron el dinero y esperaron noticias de los viajantes más intrépidos, que cuando llegaban a los zocos disertaban sobre los diversos modos de saber a qué bando pertenecía cada patrulla desperdigada, cada ciudad o cada cora. El país más próspero del mundo se empobreció hasta la miseria.

Más seguros que nunca de la superioridad de sus estirpes inventadas, los miembros de la jassa comenzaron a repartirse o a disputarse territorios y riquezas, a constituir o destruir reinos y a edificar palacios como los de Córdoba hasta en las aldeas más recónditas de la nación.

Y el pobrerío urbano, que contaba con los trabajadores más esforzados y meticulosos, con las mujeres más inteligentes y activas, con la cultura más alegre y luminosa, y que creía haber puesto un califa inaugural de una nueva era de la historia, pronto comprendió que su destino eran las levas arbitrarias de los poderosos, los latigazos del hambre y la miseria, y el padecimiento en carne propia de los horrores

de una guerra cruel y confusa.

Casim Alarif, gobernador de la cora de Almuñécar, estaba con la taifa de los andaluces, pero sobre todo estaba con el partido de El Mahdí, el califa de los pobres. No en vano, acababa de sellar un matrimonio entre él y su hija, entre su familia y la familia real. Casim Alarif pagó la cuantiosa dote, pero en cláusulas bien pactadas retuvo y garantizó su puesto de gobernador de la cora de Almuñécar. Para él y para su hijo Isa y para los hijos de su hijo. Por escrito. Con el sello del califa. El puerto de Almuñécar, la ciudad, sus fortalezas y villas seguirían en manos de la familia, como siempre había sido desde los tiempos de la invasión de Justiniano. En realidad, era sólo por eso por lo que entregaba a su hija de doce años a El Mahdí. Estaba concentrado en que su estirpe atravesara con éxito aquellos tiempos confusos. Siempre al tanto de lo que ocurría en Al Ándalus y siempre del lado del que había que estar. Nadie podía imaginarse que un hombre de tan buena fortuna y tanta estrella sufriese el peso de la mala mirada de sus propios hijos.

Cuando supo que había muerto Abdelmalic Amir, primer hijo de Almanzor, Casim vaticinó que el gobierno de su hermano Abderramán Sanchuelo duraría muy poco. Acertó, pero fue la primera vez en que hubiera deseado equivocarse. En efecto, un mes después de hacerse con el cargo de canciller de Al Ándalus, en pleno invierno, Abderramán Sanchuelo anunció que iba a hacer una campaña contra el reino de León. Y Casim Alarif se negó a incorporar sus tropas porque algo le dijo que iba a ser una expedición desastrosa. Así fue:

Sin esperar a la primavera, Abderramán Sanchuelo celebró el alarde y volvió a escandalizar a Córdoba. Había llegado tan lejos con sus ínfulas de califa que para el desfile añadió al uniforme de sus tropas mercenarias un turbante verde y una banda dorada que en Al Ándalus sólo llevaban los juristas y los teólogos. Así, mercenarios eslavos y bereberes, con uniformes arrugados y sin prestancia, sin insignias de ninguna clase, vestían el turbante de los mejores alfaquíes y la banda dorada de los más santos ulemas. A él mismo lo vieron cabalgar sobre el más alto de los caballos, con guantes de cuero y una mitra de califa cuajada por hilos de oro puro. El pueblo lo despreció, pero los más intransigentes lo señalaron como provocador y como agente de una conspiración contra la religión y sus ministros.

La derrota en los montes de León fue contundente, dura y humillante, y no hubo que esperar a que Abderramán Sanchuelo volviese a Córdoba para que, como Casim temía, se acelerase el curso de la historia. Aquel mismo invierno una junta de gobierno constituida por diez hombres del pueblo —artesanos, carniceros, basureros y carboneros— proclamó califa a Muhammad ben Abd al-Yabbar, conocido desde entonces por El Mahdí. Este era el hombre con quien Casim Alarif concertó la boda de su hija Ilbia.

En marzo de 1009, Abderramán Sanchuelo fue ejecutado en La Mancha. El

cadáver entró a Córdoba por la Puerta del Hierro. Lo traían desnudo y bocabajo, atravesado sobre un asno. Los hombres le escupían en el trasero, los niños le arrojaban basuras y nadie mostraba el menor signo de piedad. Cuando le mostraron el cadáver a El Mahdí, mandó que lo arrojaran al suelo ante él y, sin ceremonias, empezó a pisotearlo. Reía, daba pasos de baile sobre el cadáver y a todos los que lo vieron les asaltó por primera vez la sospecha de que aquel nuevo califa era un loco. Lo supieron no tanto por verlo danzar sobre un muerto, sino porque lo hacía con unos ojos amarillentos de lagarto y sin mostrar la menor emoción.

De haber sabido que el anticalifa era un loco, Casim Alarif no le habría entregado a su hija en matrimonio. No tanto porque le importara el bienestar de Ilbia, sino porque habría previsto que su imperio duraría poco.

Ilbia jamás pudo entenderlo, pero nadie le pedía que lo hiciera. Su padre no le dio mayores explicaciones: al atardecer irrumpió en su alcoba y le ordenó que se preparara para un viaje porque al día siguiente partirían para Córdoba. Ella le preguntó por qué y él dijo:

—Porque te he casado con el califa.

—Soy una niña.

—Una niña lista —repuso el padre— que un día será reina de Al Ándalus.

Lo dijo con una naturalidad que a Ilbia le pareció obscena. No hubo ocasión de hablar más. Al día siguiente, antes del amanecer y bajo una lluvia de primavera, salieron de Salobreña escoltados por los ochenta hombres que componían el ejército de Casim. Flora e Ilbia eran las únicas mujeres de la comitiva. La esclava iba a pie e Ilbia a lomos de una mula, porque su padre se negó a que montase un caballo a la jineta.

Fueron cinco jornadas, durante las cuales Ilbia no dejó de sentir una mezcla demoledora de sentimientos: de un lado el miedo, de otro la ira. De un lado el odio hacia su suerte, de otro la esperanza de que aconteciera algo que les impidiera llegar a Córdoba.

La segunda noche pernoctaron en Garnata y Casim permitió que su hija durmiera en casa de rabí Eleazar. Las mujeres de la familia recibieron con júbilo la noticia de que Ilbia iba a casarse con el califa, pero cuando la vieron deshacerse en llantos entre los brazos de su abuela Séfora, no pudieron contenerse y todas experimentaron multiplicado el pánico que la niña les transmitía. Eleazar, que miraba la escena, tampoco supo contener sus lágrimas de viejo ni articular un discurso de consuelo. A la mañana siguiente, sin palabras, le entregó a su nieta una mano de Fátima que había pertenecido a su madre y a la madre de su madre, y que era considerada como el mejor talismán contra la desgracia, la mala fortuna y el mal de ojo.

Al cuarto día de camino Ilbia creyó que se confirmaban sus deseos, porque una partida de bereberes embravecidos los abordó en el camino real y a punto estuvieron de entrar en batalla. A la vera del camino, sin desmontar, Casim Alarif y el jefe de los bereberes entablaron una conversación de alaridos que duró un tercio de hora.

Cuando ya parecía inevitable el combate, Casim ordenó la marcha y se fueron alejando entre insultos, berridos y amenazas. A Ilbia volvieron a enfrentársele los sentimientos, porque de un lado sintió alivio al escapar de aquella banda de osos, pero de otro no le habría importado que a su padre lo hubieran matado allí mismo. Durante toda su vida, Ilbia habría de revivir estos sentimientos enfrentados.

La misma mañana en que llegó a Córdoba, en los baños del alcázar, las princesas del harén esparcieron hojas de laurel y pétalos de rosa, y le dieron a beber un sirope de almendras que provocaba la menstruación. Destaparon para ella los mejores tarros de perfumes orientales, pero Ilbia sufrió náuseas con su hálito. Le parecieron espartos las sedas con que la vistieron y revistieron mil veces, y estornudó con los polvos de Arak con que le blanquearon los dientes. Le dolieron las risas de las mujeres del harén que le ponían peinetas o flores, henna o kool, abanicos o diademas, y lloró sin contención cuando le permitieron ver su estampa disfrazada en un espejo grande de roca.

Se sentía desdichada por recordar con tanta precisión los recovecos de las salas del alcázar, las luces tamizadas de los baños y las voces de las incontables mujeres que la prepararon para su comparecencia ante El Mahdí. Conservó para siempre el odio al agua de romero y nunca más usó jabones perfumados como los de aquel harén. Pero muchos años después, si estaba débil y cedía a los recuerdos, cerraba los ojos y todavía oía los consejos inusitados que le dieron aquellas mujeres, su manera descarada de mirarle las nalgas o de compadecerse por el sufrimiento que iba a experimentar cuando la desvirgaran. Olía las aguas azuladas de los estanques tibios, le parecía paladear el sirope de almendras y tocar las sedas y los linos de colores estridentes. Eran recuerdos tan grandes que revivían enteros, junto con la sensación de miedo y la comezón del odio.

Para El Mahdí, aquella boda no era tan importante. Como príncipe omeya ya tenía dos mujeres, y como califa este era su segundo matrimonio. De manera que apenas si miró a la niña que Casim le presentaba como su cuarta esposa. Le sonrió y le pellizcó la mejilla con gesto paternal.

Ilbia, por su parte, ni tan siquiera levantó los ojos. Los tenía clavados en el suelo y, desde que días antes llegó al harén real de Córdoba, los apretaba con rabia cada vez que alguien se le acercaba.

Esa fue toda la escena: un califa paternal y una niña enfadada. Los festejos de la boda se aplazaron. No sólo porque Ilbia fuera impúber, sino también porque los tiempos eran demasiado confusos como para preparar celebraciones.

La niña obtuvo permiso para volver a Almuñécar, a la casa del padre. Pero Ilbia prefería instalarse en una casa llamada Sukna al-nisa, una residencia de Córdoba donde sólo mujeres solteras se dedicaban al culto, a la veneración de no se sabía bien qué dios y a las obras piadosas. Esta vez, Casim accedió a los deseos de su hija. Al fin y al cabo eran días inciertos, había que esperar y una casa de mujeres ascetas no era mal sitio para eso.

Así que, de buena mañana, Ilbia salió del harén real. Sólo la acompañaba Flora, que era ya una mujer, aunque de baja estatura y seca como un sarmiento. Iban solas, pero no iban lejos. El harén ya no estaba en Medina Azahara, porque El Mahdí lo había trasladado a los antiguos alcázares, junto a la Mezquita. Cientos de princesas, de madres de príncipes, de esclavas, de concubinas, de esposas y de eunucos vivían allí. Nadie echó cuentas de que una niña y una esclava salieran.

Ilbia caminaba con un paso rápido y altanero, impropio de su edad, el cuello estirado, la vista alta, con una bandolera de cuero que le cruzaba el pecho, y con un modo de sacar los pies bajo la túnica que sólo sería explicable si llevase espuelas. Unos pasos detrás, cargada con un enorme petate, taciturna y llorona, Flora, con el hábito pardo de los esclavos ceñido por el cordón de los creyentes, se esforzaba en seguirla.

La puerta del cenobio ni tan siquiera se abrió. A través de un ventanuco enrejado, una mujer que tenía los ojos vidriosos y la voz aguda les informó de que la casa estaba cerrada, de que los legados píos que habían permitido su funcionamiento habían sido incautados por el califa y, en suma, de que el clima de revueltas de la ciudad no les permitía acomodar a nadie. Con lágrimas en los ojos, Ilbia le respondió que lo que ella suplicaba no era alojamiento, sino el ingreso en una comunidad ascética cuyas reglas sólo conocía por los libros, pero tan bien que podría recitárselas una por una.

—Lo que os pido —dijo llorando— no es posada, sino que me dejéis comenzar una nueva vida con vosotras.

La hermana portera se sintió avergonzada al oír aquello, pero no cedió. Se limitó a darle un consejo a la niña:

—En tu situación deberías hablar con Kahina —le dijo—. Es la esposa judía de un general bereber llamado Zawi ibn Ziri. Vive en el arrabal de Secunda, a un tercio de hora de camino desde aquí. Ella te aconsejará y Allah te iluminará.

Ilbia no necesitaba tantas explicaciones. Sabía quién era Kahina, porque su biografía se mezclaba ya con la leyenda del pueblo judío. Era filistea de nacimiento, pero judía de religión. Era también una iniciada, es decir, alguien que poseía secretos muy antiguos de religiones muy viejas. Su maestra había sido Urlilit de Tuat, la abuela de su marido, el general Zawi. Contaban las poetisas judías que, en las semanas anteriores a su muerte, Urlilit le hizo a Kahina un relato pormenorizado de su propia vida y de la de las mujeres de su estirpe en más de cuarenta generaciones. Decían que la eligió a ella como heredera de sus saberes ancestrales porque un día miró un espejo y en lugar de verse a ella misma, vio a Kahina, convertida en reina de un país lejano y mesopotámico. Cuatro años después, Kahina fue en efecto reina de Granada y eso confirmó para sus adeptos la santidad de sus leyendas, pero cuando Ilbia vino a su vida sólo era la benefactora de los judíos, con fama de santa.

Aquellos días, desde su casa del arrabal de Secunda, Kahina estaba organizando la salida de los judíos que querían marcharse de Córdoba. Estaba agitada, pero se

detuvo un instante para ver la cara de aquella niña inesperada que solicitaba su ayuda. Y esa mirada casual fue el origen de una comunicación entre maestra y discípula que había de durar treinta años.

Kahina le prestó atención a Ilbia. Supo que la madre había muerto cuando ella era muy niña, que el padre la había casado con el anticalifa loco, que no era feliz en la atmósfera guerrera de Almuñécar y que quería ingresar en Sukna al-nisa para dedicarse al estudio de la medicina y la geometría. La voz de la niña, su mirada clavada en el suelo, su seguridad en las palabras, su determinación infantil, tocaron el corazón de Kahina.

La abrazó.

Sólo después de recibir ese abrazo, cuando ya estaba segura de estar bajo la custodia de Kahina, Ilbia se atrevió a mirarla despacio. Vio a una mujer grande, pero flaca; de espalda ancha y con los andares inconfundibles del jinete; y con una mirada más pensativa que ausente, más profunda que triste. Determinada por su leyenda de reina de los judíos, Kahina parecía no habitar en sí misma. Las poetisas no se cansaban de componerle versos biográficos no siempre exactos, pero sí legendarios. Contaban por ejemplo que a los quince años, cuando las mujeres ziríes la desnudaron para el baño preparatorio de las bodas con Zawi, se sobresaltaron al comprobar que tenía la piel oscurecida por el sol, las piernas arqueadas por las cabalgaduras, los hombros anchos y fortalecidos y los pechos pequeños y duros. La madre de Kahina tuvo que dar entonces garantías de su virginidad, pero la suegra no quiso darse por satisfecha e intentó convencer a su hijo de que cancelara las bodas. Le dijo que su futura esposa tenía un cuerpo de zagal, que se bañaba desnuda en los ríos de la comarca y que nunca lograría parir porque tenía piernas finas de cabrito y vientre plano de jinete.

Al cabo de tantos años y después de cuatro partos, su piel oscura, su vientre tenso y sus pechos escasos revelaban que no se le habían pasado las ganas de cabalgar por cualquier parte y de refrescarse en los ríos. Cuando llegó a Córdoba con el ejército mercenario de su marido, experimentó la nostalgia de su tierra, pero un día abrió *El libro de los dichos maravillosos* que perteneció a Urlilit y por primera vez en veinte años de matrimonio y maternidad, al descifrar un párrafo, vio su rostro con la marca de la feminidad y se sorprendió de cuánto se parecía al recuerdo que tenía de Urlilit en su juventud. Después, sin saberlo, comenzó a comportarse como se comportaba la matriarca en los tiempos de la fundación de Achir, y ya supo que nunca se iría de Al Ándalus.

Algo de todo esto vio Ilbia. Y Kahina, por su parte, vio a una niña de once años, larga y flaca, escoltada por una esclava que no dejaba de llorar, y le bastó con oírla para decidir que se la llevaría a Lucena. Al cabo de unas semanas ya la había elegido como heredera a la que un día transmitiría los saberes de la estirpe de Urlilit. Y a medida que la veía crecer fue idealizándola, atribuyéndole poderes curativos que no tenía, virtudes morales de las que estaba lejos y consultándole dudas que la niña no

sabía responder.

7

Samuel se quedó en la casa-escuela del rabino Hanok, con la desaprobación manifiesta de sus dos hermanos, que marcharon a Lucena como hicieron cientos de judíos y que lo habrían considerado loco de no ser porque ellos también creían en los designios de la Divina Providencia. En el caso de Isaac, que era el hermano mayor y jefe de la familia desde la muerte del padre, su impulso inmediato fue el de maldecirlo por desobedecer. Sólo se refrenó por el aire absorto e iluminado de Samuel.

—Quédate en Córdoba —le dijo Isaac en el momento de la despedida— y que Dios te bendiga, porque yo no puedo.

Samuel le agradeció aquel recurso del corazón que le permitía bendecirlo sin perdonarlo. Le dio un beso rápido y volvió a entrar por la puerta de Almodóvar sin esperar a que acabaran de cerrar la casa de la madre, vacía y ennegrecida por el incendio.

Desde aquel día vivió en la escuela del rabino Hanok y pronto habría de convertirse en su discípulo predilecto. Dormía en un cuartucho que compartía con los otros neófitos. Todos eran taciturnos como él y, sin más descanso que el sabático, se dedicaban a la contemplación, al estudio y a la oración. Una vez al día acudían a la sinagoga que había junto a la academia y sólo a veces se permitían la demora de un paseo antes de refugiarse en la casa. En esas ocasiones se les podía ver por los alrededores de la Mezquita o por las orillas del río, en pareja o en grupo, pero siempre cabizbajos, sin cruzar la mirada con nadie. A pesar de ese aire clerical, no destacaban en el paisaje de aquella ciudad, que a esas alturas de la guerra ya se sentía condenada y practicaba la costumbre de no mirar. Era como si un espectro de muerte silbara por las esquinas de Córdoba, anulara las risas y las palabras, y anunciara el fin.

Desde el amanecer, sentados alrededor de una mesa grande, discutían casos jurídicos con el método de la *halaka* o jurisprudencia judía. A media mañana comenzaba el estudio del Talmud y, a veces, por la tarde, recibían la visita de sabios y rabinos con los que se adentraban sin miedo en los secretos de la medicina o en la sabiduría de los griegos. El que con más frecuencia los visitaba era el gramático Judá Hayyui, que les enseñó los secretos de la lengua hebrea y, a Samuel en particular, los de la caligrafía árabe. Fue este gramático quien le otorgó el *cabala en sofrut*, la ordenación de escribano que habría de cambiarle la vida.

Los alumnos de Hanok discutían entre sí. Más que un método, la argumentación y la retórica eran el fin mismo de la enseñanza. Los casos eran casi siempre teológicos, históricos o inventados, pero en el otoño del año 1009 la escuela se estremeció con un

debate moral de consecuencias inmediatas. Según la ley de Al Ándalus, judíos y cristianos pagaban un tributo por serlo, pero ese impuesto los eximía de las levas forzosas. A pesar de aquella exención histórica, los muchachos de la escuela del rabino Hanok discutieron la oportunidad de incorporarse al ejército que defendería Córdoba.

Antes de que terminase el verano de aquel año aciago, los andaluces habían logrado expulsar de Córdoba a los mercenarios bereberes. El general Zawi Zirí tomó entonces la ciudad de Guadalajara y proclamó desde allí a otro príncipe omeya como califa. Solicitó y obtuvo la ayuda de Sancho de Castilla, quien además de su ejército puso a su disposición mil bueyes, cinco mil carneros y mil carros cargados de víveres. A cambio, cuando acabase la guerra, Zawi entregaría al condado de Castilla ciento treinta y dos villas y fortalezas de la frontera norte de Al Ándalus. Mediado el otoño, se supo que aquel ejército bereber y castellano se había puesto en marcha hacia Córdoba y entonces el anticalifa Mahdí decretó la movilización popular.

Saúl, el más apuesto y belicoso de entre los neófitos de Hanok, quería alistarse. Aludió al carácter de la Gran Mezquita, que antes de ser basílica arriana había sido sinagoga y, aún antes, ónfalos u ombligo del mundo.

—Los judíos debemos defender ese templo —dijo una mañana.

Y se sintió apoyado por la mayoría de sus compañeros. El rabino Hanok se preocupó con ese entusiasmo militar de los jóvenes, pero, aparentando una neutralidad que en realidad no sentía, le hizo prometer a Saúl que prepararía para el día siguiente un discurso breve y estructurado en el que fundamentara su posición a favor de la participación en la batalla.

—Y ahora —añadió— necesitamos a alguien que responda a Saúl y sostenga la posición contraria…

—Yo me encargo de eso —interrumpió Samuel Nagrela.

Nadie esperaba aquel ofrecimiento. Samuel no era ni el más pacífico, ni el más elocuente de los alumnos de Hanok pero, según contó después, había oído una voz providencial que le advertía de que los judíos no debían combatir en aquella guerra.

A la mañana siguiente, Saúl y Samuel se colocaron de pie en los extremos de la mesa grande. Sentado en el centro, el rabino Hanok tenía una sonrisa relajada que no era habitual en él. Sin darse cuenta, a su derecha e izquierda se fueron sentando los neófitos menos belicistas. Enfrente, los partidarios de acudir a la movilización. Saúl bordó un discurso retórico que terminó así:

—¿Quién creó esos espacios imposibles? —se refería a la Mezquita—. ¿Quién soñó algo así? ¿A quién se le ocurrió poner un mar de columnas entre el oficiante y el pueblo? ¿Por qué estaban tan seguros de que a Dios le sería grato? ¿No será Adonai quien vive ahí? ¿Acaso dudáis de que este templo es más poderoso que la Eternidad? Este lugar sagrado no está en Córdoba, sino que Córdoba nació de él. Y esta ciudad

nacida del templo es la que nos llama ahora en su defensa. Por eso tenemos que frenar al ejército de bereberes y castellanos que vienen a destruirlo. Justo porque somos judíos.

Se oyó un murmullo general de aprobación y algunos golpearon el tablero de la mesa con los nudillos.

—Porque somos judíos… —Samuel comenzó su discurso con la última frase pronunciada por Saúl—. Justo porque somos judíos nos persiguen desde los tiempos de Babilonia. Todos conocéis el libro de Ester…

—Hace trescientos años que vivimos en paz en Sefarad —dijo José, el más amigo de Saúl.

Con esta temprana interrupción, Samuel confirmó que ya había ganado el debate. Lo había pensado antes, mientras oía a Saúl, porque su tono era nervioso y eso significaba que los partidarios de intervenir en la guerra no estaban muy seguros de su posición.

—¿En paz? —Samuel decidió abandonar el hilo de su discurso y responder a la interrupción—. A mi madre y a mi hermana las quemaron vivas hace apenas unos meses…

—Fueron los bereberes —dijo Yahyé.

—¿Y qué más da? —replicó Samuel—. A los judíos nos da igual si bereberes, si cristianos o si andaluces. Tenemos que conservar nuestra fe y nuestra cultura. Y tenemos que transmitirla. Somos pocos, estamos obligados a salvar nuestras vidas.

En términos cada vez más personales y broncos, el debate se prolongó hasta entrada la tarde. Intervinieron todos salvo Hanok, que, sin embargo, los escuchaba atento y preocupado, porque en su interior estaba convencido de que sus muchachos no debían acudir a la batalla. Lo cerró Samuel cuando interpeló a Saúl con una afirmación categórica:

—Nosotros no tenemos que defender Córdoba —dijo— porque no somos cordobeses. Somos judíos.

La mayoría decidió no enrolarse en el ejército popular. Saúl, José y Yahyé recibieron la autorización y la bendición de Hanok para hacerlo a título individual, pero argumentando su respeto a la opinión de la mayoría, no lo hicieron y siempre se alegraron de no haberlo hecho.

A mediados de noviembre, salieron de Córdoba cinco mil civiles sin estrategia ni criterio militar alguno, comandados por el anticalifa de la plebe y seguidos por seiscientos jinetes eslavos que eran los únicos restos del gran ejército de Almanzor. Ni tan siquiera hubo batalla. Bastó la incursión de un destacamento de treinta bereberes al mando de Hubasa Maksán para provocar la desbandada del ejército andalusí. En su fuga precipitada, los civiles iban dejando un reguero de lanzas, cimitarras y cuchillos, por la simple razón de que no sabían utilizarlos. Bereberes y castellanos los degollaron por centenares.

Con la buena suerte de los locos y en la confusión de la llegada de Zawi, El

Mahdí logró escapar. Se refugió en Toledo y no sólo obtuvo el apoyo de esta ciudad, sino el de todas las fronteras desde Lisboa hasta Tortosa. Fue por esto por lo que Zawi Zirí no pudo pagarle al conde Sancho las ciento treinta y dos fortalezas y villas de frontera que le había prometido. Compensó la demora en el pago permitiendo que la soldadesca castellana saqueara Córdoba.

Al amanecer, a Samuel lo despertó el inconfundible bufido de la bestia saqueadora. Despertó a los muchachos y al viejo Hanok. Nadie habría pensado en salir de la escuela si no hubiera sido porque Samuel se empeñó y les volvió a exigir que confiaran en su intuición: los convenció de que nadie los buscaría en la casa quemada donde habían muerto su madre y su hermana.

Antes de cruzar la Puerta de Almodóvar subieron a la muralla y desde allí vieron acercarse al ejército bereber y castellano. Parecía una sierpe maligna que se arrastrara iluminada por los primeros rayos del sol pálido de otoño.

Se metieron en la casa quemada. Al principio, en el mismo altillo donde murieron asfixiadas las mujeres de la familia Nagrela, que todavía conservaba un fuerte olor a albahaca tostada. Rezaron durante varios días, sin agua ni alimentos, oyendo los gritos de los salteadores, los ruidos del pillaje y los aullidos de las mujeres violadas. Oyeron después el silencio y les pareció casi peor, porque indicaba la muerte.

Sólo abandonaron el refugio cuando estuvieron seguros de que el pillaje había terminado. Salieron con cautela y comprobaron que no había patrullas desperdigadas por la simple razón de que ya no quedaba nada por saquear en aquella ciudad desgraciada. Cruzaron de nuevo la puerta de Almodóvar y se dirigieron a la escuela. Como la sinagoga, la casa había sido saqueada, pero no incendiada. Se habían llevado las ropas y el candelabro, habían rajado los colchones de paja y esparcido el contenido de las alacenas. Los libros seguían allí, sobre la mesa de encina, pero algún soldado castellano había marcado sobre los lomos de cuero de los más grandes el símbolo de la cruz y el triángulo de la Trinidad.

Saúl entonces se preguntó en voz alta qué habría pasado si él hubiera ganado el debate y hubiera convencido a sus colegas de participar en la batalla. Con lágrimas en los ojos, se preguntó qué habría pasado de no haberle hecho caso a Samuel cuando propuso refugiarse en la casa quemada.

—En los dos casos —concluyó—, estaríamos todos muertos.

De forma inesperada se arrodilló ante Samuel, lo llamó mesías y dio gracias a Dios por habérselo enviado.

Lejos de escandalizarse por la exageración de Saúl, agravada por la presencia de un rabino tan venerable como Hanok, Samuel Nagrela aceptó que le besara la mano sin protestar, sin avergonzarse y sin pudor. Como si estuviera seguro de que Saúl sólo confirmaba lo que él ya sabía: que era un elegido de la Divina Providencia para guiar al pueblo de Israel.

La imprudencia de Saúl y el mesianismo de Samuel recibieron además un refuerzo inesperado: muy debilitado por el ayuno y el miedo, el rabino Hanok comenzó a llorar y a rezar. De pie, con un ligero balanceo de su espalda y su cabeza, como dicen que oraba Jeremías, cuando terminó la salmodia, abrazó a Samuel y le propuso reanudar de inmediato los estudios.

Durante los siete meses siguientes, el general Zawi Zirí gobernó Al Ándalus. Apenas los castellanos se fueron de Córdoba, mandó que se desclavara el espantapájaros de Abderramán Sanchuelo y que se lo enterrara con honores de príncipe heredero del califato. Mandó que sacaran a Hisham II de Medina Azahara y que lo trajeran para presidir las exequias. Y mandó que todos los cordobeses asistieran al entierro.

La comitiva del califa Hisham entró por la puerta de Almodóvar y pasó ante la puerta de la escuela de Hanok. El anciano y sus alumnos lo vieron llegar, vestido de mujer y a lomos de una mula. Era como ver a un muerto viviente de las peores leyendas que contaban las brujas y los enterradores. Y ya en el alcázar antiguo, una vez que sus efebos lo vistieron de califa, lo volvieron a ver aparecer, pero esta vez como un espectro, o como un ángel caído. Aparentaba ser más viejo de lo que era y estar más inflado de lo que estaba; le habían crecido el vientre y la papada, y se le habían desarrollado unos pechos de mujer; tenía la piel traslúcida más que blanca, tanto que podían vérsele las desembocaduras de las arterias y los cruces arbóreos de las venas; y se había convertido en un ser de una paciencia infinita, que se había propuesto vencer su vida de prisionero perpetuo por el recurso al tedio sacramental.

En Córdoba, todos pensaron que traer a Hisham II desde Medina Azahara era un gesto de Zawi que significaba el retorno de la línea legítima al califato, pero no eran esos los designios del general bereber. Apenas terminaron los funerales de Sanchuelo, le pusieron delante para que lo firmara el documento de abdicación a favor de un tal Solimán, de la familia Omeya, pero títere de Zawi Zirí. Hisham II lo firmó con la misma melancolía inmensa con la que hubiera firmado cualquier otra cosa.

Mientras que el bereber Zawi gobernaba una Córdoba devastada y arruinada, el anticalifa loco, desde Toledo, se alió con dos condes catalanes: Raimundo de Barcelona y Armengol de Urgel. En la primavera del año 1010, treinta mil soldados musulmanes y nueve mil cristianos bajaban por las llanuras manchegas hacia Córdoba.

Apenas lo supo, Samuel Nagrela —que ya tenía el poder que le daba la confianza de sus colegas— ordenó el traslado de todos a la casa quemada. En medio de aquella guerra desoladora, encerrado en aquella escuela oscura y con sus diecisiete años, no se le podía pedir más serenidad y lucidez. Esta vez se aprovisionaron de harinas y alimentos y salieron temprano de la escuela, llevando al rabino Hanok, que ya necesitaba ayuda para caminar. Cruzaron la Puerta de Almodóvar sin que los bereberes de guardia prestaran mayor atención a aquel grupo de niños judíos

harapientos que decían llevarse a Sevilla a su maestro. Volvieron a ver la calle principal del arrabal —que más bien parecía una acequia embarrada enverdecida por el musgo—, y al llegar a la casa que había sido de los Nagrela les pareció que alguien la había restaurado. En realidad, era sólo que las lluvias del invierno habían limpiado las cenizas incrustadas en la fachada y habían regado los tiestos de aspidistra y los arriates de jazmín que se disponían a florecer en el patio. Pero las otras habitaciones de la casa seguían invadidas por la miseria y conservaban el olor a mugre del abandono.

Allí entraron de nuevo procurando que nadie los viera. Dejaron en el patio al rabino Hanok, que sentado en el arriate parecía un muñeco de trapo esperando a ser quemado, y limpiaron la sala de invierno. En ella se quedaron agazapados durante un par de días, dedicados a la oración y conversando en susurros, hasta que oyeron música de clarines y timbales que indicaban que las tropas de Zawi ya hacían el alarde previo al combate por las calles tristes de Córdoba.

A la mañana siguiente, a cuatro leguas de la ciudad, tuvo lugar la batalla entre El Mahdí y Zawi. Duró seis días y esta vez la ganó el anticalifa de la plebe. A su paso por Córdoba, los catalanes se condujeron con una crueldad inaudita, pero era tan grande ya la devastación de la ciudad que a todos les pareció peor lo que quedaba por llegar.

8

El Mahdí mandaba de nuevo y eso parecía desquiciar a la ciudad entera. Nunca se vivieron en Córdoba parrandas tan grandes ni orgías tan tristes como las de aquellos meses. Desde que se escondieron en ella, los neófitos de la escuela de Hanok no habían dejado de volver a la casa quemada junto a la Puerta de Almodóvar. Era una ruina que todavía olía a ceniza y a escombro, y que tenía las marcas de la muerte y de la miseria. Sin embargo, el patio grande y fresco parecía un oasis insólito que brotara en medio de aquella ciudad devastada, y bastaba un barrido rápido de las salas para que toda la casa recuperara la alegría de tiempos mejores.

Samuel Nagrela y sus compañeros organizaban en el patio certámenes literarios en los que al principio participaban sólo ellos. Pero pronto, a lo largo de aquella primavera desquiciada, fueron acercándose otros jóvenes cordobeses, judíos o no, que habían logrado esquivar las levas forzosas y los saqueos. Se proponía un tema: la naturaleza, el amor, la amistad o cualquier objeto visible, y cada joven, en la lengua y con el metro que prefiriese, redactaba unos versos que después leía en público. Sólo los que merecían reconocimiento o regocijo general eran memorizados y recitados en otras ocasiones. A veces el punteo de los laúdes acompañaba al recitado, y alguna vez se dio entrada a las mujeres, la danza y el taconeo.

Samuel Nagrela había asumido el papel de anfitrión y el mando de la casa, que cada tarde estaba barrida y en condiciones de recibir a los poetas. La primera tarde de bochorno de mayo, alguien abrió la puerta del zaguán sin llamar. Eran dos jóvenes muy morenos, casi negros de piel, pero con el pelo largo y lacio. Traían cuatro garrafas de vino y se limitaron a anunciar que eran un presente del noble Susán, quien aquella misma tarde, si se lo permitían, tenía pensado acudir al certamen literario.

Llegó una hora más tarde, encapuchado y a lomos de una mula. En el zaguán se quitó la chilaba de mal paño que usaba para no llamar la atención y entró al patio vestido de lo que era: un rico patricio judío, con una ligera capa blanca sobre una candora roja de fiesta.

Se dejó saludar por todos y se sentó en el andén del patio. Con un pañuelito bordado, se limpió el sudor y dijo:

—Hace bochorno. Va a llover.

Aunque lo saludaron con respeto y reverencias, casi todos vivieron aquella visita del noble como algo indeseable. A Samuel, sin embargo, le pareció que aquel príncipe era enviado por la Divina Providencia. Lo había visto muchas veces por Córdoba: más estirado que alto, más atractivo que guapo. Su casa, con un pórtico de columnas y un jardín de flores, estaba en el camino de Al-Zahira, la ciudad resplandeciente de Almanzor que a esas alturas de la guerra ya había sido borrada de

la faz de la Tierra. En aquel barrio del levante de Córdoba tenían casa también los Zayyali, los Tubni, los Suhayd y los Hazm, los más distinguidos patricios de antes de la guerra.

Samuel se sentó a su lado e inició con él una conversación banal, pero pronto revivió la angustia de la inferioridad: el mismo sentimiento que experimentaba cuando repartía la pasta de dientes por las casas nobles.

Los pajes de Susán, convertidos en expertos coperos, comenzaron a escanciar el buen vino; el príncipe comenzó a beber en exceso y a hablar sin tan siquiera preocuparse de que lo escucharan. A Samuel le costaba soportar la contradicción entre las palabras vacías y la distinción con que las pronunciaba. Entre el tópico continuo y su encanto natural. Entre la frivolidad del contenido y la seriedad de la forma y la seguridad de la voz.

Entrada la noche comenzaron las propuestas de tema para las composiciones poéticas. La noche anterior todos habían escrito sobre una manzana espléndida, que aún seguía en el centro del patio porque nadie se había atrevido a morderla después de tantos versos. Galib, siempre el más atrevido y el único que se obstinaba en componer en lengua hispano-andaluza, propuso como tema la figura de los dos sirvientes morenos que aquella noche actuaban como coperos sinuosos. Isaac propuso el vino, que era el gran regalo de la noche, y José Ahiyyah dijo que los versos deberían dedicarse al noble Susán y a su estirpe, que se remontaba al rey David. Justo ese era el tema que Samuel más temía, pero supo eludirlo gracias a las primeras gotas de lluvia.

—El vino en días de lluvia —propuso.

Se aceptó. El cálamo de tinta negra fue circulando de mano en mano y cada uno escribía sus versos con letra pequeña sobre un trozo justo de papel, recortado con avaricia del último rollo disponible. Casi un siglo antes el papel había llegado a Córdoba desde la remota China. Al principio nadie acabó de entender su utilidad, pero pronto se perfeccionaron las técnicas de fabricación con sistemas hidráulicos y trituradoras de trapos. La formación de la inmensa biblioteca de Alhakam extendió tanto su uso que los escribientes y los literatos de Al Ándalus ya habían olvidado el papiro, el pergamino, la pizarra y las rústicas tablillas de cera. Pero, por aquellos días, la guerra civil había cerrado el último molino papelero de Córdoba y era preciso economizar el único rollo disponible.

Cuando le llegó el turno, Samuel escribió entre sus versos uno que decía:

El ruido de la lluvia se asemeja al bullicioso canto
de mis antepasados en libaciones y holocaustos.

Con sólo leerlo en voz alta se dio cuenta de que el verso era malo y de que expresaba su deseo de enjugar el sentimiento de inferioridad de clase, recordándole a Susán que él era levita, descendiente de los cantores del Templo.

Apenas terminó de leer Samuel, comenzaron a caer unos goterones de agua dura que el emparrado del techo no podía retener. Al poco parecía un diluvio. Todos se refugiaron en la que fue sala principal de la casa, pero el olor de la ruina y el recuerdo del saqueo hacían insoportable la permanencia allí, y no sólo para Samuel. Entonces el príncipe mandó a sus sirvientes que preparasen la mula y la chilaba basta con la que se desplazaba por Córdoba, porque pensaba volver a casa. Antes de irse se acercó a Samuel y de manera inesperada le susurró al oído:

—Mañana al atardecer quiero verte en mi casa.

Samuel sintió en la oreja el cosquilleo húmedo de sus labios y un estremecimiento más profundo en su vientre. No respondió nada, pero asintió con la cabeza.

Después, cuando el príncipe se hubo ido y los amigos comenzaron a bromear y a interrogarlo con sorna por el significado del gesto y la confidencia, se esforzó en parecer impasible y lo logró.

—Me ha dicho —mintió— que nos bebamos el vino.

Samuel todavía no era el hombre meticuloso que llegó a ser, pero aquella mañana se esforzó en cumplir con escrúpulo cada paso de la rutina habitual. Deseaba que aquel fuese el más corriente de los días. Rezó como siempre, discutió los casos que se presentaron en la mesa del rabino Hanok, copió con esmero textos del Talmud… Sin embargo, por las grietas de la rutina autoimpuesta le penetraban las ensoñaciones del deseo y tardó poco en comprender que iba a acudir a una cita amorosa.

Esa verdad lo aturdió.

Tenía diecisiete años y algunas experiencias con mujeres. Antes de la guerra, Córdoba era una ciudad mundana en la que el amor gratuito fluía como el dinero. No sólo las esclavas, sino también las muchachas de su misma clase y edad se prestaban a toda clase de escarceos, juegos y aventuras de amor. Años después, Samuel se dio cuenta de que sólo antes de la guerra los encuentros amorosos eran más juegos que batallas y de que sólo por entonces las mujeres reían en vez de gemir en las cimas del amor. La guerra había acabado con la alegría espontánea del amor y la había sustituido por tácticas y estrategias, violencias, abusos, compraventas, desventuras, tragedias y suicidios.

Pero él no tenía una cita con una mujer, sino con un hombre. Para los jóvenes formados como Samuel, el verdadero amor se daba entre hombres y de amor se hablaba en la lengua de Platón. Sobre él no se escribían ensayos, sino versos; porque sobre él no se pensaba, sino que con él se vivía. A pesar de esas hondas convicciones, la atmósfera de la academia de Hanok era demasiado macilenta para cualquier forma de amor. Los jóvenes que allí vivían conservaban algo del antiguo aire distinguido y mundano de Córdoba, pero hablaban de teología y derecho con el aire triste de los que no tienen porvenir, y dejaban los versos picantes para canciones y poesías entonadas con voz de falsete en el patio de la casa quemada.

Samuel estaba ya impregnado de ese aire levita de aprendiz de rabino, y por eso desde que lo citó Susán no podía dejar de asociar el amor con las peores sanciones de la Divina Providencia. Era la culpa. Océanos de culpa con los que aquella guerra había anegado y destruido los antiguos regueros del amor en primavera.

Por la tarde esquivó como pudo a los compañeros de la academia. Con un palillo del árbol de Arak limpió su boca con detenimiento. Salió. Ni tan siquiera tuvo el valor de advertir a sus colegas de que esa noche no acudiría a la tertulia del patio de la casa quemada. Se adentró en el laberinto de calles, saltando de esquina en esquina, eludiendo las escasas patrullas que guarnecían la ciudad. Percibiendo otra vez la mirada fosforescente del tigre que habita Córdoba. Apenas dejó atrás el barrio de la gran mezquita comenzó a ver ratas y desolación, casas derruidas, vertederos escarbados por los más pobres, tullidos y mutilados que lo miraban mal, calles cortadas por barricadas de escombros y mujeres desdentadas que ofrecían ratos de amor a cambio de un trozo de pan duro. Era demasiado joven para saber que habría visto lo que vio aunque no fuese real, porque la culpa puede estropear hasta los más limpios paisajes urbanos para convertirlos en escenarios de desdicha.

Susán lo recibió con maneras de príncipe, sin expresar emotividad. Sin embargo, llevaba un ropaje excesivo para la ocasión: una túnica azul y escarlata y, sobre ella, un manto púrpura de ribetes dorados. La suya era una de las mejores casas de Córdoba y Samuel la recorrió sin disimular admiración. Estaba tan contento por haber llegado hasta allí que al primer comentario divertido de Susán soltó una risa profunda y relajada.

Se instalaron en una pequeña sala adyacente al jardín. Estucadas en sus paredes, había varias imágenes que representaban actos antiguos de libación y bendición de las cosechas. Las siluetas humanas despertaron en Samuel una mezcla de admiración y escándalo. Por un lado, el recuerdo de la infancia en Mérida, ciudad pintada y coloreada hasta en los rincones menos visibles; por otro, su condición de clérigo en formación. Pero aquella noche podía soportar con risas ambos sentimientos y su contradicción, y podía soportar el leve resquemor de la culpa: se sentía bien en aquella casa y en aquella compañía.

—He preparado para ti vestidos muy especiales —le dijo Susán.

En el centro de la sala había una graciosa fuente de agua fría que se desbordaba sobre cuatro canales que desembocaban a su vez en uno circular. En una de las paredes había una pileta sin desagüe que los sirvientes llenaban con cubos de agua muy caliente.

Samuel se desvistió y se lavó.

Susán lo miraba. No disimulaba que le hervía el deseo, pero sabía mantener las manos quietas y el rostro impasible.

Samuel se dejó ayudar por los dos pajes morenos: le pusieron primero un calzón de lino trenzado sostenido por un fajín recamado en púrpura, escarlata y carmesí. Por encima una candora también de lino y, sobre ella, un manto bordado que llevaba

engastadas en la parte inferior granadas de metal carmesí alternando con cascabeles dorados. La abertura de la cabeza llevaba alrededor un dobladillo tejido y un coselete de cuero.

—Pareces otro —dijo Susán.

—Nunca había visto este tipo de ropajes.

—Entonces conoces mal las Escrituras —dijo el príncipe sonriendo—. Has de saber que llevas los vestidos para oficiar tal como el Señor ordenó a Moisés.

Con aquella revelación se estremeció el alma levítica de Samuel. Se dio cuenta de que estaba vestido, en efecto, con la ropa sacerdotal descrita en el segundo libro de la Torá, y le pareció que Susán estaba violando el mandamiento de la Ley de Moisés que prohíbe tomar en vano el nombre de Dios. Susán, por su parte, supo que había rebasado la línea, pero se anticipó a la reacción que esperaba de Samuel y se dio a todo tipo de explicaciones que lo tranquilizaran. Le explicó que sin el *efod* y el *hosen*, los más antiguos atributos de las suertes adivinatorias, no había blasfemia. Le confesó que detestaba las prendas descoloridas y remendadas que usaban los jóvenes desde que empezó la guerra. Le pidió disculpas por haberlo tratado como sumo sacerdote sin comprender que él estaba orgulloso de su condición de aprendiz de rabino. Logró tranquilizarlo. Bajaron los dos a la bodega y allí se entregaron al vino, a la conversación, a las risas y, al poco, a las caricias.

Samuel se habría quedado así hasta el amanecer, con la mirada perdida en las pinturas del techo y con los dedos de Susán recorriéndole despacio las comisuras de los labios, pero sentía el resquemor de la culpa que era un cosquilleo leve, un crepitar ligero en los órganos de la masculinidad. El príncipe lo notaba bajo sus caricias como un animalito nervioso. Le acarició las sienes y con la boca muy cerca de la oreja comenzó a susurrarle versos de amor. Samuel se relajaba y se tensaba por momentos. La voz de un hombre que le recitaba versos con el torso desnudo lo llenaba de calma. Los dedos y los labios que le acariciaban el vientre, la curva del cuello y las sienes, le producían miedo a seguir.

De modo que sintió una mezcla de intranquilidad y alivio cuando pasada la medianoche un paje los interrumpió para anunciar una visita. Susán, en cambio, se mostró molesto con el anuncio. Ya iba a decirle al sirviente que no lo recibiría, cuando Samuel se incorporó, se ajustó las ropas, se atusó los cabellos y dijo:

—Recíbelo, por favor.

El visitante era Alí ibn Hazm y nadie habría podido saber entonces que estaba llamado a ser el más grande escritor de aquel siglo. Samuel lo había visto alguna vez y había guardado una impresión nítida de él: Córdoba empezaba a tintarse del marrón de la miseria y, sin embargo, Ibn Hazm brillaba como una perla en el lodazal, como un faro en la neblina.

Entró en la bodega, vestido de blanco, altivo, con una mirada más impredecible que agresiva.

El príncipe Susán no se levantó para recibirlo y retuvo a Samuel cuando este

intentó hacerlo. Lo saludó recostado en el diván y lo hizo con una pregunta:

—¿A qué se debe que me visites tan tarde?

—He venido —dijo Alí Hazm— para devolverte el libro que me prestaste.

Eso fue lo que dijo Alí. Pero no fue eso lo que Samuel oyó, sino esto otro: «He venido para ver con quién te solazas».

—Muchas gracias —respondió Susán—, pero no corría tanta prisa. ¿Quieres beber una copa con nosotros?

Esto fue lo que dijo Susán, pero Alí ibn Hazm oyó otra cosa: «Sé que lo del libro es un pretexto, pero tranquilízate. No pasa nada. Quédate a beber con naturalidad. *Carpe diem*».

La mirada de Alí Hazm se clavó en Samuel.

—Te confieso que no podía dormir —continuó—. Como bien sabes el insomnio es un atributo del amante.

—Como también lo son los celos y la sospecha —dijo Susán.

—Lo peor es la sospecha confirmada —añadió Alí Hazm con un gesto de desprecio hacia Samuel—. Por cierto, ¿este quién es?

Samuel se incorporó e iba a recitar su nombre completo, pero el príncipe lo detuvo cruzándole el brazo ante su pecho.

—Querido Alí —dijo Susán—. Es mejor que te vayas ahora mismo.

Ya no había dobles sentidos. Alí Hazm dio media vuelta y se marchó, pero ningún encuentro es casual y aquel entre Samuel y Alí cambió la vida de ambos.

9

Un día, al amanecer, mientras hacía las primeras oraciones, el rabino Hanok recibió una misiva:

Judíos: Dios no os ha concedido la fuerza, pero sí en cambio el fraude, la hipocresía, el latrocinio y una sumisión falaz, unida a la más enconada enemistad contra Dios y su Profeta. He conocido los argumentos contra Alcorán del más mentiroso y vil de vosotros: Samuel Nagrela. Y hoy en la tarde, cuando la sombra de algo sea igual al doble de su longitud real y tras rezar el Asr, refutaré sus opiniones sacrílegas, ante el pueblo, en el Patio de los Naranjos de la Gran Mezquita y en el nombre de Allah, el Creador.

Firmaba el desafío Alí ibn Hazm.

Apenas terminó de leer la misiva, el rabino Hanok reunió a los neófitos de su congregación y, ante ellos, le exigió explicaciones a Samuel Nagrela. Tardó en darlas, porque él mismo no alcanzaba a ver el motivo de aquel desafío dialéctico de Alí Hazm, pero terminó entendiendo: días antes, Samuel había redactado para Susán, al que seguía visitando, una nota sobre la Divina Providencia en la que subrayaba una contradicción del Corán: «Todo lo bueno que te ocurre viene de Dios; y todo lo malo que te ocurre viene de ti» [4:80].

* * *

Era probable que Susán le hubiese dado a leer la nota a Alí Hazm y que este, galán y mundano, pero también alfaquí altivo, hubiese montado en cólera.

Con mejor serenidad de la previsible en un caso así, el rabino Hanok aceptó las explicaciones de Samuel y dispuso que aquella tarde todos, salvo él, acudieran al Patio de los Naranjos. Allí Samuel, ante el público y sin faltar a la fe de Abraham, pediría disculpas a los musulmanes por su precipitado análisis del Corán.

—Y no quiero reyertas ni ninguna clase de violencia —dijo para terminar—. Te lo advierto en especial a ti, Saúl.

Samuel se apartó del grupo y releyó la misiva de Alí Hazm. No había cumplido los veinte, pero ya era demasiado serio como para pensar que aquellas duras palabras contra él tuvieran otra explicación distinta de la teológica. Le habría gustado preguntarle a Susán, pero ya no tenía tiempo de ir a su casa. Tenía que concentrarse en la preparación de un debate público sobre un texto del Corán y prefería no saber nada más. A pesar de este empeño, al poco rato se preguntó confundido si aquello no sería el castigo de Dios por sus amores notorios con Susán. Llevaba semanas

visitándolo siempre que lo llamaba. Uno de sus pajes se acercaba a la escuela, a la sinagoga o a la casa quemada, y a Samuel le bastaba con verlo para saber que Susán lo esperaba. Atravesaba Córdoba lo antes que podía y se entregaba a él ya sin preámbulos, con unos amores tan intensos como las ganas de sobrevivir al asedio y a la guerra. Nunca le preguntó por la fidelidad, ni le pidió exclusividad. Ni tan siquiera podía imaginarse que un amor así de grande pudiera vivirse con dos personas a la vez. Pero eso sólo era la prueba de que aún no conocía los incontables recodos del corazón de Susán: porque en uno de ellos, bien instalado desde hacía años, estaba Alí Hazm.

Se conocían desde niños. Los dos pertenecían a la nobleza andalusí. Alí Hazm era de familia cristiana, de las sierras de Huelva, en la frontera de la Bética y la Lusitania, aunque no sólo no lo reconocía, sino que habría atravesado a quien se negara a reconocer que su familia era persa. Persa de la remota Persia, musulmana desde la misma Hégira. Era muy propio de la nobleza ese delirio genealógico que solía acompañarse deuna defensa de lo árabe frente a lo andalusí y de una batalla contra el bilingüismo. En aquella época, el árabe puro se hablaba en las salas de la corte, en las escuelas coránicas y en las oraciones de la mezquita, pero la calle, los harenes, el comercio, los baños, las fiestas populares y el amor hablaban todavía una lengua hispano-andaluza, latina pero lírica, flexible y suave.

Elocuente y crítico, sabio y arrogante, Alí Hazm cultivaba una literatura diletante y esnobista. Él y su grupo de jóvenes aristócratas defendían la expansión del arabismo y era por eso por lo que estaban muy al tanto de las modas de Bagdad. Aunque era verdad que las seguían para repudiarlas enseguida, porque en su programa estaba también la independencia del califato andalusí. Eran, en suma, la estética que acompañaba al esplendor político de los califas, con la paradoja de que el califato ya agonizaba en el vientre inflado de Hisham II, mientras que ellos florecían en los mejores versos de aquellos tiempos.

Estos jóvenes delicados, vestidos de blanco, legitimistas del partido omeya y enamorados de mujeres rubias, también repudiaban lo judío. Podían perdonar a la aristocracia judía y, más aún, a la alta estirpe de los Banu Susán, que emparentaba con el mismo rey David y cuyos miembros eran por lo general bellos y de maneras sublimes. Pero los prestamistas, los rabinos, los físicos, los comerciantes y los jóvenes de mirada cetrina y ropa vieja como Samuel Nagrela les parecían enemigos infiltrados. Por eso cuando Alí Hazm supo que el joven que yacía con Susán era un neófito de la escuela rabínica estalló en una eclosión de celos que le duró toda la vida.

Se lo había confesado el propio Susán, a la tarde siguiente del primer encuentro con Samuel. Alí se había presentado con el pretexto de pedirle disculpas por la interrupción del día anterior. A Susán no se le escapó que, en realidad, venía a pedirle explicaciones. Y lo humilló:

—Primero te haré el amor —le dijo— y después te daré las explicaciones.

Se las dio en la penumbra, después de unos ejercicios amorosos rutinarios y

mecánicos que le sirvieron tan sólo para recordar la piel de Samuel.

—Nunca imaginé que cayeras tan bajo —le dijo Alí.

Se sintió asqueado pero, en lugar de abandonarlo para siempre en ese instante, se vistió, salió despacio de la casa de Susán y, apenas llegó a la suya, montó un sistema de vigilancia para impedir nuevas visitas de Samuel. El palacete de los Banu Hazm estaba al lado del de los Banu Susán, los dos en el arrabal de la almunia de Almugira. El de Alí era más hermoso, estaba en una calle paralela al arroyo chico y desde el palomar se veía buena parte de la casa de Susán. Allí se subió Alí durante días para observar quién entraba y quién salía. Nunca vio a nadie porque con más malicia que astucia Susán había ordenado a los pajes que siempre introdujeran a Samuel por la puerta de las caballerizas. Pero una noche encontró entre los papeles de Susán los comentarios al Corán redactados por Samuel.

—¡Esto es lo último! —le gritó a Susán cuando terminó de leerlos—. ¡Cómo os atrevéis a discutir el Corán! Creía que tú eras una excepción en la miseria de tu raza, pero ya veo que eres uno más.

Aquella misma noche redactó su réplica teológica a Samuel y la misiva con la que lo desafió a un debate público.

Terminado el estudio del día, sin alimentarse apenas porque eran los meses del cerco bereber a la ciudad, los discípulos de Hanok pasaron por la sinagoga y, desde allí, después de rezar, se dirigieron en comitiva a la Gran Mezquita.

Sobre una tarima, junto a la fuente de las abluciones, ya hablaba Alí Hazm. Vestía de blanco absoluto y se había puesto el turbante de alfaquí. A pesar de sus años, que no eran más de veinte, aquel turbante encajaba con naturalidad en una cabeza altiva, con los ojos achinados e hirientes, la barba rasurada y los rizos negros del cabello asomando por detrás.

Samuel Nagrela no lo habría reconocido. Sólo lo había visto de cerca la noche en que irrumpió en la bodega de Susán. En alguna otra ocasión lo había admirado de lejos y con envidia, mientras paseaba su arrogancia de patricio por las plazas principales de Córdoba. Sentía una mezcla de admiración y odio hacia esos patricios. Antes de la guerra, cuando repartía la pasta para dientes y encías que elaboraban sus hermanas, visitaba con frecuencia el arrabal de Almugira, y alguna tarde de verano, por entre las enredaderas del patio, había visto las siluetas elegantes de los jóvenes patricios que, recostados en la hierba, recitaban y reían. Al adolescente capitalino y mundano la escena le parecía de una belleza inalcanzable y admirable, pero al levita que pronto sería el rabino Nagrela le repugnaba aquella decadencia.

Más para ayudarlo a subir a la tarima que para saludarlo, Alí Hazm le tendió la mano, lo miró con desprecio y lo vio como lo que era: un muchacho apocado, con un solideo ridículo y una mirada inteligente, aunque anulada por su falta de clase y compostura. Era una tarde espléndida en contraste con una ciudad carcomida por la

enfermedad y el hambre. Alrededor de la tarima, el público iba creciendo. Sobre ella, de pie con la mirada clavada en el suelo, estaba Samuel Nagrela. Y Alí Hazm que, sin dejar de hablar, sin mirar jamás a Samuel y sin mencionar nunca su nombre, paseaba de un lado a otro y hablaba con voz clara, oratoria pulcra y en el más alto árabe.

—Según el primer libro de la Torá —dijo—, Caín, convertido en vagabundo errante, le dice al dios de los judíos que cualquiera lo matará y ese dios afirma: «Al contrario, quienquiera que matare a Caín, lo pagará siete veces», y le puso una señal para que nadie que le encontrase le atacara. Ahora bien, en el cuarto libro de la Torá se dice: «El Señor es lento para enojarse y está lleno de misericordia. Él tolera la maldad y la rebeldía, pero no las deja impunes, sino que castiga la culpa de los padres en los hijos y en los nietos hasta la cuarta generación». ¡El mismo Dios que perdona a Caín, castiga a los nietos de otros! ¿No es esta una contradicción? ¿Tienes algo que decir, Samuel?

Samuel Nagrela dejó pasar unos instantes. Alzó la cabeza y dijo:

—La paz sea con vosotros. Sólo he venido para pedir disculpas a la comunidad musulmana y para declarar aquí, en este lugar sagrado y ante el noble pueblo de Córdoba, que nunca he tenido la intención de execrar el Corán.

—¡No lo creáis! —gritó Alí—. Son falsas disculpas. Los judíos son la gente más mentirosa de la Tierra. En toda mi vida sólo he encontrado uno que no lo fuera. La razón es que ellos creen que los ángeles que llevan cuenta de las acciones humanas sólo entienden el hebreo y no se enteran de las mentiras dichas en otras lenguas.

—Si quieres lo diré en hebreo —se alzó Samuel y comenzó a reiterar las disculpas en su lengua.

—¿Quién te traducirá? —preguntó Alí—. ¿Otro judío? ¿Cómo sabemos que no nos mentirá en la traducción? Los judíos afirmáis que el matrimonio no contraído con arreglo a la Torá es adulterio y su fruto adulterino. Pero luego no os recatáis en decir que Moisés y su hermano Aarón nacieron del matrimonio de Amran con su tía paterna, que Sara era hermana de su esposo Abraham y que Salomón era hijo de David y de una mujer con la que cometió adulterio. ¡Y todos los judíos que descienden de Salomón son por tanto adulterinos!

—¡Tales cosas eran lícitas en aquellos tiempos! —dijo Samuel.

—¿Acaso dices que estaba derogada la ley divina en aquellos tiempos?

—Digo que las leyes sólo obligaron a Israel después de la revelación de la Torá.

—Entonces tenéis que reconocer que no es adulterino cualquier hijo de puta que nazca en una comunidad que no conozca la Torá. Y yo te digo: un hijo de puta sigue siendo un hijo de puta ya conozca o no la Torá.

Los asistentes rieron y aclamaron a Alí. Samuel se retiró cabizbajo entre abucheos. Cuando el rabino Hanok los oyó llegar, salió a la puerta para preguntarles por el desarrollo del debate. No tuvo que esperar respuesta, le bastó con ver las lágrimas de humillación en las mejillas de Samuel y los puños apretados de Saúl.

A pesar de aquella derrota dialéctica no fue Samuel quien odió a Hazm, sino que

fue este quien le tomó al judío un odio sincero que le duró toda la vida. Muchos años después, en el prólogo de un libro escrito cuando ya no era un joven conspirador y galán, sino un agrio intelectual trotamundos, preocupado por la ortodoxia del Islam, Alí Hazm confirmó el juicio que Samuel Nagrela le mereció en aquellos tiempos de la Córdoba asediada: «Desnudo —escribió—, excepto de delirios, desprovisto de todo, salvo de tristeza, vacío, a no ser de mentiras».

10

En Córdoba ya no quedaban alimentos. La peste acababa cada día con cientos de personas. Desesperados, los cordobeses saltaban a veces las murallas de la ciudad y se atrevían a atacar a las tropas bereberes. En realidad, sólo pretendían molestar a la bestia para que de una vez diera el zarpazo definitivo.

En lo más recio de una de estas peleas locas, a Hubasa, el sobrino de Zawi, se le aflojó la cincha de su caballo y, cuando se bajaba para apretársela, los cordobeses lo desmontaron de un lanzazo vigoroso y lo remataron en el suelo. Su hermano, el general Habús, el que después sería rey de Granada, trató de disputar su cadáver, pero lo rechazaron.

Aquel día, los alumnos de Hanok interrumpieron sus estudios y salieron de la academia para unirse a la comitiva de desharrapados que llevaba en triunfo la cabeza y el cuerpo descuartizado de Hubasa Maksán. Samuel Nagrela, como todos, botó y gritó al borde del muladar donde arrojaron los restos del bereber. Nadie podía haberle predicho entonces que un día sería ojo y mano derecha del rey Habús, hermano del arrojado.

De vuelta a la academia, los neófitos sufrieron la dura reprensión de su maestro por haber participado en un ritual de sacrificio humano. Sin embargo, el rabino Hanok terminó la reprimenda con un anuncio inesperado.

—Voy a ordenaros rabinos —les dijo.

Era insólito que alguien obtuviese el rabinato a los veinte años. Más aún en la extraña escuela de Hanok, donde se consideraba que los mejores alumnos eran los que no se ordenaban. Algunos habían pasado hasta quince años estudiando en la misma mesa de encina, sin honores ni distinciones, ni dinero, sólo por amor a Dios. Muy pocas veces en su largo magisterio, Hanok había decidido ordenar a un alumno porque considerara completada su formación. Otras veces, también de manera excepcional, había investido a un alumno porque consideraba que jamás alcanzaría la formación necesaria. Era su manera de expulsarlo de la academia. Y en otras ocasiones había ordenado sólo porque la extrema pobreza obligaba a un alumno a abandonar la contemplación y dedicarse a las labores remuneradas propias de los rabinos. Pero, de alguna manera, en todos los casos, la ordenación rabínica se vivía como un fracaso de la academia.

Esta vez Samuel, Galib, Saúl, José, Josué y Yahyé iban a ser ordenados como rabinos e Isaac como juez, por la simple razón de que Hanok intuyó de manera certera que la muerte de Hubasa significaba el fin de Córdoba.

Querían que sus discípulos escapasen cuanto antes de la ciudad y que pudieran transmitir la Enseñanza allá donde fueran. De manera que ofició una ordenación

colectiva.

Lo hizo en la sinagoga con una ceremonia rápida, un ritual muy sencillo y en presencia de muy pocos testigos.

Como Hanok intuía, tras la muerte de Hubasa Maksán, Zawi Zirí no pudo resistir más las presiones de sus hombres y tomó Córdoba. El asedio había durado más de dos años y habría durado mucho más de no ser por la ejecución de Hubasa. Sin ese episodio, Zawi se habría quedado en el campamento montado sobre las ruinas de Medina Azahara, esperando a que Córdoba se muriese por asfixia. Tanto la detestaba. Pero la muerte y el escarnio de Hubasa clamaban la venganza de la sangre y Zawi tuvo que ceder: aceptó por fin la capitulación que Córdoba le había presentado un año antes. Los bereberes entraron en la ciudad por la puerta del arrabal de Secunda. Al frente iba Zawi cabalgando junto a su califa títere, Solimán.

Quedaban tan pocos vivos que tuvieron que acortar el recorrido triunfal hasta el alcázar y colocar entre la gente a tullidos y leprosos, a campesinos traídos de alquerías próximas y a los inconfundibles sudaneses de Almanzor.

Zaheridos hasta el fondo del corazón y aterrados por la profundidad de la devastación, los cordobeses aclamaron como pudieron al califa Solimán. En el rostro del califa títere se pudo ver un gesto de aprecio hacia ese entusiasmo fingido. Sin embargo, en el rostro azulado del general Zawi Zirí nadie fue capaz de desentrañar un solo sentimiento que no fuera el del placer de la perdición.

Apenas si quedaba algo que pillar. La furia por la muerte de Hubasa Maksán tuvo que calmarse con el asesinato de los hombres más inofensivos.

Degollaron al anciano Mondhir, que había sido prior de la mezquita mayor desde los tiempos de Alhakam II.

Decapitaron al desdichado Merwan, de la noble familia de los Beni-Hodair, que había perdido la razón como consecuencia de un amor desgraciado.

Más allá, yacía el cuerpo del sabio Alfaradhi, maestro de Alí Hazm y autor de un precioso diccionario biográfico…

Mataron de una lanzada al rabino Hanok.

Las víctimas fueron tan numerosas que ni tan siquiera se trató de contarlas.

Josué y Yahyé fueron encarcelados.

Galib e Isaac lograron escapar hacia Zaragoza.

Alí Hazm se refugió en Almería.

Nadie sabía nada de Susán.

11

Kahina había llegado a Lucena en los primeros días de la guerra civil, al frente de una multitud de exiliados judíos. Con su escasa corte de mujeres —de la que la niña Ilbia ya formaba parte—, se instaló en las mejores estancias del alcázar de la ciudad, sin preguntarle a nadie, con naturalidad y como si esas habitaciones le correspondieran por derecho divino. Durante casi cuatro años, el tiempo que había de tardar en trasladarse a Granada, habitó este alcázar y lo convirtió en su santuario de poder. Desde allí impartió órdenes y dio consejos que eran atendidos en todo el territorio de Sefarad. En la única sala pública del alcázar recibía a notables judíos que venían de cualquier parte en busca de refugio. En casos muy contados aceptaba sus presentes de oro o joyas, porque vivía con el único remordimiento de estar recibiendo a refugiados de su religión que lo eran por culpa de su marido, el general Zawi Zirí, protagonista de la guerra civil y responsable de su demora. Nunca habló de eso, ni nadie se atrevió a mostrarle la contradicción, porque todos pensaban que su poder no provenía de su matrimonio con un general bárbaro, y que ni tan siquiera provenía de este mundo.

Siempre a su lado, Ilbia la veía iluminada con las auras de la santidad y de la majestad. Junto a ella tenía la sensación fascinante de estar con su madre y con su abuelo a la vez, sin ser tratada como una niña. Durante el primer año de su estancia en Lucena, la vida no fue muy distinta de la que llevaba en Salobreña. Sin apenas salidas por ser princesa y esposa de un califa, Ilbia leía hasta entrada la noche y mantenía conversaciones interminables con Kahina y las otras cortesanas. Pero en el verano de 1010 sucedió algo que la muchacha vivió como una liberación:

Los viajeros que llegaban a Lucena trajeron la noticia de que los generales eslavos habían destituido a El Mahdí y repuesto en el trono a Hisham II. Kahina convocó a algunos de estos viajeros en el patio del alcázar de Lucena y les pidió que contaran con detalles el golpe de Estado. Sentada a los pies de Kahina, Ilbia prestaba especial atención e iba ordenándose en la cabeza el relato atropellado y superpuesto de los viajeros. Contaron que los eslavos trajeron de Medina Azahara al califa legítimo como siempre lo habían traído en tiempos de Almanzor, es decir, vestido de mujer, a lomos de una burra y cerrando las calles de Córdoba a su paso. Contaron que lo vistieron de califa, con túnica de lino bordada en seda y que lo tocaron con mitra de ínfulas, y que lo sentaron en el trono del Señor de la Vida en el alcázar antiguo. Contaron que, apenas supo que esto había sucedido y en vez de escapar, El Mahdí se dirigió al alcázar antiguo; en su propio caballo y sin escolta, saludando al pueblo con aquella cordialidad tan suya que un año antes lo había llevado a ser aclamado sin discusión como califa del pueblo. Contaron que saludó con grande afecto al oficial de

la guardia eslava, al que llamó por su nombre, y que este militar lo dejó entrar en el alcázar extrañado, pero convencido de que había participado en el complot para deponerse él mismo y reponer al califa legítimo. Saludó a los edecanes y después en el salón del trono a los generales eslavos, tratando a cada uno con especial camaradería para que todos pensaran que era ese quien lo había invitado a venir adonde nadie lo esperaba. Después se acercó al trono donde se sentaba Hisham, se arrojó a sus pies, besó su mano y, con una naturalidad que ya provocó las risas de los presentes, declaró que él nunca había sido el califa, sino sólo el *hayib* de su amado primo, el guardián celoso de su trono, que había ocupado con la sola intención de devolvérselo. Contaron que ni siquiera la grandilocuencia de El Mahdí logró que Hisham II saliera del letargo de tedio en el que siempre había vivido. Y que el califa sólo se alteró un poco y compuso un leve gesto de desagrado cuando, sin dejar de reír y allí mismo, el general Jairan le cortó la cabeza a El Mahdí.

Luego Ilbia era viuda. A los trece años, recién alcanzada la pubertad, aquel golpe de espadón militar era para ella el golpe de suerte que la convertía en una mujer libre. La primera señal de su nueva condición fue que Kahina le indicó que tenía que acudir a la academia rabínica de Lucena y ponerse a estudiar. No precisó más. En aquellos tiempos, no era insólito que una mujer libre de la nobleza se formase en esos centros, pero en la academia de Lucena, que era ya la principal de Sefarad, se impartían muchas disciplinas que iban desde las más canónicas, como la teología o el derecho, hasta las más literarias y mundanas, como la poesía o la música. Sin embargo, cuando Ilbia le preguntó qué quería que estudiase, Kahina le respondió con su habitual tono augur:

—Cuando lo estudies, lo sabrás.

Ilbia decidió por su cuenta retomar los estudios musicales. En Salobreña había abandonado los ejercicios de laúd porque la música le provocaba anticipaciones de tristezas futuras, pero en su nueva condición de mujer viuda y libre ya no temía el poder premonitorio de la música. Por entonces había llegado a Lucena un judío rico de Córdoba llamado Rafael, que enseñaba canto litúrgico e instrumentos de cuerda en la academia rabínica. Hijo de un cantor de sinagoga, él no había querido seguir con el oficio del padre y no pertenecía por tanto a la clase sacerdotal. Tampoco lo necesitaba: sólo con el oro heredado podría vivir varias vidas. Y mucho más que el dinero, le interesaba el laúd. Decía que sus cuerdas le permitían escuchar la música del universo.

En efecto, lo primero que Rafael le enseñó a Ilbia fueron las notas armónicas de la escala musical. Le mostró cómo al dividir una cuerda en enteros consecutivos se producían intervalos consonantes y armoniosos. Le enseñó el unísono, la octava, la quinta y la cuarta, y sólo cuando estuvo seguro de que Ilbia había aprendido a puntear las cuerdas le habló de su verdadera pretensión:

—Si la armonía musical —le dijo un día— puede expresarse con números, ¿por qué no todo el cosmos?

La muchacha se escandalizó porque si esa pregunta era una afirmación, sólo le faltaba un paso para caer en la herejía pitagórica. Rafael lo dio:

—No es que el universo sea armónico —le dijo—, sino que todo debe su existencia al Número.

Sólo cuando terminó de explicárselo se dio cuenta del gesto de escándalo de la muchacha. Le pidió excusas:

—No sabía que fueras tan ortodoxa —le dijo—. Ni tan siquiera sabía que te interesara la teología.

Le pidió que olvidara sus afirmaciones y le expresó su miedo al rogarle que nunca hablara con nadie de sus heterodoxas ideas. Ella sólo le prometió lo segundo.

—Volveremos a hablar del Número —le dijo con tono de enfado infantil—. Estudiaré lo que haga falta para sacarte de tu error pagano.

Pero no hacía falta que la muchacha hablase de más, la fama de loco pitagórico que bailaba desnudo bajo la luna llena perseguía a Rafael desde Córdoba y sólo la memoria de su padre, que fue considerado el *mejorjazán* de la historia de Sefarad, lo libraba de la excomunión de los judíos.

Lejos de admitir las tesis de su maestro, Ilbia se concentró en el estudio para rebatirlas. Lo logró pronto porque disponía de una copia de la *Analítica primera* de Aristóteles en la que se demostraba que la diagonal de un cuadrado no puede expresarse como la proporción de dos números enteros.

—¿Cuántos números enteros hay? —preguntó Ilbia.

—Infinitos —respondió enseguida Rafael.

—Pues ninguno de esos infinitos números enteros puede expresar la relación entre los lados del cuadrado y su diagonal. Luego el Número no puede ser el fundamento del cosmos.

La discusión tenía lugar en la terraza más alta del alcázar de Lucena. Hacía calor, era la noche del equinoccio de otoño y había luna llena. Para un pitagórico irredento como Rafael no podía pasar desapercibida aquella coincidencia de la luna llena del mes de tishri con la noche igual. De manera que le había suplicado a Ilbia que lo dejase entrar en el alcázar y subir a la torre más alta. Llegó antes del atardecer con su laúd, una flauta y una caja de campanitas de diferentes tamaños, y apenas salió la luna comenzó a golpearlas con una barra metálica:

—¡Escucha, Ilbia! —le dijo entusiasmado—. Esta es la música del universo.

Después comenzó a puntear las cuerdas del laúd. Repetía la secuencia del unísono, la octava, la quinta y la cuarta.

—Pitágoras escuchaba esto sin necesidad de instrumentos —le explicó a Ilbia—. Podía oír la armonía del universo y comprender la música de las esferas con sólo mirar las estrellas.

A solas con el maestro, Ilbia se intimidó no tanto con las palabras o las músicas, sino con la fluidez de sus movimientos. Parecía que volara como puro espíritu, parecía un ángel. Se había quitado el solideo con el que se cubría siempre por respeto

a la academia y se había soltado unos cabellos no demasiado largos, pero rizados y rubios como los de un niño. Vestía sólo una impecable candora blanca de seda fina con cuello de hilo dorado abierto hasta el pecho. Se había descalzado y no llevaba en el anular su sello de oro. Ilbia comprendió que de no ser porque ella estaba allí aquella noche estaría desnudo.

Por su parte, Rafael nunca antes había pensado en su alumna. Nada de ella le llamaba en especial la atención salvo acaso el brillo de la mirada y el aroma fresco que desprendía, pero ambas cosas le parecían atributos de la niñez. Sin embargo, cuando la oyó hablar de la diagonal del cuadrado, los números irracionales y la raíz cuadrada de 2, comprendió que estaba en presencia de una mujer que podría hacerle trizas el corazón.

Y así fue. Durante los dos años en que Ilbia permaneció en Lucena vivieron un amor de principiantes, de miradas tiernas y roces de manos, sin ferocidad ni asaltos. Y cuando Ilbia se marchó, Rafael se quedó destrozado no tanto porque a su corazón se le escapara el futuro, sino porque había desperdiciado el pasado. Fue entonces cuando comprendió que los años de amor casto y angelical no habían sido exigidos por la edad de Ilbia, sino impuestos por su miedo a romper un objeto de cristal que creía suyo para siempre. Sobre esto compuso una casida en lengua romance que aún se canta por las azoteas de luna del verano:

Cuando por el naufragio de tu vida pasa el grande amor,
o te embarcas o te ahogas…

Más que la enseñanza de Rafael y más que su amor celestial, en Ilbia influyeron los avatares de la historia de la nación. Zawi estaba alargando la guerra. No frenó a sus tropas cuando asaltaron Medina Azahara, pero cuando sus soldados quisieron recorrer la legua escasa que los separaba de Córdoba les ordenó que no pusieran un pie en aquella ciudad. Mantuvo un asedio innecesario y permitió que a Córdoba la consumieran los jinetes del hambre y de la peste. No le concedió la piedad de un asalto rápido y definitivo que la borrara de la faz de la Tierra. Tanto la detestaba. De manera que durante dos años y medio, los cuarteles de las tropas bereberes permanecieron entre las ruinas de Medina Azahara. Para que los administrara Kahina, Zawi iba mandando a Lucena capiteles romanos y azulejos bizantinos, veletas de oro y tres mil cuatrocientas dieciséis columnas de mármol con las que pronto construiría su palacio y los baños de Granada. También le enviaba a su esposa los artilugios mecánicos que iban apareciendo entre las ruinas y que nadie lograba hacer funcionar. Así, el alcázar de Lucena se fue llenando de pájaros autómatas que cantaban si se oprimía su resorte oculto y de ángeles diminutos con pecho de mujer que habían estado esparcidos por los jardines de Medina Azahara para que se pareciesen más a los del Edén. Llegaron también los regalos del basileus de Bizancio, Porfirogeneta, y una veleta gigante, que era un gallo de viento que tenía la virtud de señalar con el

pico la posición del enemigo.

Sólo Ilbia se entretenía buscando los mecanismos ocultos de aquellos aparatos. Sólo a veces conseguía que alguno volviese a funcionar y, con menos frecuencia aún, que alguien prestara atención a sus explicaciones. Un día destapó lo que parecía ser la pila de una fuente. Había sido arrumbada en una esquina de la sala principal de la alcazaba y cubierta con una tela lujosa para que pareciese un arca. Estaba tallada en una sola pieza de mármol y tras ladearla y voltearla, Ilbia descubrió con sorpresa que era una pila basculante. Creyó que era una clepsidra y le pidió confirmación a Kahina. Sin demasiado interés, ella le contó que recordaba haber visto esa fuente en Medina Azahara. Le dijo que no la llenaban de agua sino de mercurio y que estaba en el centro del salón más suntuoso y extraño que había visto jamás, el llamado Maylis al-Mulk.

—Y no era una clepsidra —concluyó—. Era un adorno.

Así intentó Kahina librarse del asedio de Ilbia, pero la curiosidad de la muchacha era demasiado grande y tuvo que acceder a contar todo lo que recordaba de aquel salón. Era un recinto con paredes de cristal, incrustadas de láminas de oro. Ocho puertas le daban acceso entre columnas de pórfido. Sus arcos se prolongaban a la cúpula para formar un octógono asombroso, encharcado de gemas conformes con el grosor y brillo de las estrellas más remotas. Dividido por los parteluces de los ajimeces, el sol de mediodía daba sobre el mercurio, se multiplicaba por el juego de espejos de las paredes de cristal y producía un resplandor tal que callaban todos los allí presentes, como si en sus ánimos no pudiesen dar cabida a tanto estupor.

—¡Me estáis describiendo —exclamó Ilbia— la sala de cristal con suelo de espejo donde Salomón recibiera a la reina de Saba!

—Así es —confirmó Kahina y añadió un reproche hacia Zawi que no era habitual en ella—: Mi marido ha permitido que la soldadesca desengaste y se apropie de las gemas de la cúpula. Y no sólo eso: ha permitido que derriben las columnas y que conviertan el salón en un dormitorio de cuartel. Sólo ha salvado esta pila y me la ha mandado sin el mercurio que la colmaba.

Ilbia siguió importunándola, preguntando cómo era cada esquina, dónde se sentaba el califa, o cuál era la altura de la cúpula. Cuando se consideró bien informada, midió con cuidado la fuente y, a partir de sus dimensiones, en una tarde de trabajo, dibujó en sección y con perspectiva el salón de Maylis al-Mulk de Medina Azahara. Utilizó un papiro que medía un codo sacerdotal de largo y algo más de medio de alto, un compás de bronce, una pluma de ganso y una tinta verdosa que fabricó ella misma mezclando yemas de huevo con polvos de carbón de leña. Apenas lo terminó, se lo llevó a Rafael, no tanto para que apreciara su habilidad técnica como dibujante, sino porque había utilizado como proporción de la perspectiva el número de Pitágoras, partido por dos.

—Que para que te fastidies —le dijo— también es un número irracional.

Pero a Rafael no le interesó ese detalle. Después de asegurarse de que Ilbia nunca

había visitado el Maylis al-Mulk y de que ella misma había hecho el dibujo, le dijo que una vez de niño había visitado Medina Azahara de la mano de su padre, que recordaba al detalle la fuente de mercurio y el salón que la rodeaba y que su dibujo se parecía tanto a su recuerdo que una de dos: o ella era Dios o en ella vivía reencarnado el arquitecto bizantino que construyó el salón. Ilbia se rio nerviosa porque la migración de las almas era la tesis pitagórica que más le movía los cimientos de su fe. Él creyó que la risa era de alegría y aprovechó para abrazarla con suavidad. Ella le correspondió con un beso en los labios y él dejó muy quietas las manos sobre su espalda y no continuó, convencido de que ya había llegado demasiado lejos con una niña y de que podría esperar toda una vida y varias más para tenerla.

12

Samuel Nagrela salió de Córdoba a la hora del triste desfile victorioso de Zawi y su califa títere. Tenía intención de dirigirse a Lucena para encontrarse allí con sus hermanos, pero no cruzó el puente romano. Además de saber teología y letras, también de astros y números, Samuel era zahorí: podía usar unas varillas de almendro para diagnosticar enfermedades, obtener medidas exactas y encontrar objetos perdidos, pero cuando se trataba de buscar personas o de consultar el futuro prefería utilizar su péndulo: un anillo de oro que había heredado de su padre y que colgaba de un cordón de cuero. Si el péndulo giraba de izquierda a derecha era que no, y si giraba al contrario era que sí, porque la energía del universo, como la escritura, era sinistrógira. Así que el péndulo le indicó que tenía que salir de Córdoba por el camino de Al Zahira.

Al pasar por el arrabal de Almugira, se detuvo unos momentos ante la casa de Susán porque aún tenía la esperanza de volver a verlo. Resguardado en una esquina, no observó movimientos en ninguna de las villas del arrabal. La casa de Susán estaba cerrada, nadie la había saqueado todavía, pero el olor de abandono comenzaba a impregnarla. Había tablones y basuras por el jardín, la fuente no manaba y la puerta de las caballerizas por la que siempre había entrado para sus encuentros de amor estaba desvencijada y mal cerrada. El péndulo no giraba. Por un momento le pareció que Susán estaba muerto y que lo que veía era una metáfora de su futuro, pero no se dejó contagiar por la tristeza. Se alegró de que la Divina Providencia le plasmara el pasado y el porvenir con tanta claridad en aquella visión. El amor humano era pasajero y el pasado, como la casa, estaba desolado. En su vida algo había terminado para siempre pero, como la casa de Susán, no todo estaba quemado. Cabía la reconstrucción de la casa, cabía la esperanza en el alma.

El péndulo volvió a indicarle que no cruzara el río por allí mismo, sino que siguiera su curso hacia el norte. Cuando alcanzó el puente de Alcolea atardecía ya, llevaba tres horas caminando y cualquiera hubiera observado que estaba más lejos de Lucena que cuando partió. Sin embargo, eso no sólo obedecía a los dictámenes del péndulo, sino también a un plan inteligente: no siempre el camino más corto es el más seguro.

Se quedó varias horas escondido entre los matorrales del puente. Quieto como un felino, acechante en la oscuridad. Sólo lo cruzó cuando estuvo seguro de que podía hacerlo sin que ni un alma lo viera. Comenzó a caminar campo a través y por fin hacia el sur, amparado por la noche y dejando siempre a su espalda la estrella de los fenicios. Lucena quedaba a unas veinte leguas: eso eran tres jornadas de camino, siempre que pudiera utilizar las calzadas.

Al amanecer se detuvo, giró su rostro hacia el este y rezó: «*Shemá Israel, Adonai Eloheinu, Adonai Ejad*». (Escucha Israel, Adonai es nuestro Dios, Dios es Uno). Después, desde la colina a la que había subido, miró la calzada y comprendió que podría caminar por ella sin problemas. A esas alturas de la guerra civil, la desolación de Al Ándalus era tan grande que los caminos podían transitarse durante semanas sin encontrar a nadie vivo. Y así anduvo Samuel toda aquella mañana, como un fugitivo al que nadie persigue, ya solo por el camino principal, ya apartándose a las breñas para esquivar cualquier encuentro.

Pasado el mediodía lo derribó el sol. A la sombra de un árbol gigante y solitario logró dormir durante unas horas, a pesar del hambre. Viajaba con pocos dinares de oro, los imprescindibles. Pero en el bardón y en la esclavina llevaba mucho oro en polvo. Viajaba sin alimentos ni agua. Ligero. Pero era herborista y conocía las plantas.

Lo despertó el frescor del atardecer, vadeó un arroyo de piedras y penetró en un bosque de encinas viejas, al fondo del cual había un morabito abandonado. Allí se introdujo a través del oratorio oscuro hasta la casa del santero en ruinas, apenas alumbrada por la luna creciente del mes de siván, y sin más muebles que un tronco esculpido a golpes de hacha. Sólo entonces se atrevió a llorar.

Al atardecer del tercer día coronó la última colina, y el horizonte se abrió en una llanura verde, en cuyo centro se alzaba el rectángulo preciso y claro de la ciudad de Lucena, con sus murallas impecables, su alcazaba discreta situada en la esquina justa donde tenía que estar y su fragor de comercio próspero.

No sintió alivio ni ninguna otra emoción, salvo cuando vio cruzar por el puente una banda de zagales alborotados que le hicieron pensar en su propia infancia, en la casa quemada de su madre, en las veladas del patio, en Susán, y en Isaac y Carmela, sus hermanos, a los que hacía cuatro años que no veía. Entonces se le volvió ingobernable el cuarto del corazón en el que habitan las penas y se le escaparon las lágrimas. Las conjuró pronunciando el nombre hebreo de Lucena:

—*Elí Hosanna* —dijo en voz alta—. El Señor sea alabado.

Se plantó ante la casa que le indicaron y antes de llamar a la puerta se deleitó con el olor de las celindas que asomaban por las tapias y con la visión de los jazmines. Enseguida un tropel de familiares lo abrazaba y lo besaba. Su hermano Isaac se había casado y su mujer llevaba un niño en brazos y otro en el vientre. Su hermana Carmela ocupaba la casa de enfrente, en la misma calle, porque también se había casado y había tenido un niño con un ebanista de las mejores familias del gremio artesano de Lucena. Postrado por las rozaduras de los pies, Samuel soportó a duras penas los agasajos de la bienvenida.

Terminaba el viernes y comenzaba el sabat. Las mujeres habían preparado el *mezé*: un abundante surtido de entremeses. Samuel apenas comió unas empanadillas de queso y huevos y un poco de tarama: una pasta de huevas de pescado secas, con miga de pan, cebolla cruda y aliño de limón y aceite. El patio emparrado hervía de

niños y de parientes de los parientes que querían saber sobre los últimos acontecimientos de Córdoba, pero Samuel salió del paso con un relato sucinto de la muerte y escarnio de Hubasa y de la entrada de las tropas bereberes. Pidió disculpas y se retiró a dormir en una sala fresca y pequeña que daba al patio. Antes, se volvió a lavar los pies con mucho cuidado y se puso cataplasmas de romero. Oyó las conversaciones de los hombres en el patio, que se demoraron hasta la madrugada, y en algún momento impreciso el dolor de rodillas le permitió dormir.

Por la mañana Samuel no se atrevió a pedirle a su hermano una cuchilla para rasurarse la barba. Había observado que todos los judíos de Lucena la llevaban crecida y apenas recortada y pensó que llamaría la atención un joven rasurado a la moda cordobesa. No le preocupaban tanto los reproches puritanos como la curiosidad estética de los hombres. Así que dejó su barba de viajero tal y como estaba, pero se limpió los dientes con palillos del árbol de Arak y con la pasta que su hermana Carmela seguía preparando. Se cortó y se pulió las uñas de las manos y de los pies. Se quitó la subúcula y el subligar. Se vació encima medio cubo de agua y, por último, sin secarse, se volcó un tarro de agua de romero y se friccionó todo el cuerpo con las dos manos, como si quisiera purificarse no sólo de tres días de viaje, sino también de cuatro años de muerte, saqueo, sangre inútil y amistades peligrosas en la Córdoba sitiada. Además, aquella mañana iría a la sinagoga y sería la primera vez que lo hiciera en su calidad de rabino.

A las dos semanas de llegar a Lucena, el joven rabino Samuel Nagrela compareció ante Kahina en la sala principal del alcázar para presentarle sus respetos. Samuel iba acompañado por su hermano Isaac, que era quien se había empeñado, quien había concertado la visita y quien lo introdujo y presentó con elogios inmerecidos.

Kahina, que ya preparaba por entonces su traslado a Granada, apenas entretuvo su mirada en Samuel y con más cortesía que curiosidad se interesó por las vicisitudes de su salida de Córdoba. En un momento de la conversación y de nuevo más por educación que por interés le preguntó si pensaba instalarse en Lucena:

—No —le dijo Samuel—. Pronto me iré a Málaga.

Era la primera vez que anunciaba esa intención y su hermano Isaac no pudo callarse al oírlo. Debería haberlo hecho, sobre todo en presencia de Kahina, pero se sintió defraudado por enterarse así de la determinación de Samuel. El hermano todavía no alcanzaba a entender por qué decidió quedarse en Córdoba cuatro años antes. Y además estaba convencido de que esta vez Samuel permanecería a su lado.

—¿Te manda Dios otra vez? —dijo Isaac con la poca dulzura de la que fue capaz.

A Samuel no le gustó la carga de ironía que llevaba la pregunta. Le pareció que su hermano estaba ridiculizando de nuevo su decisión de permanecer en Córdoba después de la muerte de su madre y del comienzo de la guerra. Mientras que él, como lo estuvo tantas veces a lo largo de su vida, estaba convencido de que había hecho lo

único que podía hacer, lo que le mandaba la Divina Providencia, la misma que sintió titilar en la candela del rabino Hanok la noche en que asesinaron a su madre y a su hermana.

—No —respondió Samuel con seriedad—. Voy a Málaga sólo porque tengo allí un buen amigo. Tú lo conoces. Es Judá Gabirol y me ayudará a retomar el negocio de herboristería de nuestros padres. Vendré a Lucena con frecuencia.

En el momento en que decía esto, unos hombres retiraban de la sala una pesada pila de mármol. A Samuel le llamó la atención que una voz femenina estuviera dando las órdenes de transporte. Era Ilbia. La muchacha no se dio la vuelta en ningún momento y Samuel no pudo contemplar la cara de quien era su destino.

13

Salió de Lucena el día previsto en su minucioso plan de viaje. Era el de la luna nueva que abría el mes de *tammuz*, 12 de junio del año 1013 del calendario romano. La primera jornada fue la más ingrata y lo hubiera sido incluso para alguien menos seguro de adónde iba y para qué. Por los caminos desiertos de una nación moribunda alcanzó la villa de Benamejí. Pernoctó en una alhóndiga entre comerciantes miedosos que sabían de la guerra más de lo que contaban y entre arrieros temerarios que sabían menos de lo que presumían.

Al día siguiente, desde muy temprano, se dibujó ante él una montaña aislada en el llano de Antequera. Tenía la forma inequívoca de una cabeza humana, como un rostro que emergiese de la Tierra. Por la tarde volvió a sentir el dolor de los pies y se tumbó boca arriba entre rocas, sintiendo el extraño olor de las encinas mientras miraba el cielo. Luego se durmió de veras con un sueño largo del que no se marchó nunca el olor de las encinas ni el perfil de aquella colina, que parecía un gigante petrificado por castigo de los dioses antiguos.

Antes del amanecer, el instinto de fugitivo lo encaminó hacia la ciudad de Archidona. La alcanzó en media jornada, pero se acercó a ella merodeando y silencioso como un amante. Ar-Sidonia, la alta Sidonia de los fenicios, era una mujer recostada en lo más alto a la que no era posible acercarse de manera directa. Por eso, en lugar de subir por el sendero que llevaba hasta la Mosala, el santuario fenicio de la diosa Anat, dedicó toda la tarde a subir despacio y seguro por una montaña escarpada que era la única que le permitiría observar de frente el templo. Al atardecer se escondió en la cumbre y desde allí observó con atención la ciudad y el punto santo que fue templo, sinagoga, iglesia y mezquita.

El murmullo de la ciudad parecía crecer a medida que se acercaba la noche. Oída desde aquella altura, Archidona era un ruido sordo de caballos, de bandas de jinetes que salían y entraban. Se esforzó en reconocer la etnia y condición de los que se movían, pero la información del ruido remoto no daba para tanto. Del templo de la Mosala provenían, en cambio, los sonidos del crepitar de las antorchas que iluminaban su fachada y, en el momento justo de la puesta de sol, la llamada a la oración del almuédano. Vista desde allí la Mosala, santa y callada, emitía aún los ecos del día remoto en que Abderramán I fue proclamado en ella emir de Al Ándalus. Si Córdoba era la cabeza, aquel templo era el corazón de la nación, allí habían comenzado los latidos de la historia que ahora parecía terminar. De vez en cuando se veían las hogueras de las alquerías y, al oeste, seguía emergiendo la colina en forma de rostro de gigante. Entrada la noche, el silencio le pareció tan sobrecogedor que rezó todo lo que supo antes de caer en un sueño intranquilo de malos presagios.

Por la mañana vio movimiento de tropas. No sabía si bereberes o andaluzas, si legitimistas o sublevadas. Vio una fila de prisioneros atados por los pies, humillados y empujados a empellones, y tampoco supo distinguir a qué partido pertenecían. Lo único inconfundible era el olor a miseria y odio de la guerra civil.

Sintió miedo: era judío y no era ni de la plebe, ni de la nobleza, así que no sabía de qué bando era, ni contra cuál luchaba. Como todos los cordobeses, despreciaba a los bereberes, pero acababa de presentarle sus respetos a la esposa judía del más alto de sus generales. Era andalusí, pero también judío. Descreía del destino y de la fatalidad de los paganos, pero confiaba en la Divina Providencia, que no siempre le hablaba. Allí estaba, en lo alto de un cerro, fugitivo sin perseguidor, combatiente sin enemigo. Llevaba encima un pequeño tesoro: sus ahorros más la herencia de Hanok. No había aceptado la ayuda generosa de su hermano Isaac; tomar el oro que le ofreció habría sido no sólo prueba de avaricia, porque ya tenía bastante, sino también de temeridad, porque había de ponerse en camino. No era ni avariento, ni temerario; ni noble, ni pobre. Tenía veinte años pero confiaba en Adonai, el que provee a su pueblo en la travesía. Era valiente más por sabiduría que por ánimo. Y prudente.

Eso le aconsejaba no entrar en Archidona, ni tan siquiera subir a rezar al templo de la Mosala. Temía que abajo o arriba cualquier recaudador militar lo despojase de su fortuna. Pensó entonces en desviarse hacia el este y alcanzar Málaga no por el camino habitual, sino a través del siguiente paso de montaña, que era el del Boquete de Zafarraya.

Comió un trozo de *kisk*, una gacha de cebada a la que se le añadía mucha leche y se dejaba secar al sol de las terrazas. Rezó de pie, mirando hacia Jerusalén, y antes de terminar el *Adonai Elohenu* se puso en marcha.

Caminó todo el día, bordeando la sierra y sin cruzarse con nadie. Al atardecer, a lo lejos, le pareció oír ruido de rebaños. Se acercó, saludó a los pastores y les pidió información sobre los caminos. Le dijeron que un contingente eslavo ocupaba el llano de Zafarraya y el paso de montaña por donde se bajaba, a través de la Axarquía, hacia Málaga. No lo dejarían pasar si no era a cambio de dinero y, aunque no llevara una gran fortuna, sería imprudente. Los eslavos podrían conformarse con unos dinares. O no. Podrían registrarlo. Podrían encontrar el polvo de oro oculto en su esclavina o en su bardón. Podrían pensar que lo llevaba en la barriga. En aquellos tiempos se creía que los judíos se tragaban el oro, lo deponían por la noche y se lo volvían a comer. Los eslavos, mercenarios del norte, eran aún más dados a creer esas patrañas.

Samuel sabía que no había llegado su hora, pero no quería desafiar los designios del Señor. Así que pidió cobijo a los pastores, que se lo dieron sin agasajo alguno.

Al anochecer se postró para rezar y se orientó hacia La Meca. No quería que los pastores supieran demasiado pronto que era judío. Creía que eran musulmanes y que harían con él la quinta oración del día. Pero enseguida descubrió que eran gente sin Dios: cuando lo vieron rezar así, pusieron gesto de incomprensión. Después le dijeron que los duendes y las ninfas, los espíritus del monte y el dios de los lobos no

necesitaban oraciones. La islamización de la península avanzaba despacio.

Eran tres: padre, hijo y sobrino. Conservaban sus nombres romances, lo cual era prueba de su bajísima extracción social: el padre se llamaba Giner y no Yannayr, el hijo Gome y el sobrino Vermudo. Tenían un buen rebaño de ovejas, de las propias de aquellas sierras lojeñas. Eran animales de más de cien libras de peso que pastaban en colinas verdes de hierbas fuertes. Los tres hombres tenían en ellas su principal fuente de alimentación.

—La carne de oveja es caliente y seca… —les dijo Samuel una noche—. Por eso, de la misma forma que no coméis los machos viejos y grandes, no deberíais comer tanto cordero. La mejor carne es la de la oveja mediana y hembra.

—¿Tú cómo sabes eso? —lo desafió Giner.

—Estudié algo en Córdoba. Y sé que las ovejas lechales que tanto coméis producen en el organismo humedades en extremo. Además las preparáis en leche agria, de la peor forma posible.

Al día siguiente se empeñó Samuel en recoger hierbas para el guiso, pero enseguida se dio cuenta de que los pastores no se fiaban de él. Con Vermudo, en cambio, las conversaciones parecían más fluidas y hubo momentos de confianza. Una mañana, el pastor le señaló el valle de la Axarquía desde el Puerto del Sol.

—¿Ves esa aldea de ahí abajo? —le dijo—. Se llama Alfarnate. Ahí nací yo. Si pudiera, ahora mismo me bajaba. ¿A ti te gustan las hembras, Samuel?

—Claro que sí —dijo Samuel.

—Pues en mi pueblo, buena carne y mal vino —bromeó el pastor.

Ahí encontró Samuel el camino para ganarse la confianza de aquel hombre. Sólo había que pulsar sin dolor el lado animal de su corazón. En lugar de meterse en lo que comían aquellos pastores, les enseñó a preparar un emplaste de mentas y hierbabuenas para mejorar la masculinidad.

—Cuando bajes a tu casa —le dijo a Vermudo— te la pones ahí mismo. Notarás frescor y tu hembra se volverá loca.

Por las noches Samuel bebía muy poco. Simulaba beber mucho más, se entregaba a las bromas y vigilaba. Los pastores no se fiaban de él, pero él tampoco se fiaba de ellos. Cuando el vino hacía sus efectos en aquellos hombres, Samuel les descubría detalles del órgano femenino. Los pastores reían y bromeaban. Aprendían y bebían. Samuel no bebía pero también aprendía. Recababa de aquellos hombres información de todo tipo, sin preguntar nunca.

Una noche en que padre e hijo ya dormían, Vermudo tuvo un gesto de sinceridad con Samuel.

—Mi tío —rio— dice que eres un judío de los que lleva el oro en la barriga, que lo cagas cada noche y que te lo vuelves a comer. Dice que una noche te abrirá en canal y nos haremos ricos… Yo que tú me iba.

El pastor bromeaba. O no. En todo caso, Samuel ya sabía el camino que debía seguir para eludir el Boquete de Zafarraya. Los pastores le habían informado sin

saber que lo informaban. No había que caminar cuesta abajo y hacia el sur, que era donde estaba el mar, como cualquiera hubiera hecho. Había que caminar siempre hacia el levante, intentando mantener la altura. En tres o cuatro jornadas podría encontrar el litoral y, por ahí, en otras tres o cuatro, llegar a Málaga.

Al alba se puso en marcha. Pasó muy cerca de Alfarnate, pero no se atrevió a entrar en el poblado. Cuando lo venció el sueño, se apartó del camino, se cubrió con el capote y se extrañó de lo pronto que iba a lograr dormirse.

Pasó tres días más perdido en la sierra de la Almijara. Comió todo el cordero en madira que se había llevado. Le parecía impura la mezcla de sangre y leche, pero la alternativa era disputarle el alimento a los linces. Por fin un día se encontró sobre el nacimiento del río Guájar y pensó que si lo seguía alcanzaría el Mediterráneo. Se dejó caer por los parajes más bellos que había visto nunca.

A mediodía alcanzó una playa desierta. Antes de intentar averiguar dónde estaba se quitó las sandalias, se quitó la capa de lana y la túnica raída, dejó que el agua del mar bañara sus pies desnudos, miró al sol naciente y giró su frente diez grados más al sur para que su cuerpo mirase hacia las ruinas del Templo de Jerusalén.

Sin postrarse recitó: «*Shemá Israel, Adonai Eloheinu, Adonai Ejad*». (Escucha Israel, Adonai es nuestro Dios, Dios es Uno). Después se metió en el agua y se dio cuenta de lo cansado que estaba y del hambre que tenía. Salió del agua y se desvaneció.

14

No lo despertó el sol, ni el hambre, sino la sombra de una aparición. Había dormido con tanta intensidad su cansancio de fugitivo que necesitó un momento de reflexión para separar aquella imagen de las de sus sueños. Ella vestía una candora de seda verde, se cubría el pelo con un pañuelo negro, tenía postura de persona mayor, pero era una muchacha. No era bella, pero tenía un aire de familia, como si siempre hubiera estado cerca de él. Por un instante pensó que era su hermana Dalila, que lo recibía a las puertas del reino de los muertos.

—¿Estás bien? —oyó que le preguntaba.

—Dormía —explicó Samuel—. ¿De dónde sales? ¿Vienes del mar?

—¿Como las ninfas? —rio la chica—. No. En todo caso vendría del cielo como Isis.

Señaló hacia arriba. Samuel miró hacia donde ella apuntaba. Era una pequeña ciudadela fortificada.

—¿Dónde estoy? —preguntó Samuel.

—Al pie de la fortaleza de Salobreña, en la cora de Almuñécar.

—Te llamas Ilbia —Samuel pronunció su nombre en árabe.

—Helvia —pronunció ella en romance—. ¿Cómo lo sabes?

Samuel estuvo a punto de responder que lo sabía por revelación divina, pero se contuvo. En Córdoba se habló mucho de cómo una hija impúber del gobernador de Almuñécar fue entregada en matrimonio al anticalifa Mahdí.

—La fama de tu belleza se extiende por Al Ándalus —mintió Samuel.

—Gracias —dijo Ilbia con un sonrisa resignada—. Estaba arriba y te vi rezar hacia La Meca.

Por un momento, Samuel pensó que era mejor dejar que ella descubriese que era judío, pero enseguida descartó la prevención:

—Hacia Jerusalén —corrigió—. Soy judío.

—¿Es por eso por lo que no te arrodillaste?

—Por eso y porque esta arena es demasiado gruesa y se clava en las rodillas —Samuel lo dijo con sonrisa levítica—. ¿Por qué has bajado?

—Te he visto caer en la arena y he pensado que estabas enfermo y que te morías.

—¿Y no te da miedo acercarte sola a un hombre desnudo?

—No pareces tan bravo. —Ilbia se rio—. Estás escuálido como un…

—¿Como un mendigo?

—No. Como un judío.

Ahora se rieron los dos.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Ilbia.

—Ismael —dijo su nombre en árabe.

—Samuel —corrigió Ilbia—. ¿Eres de Córdoba?

—Nací en Mérida —dijo Samuel—, pero soy de Córdoba, como lo éramos todos antes de esta guerra.

La muchacha comenzó a caminar por la playa. Samuel Nagrela se quedó azorado recogiendo el calzado, la ropa, la esclavina y el bardón. Ella no lo había invitado a seguirla, pero él dio unos pasos rápidos en pos de aquella aparición, repasando en la mente toda la información de que disponía.

Si la casaron con doce años, debía de tener dieciséis. Si a El Mahdí lo habían ejecutado debía de ser viuda. Si estaban en la cora de Almuñécar era porque había vuelto con su padre el gobernador. La conocía de algo, su rostro y su silueta le eran familiares, pero no conseguía recordar dónde la había visto antes. Esto le ocurría desde que empezó la guerra: los rostros y los nombres nuevos se confundían en su memoria a los pocosdías. En cambio los recuerdos de su infancia retornaban ahora con frecuencia y nitidez crecientes. Se acordaba de Mérida: veía su puente inmenso que parecía abrir los caminos que conducían al fin del mundo, la casa fresca de sus padres con la luz tamizada por plantas y telas… Y sin embargo, era borroso el recuerdo de la academia de Hanok, del pecho fuerte de Susán, de la casa quemada junto a la Puerta de Almodóvar. Se acordaba mejor del atanor del patio, de las pilistras y los geraneos, del olor de la piel de la esclava que le parecía el mismo que el de los sacos de orégano, del sabor de las naranjas con aceite de oliva, del primer viaje comercial a Lucena…

«¡Lucena!», se dijo. Era allí donde había visto a Ilbia apenas quince días antes, cuando visitó a Kahina. Era la chica que daba órdenes como si fuese un capataz.

Le asombró la soltura con la que andaba por el pedregal. Todo en ella era un tributo a la pequeña proporción: su corta estatura, la posición de su cabeza y la caída de sus hombros que se convertían en una espalda justa. Vista desde atrás, también le recordaba a su hermana Dalila, aunque tenía un andar extraño, más bien desequilibrado pero muy ágil.

—Preferiría que caminaras junto a mí —le dijo Ilbia— y no detrás como un perrillo.

Samuel se azoró aún más. Le bailaban las albarcas y notaba húmeda la túnica. Habían rodeado la colina y subían ya por una vereda dulce hacia el pueblo que se extendía a los pies del alcázar, a espaldas del mar. Llegaron hasta la última terraza de cultivos. Los limoneros parecían quemados.

—El verano está siendo muy duro. —Ilbia leyó los pensamientos de Samuel.

Cuando llegaron al pueblo, Ilbia apartó a unos niños que jugaban chapoteando en la alberca. Ignoró las miradas y las risas de las lavanderas y se adentró por una hilera de casas blancas, con terrazas y chimeneas estrechas. Era un recinto de veinte o treinta casas viejas, con un templo que parecía mezquita, un cuartel adosado a la muralla del alcázar y unas vistas generosas del valle. La atmósfera era extraña porque

mezclaba los aires y los humos de una aldea con el ritmo cansino y el olor de los enclaves militares. Las rocas horadadas y la propia mezquita excavada en la piedra añadían al conjunto un aspecto rupestre. Al menos dos camadas de gatillos salieron al paso de Ilbia. Se detuvo ante una puerta de doble hoja entreabierta y lo invitó a pasar.

—Diré que te den algo de comer —le dijo a Samuel—. Tu aspecto no es muy bueno.

—¿Antes o después de vestirme?

Ilbia comenzó a reír. Tenía una boca grande y una risa franca. Era clara de rostro, de piel pálida, de cabellos lacios dorados por el sol y ojos verdes y sinceros. La puerta daba a un comedor de tropa, con bancos de encina y troncos abiertos a modo de mesas.

—Mi casa está arriba en el alcázar. —Ilbia se sintió obligada a explicárselo, porque se dio cuenta de que Samuel esperaba entrar a una casa.

Se acercó a un ventanuco y Samuel oyó que en lengua romance ordenaba que le sirvieran *sawiq*: una comida preparada con cebada tostada y triturada mezclada con dátiles y azúcar. Era lo más indicado para alguien desnutrido.

—Veo que sabes lo que necesito —dijo Samuel—. El sawiq de cebada somete los humores biliares.

—Y yo veo que tú sabes lo que comes.

—Estudié a Galeno y a Dioscórides —dijo seguro de que Ilbia no sabría de lo que hablaba. Pero ella sorprendió a Samuel:

—¿La *Materia médica*?

—¿Conoces ese libro?

—Lo tenía mi abuelo Eleazar.

—Dejé todos mis libros en Córdoba —dijo Samuel—, pero si pudiera recuperar sólo uno elegiría la *Materia médica*.

—El caso es que sabes lo que comes.

—No olvides que soy judío y los judíos sólo comemos —Samuel iba a decir que los judíos sólo comen determinados alimentos muy seleccionados, pero se corrigió y terminó la frase así:—… cuando tenemos hambre.

—Te dejo solo para que comas tranquilo —dijo Ilbia.

Pero justo cuando se iba apareció en el comedor un hombre más gastado que viejo, más orondo que elegante y más tostado que moreno. Abrió la boca para regañar a Ilbia, pero la hija le mostró su poder.

—Ya sé que no tenía que haber bajado sola a la playa —dijo sonriendo—, pero si no lo hubiera hecho no podría haber traído a…

—¿A quién? —preguntó el hombre malhumorado sin apenas mirar a Samuel.

—A Samuel Nagrela —interrumpió el joven judío, que se había puesto de pie y pronunciaba por primera vez su apellido.

Casim Alarif apenas barruntó un saludo, pero inclinó su espalda, tomó la mano del judío y la acercó a su frente. Entre los nobles viejos era una forma convencional

de saludo, pero para un joven como Samuel indicaba un alto grado de reconocimiento. Después padre e hija salieron y Samuel continuó comiendo en soledad. Masticaba muy despacio, porque sabía que comer al ritmo que le dictaba su hambre le arrasaría el estómago. Se dio a pensar qué hacía allí. Más bien, dónde estaba. ¿Por qué caminos lo conducía Dios hacia Málaga? ¿De verdad era Dios quien lo conducía? ¿Era providencial la aparición de Ilbia? No quiso abandonar esa secuencia de pensamientos porque sabía que retornan las ideas que no se agotan en la reflexión.

Sí que agotó el jarro de agua que le habían puesto y recordó el aljibe con abrevadero y alberca que había visto a la entrada de la ciudadela. Salió saludando a los guardias y se arrodilló para beber. Enseguida se le acercaron los niños y comenzaron a interrogarlo. ¿Quién era? ¿De dónde venía? ¿Había leones en Córdoba? A Samuel le costaba entenderlos, hablaban un romance muy poco arabizado que tampoco se parecía mucho al alto latín que él había estudiado. Más bien tenía que relacionar aquella lengua y aquel acento con el de Vermudo y los pastores o con el de sus abuelos de Algarbe.

Mientras hablaba con los niños, por el portón abierto de la ciudadela reapareció Ilbia. Montaba a horcajadas una mula grande que la hacía a ella aún más pequeña. Era la segunda vez en su vida que Samuel veía a una mujer montar a horcajadas. Años antes, en Córdoba, una poetisa viuda y sin harén había abierto su casa a la tertulia y a la declamación, y cuando salía montaba a horcajadas el alazán de su marido. Decenas de poemas y letrillas populares censuraban ambas conductas. Samuel recitó en voz alta unos versos en lengua árabe que recordaba:

—*Me ha montado a horcajadas, dijo de una mujer a la que amó, un corcel de rápida carrera…*

—*… corcel que se deja conducir por ella como una tímida gacela* —Ilbia terminó de recitar con desgana los versos que Samuel había comenzado.

Con el tono, dio a entender que no le apetecía seguir ese juego. Estaba cansada de recibir miradas, bromas e improperios de los hombres por montar así, pero no sabía hacerlo de otra manera. Los chiquillos aplaudían y reían. No entendían de qué hablaban Samuel e Ilbia, pero por el ritmo poético sabían que se trataba de requiebros.

—Subo al alcázar —cortó Ilbia sonriendo—. He hablado con mi padre y puedes quedarte aquí el tiempo que quieras. Me alegro de haberte conocido y espero volver a verte. Si Dios lo quiere.

—Si Dios lo quiere —respondió Samuel.

La mula de Ilbia comenzó el ascenso y Samuel se quedó pensativo. ¿Por qué ella subía en mula al alcázar, si había bajado andando a la playa que estaba mucho más lejos? ¿Por qué él no le había preguntado si podía visitarla en el alcázar? En su formación religiosa había profundas reservas hacia la promiscuidad, pero ninguna hacia la relación amorosa, incluso con mujeres de otra fe. Dios decidiría. Desde

luego, Samuel sabía que su esposa sólo podría ser judía y sólo sería su esposa si le ayudaba a alcanzar los designios de Dios. El destino de Ilbia era el harén de un califa. El de él… ¿Cuál era su destino?

Pasó la noche en la misma estancia donde le habían dado de comer, sobre un camastro que le pareció lecho de reyes y con un sueño profundo y sin pesadillas. Al amanecer lo despertó un trajín de soldados: Casim Alarif volvía a Almuñécar. Samuel se acercó a él y le presentó sus agradecimientos por la hospitalidad. Le dijo que pronto partiría hacia Málaga y Casim le explicó sin ganas que el mejor camino era el que pasaba por Almuñécar.

—Desde allí, tienes veinte leguas de camino —le advirtió—. Un joven ligero como tú puede recorrerlas en dos jornadas, pero sigue siempre el litoral, lo más cerca que puedas de la orilla del mar. Si vas por el interior te asaltarán los bandoleros, si vas por el litoral puede que veas venir a los piratas y te dé tiempo a huir.

—Todo depende del Misericordioso —dijo en árabe Samuel.

—Esta guerra nos está volviendo locos —respondió Casim Alarif—. Que tu Dios te proteja, joven rabino.

Dejó avanzar la mañana, pero antes de mediodía se decidió y subió al alcázar. Ya por entonces aquel castillo tenía la prestancia de lo milenario. Construido por los fenicios sobre un acantilado de rocas sin playa, sus murallas doblaban la altura de un hombre y estaban fraguadas en piedra por más de veinte siglos de historia. En el portón, Samuel preguntó por Ilbia. Le indicaron que tenía que subir otro tramo de cuesta, alcanzar una plaza de armas y llamar a la puerta de la mayor de las tres casas que allí vería. Antes de llamar, Samuel miró de reojo sus vestiduras, se sacudió la túnica y volvió a ponerse la capa.

Un criado le dio paso al primer patio. Era una casa grande y fresca, de una sola planta, y con un pórtico de columnas dóricas en la terraza exterior, desde la cual se dominaba la ensenada. La muralla del alcázar le servía de pared oeste, las otras tres estaban cubiertas por azulejos geométricos. La tapia blanca que daba al levante mantenía puertas y ventanas, pero la del norte se encajaba en la piedra de la montaña. El piso estaba cubierto de baldosas octogonales azules, jade y granate, desde la puerta de entrada hasta la cocina. Este diseño se había atribuido a la devoción por la familia Omeya, sin recordar que era una debilidad común de los maestros de obra andaluces desde la época de Tartessos.

Ilbia no llegó, apareció. En lo más alto de la escalera, con una sonrisa más grande que ella, con unos ojos dulces como el azúcar. Iba sin el pañuelo y vestida con una túnica esmeralda. Dos escalones antes de llegar al pie de la escalera se detuvo, y con un gesto abarcó la totalidad de la casa.

—Bienvenido a mi humilde hogar, ilustre señor. —Ilbia reía y exageraba los gestos de la bienvenida—. Me siento honrada de que visitéis mi casa.

Samuel no supo articular ni una palabra. Sólo supo que no olvidaría nunca aquella nueva aparición. Inclinó la cabeza mientras reía de forma nerviosa, como reiría un

rabino. Por gestos, Ilbia lo condujo hacia la enorme puerta de madera tallada, enmarcada por un arco azulejado y bordeada por un intrincado trabajo de estuco. Por allí pasaron al patio menor, con suelo de mármol, roto en el centro por un gran laurel. Y desde el patio entraron en la habitación principal: era amplia, de cielos muy altos; la pared que daba al mar estaba ocupada de suelo a techo por siete ventanas de cuerpo entero, con vidrios coloreados y enrejados de metal. En los arcos superiores centelleaban los mosaicos. Los batientes de las ventanas laterales se abrían hacia el cielo, los de la ventana central hacia el mar.

El visitante miró las alfombras y las lámparas, y sonrió a su anfitriona. Los muebles eran muy escasos, las lámparas colgadas eran de bronce o de roca y había por todas partes jarrones y floreros, y estatuillas de dioses romanos y santos cristianos en alabastro. El levita que había en Samuel se escandalizó por la iconolatría de los cristianos. El judío que había en Samuel se alegró por la riqueza. De nada de esto habló. El mundano que había en Samuel se interesó por el arte de las tallas. Ilbia se desentendió.

—La familia de mi padre era cristiana —explicó—. Ahora son musulmanes, pero han traído a esta casa los viejos iconos que había en la casa de Almuñécar.

Aquella incoherencia religiosa se acababa en el resto de la casa, donde la geometría del piso, de los azulejos y de los artesonados producía una sensación de mareo espiritual, amortiguada sólo por las mecedoras de mimbre y los taburetes de cuero. Salieron de la habitación principal y cruzaron un jardín cerrado con una pequeña fuente de nenúfares, y jazmines y junquillos por las paredes. Entraron en una habitación pequeña con un solo ventanal orientado al este. El espacio concebido en sus orígenes como oratorio había sido aprovechado para una pequeña sala de lectura. Allí sólo había estantes cubiertos de rollos, infolios y libros. Las baldosas siempre octogonales habían sido cubiertas con alfombras para mejorar el silencio del ámbito. Samuel tuvo una sensación de placer y comenzó a tocar y ojear los volúmenes.

—Gramática, filosofía, álgebra, religión… De todo. Aquí hay de todo… —Samuel se fue hasta la pared más alejada—. ¡Y medicina! Toda la medicina. Y tantas lenguas… árabe, hebreo, griego y latín… ¿Puedes leer en las cuatro?

—Lo intento. Pero aún ignoro la única lengua universal.

—¿El arameo, el persa…?

—Las matemáticas —dijo Ilbia—. Llevo años estudiándolas y creo que no las dominaré aunque les dedique el resto de mi vida… En fin, ese es otro tema. Mi abuelo es médico y esta es su biblioteca.

—¿Judío? —preguntó Samuel.

—Sí.

—¿Es el padre de Casim Alarif?

—No. Es el padre de mi madre.

—Ahora me lo explico —Samuel se arrepintió enseguida de haber dicho esto en voz alta.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ilbia.

—Nada especial. —Samuel quitó importancia a lo que iba a explicar—. Quiero decir que tu padre parece sólo un guerrero y tú eres… tan distinta.

—Los hijos somos hijos de nuestras madres y no de nuestros padres —dijo Ilbia.

—Conseguirás escandalizar a este pobre rabino —bromeó Samuel, pero adoptó un tono serio para añadir—: El semen transmite la filiación, la mujer es sólo la cáscara en la que se forma el niño.

—Un hombre come un albaricoque y tira el hueso en el campo de otro —repuso Ilbia—. Del hueso nace un árbol. ¿A quién pertenece? ¿Al que se comió el albaricoque o al dueño de la tierra?

—¿Adónde quieres llegar? —Samuel se sintió desbordado.

—Respóndeme —insistió Ilbia—. ¿De quién es el árbol?

—Del dueño del terreno —concedió Samuel.

—Por la misma razón los hijos son de su madre y no de quien gozó la fruta y arrojó la semilla.

En sus interminables discusiones de jurisprudencia, Samuel había oído pocas veces un argumento tan contundente. Sólo le quedaba el recurso a la autoridad: insinuó que Ilbia debía leer *Los aforismos* de Hipócrates en lo relativo a la importancia del semen. Ilbia compuso una sonrisa de victoria dialéctica. Cruzó la habitación y, segura de donde tenía que buscarlo, sacó un infolio y se lo entregó. Samuel lo abrió con cuidado y tras mirarlo exclamó:

—¡Una crónica de mi debate con Alí ibn Hazm!

—Así es —dijo Ilbia—. La diatriba antijudía de Alí ibn Hazm está redactada por él mismo. Tu respuesta es una conjetura del escriba. Podías comprobar si transcribió bien tus argumentos.

—No lo haré —respondió Samuel—. Me faltan los ánimos. Pero gracias, Ilbia. Me siento halagado… Dime cómo es posible que haya una copia de esto aquí en este alcázar.

—En realidad viaja conmigo —sonrió Ilbia—. Es parte de mi equipaje. El príncipe Ibn Susán la mandó a la academia de Lucena. Yo la conseguí hace apenas un mes y ahora vendrá conmigo a Elvira… Pero dime: ¿tan dura fue tu polémica con Hazm?

—Tan fuerte que ahora me parece que han sido él y sus amigos, y no tanto los bereberes quienes me han echado de Córdoba.

Era un verano rotundo y el día exigía ser partido. Un criado silencioso condujo a Samuel a una sala en penumbra. En el centro de esa sala había una pila de piedra blanca tallada con un laberinto de signos y letras de diversos alfabetos. De la base de esa pila partían cuatro canales como los cuatro ríos del Edén que desembocaban en otro circular que rodeaba la habitación. Era la misma disposición que tenían los baños en la casa de Susán. El bañero lo saludó con una inclinación de cabeza y con un gesto le ofreció pasar a la sala de vapor, donde se calentaba el agua.

—Prefiero el aire fresco de esta sala —respondió Samuel.

En realidad no quería perder de vista su esclavina y su bardón: su oro. Entonces el bañero comenzó a acarrear grandes cubos de cobre con agua caliente para llenar la bañera. Después abrió el grifo y añadió agua fría hasta alcanzar la temperatura justa. Entró de nuevo el criado, que sin palabras se llevó la ropa de Samuel.

—Deja donde están la esclavina y el bardón —le ordenó Samuel.

Los dejó en el banco, sin palabras. Samuel se quedó desnudo, envuelto sólo por una toalla. Entró un joven de unos dieciocho años. Era alto y muy delgado. El cabello largo y cuidado. Un bigote recto y una barba redonda y negra resaltaban el rojo de sus labios.

—Me llamo Isa —se presentó con voz suave—. Soy hermano de Ilbia y algo así como el gobernador de este alcázar.

—Me siento honrado de conocerte, Isa Alarif —Samuel añadió el apellido que Isa no había pronunciado.

—Ilbia me ha pedido que viniera a saludarte —dijo el chico—. Tú debes de ser alguien muy importante.

—Sólo soy Samuel Nagrela.

Así lo dijo y ahí se le quedó el pensamiento: «Sólo soy Samuel Nagrela».

El muchacho declinó compartir el baño.

—Esta tarde me marcho a Almuñécar —se excusó—, pero siéntete en casa. Los amigos de mi hermana son mis amigos.

Inclinó un poco la cabeza y salió.

«Un alcaide joven y vergonzoso», pensó Samuel.

Subió los tres escalones y se metió en la bañera. Tenía cosas en las que pensar. «Sólo soy Samuel Nagrela —se repitió—. Y no soy importante. Nacido en Mérida, Algarbe, antes Lusitania, pero cordobés. Andalusí, pero de estirpe levítica. Rabino a mis veinte años, pero droguero. Comerciante, pero zahorí. Gramático, pero calígrafo. Obnubilado por una *rummiya*, aunque sea nieta de un rabino y viuda de un califa, que monta a horcajadas y que dice disparates sobre los hijos y las madres».

Se quedó sentado con el agua hasta el cuello y después hundió la cabeza y la sacudió bajo el agua. El bañero le tendió un trozo de jabón y cuando estuvo cubierto de espuma abrió los grifos. Los chorros de agua fría reemplazaron el agua jabonosa que se derramó por los desagües. El agua cada vez más fría. La cabeza también. Cuando salió del baño fue hacia la toalla que le tendía el bañero.

—¿Quieres que te dé un masaje? —por fin dijo algo aquel bañero taciturno.

Samuel negó con la cabeza. Se acordó de la noche en casa de Susán. Del encuentro con Alí Hazm. De la blasfemia de Susán cuando lo vistió de Sumo Sacerdote. ¿Dejarse masajear por un hombre? Cierto que era un bañero y los bañeros lo eran por oficio o profesión, según el magisterio o habilidad de cada uno. Aquel era hábil, profesional y taciturno. Estaría castrado, pero no sería él quien se lo preguntara. Era fornido, de espalda ancha y brazos fuertes. Si ejercía su profesión con mujeres,

estaría castrado. Tal vez acariciaría el cuerpo de Ilbia.

—Sólo quiero dormir un poco —dijo Samuel—. Pero antes me gustaría recortar mis barbas.

—Llamaré al barbero de la alcazaba —dijo el bañero.

Al poco entró un hombre con una bacina espumosa, una navaja y una hoja grande de aloe. Le enjabonó el rostro y comenzó a pasar la navaja con una precisión y una rapidez que mostraban mucha práctica. Era extraño. En aquellos tiempos los hombres no se afeitaban. En Al Ándalus, el gremio de los barberos recortaba cabellos y barbas, pero no afeitaba casi nunca.

—Veo que tienes mucha experiencia en el afeitado —dijo Samuel.

—Los guerreros antiguos preferían afeitarse —respondió el barbero.

En ese momento a Samuel se le aclaró la condición de aquellas gentes. No estaba en la casa de Ilbia: estaba en una fortaleza militar. Los bañeros y los barberos no eran como los de Córdoba, al servicio del pueblo, eran edecanes, al servicio de los guerreros. Aquel era, por otra parte, el primer barbero silencioso que conocía. Los de Córdoba eran parlanchines. Vio cómo el barbero taciturno abría de un corte la hoja del cactus de aloe.

—¿Sabes que el aloe era la planta de la inmortalidad en Egipto? —El herborista Nagrela tenía que decirlo—. Los faraones incluían la planta entre sus tesoros y se la llevaban al otro mundo.

—No lo sabía —dijo con correcta sequedad el barbero.

Samuel nunca hablaba de más. Solía callar y oír. Aprendía hasta de los pastores más montaraces. Era otro aspecto de su sabiduría. Pero lo del aloe tenía que decirlo. Aquel barbero le había respondido con corrección, pero de manera cortante. Extraño barbero taciturno que no daba pie a la conversación.

Volvió a entrar el primer sirviente para llevarlo a un dormitorio. Samuel se vio ridículo: envuelto en una toalla, con una esclavina en una mano y un bardón en la otra. El sirviente le cambió la toalla por una candora blanca de algodón. Lo dejó dormir hasta pasada la media tarde.

Antes del atardecer, el mismo criado lo despertó con delicadeza. Su ropa estaba allí, limpia, seca, arreglada, perfumada. Se vistió Samuel y el criado lo condujo hasta el salón principal de la casa. Allí lo dejó solo.

Se llamaba Hassan. Se lo dijo por el pasillo y sólo porque Samuel rompió su decisión de nunca preguntar nada. El criado era taciturno. Como el bañero, como el barbero y como el hermano de Ilbia.

Samuel se dirigió hacia el ventanal. Atardecía ya. Un crepúsculo impresionante se dibujaba sobre el mar. Todo era más irreal aún que antes. El Mediterráneo comenzaba a bajar hacia la noche. Sus labios se movieron pronunciando alguna frase aislada, como le ocurría cuando componía un poema. Oyó un rumor de pasos sobre la alfombra. Se volvió y vio a Ilbia: otra aparición de Ilbia. Vestía una túnica blanca de cuello alto y amplias mangas largas. Tenía un corpiño ajustado y un cinturón blanco,

ancho. El pelo rubio y suelto, sin siquiera una diadema que sustituyese al velo. Cubría sus hombros un chal bordado en oro que sujetaba sobre el pecho con una mano. Samuel la miró y miró después su propia ropa.

—¿Vamos a la misma cena?

Ilbia se rio y le indicó los cojines situados a un extremo de la sala. Ella se acomodó en la otra esquina.

—¿Hablaremos a gritos?

Ilbia volvió a reír, se cambió al centro e invitó a Samuel a que se sentara junto a ella. Hassan comenzó a servirles la cena. Empezando por la fruta. Ilbia comenzó la conversación. Empezando por la curiosidad.

—¿Qué murmurabas cuando entré?

—Un poema para ti… —añadió Samuel sin esperar—. Mejor dicho sobre ti.

—¿Sobre mí para quién?

—¿Para quién escribo? —tradujo Samuel la pregunta de Ilbia—. Buena pregunta —se puso pedante—. Nunca he escrito para un príncipe. Así que escribo sólo para mí.

Hassan sirvió el tayín de pescado: lomos de sardina sobre boniato y cebolla.

—Más que en romance —dijo Samuel—, esta noche deberíamos hablar en latín. Ese baño decadente, ese dormitorio, esta comida… Todo esto es Roma…

—Bizancio —corrigió Ilbia—. Estás en tierra de bizantinos y estás cenando con una de ellos.

—¿Politeísta?

—No. *Adonai Elohenu. Alá Wahid. Deo uno, non trino*. ¿Tranquilo, rabino?

—Me tranquilizas.

—Sólo una cosa me gusta de los politeístas —dijo Ilbia.

—Me asustas. ¿Qué es?

—Son monógamos. Sin embargo todos los monoteístas, musulmanes, judíos o arrianos son polígamos. Y yo odio los harenes.

—¿Por qué?

—En los harenes no se puede estudiar.

El aire se calentó de pronto y una nube de mosquitos entró en la sala. Ilbia no pareció advertirlo. Hizo alguna referencia casual al cambio de vientos.

—Cuando llega el levante, se enfría el agua del mar y se limpia. Pero sube el calor y llegan los mosquitos.

Y de pronto, sin que viniera a cuento, comenzó a hablar de su vida. Su padre la sacó de Granada con nueve años, apenas murió su madre. La tuvo encerrada en aquella alcazaba hasta los doce. La llevó a Córdoba. La casó con un anticalifa loco…

—Por entonces lo hubiera matado —dijo.

—¿Al califa?

—A mi padre.

Samuel la escuchó impasible. Aprobó todo lo que oía con un movimiento leve de

la cabeza, sin atreverse a decir nada por miedo de que lo traicionara la voz. Sin embargo, dos o tres frases más sobre el espanto del harén le bastaron para confirmar que estaba enamorado de aquella mujer. Pero no pudo reaccionar como hubiera querido, porque el corazón se le alborotó. La fuerza del destino debía habitar aquellas dependencias paganas, porque la Providencia le mandaba caminar hacia Málaga y el corazón le revelaba que quería quedarse para siempre junto a aquella mujer. Ilbia se dio cuenta de la emoción de Samuel porque se le había perdido la mirada y había dejado de prestarle atención.

—¿Cuándo saliste de Córdoba? —le preguntó para sacarlo del laberinto del enamoramiento.

A Samuel le costó responder.

—Hace un mes.

—¿Cómo has podido vivir allí estos años espantosos?

—Me lo mandó la Divina Providencia. Pero, por favor, no hablemos de mí. Cuéntame más… ¿Cómo escapaste tú del harén de El Mahdí?

—En realidad no me escapé. Fue el día en que empezó la guerra, quería ingresar en Sukna al-nisa, le pedí permiso a mi padre y me lo dio. No me dejaron entrar. Entonces busqué a Kahina, la esposa de Zawi el bereber. Es judía de Qairuán…

—La conozco —dijo Samuel—. La visité en Lucena. En su casa te vi por primera vez.

—¿A mí? —preguntó Ilbia sorprendida.

—Sí —confirmó Samuel—. Hace dos o tres semanas. Allí estabas y nuestras miradas se cruzaron un instante, pero tú me has olvidado…

Con el mismo tono galante y lastimero iba a añadir que él no la había olvidado, pero algo en su interior refrenó la mentira.

—Kahina es una mujer fascinante —dijo en su lugar—. Se cuenta que mató con sus propias manos a una mujer del harén de Ifriquiya, una tía de Zawi.

—Así es. La sorprendió cuando iba a envenenar a su hijo Osiris. La derribó con un salto de pantera —Ilbia saltó de su asiento acompañando el relato—: se sentó a horcajadas sobre su pecho y la estranguló con sus propias manos.

Samuel se rio con ganas de la teatralidad de Ilbia. Ella volvió al asiento, recompuso los modales y le contó a Samuel todo lo que sabía sobre la guerra. Después de tomar Córdoba, Zawi se dirigía a Elvira. Los patricios de aquella cora y los de Jaén, Iznájar, Guadix y Almuñécar le habían pedido que los gobernara y los protegiera. Kahina iba con él. Ilbia los acompañaría pronto.

—¿Te parece bella?

—Debe de tener cincuenta años —dijo Samuel—. Además no transmite belleza, sino misterio. El inescrutable poder de Dios… Por lo demás, la mujer más bella que he visto nunca eres tú, esta noche.

Se interrumpió al ver que ella sonreía.

—Por Dios que eres hermosa.

—Te agradezco que me lo digas. Pero ¿por qué lo dices con tanta tristeza?

—Muchos me dicen que soy triste. No sé si lo soy, tiendo a creer que no, pero me llevo sorpresas conmigo mismo.

—Por eso te afeitas, para parecer menos triste.

—No. Me afeito para mostrar que los aceros de Damasco son finos.

En realidad, Samuel había comenzado a afeitarse el rostro cuando descubrió que los jóvenes patricios del grupo de Hazm lo hacían.

Ilbia se levantó y pasó junto a él hacia la ventana que daba al mar. Samuel aspiró su perfume al pasar y siguió percibiéndolo mientras contemplaba su silueta contra el cielo del atardecer. Ella levantó el brazo haciendo que la manga ondulara con el aire y señaló hacia el oeste.

—Se fue el sol —dijo—. Por donde siempre se va.

Sobre el mar, le señaló la luna llena del mes de tammuz. Era el 21 de junio de 1013, la noche menor. Samuel se atrevió a tomar la mano de Ilbia y a acercarla a su cara. Ella se soltó de manera enérgica, pero sin violencia.

—Mírame a los ojos —dijo—. Has de saber que soy virgen.

—Lo dudo.

Ilbia dio un paso atrás.

—Me ofendes —dijo.

—Sólo hablo de anatomía. Quiero decir que es probable que una mujer que monta a horcajadas haya roto su himen.

—No serás tú quien lo compruebe, querido rabino.

Como si Ilbia lo hubiese llamado o como si estuviese espiando, Hassan entró en ese momento.

—Acompaña a Samuel a su habitación —le ordenó Ilbia.

—Buenas noches —dijo Samuel con un registro de su voz que no había utilizado jamás.

—Mañana tienes que irte —le dijo Ilbia—. Tienes tres días de camino para llegar a Málaga. Cuando estés instalado, házmelo saber. Nos escribiremos y seguiremos hablando sobre el solsticio, Bizancio, el Edén y el aloe.

Samuel miró a Hassan porque la alusión de Ilbia al aloe significaba que el barbero le había informado de cada una de sus palabras.

Solo en su dormitorio, Samuel dejó que su mente recreara todo lo que podía haber pasado y no pasó.

Por la mañana, Hassan le sirvió un desayuno copioso. Después le mostró el palomar y le explicó cómo tenía que responder a las cartas de Ilbia.

—Si es que alguna vez —aclaró— recibís un palomo de este palomar.

Sobre la mesa del salón principal, Ilbia había dejado un regalo para él: era un ejemplar de la *Materia médica* de Dioscórides encuadernado en cuero.

Hassan lo condujo hasta la puerta del alcázar. Con cortesía excesiva le deseó un buen viaje. Samuel se puso en marcha con la duda de si debería quedarse. Era la

primera vez que dudaba. Por una vez no caminaba hacia el este, hacia Jerusalén, sino hacia el oeste, hacia Málaga.

Tenía veinte años. Ilbia dieciséis.

15

Días antes de que Samuel Nagrela llegara a Málaga, los ochenta tripulantes de un navío normando que habían entrado en el puerto en son de paz subieron hasta la alcazaba, aprovecharon la ausencia del gobernador hammudí y del grueso de su ejército, acuchillaron a la guarnición y en la torre mayor exhibieron sus escudos blancos en señal de dominio sobre la ciudad. Seis días más tarde, los jinetes del gobernador retomaron el alcázar, cortaron la cabeza del jefe de la expedición, se apoderaron de las mujeres y mandaron castrar a los supervivientes. La cuerda que formaban esos normandos, atados de pies y manos, salía por la puerta de la muralla cuando Samuel Nagrela esperaba para entrar. Iban en dirección a Lucena, ciudad en la que se habían refugiado los cirujanos judíos cordobeses que eran los únicos del mundo capaces de castrar a un hombre sin matarlo. Aquella cadena de hombres de pelo rubio y largo, maltratados, camino de la ciudad de la que él venía, solía ser evocada por Samuel Nagrela como uno de los peores recuerdos de su viaje de exilio.

Desde el mismo día en que llegó, Samuel fue acogido en la casa de su amigo Judá Gabirol. Exiliado cordobés como él, pero llegado a Málaga cuatro años antes, Judá era ya el médico más reconocido de la ciudad. Sin embargo, su incapacidad para esconder lo que sabía y para disimular su buen ojo clínico incluso con pacientes ajenos, y su porte de hombre apuesto, elegante y distante a la vez, le habían valido más desafectos de los que merecía. Su esposa se llamaba Batia, era una judía griega con unos ojos tan grandes y claros que producían miedo y una diligencia sinuosa propia de danzarinas o de serpientes.

La casa era limpia y soleada, estaba al pie de la alcazaba y recibía cada día las visitas de los pacientes de Judá. Los primeros días, Samuel no lograba dormir allí. Lo achacaba a los sudores que el clima húmedo le producía, hasta que se dio cuenta de que quien se le aparecía una y otra vez en la duermevela con todos los rostros de todas las diosas paganas era Ilbia, y de que los suyos, por lo tanto, eran sudores de amor. En la oscuridad, dormido pero despierto, Samuel intentaba seguir los ruidos del barrio, concentrarse en el trajín de los amaneceres y en la carga y descarga de las bestias, pero no podía dejar de pensar en Ilbia. Comprendió que nunca ninguna mujer lo había tratado de igual a igual en su vida y que era justo por eso por lo que no lograba olvidarla.

Al atardecer, cuando Judá terminaba las consultas y las curas, la casa del barrio de la alcazaba se convertía en un lugar tranquilo. En el patio emparrado con olor a violetas y a mirto, Batia servía la comida. Se evitaban las carnes, se combinaban la leche y el queso con los pasteles y las frutas, o con el bacalao, las alcachofas y las habas crudas. La comida se servía en platos muy pequeños que en la lengua

hispanoandaluza se llamaban *nuquel* o núcleos. Toda la comida era en realidad un pretexto para el vino. Judá era un gran aficionado, capaz de discernir por la degustación los vinos que se le presentaban e incluso fijar su edad. Se llegó a decir que lo prescribía en exceso a sus pacientes: trataba las enfermedades del hígado con vino añejo y a los tísicos y desganados con vino de Málaga.

En una noche de aquella primavera, Samuel decidió contarle a Judá su mal de amores. Ni tan siquiera consideró la presencia de Batia, que escanciaba las copas y servía los nuquel, pero que no dejó de prestar atención a una sola palabra de las dichas por Samuel. Judá, incómodo porque a su mujer parecía que iban a salírsele los ojos del interés en los desamores del huésped, cortó el relato:

—O sea, que te has enamorado de una rummiyya porque te ha tratado con indiferencia. Eso tiene arreglo.

Al día siguiente, como el que lleva a un enfermo a una casa de reposo, Judá llevó a Samuel a una almunia en la colina de Gibralfaro. Allí vivía un amigo de Judá llamado al-Nakini, médico como él, pero consagrado a un negocio que lo había enriquecido hasta el delirio. Su casa era una mezcla de academia de las buenas maneras y conservatorio de música y danza. Las alumnas llegaban a la fuerza o por su voluntad y eran formadas en los conocimientos más variados y después vendidas a precios exorbitantes. Nakini se jactaba de haber recibido tres mil dinares de oro por la última. Eran mujeres de la península escandinava, secuestradas por piratas en sus aldeas o vendidas por lotes en varios mercados del norte y del oriente. Podían ser también prisioneras de las razias por los países politeístas o, en menos ocasiones, campesinas andaluzas de las que se hubiera encaprichado algún patricio y que antes de ingresar en su harén eran enviadas a la academia de al-Nakini.

La noche en que Samuel y Judá fueron a visitarlo, al-Nakini tenía ocho mujeres en venta a las que decía haber formado en lógica, filosofía, geometría, gramática, prosodia, astronomía y caligrafía. Eran mujeres de aspecto gracioso, de silueta fina, de voz dulce. Pasaban el día haciendo preciosas copias del Corán y ensayando danzas. Sabían voltear los escudos de cuero y hacían juegos malabares con sables, dardos, lanzas y afilados puñales.

Judá mintió al presentar a Samuel. Dijo de él que era un patricio de Barbastro, la más remota de las ciudades andalusíes, y que pensaba en tomar concubina después de haber tomado esposa. Es probable que al-Nakini no lo creyera, no tanto porque Samuel tuviera alguna característica étnica que lo identificase como judío, sino porque tenía los ojos iluminados de quien leía mucho y la mirada perdida de quien se creía un mesías. No obstante les mostró toda su mercancía.

Entre copa y copa de vino, Samuel y Judá comenzaron a disfrutar de la danza de las muchachas. Vestían unos trajes llamados *qaba*, rojos, verdes o con rayas del Yemen, de los que colgaban unos caballitos de metal que se movían con la danza para representar a los jinetes en batalla corriendo al ataque, batiéndose en retirada o volviendo al ataque, según las secuencias de la danza. Los qaba se abotonaban desde

el cuello hasta los pies y así, al terminar la danza, podían abrirse por completo y dejaban aparecer el cuerpo de la muchacha como una flor que se abriera.

Avanzada la noche, obedeciendo un gesto de al-Nakini, una de las chicas tomó de la mano a Samuel y se lo llevó a una habitación de la almunia. Era un recinto de cojines y cortinas rojas, con escudos plateados en la pared, tan abrillantados que servían de espejo. Samuel se dejó llevar hasta allí, pero se empeñó en conversar con la muchacha. Era escandinava y hablaba un árabe coránico que debía de ser perfecto. Sin embargo, a Samuel, el levita, le parecía como si ella sólo moviese los labios y algún demonio dictase desde su interior.

A diferencia de Judá y al-Nakini, que ya estaban borrachos, Samuel no había bebido en exceso. Con la muchacha quiso fingir que era experto en lides amorosas porque tenía que salvar la mentira de Judá, según la cual ya estaba casado, pero no pudo contenerse y se entregó con ansiedad a su cuerpo. Succionó sus pechos sin acariciarlos, mordió su talle sin besarlo, liberó su masculinidad sin preámbulos y eyaculó enseguida.

—Así no es —dijo ella con tranquilidad, mientras recomponía su túnica.

Al oírla, Samuel confirmó que estaba en el centro del infierno y decidió salir de allí cuanto antes. Recogió a su amigo Judá, que a esas alturas estaba al borde de la inconsciencia, y comenzó a bajar con él la colina de Gibralfaro, por el sendero paralelo a la muralla.

Judá había bebido tanto que de vez en cuando tenía que apoyarse en la muralla para no caer. Apoyaba su hombro izquierdo, tomaba impulso hacia la derecha y así bajaba. Tropezó más de una vez y más de una vez también Samuel se vio rodando con él. Judá reía, pero Samuel nunca lo había visto tan feo: tenía un rictus en el labio y su aliento hedía.

Cuando llegaron a casa, Batia esperaba despierta. Salió a la puerta y le dio a Samuel instrucciones para que le ayudara a dejar a Judá en la cama. Eran tan precisas que Samuel comprendió que había hecho esa operación en muchas ocasiones. Llegaron hasta la cama y tendieron a Judá en el suelo junto a ella. Después Samuel lo agarró por los hombros y Batia por los pies. En el último movimiento, que consistía en subir el cuerpo a la cama, Batia dejó que sus pechos apareciesen por el escote de la bata. Samuel los vio preciosos, blancos y justos, más hermosos que los que había mordisqueado sin arte en la casa de al-Nakini. Se excitó, supo que recordaría siempre aquella visión, pero no se permitió ni un día de turbación: a la mañana siguiente comenzó a buscar otro alojamiento en Málaga.

Alquiló un portal con altillo a los pies de la alcazaba y apenas se instaló en aquel cuarto húmedo sintió que empeoraba de vida. Era un espacio oscuro y sucio que habría de usar como tienda y como vivienda. Por una puerta lateral se salía a un adarve empinado que terminaba en una placeta. Allí el suelo estaba enlosado como si alguna vez hubiese sido un patio, y en el centro había un pozo sin agua y una parra centenaria que era lo único vivo en medio de trastos olvidados, sacos de cal, restos de

muebles y clavos oxidados. Con todo, aquella placeta era lo mejor de la casa. Samuel la comparó con todos los lugares en los que había habitado desde que nació, incluidas las montañas del exilio, el cuarto quemado donde murió su madre y la casa del rabino Hanok, y concluyó que nunca había vivido en un sitio tan cruel.

«Más bajo no se puede caer», se dijo.

Enseguida le dio la vuelta al razonamiento: aquel cuarto maloliente significaba que había tocado fondo. A partir de ahora sólo podía subir. Así que invirtió una buena parte de sus ahorros en comprar algunos productos espagíricos en el puerto y en el mismo portal en el que vivía, a los pies de la alcazaba, abrió su negocio de compraventa de especias, droguería y preparación de remedios.

Hacia el interior, las colinas de Málaga se estaban poblando con especies botánicas africanas y asiáticas cuyas semillas venían en los barcos y se esparcían por los vientos fuertes de la primavera. Nadie podía saber qué propiedades tenían esas plantas, ni si eran del orden de la creación o frutas del diablo. Se le preguntaba a los judíos por si ellos conocían el nombre que Dios les hubiera dado en el arca de Noé, y ahí vio Samuel su oportunidad de negocio. Se especializó en su recolección y en su catalogación.

Apenas llegaban los días largos, se levantaba antes del amanecer, rezaba y se encaminaba hacia las colinas con un bastón y una faltriquera de saco. Antes del mediodía abría la tienda. Entre cliente y cliente iba colocando las raíces, las hojas y los tallos en cuencos o en paños, según que le merecieran menos o más atención. Además de comerciar con hierbas lo hacía también con alimentos sin uso farmacológico como las naranjas, los garbanzos o el aceite de oliva que su hermano Isaac le mandaba por tinajas desde Lucena. Vendió también muchas talegas de la misma pasta de dientes que su madre y sus hermanas preparaban en Córdoba. Y, por encargo, encontró con sus varas de zahorí tres depósitos de agua subterránea.

A veces, como agente de su hermano Isaac, bajaba al puerto para recibir mercancías y reenviarlas a Lucena. Soportaba de mal corazón el que en ocasiones esas mercancías hablaran y padecieran, como si fuesen humanas. Eran esclavos o cautivos que se enviaban a Lucena para ser castrados. A él le tocaba examinar sus pupilas, palpar sus órganos, escudriñar sus heces, oler su aliento o comprobar el estado de su dentadura. Con frecuencia se enfrentaba al presagio siniestro de que aquella criatura iba a morir y experimentaba compasión. Le costaba explicarse ese sentimiento. Lo comparaba con el de los bereberes que trataban a sus caballos como si fueran seres dotados de alma inmortal. Se aferraba a los textos sagrados de todas las religiones que conocía y se decía que, de ser mala la esclavitud, algún Dios la habría prohibido en alguna revelación y que, como no era así, lo que convertía a aquellas criaturas en esclavos y a él en un eslabón de su tráfico debía de ser algún designio insondable de la Divina Providencia.

Sus mayores beneficios provinieron de la elaboración y venta de la triaca de Mitríades el Grande. Era una panacea de cincuenta y ocho elementos cuya receta

había llegado a Al Ándalus en la época de Abderramán III. La trajo el monje bizantino Nicolás, que fue uno de los llamados por el primer califa para traducir del griego al árabe la *Materia Médica* de Dioscórides. El único ejemplar de ese libro que había en Málaga pertenecía a Samuel Nagrela: era el que le había regalado Ilbia. El último folio de aquel ejemplar, mal cosido al cuero de la cubierta, contenía la receta original de Mitríades. De manera que él era el único habitante de Málaga que podía preparar la triaca genuina. A la fórmula le hizo muy pocas innovaciones. Por insistencia de Judá Gabirol, añadió a los componentes propuestos por Mitríades una cantidad justa de mosto de uva pasa, pero mantuvo todos los elementos esenciales. El más importante era la carne de víboras hembras que él mismo capturaba en los montes. También se le añadían drogas poco usuales que tenía que comprar en el puerto, como óleo de bálsamo de Judea, tierra bolar o amomo. La triaca servía como antídoto para la mordedura de víbora, hacía fluir la orina y el sudor, calmaba las convulsiones de los epilépticos y combatía los gases fríos, la fetidez de nariz o de aliento y la diarrea.

La triaca de Mitríades sólo podía elaborarse a partir de la primavera, que era cuando las víboras terminaban la hibernación y se podían capturar por los montes de Málaga. Así que, para intentar compensar sus ingresos en la época fría del año, Samuel pensó en ejercer el rabinato, es decir, bendecir los campos, circuncidar a los niños, dirigir las oraciones o implorar la lluvia. Por lo general había un rabino por cada cien almas judías, pero en Málaga la proporción era muy superior. Samuel lo sabía y por ello se dirigió al rabino de mayor rango en la ciudad y solicitó su apoyo. No dudó en argüir ante él su pertenencia a los levitas de sangre. No le sirvió, porque la comunidad judía de Málaga era demasiado pequeña para remunerar a tantos rabinos emigrados de Córdoba. Se ofreció a demostrar su habilidad médica en la circuncisión de los niños varones, pero el rabino mayor le dijo que en Málaga el negocio sería la castración de los cautivos que traían los vikingos. Alegó sus estudios y su formación junto al rabino Hanok, pero entonces el rabino mayor de Málaga lo tomó por el hombro y con voz paternal le dijo:

—Joven, me vais a permitir que os dé un consejo. Si queréis progresar en la vida, esconded lo bien formado que estáis y lo brillante que sois.

Samuel siguió participando en los rezos de la sinagoga y relacionándose con la comunidad de los judíos. Seguía siendo rabino, porque nadie puede dejar de serlo, pero no vivía de la bendición de las cosechas, ni de las circuncisiones, ni de los partos. Ni tan siquiera vivía como un levita. Rezaba lo justo. Estudiaba teología, pero islámica. Sabía más que un ulema, pero era rabino. Seguía elaborando la triaca de Mitríades y vendiéndola en primavera, pero tuvo que dedicarse a una nueva ocupación para la que estaba habilitado desde años antes: la escribanía.

Cuando la amma o las clases medias querían dirigirse a un gobernador de Al Ándalus tenían que hacerlo por escrito y en la lengua árabe. Nadie de baja condición podía interpelar a un gobernador en la lengua hispanoandaluza y, además, para

obtener lo solicitado, la caligrafía de aquellas instancias oficiales era tan importante como su contenido.

Samuel tenía el *cábala en sofrut* que le había otorgado rabí Hayyui y era un magnífico calígrafo de la lengua árabe. De manera que comenzó a sentarse en el portal de los escribanos, a las puertas de la alcazaba y comenzó a atender las súplicas del pueblo. Atendió a una viuda que se quejaba por haber perdido su tahona en la herencia, a un mercenario que había tenido que dejar de serlo por heridas que lo habían dejado cojo y tuerto, a una mujer rubia venida desde Escandinavia, olvidada en el puerto y que suplicaba al gobernador que la recogiese como regalo… Primero los oía, después redactaba textos pulcros que adornaba con las precisas jaculatorias y bendiciones islámicas para el gobernador. Pronto fue reconocido como el más eficiente y limpio de los escribanos de Málaga.

16

Encerrado solo en su casa, sordo a los requerimientos vespertinos de Judá, ajeno al calor y a los mosquitos, Samuel escribió para Ilbia una carta de amor febril que medía veinte hojas, en la que le pedía matrimonio y en la que le exigía que respondiese de inmediato a sus súplicas. Apenas terminó de escribirla comenzó a corregirla, y al cabo de varios días de tachaduras y borrones decidió volver a redactarla.

La nueva versión ya no era febril, pero seguía siendo una carta de amor en la que había una propuesta de compromiso matrimonial y en la que le pedía mantener correspondencia.

Leyó y releyó lo escrito hasta aprendérselo de memoria y se dio cuenta de que los textos que se memorizan se convierten en oraciones y ya no se pueden cambiar. Decidió entonces olvidar la carta antes de rehacerla. La metió bajo el colchón de la cama en la que dormía.

Una tarde de agosto aceptó la invitación de Judá y se marchó con él a un mesón de las afueras donde una tabernera de grandes pechos servía el vino de un convento cristiano. Sin proponérselo, se emborrachó hasta la inconsciencia por primera vez en su vida. La resaca fue tan fuerte que tuvo que automedicarse, pero en lugar de recurrir a pócimas, electuarios o jarabes decidió practicar el principio según el cual lo similar se cura con lo similar: si la uva fermentada lo había llevado a ese estado, la uva agraz lo sacaría de él. Y, en efecto, los primeros zumos le calmaron el ardor y le tonificaron el estómago.

Judá intentó disuadirlo de seguir consumiendo uvas. Primero utilizó un argumento peregrino que él mismo no se creía:

—La resaca —le dijo— es el enfado del cuerpo porque has dejado de beber. Así que para que se te pase el malestar lo mejor es seguir bebiendo.

A pesar de no darle crédito, en la práctica Samuel le hizo caso y lo acompañó varias noches más por otras tabernas del puerto y de las afueras de Málaga. Vinieron otras borracheras con sus consiguientes resacas. Cada vez peores. Entonces Samuel decidió continuar con su propio tratamiento. Llenó una vasija de zumo de uvas y la dejó al sol para que se evaporara el líquido.

Judá Gabirol seguía oponiéndose a que tomara ese remedio:

—Tú eres de complexión fría —le dijo—. Y las uvas agraces sólo sirven para las personas ardientes. Así que, como mucho, puedes consumir zarcillos de vides.

Esta vez fue al revés: Samuel le dio la razón, pero no le hizo caso, porque Judá no sabía de sus sentimientos íntimos. Tal vez tanta nostalgia de Susán, del que seguía sin saber nada, y tantas tardes de verano redactando y corrigiendo aquella misiva de

amor lo hubieran convertido en una persona de complexión ardiente. En todo caso tenía un humor estomacal bilioso que le provocaba vómitos y náuseas constantes cada vez que bebía. Así que redujo a polvo la sustancia espesa que se había formado en el fondo de la vasija y la tomó como tónico. Se le cortaron los vómitos y le desaparecieron las ansias de una forma tan sorprendente que ya siguió tomando y prescribiendo la agrazada durante el resto de su vida.

Cuando se dio por curado releyó la carta para Ilbia y comenzó a corregirla de nuevo. Entonces se rindió a su propia verdad, porque de un golpe recordó lo que creía saber desde los tiempos del asedio a Córdoba: que estaba llamado a ser un líder de la comunidad judía andalusí, que era un enviado de la Divina Providencia y que jamás contraería matrimonio con una musulmana o con una cristiana, por muy arriana o por poco politeísta que fuese, por más que fuera hija de madre judía, ni por mucho que la quisiese.

De manera que la tercera versión de la carta ya no era ni febril, ni amorosa. No pedía matrimonio, ni compromiso. Sólo le contaba a Ilbia de forma contenida cómo era su vida en Málaga. Añadía que la recordaba con grande afecto y que le gustaría mucho establecer correspondencia con ella. Adjuntó un breve poema en hebreo.

Entregó la carta a unos mercaderes judíos que iban camino de oriente, atracando en todos los puertos del litoral. Le aseguraron que desde Almuñécar enviarían a un mensajero para que entregase la carta en mano en el alcázar de Salobreña. Samuel no sabía que Ilbia ya no vivía allí.

Durante todo el otoño, continuó redactando cartas para su hermano Isaac que prosperaba en Lucena y para sus antiguos amigos de la academia de Hanok, dispersos ahora por las 37 coras de Al Ándalus.

A comienzos del invierno, cuando ya no esperaba la respuesta, se presentó en su casa de Málaga el sirviente de Ilbia. Hassan llegó taciturno y fresco como si en lugar de muchas leguas hubiese caminado desde la vuelta de la esquina. Traía una jaula con una paloma mensajera y un escueto mensaje para Samuel. Se lo dio en cuatro partes. De mejor a peor:

—Ilbia ya no vive en Salobreña —le dijo primero—, sino en la corte de Zawi, en la cora de Elvira. Por eso ha tardado meses en recibir tu carta y en responderte.

»Ilbia acepta mantener correspondencia contigo —le dijo después y esperó a que a Samuel se le pusiera la risita boba de enamorado correspondido.

»Correspondencia en todos los campos del saber —añadió Hassan recalcando la ironía.

»Ilbia te ruega especial atención a la geometría —remató.

Ilbia era la principal discípula de Kahina y dedicaba su tiempo al estudio de la geometría y a la práctica de la ingeniería y la arquitectura en una ciudad nueva. Samuel se convirtió en un escribano triste que atendía a las puertas de la alcazaba de

Málaga y, a veces, vendía triacas para enfermos desesperados o pasta de dientes para ricos desocupados. Ella era noble, él no. Estaban a tres jornadas de camino y tenían condición, estado y religión diferentes. Nada, pues, hacía presagiar un reencuentro, pero por aquellos años, quiso el destino que, en nombre del califa Solimán, en nombre de la familia hamudí y por decisión del rey Zawi, el padre de Ilbia fuera nombrado gobernador de Málaga.

Cuando lo supo, Samuel Nagrela se alegró, no tanto por haber sido su huésped en Salobreña, sino porque la noticia le alentaba la esperanza de que un buen día Ilbia se le volviese a aparecer en Málaga. Y mientras esperaba la aparición, siguió sentándose en el arco de los escribanos. Los remitentes eran los mismos, pero ahora el destinatario de sus oficios era Casim Alarif. Se esmeró aún más en el trabajo. Las cartas de Samuel reflejaban su propia personalidad iluminada, pero contenida; servicial, pero digna. En realidad eran instancias administrativas sin poesía, que siempre limpiaban la carga sentimental de las súplicas. Pero eran de caligrafía tan limpia, de contenido tan preciso y de estilo tan correcto que el gobernador terminó por distinguirlas de las de los otros escribanos de Málaga.

Preguntó por él, mandó que lo trajeran a su presencia y le propuso un empleo en la alcazaba como escriba de su corte.

Samuel estaba seguro de que no era el destino, sino la Divina Providencia quien lo situaba en aquella corte, y no tardó en explicárselo por carta a Ilbia. La paloma llegó a Granada una tarde, poco después de que ella hubiese terminado el estudio y apagado el candil con el que leía. Hassan la vio entrar en el palomar. Le quitó la bolsita de cuero que contenía la carta, la sacó y la deslizó por debajo de la puerta del estudio de su ama, sin llamar, sin advertirle de que la carta había llegado, como si no quisiese que llegase.

Por casualidad, Ilbia vio pasar la carta bajo el quicio, la recogió y la dejó sobre la mesa de estudio. No lo hizo con la intención de que Hassan viera que no la había abierto. En realidad, nunca pensaba en Hassan. La servía desde que llegó a Salobreña, después de la muerte de su madre, y era sobre todo un hombre extraño. Taciturno. Eunuco.

Varios días permaneció cerrada la carta sobre la mesa, hasta una siesta de lluvias en que Ilbia soñó que estaba en Salobreña y veía entrar a Samuel Nagrela volando por los ventanales que daban al mar. Muy delgado, pero esbelto. Desnudo. En el sueño, las alas de Samuel eran de paloma mensajera. Con ellas pretendía abrazarla. Cuando despertó de la siesta abrió la carta.

Era breve, contenida, más informativa que emotiva. Le contaba su nueva ocupación en la corte de su padre, Casim Alarif. Hablaba también de la *Materia médica* de Dioscórides, de las innovaciones de la triaca, del uso del péndulo en medicina y de su intención de retomar el estudio de la geometría para poder conversar con ella. A Ilbia le impresionó la sencillez y seriedad de aquella carta. Lo único que Samuel le pedía sin súplicas era que le permitiera visitarla. Guardó la carta

en una gaveta y demoró varias semanas su respuesta.

Empezaron los meses en que Samuel era un escribano público, un funcionario de la corte provincial de Casim Alarif, un cortesano. Cada mañana, en lugar de dirigirse al campo a recoger hierbas y capturar víboras, Samuel Nagrela subía despacio la cuesta que separaba y unía su casa y la alcazaba. A lo largo de la mañana leía y clasificaba las instancias que el pueblo le dirigía a su gobernador, las mismas que él antes redactaba en el arco de los escribanos. De vez en cuando, Casim Alarif lo llamaba a su presencia y más que dictarle una carta le daba la información necesaria para redactarla. Fue así como Samuel se convirtió en uno de los hombres mejor informados de Al Ándalus.

Una mañana de primavera, Casim Alarif llamó a su presencia a Samuel Nagrela. Sólo pensaba en felicitarlo por la redacción impecable de una carta diplomática para los hamudíes de Sevilla, pero la entrevista fue interrumpida por un mensajero: el rey Zawi había salido de Granada camino de África. Los granadinos habían entregado el gobierno del reino a Habús Maksán, gobernador de Jaén, sobrino de Zawi, amigo de Casim Alarif.

Para Casim Alarif este nombramiento era una gran noticia. Había sido alcaide de Salobreña, gobernador de Almuñécar, gobernador de Málaga y ahora sabía que Habús contaría con él en la articulación del nuevo reino. Atribuyó la buena nueva a la presencia de Samuel cuando llegó el mensajero y confirmó entonces lo que sospechaba a través de sus cartas: que Samuel Nagrela daba buena suerte.

—Quedas relevado de todas tus tareas —le dijo entonces a Samuel de manera inopinada—. A partir de ahora serás sólo mi secretario particular. Me acompañarás en mis viajes y serás mi visir.

Samuel era leal a Casim, Casim era leal a Habús; Habús gobernaría Granada; Ilbia vivía en Granada. El destino ataba otro nudo.

17

En el año 1013, cuando por fin entendieron que los acontecimientos de Córdoba no eran algaradas populares, sino una irreversible guerra entre musulmanes, los patricios de la cora de Elvira decidieron reforzar la protección militar del territorio con algún contingente de mercenarios. Una delegación compuesta por un miembro de cada una de las grandes familias más el rabino Eleazar, que representaba a los judíos ricos de Medina Garnata, se desplazó a Córdoba y habló con quien había que hablar: con el general más poderoso. El que en mayo había tomado Córdoba, el que había arrasado Medina Azahara: Zawi ibn Zirí ibn Manad.

Años antes, alcanzados los cuarenta, Zawi se había trasladado a Al Ándalus como general mercenario de un formidable ejército bereber. Había servido bajo las banderas del califa Hisham II, vio morir al gran Almanzor y a su hijo Abdelmalic Amir, y por entonces había hecho una tarea que la teología reservaba a Allah: había puesto un califa. Además, Zawi era hijo de judía bereber y estaba casado con otra judía, Kahina. Eso explicaba la presencia de Eleazar en la comisión negociadora que le ofreció tierras y poder, muchas villas y los títulos de hayib del califa de Córdoba y de *dominator*, según la tradición bizantina.

Zawi aceptó, y a la altura del verano de 1013, los ziríes entraron en la cora de Elvira, acamparon junto a la capital y, según tradición bereber, sortearon entre ellos sus principales plazas. Jaén e Iznájar cayeron en manos de Habús, Elvira y Almuñécar en manos de Zawi. Al poco de llegar, Zawi tomó una decisión que cambió la historia: ordenó desmontar casa por casa la ciudad de Elvira para refundarla dos leguas más acá, justo enfrente o al lado de Gara Anat o Garnata al Yahud.

Al principio todos pensaron que se trataba del mero traslado militar de una alcazaba a otra, pero pronto se dieron cuenta de la envergadura de la determinación: era el traslado de la capital de una unidad política que ya no era curia dependiente de Roma, Bizancio, Toledo o Córdoba, sino reino de Granada. Luego se supo que la decisión se había tomado años antes y que quien en realidad la había tomado era la esposa de Zawi: Kahina, una judía bereber del desierto que tuvo entre los hebreos y los andaluces fama de reina mucho antes de serlo.

Zawi y Kahina eligieron como emplazamiento de su palacio, de la alcazaba y de la nueva ciudad una colina áspera, sin habitantes ni cultivos, presidida en lo más alto por un castro en ruinas de los tiempos tartesios. Delante se extendía la Vega: una bella llanura surcada de arroyos y cubierta de árboles. A un lado, la colina de la Sabika y a sus faldas Gara Anat. Detrás, el monte. Los oficiales de Zawi, guerreros de

las montañas, se dieron cuenta de su posición central en relación con el resto de la comarca, y aprobaron el emplazamiento porque permitía eludir los cercos y mantener el aprovisionamiento.

Seguida por una docena de hombres y acompañada siempre por su discípula Ilbia, se veía a Kahina recorriendo la amplia meseta que coronaba la colina de un extremo a otro. Hablaba sin parar de la disposición de casas, cuarteles y mezquitas, del trazado de las murallas y las calles, de la posición de las puertas, del curso que tendría el Sol y del juego del calor y el fresco, con las brisas y las lluvias. Disponía el espacio sin el menor sentido de los límites y sin la menor preocupación por los trabajos que sus ideas requerían.

A los pocos días, Ilbia se atrevió a plantearle el problema más grande y más obvio de aquel lugar: el del agua. Las villas y los castros que siempre hubo en esa colina podían abastecerse desde el río Dauro, pero una ciudad no. Todo lo ideado sería una quimera si no había agua. El río Dauro pasaba demasiado abajo. Elevar el agua hasta allí, desde la vieja coracha, sería costoso y aun así no estaría garantizado el suministro. Kahina recibió como un mazazo esta información.

—¿Cuál es la solución? —preguntó.

—Buscar agua subterránea y excavar pozos —contestó Ilbia—. Pero nadie encontró nunca agua en esta colina. Por eso no está habitada.

—¿Entonces qué? —Kahina la interrumpió con ansiedad.

—O buscamos otro emplazamiento o…

—¿O qué? —Kahina no quería ni imaginar la primera hipótesis.

—O encontramos un manantial que esté a una altura superior y transportamos el agua por acequia.

Sin responder, Kahina dio media vuelta y ordenó que le acercaran su montura. Ilbia sostuvo las bridas y la ayudó a montar. Pensó que le había destrozado el ánimo y que por eso se iba, pero pronto comprendió la intención de Kahina:

—Vuelvo a Elvira —le dijo esta—. Ponte a buscar ese manantial ahora mismo. Estaré rezando hasta que lo encuentres.

A la mañana siguiente Ilbia no podía resistir las ganas de cumplir el encargo de Kahina. No eran sólo sus diecisiete años los que le impedían estarse quieta, sino también que creía tener la solución al problema del suministro de agua a la nueva ciudad. Aunque nunca lo había visitado, ni sabía su localización exacta, en los años en que vivió con su abuelo Eleazar había oído hablar de un gran manantial de aguas frías que estaba a mayor altura que la colina de Monaita.

Y, en efecto, remota, por encima del valle del río Dauro, a una legua al noroeste de Garnata, estaba la Fuente de las Lágrimas, Aynadamar en la lengua árabe. Los judíos de Garnata la conocían, los labradores de las alquerías cercanas también. Ilbia pidió referencias y un viejo cazador de zorros y jabalíes se las dio con exactitud. Desde Garnata, tenía que seguir el camino de Elvira y no el de Guadix, abandonarlo a la altura de una alquería llamada Jundenia y tomar la dirección de otra llamada de los

alfares o Alfacar. Por encima de esa alquería, en la sierra de la Alfaguara, encontraría la fuente.

Y más que verla la oyó. El manantial estaba en el centro de un bosque de encinas cubiertas de musgo. A medida que se acercaba, el caballo iba hundiéndose en una floresta de rojo intenso. Los barros desprendían un vaho primordial y el agua brotaba en burbujas que parecían lágrimas. Desmontó y, sin descalzarse, se quedó absorta mirando hacia el núcleo del manantial. Creyó oír la voz de las ninfas, de entre los lodos recogió una concha marina y pensó con un pálpito de alegría que en aquel manantial de lágrimas estaba el germen de la ciudad futura, la soñada por Kahina.

Y así, en el mismo verano del año 1014, un centenar de peones, oficiales y alarifes de obra fueron contratados a destajo para construir, según los planos de Ilbia, primero un azud que contuviera las aguas y después un canal de mampostería con partidores que las llevara sin acueductos hasta la nueva ciudad.

Antes de que a la nueva ciudad llegase el agua por la acequia de Aynadamar, los oficiales de Zawi dispusieron la construcción de varios aljibes para recibirla y distribuirla. Al mismo tiempo, una muchedumbre de albañiles y peones comenzó a bordear la colina con una muralla de tapial y zócalo de piedra. Por orden de Kahina, demolieron lo que quedaba del viejo castro y alzaron en su lugar una torre dos veces más alta para que desde ella pudiera verse la sierra de Elvira y la antigua ciudad de Elibirge.

Desde esa torre, la muralla bajaba hasta una puerta que pronto se dio en llamar al-Bonaida o de las banderolas, porque allí se exhibían las azules de zenetes y ziríes y las verdes con cinturón de plata de los andaluces. En esta puerta, el cercado de muralla giraba hacia el sur y, a media ladera, sobre el camino de Elvira se acercaba sin alcanzar al río Dauro. Al otro lado del río, muy cerca, brillaba la pequeña alcazaba de torres bermejas que protegían y explicaban a Granada, la judía.

En la cuesta que llevaba desde la Puerta de Monaita a la Plaza de Armas, Kahina ordenó construir establos y gallineros, y una caballeriza inmensa rodeada de naves de cuartel para la guardia zenete. Y en la que iba a ser la Casa del Gallo de los Vientos dispuso construir un granero inmenso para que nunca faltara el pan a su familia, y excavar cuevas para almacenar el aceite y el vino, y esconder los tesoros.

Era Ilbia quien, sobre el papel, había trazado la disposición de las habitaciones del palacio. Había imaginado un salón central, iluminado por altas ventanas ojivales, y con la fuente de mercurio traída de Medina Azahara en el centro. Se entraría a ese recinto por un zaguán, bien enquiblado hacia La Meca, que permitiría la oración a los que esperasen ser recibidos. Al otro lado, diseñó un patio íntimo con una alberca longitudinal en el centro y unas escaleras que conducirían a los baños de las mujeres. El harén tendría siete alcobas y dos salones para la costura y la conversación, uno alto para el invierno y otro abierto al patio para el verano. En la satisfacción que obtuvo tras concebir y dibujar aquellas estancias unidas por escaleras laberínticas confirmó su futuro: ella no sería la continuadora del saber médico como quería su abuelo

Eleazar, ni la esposa de un rey como quería su padre, sino la arquitecta de un templo inmortal, como quería el destino.

Mientras se construía la nueva alcazaba en la colina que hoy se llama del Albayzín, la antigua ciudad que había llevado los nombres de Elibirge, Ilíberis y Elvira se iba desmontando piedra a piedra para su traslado. Había que trocear las columnas del foro, desmontar las lámparas de la mezquita y decidir si se transportaban o no las estatuas, los togados de piedra sin cabeza sobre los que se habían colocado tantos bustos de ediles y emperadores, y las lápidas de mármol de todos los muertos de mil años.

Aun así, no había mucho que llevarse porque las familias ricas siempre habían preferido habitar fuera de la medina, en las villas y almunias de la Vega. De manera que a la llegada de los mercenarios de Zawi, la vieja ciudad era un recinto de comerciantes muladíes; ulemas, alfaquíes y escribanos que ejercían la función judicial y administrativa de la cora; y astrólogos y eremitas atraídos por la santidad misteriosa del lago de aguas calientes que había bajo la Raja Santa.

Durante meses, las dos leguas del camino que separaban Elvira de la nueva medina se abarrotaron de bestias de carga y de carros inestables que se atascaban en el barro, se desplomaban por el peso o, a veces, llegaban a su destino. La irrupción de un otoño muy lluvioso fue un tropiezo imprevisto en el plan de refundación. Y hubo que mandar a soldados y jinetes del ejército bereber a rellenar baches, a sacar carros atascados o a pasar las tinajas del aceite y el vino de un transporte a otro.

Diligente como siempre, Kahina daba consejos sobre cómo distribuir la carga sobre las carretas y cómo dirigirlas cuesta abajo hasta que alcanzaban la calzada romana. Hablaba más alto de lo acostumbrado, carraspeando en las pausas para aclarar la garganta, acomodándose a duras penas en la montura de su yegua cuyas patas estaban embarradas y cuyas crines empapadas. Se administraba hierbas en infusión para la fluidez de las mucosas y alguna vez llegó a considerarlas como la causa de sus dolores de cabeza y de la potente sensación de irrealidad que la desolaba.

18

La noticia de la muerte de Zawi llegó a Granada en el otoño del año 1019. Por aquellos días se terminaban los trabajos de restauración del viejo templo de la Torre Turpiana. Se le habían añadido una nave y un alminar sobrio, según los planos de una antigua torre hercúlea gaditana. Era una casa inquietante para cualquiera, pero apropiada para un Dios único aunque sin nombre. Para rezar la oración inaugural de aquel templo se eligió la noche santa del culto de Mitra, que era ya también la noche en que se conmemoraba el nacimiento del profeta Jesús.

Con la puesta del sol, el muecín llamó a la oración. Fueron llegando los bizantinos de la costa, los muladíes de Elvira, los musulmanes viejos de las villas de la Vega, que se llamaban árabes a sí mismos, y los militares bereberes y eslavos. Los judíos de Garnata también quisieron sumarse a las fiestas de consagración del nuevo templo, a pesar de que eran los de religión menos ecléctica y de que por aquellos días agonizaba el rabino Joaquín, víctima al parecer de un veneno lento. Llegaron los nobles, los notables del zoco, los comerciantes, los pequeños labradores y el pobrerío en muchedumbre.

El obispo Gapio, seguidor de las doctrinas priscilianistas y que era también imam de los creyentes recitó el introito en la lengua árabe:

> *Bismilá alrahman alrahim*. En el nombre de Dios, el clemente, el compasivo, con relación al Cual no hay antes, ni después; ni alto ni bajo; ni cerca, ni lejos; ni cómo, ni qué; ni dónde, ni cuándo; ni sucesión, ni instantes; ni tiempo, ni espacio; ni ser, ni estado…

Después subió al mimbar el nuevo gobernante Habús, hijo de Maksán, hijo de Zirí; de nación bereber y religión islámica, que reinaba con el título de hayib de un califa que ya no existía. Declaró de manera oficial lo que ya sabían todos: que el viejo rey Zawi había sido envenenado en Ifriquiya.

Semanas antes, la noticia de aquella tragedia fue una conmoción no sólo entre la casta militar de los ziríes, sino también por contagio entre todos los habitantes del nuevo reino de Granada. Por esto se proclamó el luto blanco de las plañideras, se bajaron las banderolas a media asta en la puerta de Monaita y los edecanes de Habús, cubiertos con telas de saco, proclamaron la tragedia desde las terrazas de la nueva ciudad. La legendaria Kahina, que no había querido acompañar a su esposo cuando se marchó a África, pidió a todos los poetas que aún recordaban el latín de Ovidio que tradujeran al árabe los himnos que celebraban la apoteosis de Hércules Egipcio, el que fuera recogido por la cuadriga de Júpiter durante un claro de luna. La noche de la

inauguración del templo se oyeron aquellos cantos reiterativos de los poetas y así logró Kahina que por los siglos fuera esta la versión definitiva acerca del final del rey Zawi: que no fue de muerte humana, sino de apoteosis hercúlea.

Con todo, lo más llamativo no fue tanto que el rey Habús decidiera añadir a la liturgia inaugural del templo las exequias de su tío y predecesor Zawi, sino que hablara en la lengua hispanoandaluza y en el nombre de un fundador imaginario del reino de Granada, al que llamó el dominator Hércules Egipcio, hijo de Osiris o Ziri. Esta renuncia de Habús a la lengua árabe y a la autoridad del nombre del califa de Córdoba hizo entender a musulmanes o arrianos, a bereberes o judíos, a romanos o godos, a ricos y pobres que no se trataba sólo de abrir un templo, sino que aquella noche asistían en realidad a la oración inaugural de la ciudad y del reino de Granada.

Entre los notables llegados de Málaga, diligente y sereno se movía Samuel Nagrela. Nadie reparó en él. Era lo que parecía: un hombre maduro de veintisiete años. Ágil de cuerpo como un guerrero, tocado por solideo como un hombre de Dios, serio como se espera de un judío. Tenía el cuerpo grande, la piel oscura, los ojos más grises que verdes. Se afeitaba las barbas, salvo el bigote, con un poco de antelación para la época, pero como preludio estético de lo que sería el renacimiento de Al Ándalus en los setenta siguientes años. Vestía como si aún estuviese en el suave invierno de Málaga: una túnica de lino tupido, un chaleco bordado y un solideo negro también bordado en oro. Con todo, lo más llamativo de su persona era un tono de voz profundo y pausado, con una remota dicción lusitana heredada de su madre, que le hacía parecer aún más sabio de lo que ya era.

Ajeno por completo a los soplos de su destino, aquella noche Samuel Nagrela sólo tendría ojos para Ilbia. Esperaba verla en la ceremonia y estaba seguro de que la Divina Providencia se lo iba a permitir.

Al llegar al templo, Samuel supo que no podría permanecer junto a Casim Alarif, porque al gobernador de Málaga le habían reservado una tarima de prestigio junto a otros jeques del reino. Entonces se sintió libre para pensar en cómo situarse en el templo de manera que pudiera ver a Ilbia. Se dio cuenta de que, de conformidad con la liturgia musulmana, las mujeres se colocarían juntas y en un lateral, y de que, para eso, se les había reservado una cuarta parte del templo. Como él no quería quedar delante de ella, se situó en el lado izquierdo, junto a la galería que ocuparían las mujeres.

Llevaba seis años sin verla, y aunque sólo la había visto una vez, por entonces ya le había enviado más de una docena de cartas. Tan redactadas y elaboradas que no tenían ni un solo tropezón de amor, ni un solo resquicio por el que Ilbia pudiese descubrir su tormento, que consistía en tener que discernir entre lo que quería y lo que deseaba: deseaba a Ilbia, pero tenía voluntad de compartir la vida con una mujer que fuese levita como él. Sin saberlo, tenía este dilema tan arraigado en su alma que tardó trece años más en resolverlo.

Por su parte, Ilbia le había respondido con cuatro cartas también numeradas que

comenzaban con una disquisición aritmética o hermética sobre el número del encabezamiento.

La carta número uno era un discurso sobre Dios y el todo. Estaba encabezada por un punto envuelto en un círculo que representaba el paso de la nada al ser. Para escándalo del rabino Nagrela, hablaba del surgimiento del dios egipcio Atum desde las oscuras aguas primigenias, y para satisfacción del enamorado Samuel contaba que cada mañana ella se despertaba y notaba cómo su yo emergía del círculo profundo del sueño. Ilbia sólo quería expresarle su sentimiento de que cada día era una vida y cada despertar un nacimiento, pero Samuel la veía en el lecho, la veía desperezarse y sonreírle, levantarse como una diosa y estirar los brazos hacia él, y ya no podía contener el torrente de su deseo. Sin embargo, una vez alcanzado el goce, se arrepentía y volvía a leer la carta con ojos de levita.

En la segunda carta Ilbia le hablaba de los contrastes y su reducción a la unidad, y Samuel la interpretó como una advertencia. Ilbia hablaba de la superioridad ontológica del uno sobre el dos, porque el uno para existir sólo necesita de sí mismo, mientras que el dos necesita del otro. Samuel leyó que aquella mujer que le robaba el sueño y el apetito no estaba dispuesta a sacrificar su individualidad desbordada a un compromiso de matrimonio. Se consoló con la certidumbre de que el amor nada le debía al matrimonio y de que nada le iba a impedir poseerla como mujer, con la ventaja de no tener que padecerla como esposa.

En la tercera carta, encabezada por un triángulo, Ilbia hablaba de las tres fases de la luna: creciente, llena y menguante, que eran las tres estaciones de la vida: infancia, madurez y vejez, y los tres dones de Dios: el sueño, la risa y la esperanza. Sólo quería expresarle que daba por terminada la infancia y el sueño, que quería vivir el presente y la risa y que ya llegarían el tiempo de la esperanza y la vejez. Pero Samuel leyó que se reía de sus sentimientos moderados y que lo consideraba un rabino envejecido, más adecuado para el final de una vida que para compartir su florecimiento. Entonces Samuel dio en imaginarla en brazos de otros hombres, lasciva y risueña, y se conmocionó al comprobar que aquellas imágenes del demonio lo excitaban más que la fantasía de poseerla él mismo.

La cuarta carta, fechada en el invierno de 1017, cuando el mundo se estremeció con las noticias que llegaban sobre el califa fatimí, era la más sincera de todas. Ilbia respondía a algunos comentarios de Samuel sobre las prácticas religiosas, los rezos continuos y la necesidad de que la mujer conservase y transmitiese la fe de Abraham. Le decía que la doblez religiosa de su padre, converso a una fe que ignoraba, más la cerrazón teológica de su abuelo Eleazar, extendida a toda la comunidad judía de Garnata, le habían provocado una resistencia contra los ritos públicos de cualquiera de las tres religiones de Al Ándalus. Disfrutaba más con la lectura de antiguos sacerdotes y tenía la certidumbre de que Dios habitaba en los ritmos numéricos del universo y de que mediante el estudio se podía hablar con él, sin necesidad de oraciones. A Samuel le escandalizaron estas afirmaciones que, en el fondo,

convertían en divino el árbol de la sabiduría, pero se consoló pensando que era otra de las pruebas que Dios le ponía en este mundo.

Samuel vio a Ilbia entrando al templo con la comitiva de su hermano, Isa Alarif, ahora gobernador de Almuñécar. La vio dirigirse hacia el cuadrado del templo reservado a las mujeres. Allí estaban la reina Kahina, las otras esposas de Zawi, el harén completo de Habús, otras mujeres de la jassa irreconocibles por los grandes velos y la mujer a la que él deseaba sin querer. Vestía de blanco riguroso, ceñida por el cinturón de los creyentes, con una túnica abotonada desde el cuello hasta los pies, que a Samuel le recordó por un instante a las bailarinas de Málaga. En lugar de un velo aparatoso como el de las viudas grandes, ella llevaba un pañuelo de encaje que le rodeaba la cabeza y apenas le cubría la boca. La parte del rostro que podía vérsele tenía los matices del sol de la costa y los ojos verdes parecían autónomos. Caminaba como la reina Kahina, muy derecha pero con los hombros demasiado altos y anchos y el andar inconfundible de los jinetes. Soportó la ceremonia con menos prestancia que las otras mujeres y al terminar rompió las normas: sin esperar a que pasara su padre cruzó la nave con paso ágil y se dirigió a Samuel.

—Me alegro de verte —le dijo.

El levita creyó que toda la concurrencia había oído la frase y no supo reaccionar.

—Soy Ilbia. ¿Te acuerdas de mí? —dijo esto con tanta gracia y con una sonrisa tan amplia que Samuel tuvo que reír.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Por el ruido de tus carcajadas —ironizó Ilbia—. ¿Y tú? ¿Me esperabas?

—Anhelaba verte —bajó mucho la voz— aunque fuese en un funeral.

—Gracias —dijo Ilbia—. Bueno, pues volverás a verme mañana… Tengo un mensaje para ti.

—¿Un mensaje? ¿Para mí? ¿De quién?

—De la reina Kahina. —Ilbia dejó pasar unos segundos de respeto—. Te convoca para mañana. Tienes que actuar como escribano de lo que allí se te explicará. ¿Dónde te alojas?

—Espera, espera —dijo Samuel—. Me dices que la reina Kahina necesita un escribano y tú has pensado que sea yo. ¿No hay escribanos en Granada?

—No —dijo Ilbia—. Bueno, sí que hay escribanos en Granada, pero la reina Kahina quiere que seas tú el que lo haga.

—¿Que haga qué?

—No puedo explicártelo ahora, aquí, de pie, entre tanta gente…

—Entonces encontrémonos esta noche. —Rabí Samuel se oyó a sí mismo decir esto, con un tono seductor que no sabría explicar de dónde le salía.

—¿Dónde te alojas? —Ilbia se lo volvió a preguntar riendo.

—En la alcazaba del rey Habús —respondió Samuel.

—La reina Kahina te espera en su almunia del Genil —cortó Ilbia—. Hassan te recogerá en la alcazaba al amanecer y te llevará hasta allí. Ahora me voy. Por cierto,

ya puedes respirar.

En efecto, la respiración de Samuel parecía perdida y esa sensación de pasmo le duró toda la noche.

Después de la ceremonia, subió con Casim Alarif hasta la Casa del Gallo de los Vientos, que era la del rey Habús, pero al llegar allí pidió permiso para no asistir a los corros de vino, charla y risas que formaron los hombres y se fue a dormir en la nave de la guardia. Interrumpido por los relevos y por los soldados borrachos que iban cayendo en los jergones, y siempre dándole vueltas en la cabeza a la llamada de Kahina, Samuel apenas pudo dormir. En la duermevela llegó a pensar que la convocatoria de Kahina era una broma, uno de esos juegos matemáticos que tanto parecían gustarle a Ilbia, y no salió de dudas hasta que al amanecer recibió aviso de que un hombre lo esperaba en la plaza de armas de la fortaleza.

Salió Samuel fresco, perfumado y vestido como la noche anterior, con su mejor traje de rabino. Hassan lo esperaba en el centro de la plaza. De pie y derecho como una estatua, miró a los ojos de Samuel sin apartarle la mirada. Era una mirada descarada y masculina, tan material que parecía tocar a quien la recibía. Vestía una túnica clara y ajustada que le destacaba la musculatura del pecho y que lo hacía más alto de lo que en realidad era.

En lugar de un saludo hubo un murmullo entre los dos hombres. Con el gesto, Hassan dejó claro desde el principio que no tenía ninguna intención de agradar. Así que, en silencio, comenzaron a caminar.

Salieron de la alcazaba por la puerta del León y en lugar de bajar por la calzada hasta la puerta de Monaita, se dejaron caer por veredas recientes hacia el norte. Hassan iba dos pasos por detrás de Samuel, pero a su derecha. Esa distancia aparentaba una sumisión que a Samuel le parecía arrogante y fingida. Le daba vueltas en su cabeza al desconcierto que aquel hombre le producía. Tardó poco en encontrar en su formación rabínica un referente con el que comparar a Hassan: era justo lo contrario del ángel custodio: «Yo voy a enviar un ángel delante de ti —recordaba Samuel el libro del Éxodo—, para que te proteja en el camino y te conduzca hasta el lugar que te he preparado».

Era viernes y llovía.

La alcazaba era tan reciente que el tapial y la piedra olían con la lluvia como si todavía fueran barro y piedras del campo. Alcanzaron la calzada de Elvira, el antiquísimo camino que venía de Córdoba. De haber pasado solo por allí, Samuel se habría demorado leyendo los epitafios de las tumbas que había a un lado y a otro, pero aunque marchaba detrás, su ángel custodio parecía tirar de él. Aun así pudo comprobar que había lápidas con inscripción latina y alguna hebrea. A medida que se acercaban a la medina crecía el número y el tamaño de las tumbas, pero también el número de viajeros y transeúntes, y los puestos de mercaderías de todas clases. Ya junto al puente que daba entrada a la ciudad judía, un hombre muy viejo de aspecto sucio y pordiosero pulía la piedra de la última tumba mientras recitaba o rezaba con

palabras incomprensibles. Apenas vio a Samuel se encaminó hacia él abriéndose paso entre los puestos del mercado. Se estrechó sus propias manos, inclinó la cabeza y empezó a recitar bendiciones.

—Sé reconocer a los enviados del Señor —decía—. *Shemá Israel…*

Perturbado por el olor a gallinero que desprendía el hombre, Samuel lo eludió sin compasión ni miramiento y siguió su camino. No se atrevió a volver la cabeza para comprobar el gesto de Hassan. Antes de entrar en la medina judía el camino se bifurcaba: por el río Dauro hacia arriba la calzada seguía hasta Guadix, la vieja Gara Anat quedaba enfrente, al otro lado del río. En años recientes, los garnatíes habían demolido el viejo puente de piedra de los ingenieros romanos y habían construido uno cuyo único ojo se cerraba con un tablero y se convertía en embalse. Los vecinos vivían con el miedo continuo a las crecidas del río. Años antes, una noche oyeron un ruido pavoroso que venía de muy lejos pero que iba ascendiendo. Comprendieron que el río bajaba crecido, como un monstruo con una lengua demoledora hecha de ramas y piedras. Antes de que nadie pudiera hacer nada, las aguas se llevaron el arco del puente, una docena de casas y la construcción incipiente de una muralla. El río inundó todas las calles bajas, desembocó en el Genil y cuando llegó a la Vega anegó los campos, desbarató las cosechas y se llevó por delante villas y establos. Al cabo de las semanas, entre el barro seco comenzaron a brillar las pepitas minúsculas de un oro que todos, salvo los judíos, consideraron demoniaco porque creyeron que era la sonrisa del espíritu del río después de su victoria sobre los hombres.

Samuel y Hassan cruzaron ese puente nuevo. En el arco de entrada a la medina tuvieron que declarar ante un guardia judío que no llevaban mercancías por las que pagar impuesto y que se dirigían hacia la almunia de la reina Kahina. Eso llamó la atención del guardia, que quiso saber quiénes eran:

—Soy el rabino Samuel Nagrela, levita, nacido en Mérida, ciudadano de Córdoba y visir del gobernador de Málaga.

—¿Y este? —preguntó el guardia señalando a Hassan con el mentón.

—Este es el edecán de Isa Alarif, señor de Almuñécar.

Samuel estuvo a punto de decir que Hassan era el eunuco de la hija de Casim Alarif. No hubiera mentido, pero tenía miedo de aquel ángel mensajero, sombra de su espalda.

Al guardia le bastaron las explicaciones y Samuel entró así por primera vez en la ciudad que pocos años después habría de gobernar. Bajaron por la calle principal, que era una continuación del camino de Elvira: apenas veinticinco casas y, en una placeta, la oscura sinagoga de los fundadores. Por detrás y por encima quedaban las Torres Bermejas. La calle tenía un empedrado cuidado que formaba estrellas de David en los cruces. Samuel observó las casas blancas con palomares, los pedestales sin estatua en el centro de los huertos, los patios umbríos de azulejos con tinajas rotas que se usaban como tiestos de aspidistra. Vio el muro interminable de la sinagoga cerrada y sintió el frío de huesos y calaveras que salía de ella. Vio los burros que subían y bajaban

cargados de naranjas, aceitunas y limones.

Una decena de niños comenzó a seguirlos. Jugaban a adivinar la procedencia de los forasteros y premiaban a los que descubrían a los más insólitos. Entre las convicciones más íntimas de Samuel estaba la de que los niños preguntan lo que el Señor te preguntará un día y que, por lo tanto, hay que tener mucho cuidado con lo que se responde a un niño. Así que cuando le preguntaron que de dónde era pensó responder que de Mérida. Lo descartó porque había pasado allí pocos años. Después estuvo a punto de decir que era cordobés, pero se dio cuenta de que en Córdoba había vivido menos años aún que en Mérida. Descartó Málaga porque llevaba allí los mismos años que había vivido en Córdoba. Tenía veintisiete y no sabía bien de dónde era:

—Soy un peregrino —respondió a los niños.

Entraron al castillo de Ataubín, un recinto de torres circulares con una plaza cuadrada en su centro. Era de factura romana, pero su custodia pertenecía a los judíos desde que acabó la dominación goda. Desde la plaza de armas se veían las galerías donde dormían los soldados, los armarios de las lanzas y las adargas, los puestos de la guardia, las carretas de bueyes cargadas de suministro. Samuel Nagrela se acordó de los cuarteles de Córdoba y enseguida observó el sistema hidráulico. Una acequia de agua limpia bajaba por la ladera y entraba descubierta en los edificios militares. Sobre la acequia había unos asientos de ladrillo con agujero que servían de letrina.

Salieron de la medina y avanzaron por la calzada menor que llevaba a Almuñécar. Samuel quiso detenerse en la confluencia de los dos ríos. El Dauro desembocaba en el Genil en curva y formaba un gran arenal, bajaba despacio pero bastaba con mirar las aguas para saber que se trataba de un pequeño monstruo feroz.

—Aquí estuvo el paraíso —dijo Samuel.

Hassan asintió como hubiera asentido a cualquier otra cosa.

—Aquella es la almunia de la reina Kahina —Hassan señaló una casa con dos torres, blanca y alegre, que parecía romper las brumas de diciembre.

Un año antes, cuando Zawi Zirí le expuso su determinación de volver a Ifriquiya, Kahina se negó a acompañarlo y encabezó la negativa de todo el harén real. Sin aspavientos le dijo que era mejor que viajase sólo con hombres y que después, cuando ya hubiese sido coronado como virrey de Ifriquiya, acudirían las mujeres a su encuentro. Zawi sabía que nunca volvería a verla y, sin embargo, aceptó. A pesar de su enorme esfuerzo por no mandar, a pesar de su reclusión y de la moderación de sus hábitos, Kahina sentía que lo conseguía todo desde que llegó a Elvira. Cuando decidió trasladar la capital de la cora desde la antiquísima Elvira a Gar Anat se asustó del poder de sus deseos, porque ni tan siquiera tuvo que justificarlos. No tuvo que invocar la memoria de Urlilit de Tuat. No tuvo que señalar que aquel emplazamiento se parecía en todo a la geografía sagrada de Jerusalén. Ni tan siquiera tuvo que ocultarle a Zawi que quería estar más cerca del rabino Joaquín. Un domingo, cuando terminó el desfile de las novicias, le habló al esposo de la colina llamada de Monaita,

dos leguas hacia el oriente, frente a la ciudad de Gar Anat, y el rey, sin interrumpir su almuerzo, aceptó.

La excusa de que esperaba la llamada de Zawi le permitió a Kahina oponerse a su ingreso en el harén de Habús. Ahora, muerto Zawi, se imponía cumplir la tradición de los semitas, que mandaba que el rey puesto heredara el harén del depuesto. Alfaquíes y rabinos consultados habían evacuado dictamen unánime: Kahina y el resto de las mujeres que con ella vivían pertenecían a Habús desde el mismo momento de la muerte de Zawi y debían trasladarse a su harén o hacer lo que el nuevo rey dispusiera. Era para eludir este dictamen por lo que Samuel Nagrela había sido convocado aquella mañana. Lo que nadie sabía es que su presencia allí era inútil, por la simple razón de que Habús no se empeñaría nunca en adquirir el harén de Zawi. Temía la sombra del poder de Kahina y prefería que no volviese a la Casa del Gallo de los Vientos y que se quedase para siempre en aquella almunia de la periferia, donde más que sultana era curandera, santona y adivina.

Ilbia esperaba a Samuel a la entrada de la almunia. Calzaba botas de montura y llevaba un cuchillo enfundado enganchado al cinturón, pero Samuel la vio tan indefensa en la luz pálida del solsticio hiemal que un soplo de ternura le pasó por el corazón. Ella lo condujo al salón principal de la almunia. Caminaba ante Samuel de manera marcial, casi masculina, pero su sonrisa ineludible la convertía en ángel. Abrió la puerta y lo anunció:

—Está aquí el rabino Samuel Nagrela.

Lo que vio Samuel al penetrar en la estancia fue un escenario normal, rústico, una casa de campo de ricos, pero simple, en fuerte contraste con la majestad indiscutible de Kahina. Samuel Nagrela no la había visto desde que la visitó en Lucena, pero enseguida comprendió que ella había seguido cada uno de sus pasos a través de Ilbia. Bastaron unas breves explicaciones para que Samuel entendiera por qué estaba allí: para dar fe y levantar capitulaciones del matrimonio *in articulo mortis* de la reina Kahina con el primer rabino de Granada.

—Eres rabino —le dijo Kahina— y vas a celebrar la boda de un rabino. Te llevarás a Málaga el acta matrimonial, mandarás copia a la academia de Jerusalén y la guardarás para siempre.

Le dieron una banqueta de escriba y un borrador de las capitulaciones en lengua hebrea. Le pidieron que trabajara el tiempo necesario y que cuando tuviese listo su documento lo pasara a la firma de Kahina.

Samuel descubrió enseguida el nudo jurídico del problema y se lo contó a Ilbia:

—Esta boda no se puede celebrar sin la autorización del rey Habús. Aquí dice que Kahina es mujer libre y no es cierto: Kahina pertenece al harén de la casa real. Cualquier alfaquí echará abajo este documento.

—Tú no eres alfaquí —dijo Ilbia—. Eres rabino. Y esta boda nos da igual que le sirva o no al rey. Nos sirve a nosotros, a los judíos de Al Ándalus.

—Tú no eres judía.

—Mi madre lo fue, mi abuela lo era.

—¿Y yo qué pinto aquí? —Samuel la interrumpió con energía.

—Tú estás aquí porque también ocupas un lugar en los planes de Kahina. Eres judío, actúa como un judío y obedece a tu reina.

—Kahina no es mi reina —dijo Samuel—, ni la reina de nadie.

—Eso lo discutiremos dentro de unos años —contestó Ilbia—. De todas formas, si no quieres hacerlo por ella y por tu pueblo, hazlo por mí.

—A eso no puedo negarme —dijo Samuel—. ¿Qué me darás a cambio?

Ilbia se detuvo como si lo estuviera pensando, pero dijo algo que en realidad llevaba mucho tiempo considerando.

—Tómame por esposa.

Samuel Nagrela no dijo que sí. Ni que no. La Divina Providencia le mandó callarse.

A mediodía la comitiva del rabino Joaquín llegó a la almunia. Las andas las transportaban unos hombres ennegrecidos y fuertes que parecían descendientes de los esclavos sudaneses que Zawi trajo a Granada, famosos por haber llevado el palanquín del gran Almanzor. Detrás venían una docena de hombres ancianos y de mujeres de la ciudad. En la parihuela sólo se veían los ojos atónitos de Joaquín más cerca de la muerte que de la vida, sus labios trémulos y resecos, sus manos huesudas. Un hombre joven le hablaba mientras subían las escaleras:

—Así, con cuidado.

Antes de la ceremonia, Samuel cubrió la cara de Kahina con un velo, para amortiguar los destellos de la presencia divina en el rostro de la novia. La camilla de Joaquín fue cubierta con una sábana blanca que simbolizaba el perdón de los pecados del novio y después fue depositada bajo la *jupá*, el palio nupcial. Antes de entrar en ella Kahina y su comitiva dieron las siete vueltas preceptivas alrededor de la jupá. Luego el edecán de Joaquín colocó el anillo nupcial en el séptimo dedo, el índice de la mano derecha, de Kahina, y ella colocó otro anillo en el anular de Joaquín. Le pareció colocarlo en el hueso desnudo de un esqueleto. Samuel procedió entonces a la lectura del documento en el que había trabajado toda la mañana. El edecán puso el cálamo en la mano de Joaquín, lo ayudó a incorporarse y a trazar su firma en la *ketuvá*, después firmó Kahina y, después de ella, los dos testigos ancianos. Samuel bendijo después una copa de vino, se la dio a beber a Kahina y a Joaquín y comenzó a cantar las *sheva berajot*, las siete bendiciones. Kahina tuvo que inclinarse para ser cubierta por el mismo manto que cubría a Joaquín. En nombre del rabino, su edecán pisó el vaso que evocaba la destrucción del Templo. Al terminar la ceremonia, Joaquín expiró.

Fue también Samuel quien dispensó las últimas unciones al cadáver y quien dictaminó la muerte. Bajo la mirada silenciosa de desaprobación de algunos de los presentes, Ilbia puso un óbolo en la boca del muerto.

Cuando Samuel Nagrela ya salía de la almunia, la reina Kahina lo llamó a su

presencia. Lo trató de rabino, le quitó la capa que llevaba y le cubrió los hombros con la capa de Joaquín. Después con las dos manos le entregó una piedra:

—Hay una piedra como esta —le dijo— en un cofre que se guarda en la oscura sinagoga de la placeta; la trajeron de Jerusalén los deportados que fundaron Gara Anat. Pero esta que te entrego vino conmigo desde África. Es un trozo de la roca sobre la que estuvo Adonai Dios cuando creó el mundo. De esta piedra surgió la luz el primer día de la creación, de esta piedra se rascó el polvo para crear a Adán, en esta piedra Caín derramó la sangre de Abel, de esta piedra vinieron las aguas del diluvio y con esta piedra tú has de construir un templo en el centro justo del cosmos.

Samuel creyó que la reina le daba una capa y un talismán a modo de remuneración por sus servicios jurídicos, y convencido por esta ilusión le pareció que no le hablaba, sino que rezaba. No llegó a entender que estaba haciéndole un encargo. De aquella escena sólo habría de recordar su cuello arrugado, su perfil egipcio, su pecho breve y caído, su tono triste de viuda recién casada y la luz invernal que entraba por la ventana como si fuera el último resplandor del mundo y la prueba de que la creación había terminado.

19

Samuel Nagrela volvió a Málaga sin contratiempos y con dudas: no sabía qué hacer con Ilbia y esa incertidumbre le producía placer. Pensó en ella durante todo el viaje y llegó a su casa con el propósito urgente de subir al palomar por si ya hubiera carta. Se lo impidió una aparición atroz. Cuando la mula dobló la última esquina vio a una mujer que golpeaba desesperada la puerta de su casa. No tardó en reconocerla: era su hermana. Llevaba horas esperándolo, venía destrozada y apenas lo vio, sin darle tiempo a desmontar, se abrazó a su pierna y comenzó a gritar.

—¿Qué voy a hacer sin ellos, Dios mío? ¿Qué voy a hacer?

Paralizado, Samuel no entendía ni por qué Carmela estaba allí, ni por qué lloraba, ni qué decía. Pero ella no pudo añadir nada más. Más que desmayarse, se desmoronó en los brazos de su hermano sin alcanzar a explicarle qué era lo que había pasado. Samuel la llevó adentro y le administró un preparado urgente de cannabis que la habría hecho dormir un día completo de no ser por la profundidad de su dolor. Mientras él le curaba los pies destrozados por la caminata y le ponía emplastos y cataplasmas para bajar la fiebre, ella, sin dejar nunca de llorar, le fue contando:

Días antes, había salido de Lucena acompañando a su marido y su hijo, que se dirigían a comerciar a Málaga. Llevaban una carreta cargada de muebles que querían vender en el mercado principal para comprar con el dinero que les dieran maderas nobles del Líbano. A las alturas de la sierra de Mijara, por los mismos parajes por los que Samuel se demoró en su viaje de Lucena a Málaga, fueron asaltados por una turba de bandoleros sin nación ni identidad. Robaron el carro y las mercancías, violaron a Carmela y después abrieron en canal las barrigas del padre y del hijo. Sola, sin alimento ni provisiones, asaltada por un temblor permanente y una sensación de irrealidad turbadora, Carmela se dirigió a Málaga en busca de su hermano Samuel.

Desde aquel día, Carmela ya nunca se separó de él. Los terrores acumulados por la muerte primero de su madre y su hermana, y ahora de su marido y su hijo, la convirtieron en una mujer austera y con hábitos de penitencia que en aquellos tiempos eran desconocidos incluso entre los judíos más adustos. Se vestía con una tela parda de saco, anudada con el cinturón de los creyentes, caminaba con piedras en las albarcas y a veces se flagelaba para pedir perdón a Dios por una culpa imaginaria en la muerte de su madre, de su hermana, de su marido y de su hijo. Cocinaba y lavaba con furor, preparaba los atuendos de rabino, de visir, de escribano y lo hizo durante toda su vida. Tenía un instinto luminoso, pero era al mismo tiempo silenciosa como una culebra, diligente como una abeja. Lo que para Samuel eran catástrofes que la Divina Providencia enviaba, para Carmela eran sanciones de Dios por el pecado de ella y de su estirpe. Sin embargo, en el corazón de Samuel reemplazó a la madre

muerta, con tanta eficacia que este llegó a confundirla en sus sueños y cuando nacieron los hijos, la tía Carmela se convirtió para los niños en una abuela autoritaria y antipática.

20

Batia llevaba varios días empeñada en acondicionar la casa. Sacudía los colchones. Vaciaba los armarios y las alacenas. Volcaba los baúles. Incluso barría en el huerto de frutales las primeras hojas secas del otoño.

Su esposo Judá la observaba más divertido que preocupado: sabía que ese acondicionamiento del nido era un anuncio de la proximidad del parto.

Entrada la noche, el último día de la luna llena de *jeshvan*, Batia le dijo al marido que había roto aguas. Que avisara a la partera. Que avisara a las vecinas.

Judá salió corriendo pero, además de a la comadrona y a las vecinas, avisó a Samuel Nagrela.

—¿Cómo se te ocurre llamarme para un parto? —le preguntó extrañado Samuel.

En aquella época los médicos no tenían conocimientos de obstetricia. Los partos y los niños eran cosas de mujeres y objeto de un saber que se transmitía a través de las mujeres.

—Bueno… —vaciló Judá—. Tú sabes cirugía.

—Como tú —respondió Samuel.

Samuel y el propio Judá sólo sabían lo que del asunto describían los tratados hipocráticos: que el feto se acomoda con la cabeza hacia abajo, porque el peso de la parte superior del cuerpo, desde el ombligo a la cabeza, es superior al peso de la parte inferior, desde el ombligo a los pies, y que la bolsa de las aguas se rompe porque el feto la golpea con movimientos de sus manos o pies.

—Creo que voy a necesitar de tus manos —se sinceró Judá—. Las mías tiemblan cuando se acercan a Batia.

Acertó Judá. Mediada la noche la comadrona salió al patio donde esperaban los hombres y emitió un diagnóstico terrible.

—El niño viene con la cabeza grande —dijo—. No podrá salir.

Entraron Judá y Samuel en la habitación cuando algunas mujeres de la vecindad ya habían empezado a llorar.

—Ese niño va a reventarla —decía la más joven.

Batia estaba de pie, pero sostenida por dos mujeres. Tenía una palidez cadavérica. Estaba empapada de sudor. Emitía un quejido continuo, muy suave y profundo, como si le faltaran las fuerzas para gritar.

Judá ordenó que la tendieran en el lecho y miró entre sus piernas: la cabeza del feto le pareció enorme. Sobrecogido y temblando, miró a Samuel con un gesto de súplica. Y Samuel se armó de determinación: mandó que dos tablones se colocaran sobre dos toneles para tener una camilla elevada; mandó que las siete velas de la menorah se encendiesen frente a un espejo para tener más luz; mandó que unas

mujeres hirvieran agua y que otras tendieran a Batia sobre los tablones y la agarraran fuerte; mandó que Judá saliese de la habitación y fuese a su casa a buscar las hierbas que le indicó; esterilizó una navaja de rasurar con vinagre de plátano; practicó una incisión rápida y limpia en el abdomen por fuera de los músculos rectos; cortó el útero; y extrajo al niño tan rápido que cuando Judá llegó con las hierbas ya había nacido.

Samuel mandó que infusionaran tomillo y romero en abundancia. Colocó una cánula para el drenaje de los loquios hacia la vagina. Dejó el útero abierto, pero aproximó la incisión abdominal con unos cuantos puntos burdos y un empasto pegajoso que hizo con la saliva del bebé, manzanilla, ruda, tomillo y romero.

Cuando corrió la voz de que el niño tenía la cabeza grande y hacía imposible el parto, los vecinos acudieron por decenas a la puerta de la casa, creyendo que acudían a un duelo. Y cuando se enteraron de que ambos vivirían porque un judío había logrado abrir la barriga de la madre y sacar al niño, empezaron a murmurar. No todos, pero sí buena parte del pueblo creía que los demonios nacían por cesárea. Sólo la aparición oportuna de Samuel Nagrela impidió que entrasen a la casa para comprobar que no había nacido un monstruo por parto abdominal. Samuel quitó importancia a su destreza médica y aseguró que eran frecuentes estas situaciones entre parturientas con más de veinticinco años de edad. Añadió que no podía asegurar que madre e hijo conservaran la vida, porque ambos estaban muy débiles. No obtuvo respuesta alguna de los vecinos y se marchó a dormir muy entrada la noche.

Antes de acostarse, como cada noche, orinó despacio. Nunca lo hacía en la letrina del zaguán, sino en el patio, en torno al tronco de una parra centenaria y mirando a la luna. Desde que leyó los primeros tratados médicos conocía la importancia de la orina como síntoma. Cada mañana observaba los matices del color de la suya, la continuidad del flujo y la curvatura del arco. Y de ahí deducía si había bebido de más o de menos, si el páncreas funcionaba, si la bilis estaba equilibrada, si los humores fluían como es debido, si el corazón sufría o si debía someterse otra vez a la purificación que detestaba de los espárragos hervidos con unas gotas de aceite de oliva. Aquella noche buscó la luna que todavía era plena y, al colocarse en posición, vio una araña en el suelo. La pisó sin contemplaciones y comenzó por fin a orinar. Al principio sólo pensó que estaba muy cansado y que tenía poco tiempo para dormir, porque al amanecer tenía que subir a la alcazaba. Pero después fue asociando ideas: Artemisa envió un alacrán al gigante Orión, este lo pisó como él había pisado la araña; el alacrán y Orión murieron, por eso Zeus colocó sus constelaciones una enfrente de otra, para que nunca se alcanzasen; avanzaba el otoño en Málaga, las noches eran más largas, pero el sol saldría pronto y lo haría por la casa de Escorpio, la opuesta a Orión; luego el niño que había sacado del vientre de Batia había nacido bajo el signo de Escorpio; no había traído un demonio al mundo, de eso estaba seguro, pero los nacidos bajo Escorpio le parecían agresivos y venenosos, porque preferían morir matando a vivir sin matar, tanto que solían clavarse el aguijón a sí

mismos. Lo despertaron las pesadillas.

Por la mañana, Samuel Nagrela subió hasta la alcazaba y se empeñó en sus escritos. Antes de la hora del almuerzo lo llamó Casim Alarif:

—Esta noche has estado muy ocupado, ¿verdad? —le dijo con un tono extraño, entre la ironía y el reproche.

—Cierto —respondió Samuel—. He traído un niño al mundo.

—No es verdad —replicó tajante Casim.

—Sí lo es, señor —dijo con respeto Samuel—. Es el hijo de Judá Gabirol.

—Pero no es un niño —dijo el gobernador.

—Sí que lo es, señor. Yo lo he sacado del vientre de su madre y no es una niña.

—No quiero decir —explicó Casim— que no sea un niño porque sea niña, sino porque es un demonio.

Samuel lo oyó boquiabierto. No esperaba que Casim compartiese la superstición.

El gobernador le explicó que aquella misma mañana un grupo de mujeres escandalizadas lo habían abordado para contarle que se había producido un parto abdominal. Según ellas, todos los niños así nacidos eran demonios.

—He mandado aviso al alfaquí —dijo Casim—. Viene de camino. Si dice que es un demonio, tendréis que matarlo. Ahora vuelve a tu trabajo.

No lo dejó musitar palabra.

Inútil avisar a Judá. Si le enviaba recado de que abandonase la ciudad tendría que irse sin Batia. Si decidían matar al niño y no lo encontraban, matarían a la madre. Lo único que podía hacer era preparar su argumentación de manera que pudiera convencer al alfaquí. Fingiendo que redactaba una carta oficial, Samuel escribía en realidad tablas de argumentos y contraargumentos. Conocía la teología islámica lo suficiente como para saber que no había soporte para esa muerte, ni en el Corán ni en la sharía. El Talmud no sólo no prohibía la cesárea, sino que incluso regulaba uno de sus supuestos: el de una madre muerta antes del parto. La tradición culta de Al Ándalus también jugaba a su favor. En la época romana había incluso un nombre para designar a los nacidos por parto abdominal, se llamaban cesarinos y esa era la prueba de que abundaban. Sólo jugaba en su contra el ancestral miedo del pueblo a los contrahechos.

A mediodía Casim Alarif lo llamó de nuevo a su presencia. En la sala esperaba un reconocido alfaquí de Málaga, un hombre bueno y jovial al que Samuel conocía. Detrás de él, cubiertas por velos, un grupo de mujeres del vecindario de Judá que se agitaban y demandaban la muerte del niño. A la izquierda, solo y abatido, sin la compañía de nadie, Judá Gabirol con las manos temblorosas.

—Samuel —ordenó Casim—, toma nota de todo cuanto se diga aquí. En el nombre del rey Habús, te concedo la palabra para defender la vida del hijo de Judá.

—¡Yo hablaré en defensa de mi hijo! —gritó Judá.

—Tú no hablarás —lo interrumpió Samuel—. Lo hará en primer lugar, si el ilustre Casim lo permite, este alfaquí sabio y bueno que juzgará con arreglo a su ley.

—Más que juzgar —comenzó hablando despacio y risueño el alfaquí—, te haré preguntas. Han pasado ya muchas horas desde el parto y, según me cuentan estas mujeres, la madre y el hijo siguen vivos. ¿Es así, Samuel?

—Así es —dijo Samuel.

—¿Y esperas que vivan mucho tiempo?

—Si Dios quiere —respondió Samuel.

—Entonces, gobernador —dijo el anciano con ironía—, yo creo que en lugar de matar al niño, deberíamos quemar a este judío que sabe componer emplastos demoniacos que hacen vivir a mujeres con el vientre destrozado y a niños prematuros.

—No estoy dispuesto —dijo riendo Casim— a prescindir de mi mejor visir.

—Entonces que Allah, el misericordioso —sentenció el anciano—, se apiade de ti, de este judío demoniaco, del niño cabezón y de su familia por siempre. Y que Allah, el clemente, perdone a estas mujeres miedosas y primitivas que piden la muerte de un inocente. Y que Allah, el sabio, obligue a este escriba boticario a mostrar a todos los físicos de Málaga con qué hierbas y conjuros ha logrado salvar al niño y detener la infección de la madre. Este es mi dictamen, que someto al del ilustre gobernador y al del victorioso hayib Habús ibn Maksán ibn Zirí al-Sinhayí.

Se oyó el murmullo desaprobatorio de las mujeres que no habían entendido el árabe culto del alfaquí, pero sí la mueca de alivio de Judá y el gesto de satisfacción de Samuel.

—Allah habla por tu boca —dijo Casim Alarif—. Que la guardia desaloje a estas mujeres.

Batia sobrevivió. Había ocho de diez probabilidades de que hubiese muerto después de aquella cirugía, pero resistió.

La salud del recién nacido no era muy buena: tenía la cabeza demasiado grande y el cuerpo demasiado débil y pequeño. Sin embargo, y a pesar de que la ley judía prescribía cautela en esos casos, la ceremonia ritual de la circuncisión no se pospuso. Judá Gabirol estaba seguro de que si la Providencia había protegido al niño en el parto, seguiría haciéndolo después.

Así que, a los ocho días de nacer, Judá lo llevó a circuncidar. Pidió a Samuel que actuara como *mohel*, el judío piadoso, observante e instruido, mezcla de sacerdote y cirujano que practicaba la circuncisión.

Samuel no sólo aceptó, sino que por unas pocas monedas alquiló a una viuda el traje de rabino de su marido muerto y entró en la sinagoga ataviado con todos los atributos de su condición. Sabía que aquel atuendo no sería bien visto por la comunidad que le había negado el ejercicio del rabinato. Pero aquella túnica azul marino, bordada en hilo de oro, junto con la capa de Joaquín que le regalara Kahina, le daban por fin el aire de respetabilidad que nadie le había reconocido en Málaga. Comenzó la ceremonia leyendo lo dispuesto en el libro del Génesis sobre la *berit milá* o pacto de circuncisión:

—Este es mi pacto, que guardaréis… ser circuncidado el prepucio de todo varón de entre vosotros y esa será señal del pacto entre Yo y vosotros. De edad de ocho días será circuncidado todo varón… Y el varón incircunciso… será borrado de su pueblo, ha violado mi pacto.

Después Samuel tomó las tijeras desinfectadas con vinagre, y Judá Gabirol, con los ojos entrecerrados, comenzó a recitar la bendición:

—*Baruj atá, Adonai, Eloheinu mélej haolam, asher kids-hanu bemitzvotav vetzivanu lehajnisó bivrito shel Avraham avinu*. (Bendito eres Tú, Señor, nuestro Dios, Rey del Mundo que nos has santificado con Tus mandamientos y nos ordenaste hacer entrar al niño en el Pacto de nuestro padre Abraham).

Los invitados presentes respondieron amén y recitaron a continuación en voz alta su propia oración:

—*Keshem shenijnas labrit, ken ikanés la Torá, uljupá ulemaasím tovím*. (Del mismo modo como ingresó en el pacto, que pueda incorporarse al estudio de la Torá, al matrimonio y a la realización de buenas acciones).

Samuel estiró la piel del prepucio y la cortó de un solo golpe de tijera, preciso y rápido. El niño profirió un grito de animalillo indefenso.

Antes de que a la fiesta se incorporaran las mujeres, al que había de ser uno de nuestros más grandes poetas y filósofos le fue otorgado de manera formal el nombre de Šelomoh ben Yehudah ibn Gabirol.

21

El afecto de Casim Alarif por Samuel Nagrela iba creciendo con los años. Hasta el punto de que se sentía culpable porque no podía imaginarse a un hombre tan sabio confinado a las tareas oscuras del escribiente. Así era en apariencia: desde que llegaba a la alcazaba a las primeras pintas de la mañana hasta que se iba la última luz del día, Samuel se consagraba al trabajo de la escritura. Sabía no ostentar y aparentaba una ingenuidad en los asuntos públicos que en realidad no tenía. Lo que Casim no sabía era que entre legajo y legajo oficial, Samuel escribía las cartas de amor para su hija Ilbia, componía poemas para los amigos del patio de Córdoba y mantenía una correspondencia oficial de materia teológica con los altos rabinos de Qairuán, de Pumbedita y de Judea, con los que estaba decidido a establecer vínculos de poder y parentesco.

El gobernador sólo veía que a Samuel se le estaba consumiendo la edad a su exclusivo servicio y por eso, contra el consejo de muchos de los dignatarios de la corte malagueña, decidió confiarle la recaudación de dos distritos: el de Álora y el de Torrox.

Cuando Samuel supo de su nombramiento se deshizo en elogios verbales y panegíricos escritos para Casim Alarif y emprendió con entusiasmo la tarea porque no quería defraudar a su mentor y porque sabía que la recaudación lo convertiría por fin en un hombre rico. Trajo a Málaga a su amigo Saúl y lo instruyó para que fuese su delegado en Torrox. De sus amigos de Córdoba, Saúl había sido siempre el más alegre y popular, el menos levita de carácter, el más violento y guerrero, y el más apuesto y esbelto. Su fuerza física había disminuido con los años, hasta el punto de que su vientre plano y duro como una piedra era ahora una curva de grasa que se explicaba mejor por la falta de ejercicio que por la abundancia de alimento. Sin embargo, todavía le era posible saltar una valla con su propio impulso, ponerse de pie mientras cabalgaba o romper una tabla con el puño desnudo. Samuel se empleó a fondo en el distrito de Álora: una región intrincada de andaluces de pocas palabras, costumbres atávicas y puñales calientes, turbados hasta el desequilibrio por el orgullo individual y por el honor familiar.

En pocos meses, Samuel y Saúl duplicaron la contribución de aquellos distritos a las arcas públicas. Lo hicieron con la simple técnica de la información: hablaban con todo el mundo y, después de cada conversación, anotaban nombres y relaciones en unos pliegos de papel donde se iba dibujando un árbol en el que cada rama era un clan, y en el que cada hoja contenía noticias acerca de si cazaban o recolectaban, si eran ganaderos y en qué pagos, si cultivaban o no y cuántas cabezas de ganado tenía cada uno. Ese censo tributario fue lo que les permitió ajustar el diezmo y exigírselo a

quien nunca lo había pagado.

Todo iba bien. Sin embargo Samuel minusvaloró la oposición de los dignatarios malagueños y tardó en ser consciente de la profundidad de su odio, porque las protestas que le habían expresado a Casim antes del nombramiento se convirtieron en halagos pastosos ante él. Al poco tiempo, parecían haber depuesto sus prejuicios de clase y religiosos, y parecía que lo admitieran como uno de los suyos. No era así.

Su remuneración establecida como recaudador era de un diezmo del diezmo, pero pronto a Casim le llegaron noticias de que Samuel retenía más de lo que le correspondía. Seguro de que acallaría a los detractores, Casim envió a una pareja de oficiales de su guardia a la casa de Samuel con la orden de registrarlo todo e informar después de las cantidades de dinero que encontrasen. Carmela, sola en la casa, abrió todas las arcas y las alacenas y permitió sin rechistar que le deshicieran las camas y le desdoblaran las sábanas y los manteles. Al final, uno de los oficiales volvió al ropero de Samuel y comprobó lo que le había parecido observar antes: que el fondo del estante dedicado al calzado estaba adelantado. Con la empuñadura de la espada rompió la escayola y descubrió un espacio en el que se amontonaban ocho mil dinares de oro.

Samuel alegó que ese dinero provenía de su herencia familiar y que estaba ahí desde antes que comenzara su labor como recaudador. Su principal argumento era que los dinares estaban emparedados en la alacena y que no había forma de meter nada si no era rompiendo la pared de escayola.

Casim Alarif no pudo creerlo, en parte por la animadversión de sus detractores y en parte porque era una suma de dinero atractiva incluso para él, que era el hombre más rico de Málaga. De manera que le impuso a Samuel una multa de ocho mil dinares y lo destituyó.

Samuel no había mentido del todo: esos dinares provenían de la herencia de la viuda Nagrela, de los donativos de su hermano Isaac y de los beneficios de la herboristería y de la venta de la triaca. Pero en un rincón de la casa en el que a nadie se le hubiera ocurrido mirar había escondidos otros diez mil dinares. En vez de un diezmo del diezmo, que era lo establecido, Samuel de manera sistemática se quedaba con dos. No le parecía un pellizco excesivo teniendo en cuenta que había duplicado los beneficios fiscales de Casim, pero como no era dinero limpio lo escondía aparte, en el lugar más sucio de la casa: bajo el palo del gallinero, debajo de una loseta cubierta por los excrementos en la que a nadie se le hubiera ocurrido poner la mano.

Caído en desgracia, Samuel no durmió ni un instante en varias noches. Asustado no tanto por lo que le había pasado, sino por lo que todavía podría ocurrirle, rezó cuantas oraciones recordaba a la Divina Providencia para que le ayudara a conjurar los avatares del Destino infausto. Más que la requisa del dinero y más que la destitución, lo atormentaban unos versos en árabe en los que sus detractores se congratulaban de su desgracia e incluso la relacionaban con la muerte de su cuñado y de su sobrino en la emboscada de la sierra.

A la quinta noche, cuando cantó el gallo, se encomendó por última vez a la Divina Providencia, porque había decidido airear su desgracia. Empapado en sudor, redactó cartas para cada uno de los amigos de Córdoba dispersos por el mundo y otra muy especial para Ilbia. La informaba sin rodeos de la actuación de su padre, de la injusticia cometida con él, de la confiscación de sus ahorros y de los poemas vejatorios compuestos por sus detractores de la corte malagueña. Terminaba diciéndole que ya no le quedaban fuerzas para vivir en aquella ciudad agria, martirizada por el sol, ni en aquella nación que se descomponía.

Entrada la mañana, cuando terminó de escribir, visitó a Judá Gabirol y lo puso al corriente de su determinación de irse de Málaga. Batia lo escuchó con el niño sentado en su regazo, pero hubo un momento en que notó que el relato de Samuel y su decisión de partir le desbordaban el talego de las penas. Soltó al niño, salió del patio, y sentada en el banco del zaguán lloró despacio hasta que ya no pudo esconder más la verdad y tuvo la serenidad de confesarse cuánto había querido a Samuel Nagrela. Cuando volvió al patio, con la cara lavada y los ojos enrojecidos, Samuel y su marido estaban jugando con el niño y ya habían bebido lo necesario para volver a reír.

22

Una noche, al llegar al alcázar del Genil, Ilbia se encontró con la noticia de la muerte de su abuelo Eleazar. Había sido una muerte repentina que sin embargo ella agradeció como benigna. En una visita reciente a la casa de su abuelo había notado que tenía sudor frío alrededor del cuello, y eso era un síntoma inequívoco de enfermedad prolongada y sin curación. No se lo dijo, ni le formuló preguntas clínicas para confirmar el mal pronóstico, porque Eleazar tenía buen aspecto general y estaba viviendo una vejez serena y apacible. Además, era un anciano lúcido que conservaba su buen ojo clínico y que, por tanto, era probable que conociese su propia enfermedad. «O no —pensó Ilbia entonces— porque los médicos suelen pronosticarse mal a sí mismos y a sus seres más queridos». Pero en un caso o en otro, ella no encontró fuerzas para advertirle de lo que observaba a simple vista y se consoló con pedirle al Dios de Israel que si su abuelo había de morir fuese pronto y sin sufrimiento. A pesar de todo esto, el día que Eleazar murió Ilbia lloró como no lo había hecho desde que estuvo recluida en el harén del califa de Córdoba.

Kahina acabó de abatirla porque andaba diciendo que las muertes vienen de tres en tres y que, muertos Joaquín y Eleazar, faltaba uno. Asustada por tanta irracionalidad, Ilbia se decidió a consultar *El libro de los dichos maravillosos* que estaba en la alcoba principal del alcázar del Genil. Era en realidad un manuscrito misceláneo que contenía un libro de suertes, otro de filtros, otro de talismanes y una versión en lengua persa de *El libro de las mutaciones*. Aquel ejemplar pertenecía a Kahina y era para ella la principal herencia de la estirpe de las mujeres judías de Tuat. Lo trajo consigo cuando cruzó el Estrecho, y en Córdoba lo utilizó sólo entre mujeres y con mucha discreción: a veces para curar un mal de amores, a veces para resolverle a alguna una consulta, la mayor parte de las veces para adivinarse ella misma el pensamiento. Pero a lo largo de los siglos, tantas variaciones y dialectos se habían entreverado en los renglones de los manuscritos que ya resultaban difíciles de descifrar aun por la propia Kahina, que a esas alturas de su vida ya había vivido en seis lenguas. Por eso, para traducirlo al hebreo y depurarlo de tantas notas marginales, se decidió a permitir que por primera vez en la historia un hombre tuviese acceso a *El libro de los dichos maravillosos*: era el sabio Jeoseph Enmanuel, un gramático de Lucena, de la rama de los ibn-Marin o benimerines. Además de traducirlo y depurarlo, este sabio había adaptado las suertes adivinatorias cambiando los dados originales por un palito alargado de cuatro lados, con una estrella grabada en cada uno: la de cinco puntas representaba la armonía del consultante y el orden del cosmos; la de seis, que era la estrella de David, indicaba poderes y amores; la oscuridad, el misterio, la confusión y el caos estaban representados por la de siete

puntas, que era el sello de Salomón; y, por fin, la estrella de Tartessos, con ocho puntas, señalaba la familia, la salud y la prosperidad. El palito había de tirarse tres veces, para buscar luego el significado de la combinación de tres estrellas que resultara en *El libro de las mutaciones*. Estaba prohibido, bajo advertencia de mala fortuna perpetua, repetir tirada para la misma consulta.

Ilbia abrió el costalillo de piel que había junto al libro, extrajo de él tres pequeños estuches de cedro tallado en los que se guardaban el incienso, el benjuí y la alhucema, y un tafilete verde de bordes dorados. Repartió un poco del contenido de los estuches en tres pebeteros y esperó que el ambiente se saturara con la fragancia de las resinas. Después, desplegó el tafilete en el suelo y arrojó el palito sobre él: señaló el pentagrama. Por improbable que fuera, en las dos tiradas restantes, el palito volvió a exhibir el mismo símbolo.

Ilbia abrió el libro y leyó en voz alta el dictamen correspondiente a la conjunción de tres estrellas de cinco puntas:

—«El hombre que posee gran claridad sobre fin y comienzo surca en un barco incendiado las olas del mar; conoce su origen y destino, pero no ve su cuerpo ahogado en la arena de la playa».

Con el libro aún abierto sobre las rodillas, Ilbia cerró sus ojos y enseguida creyó entrever el cuerpo sobre la arena: era el de Samuel Nagrela, desnudo, tal como lo encontró un día en las playas de Salobreña.

Durante la cena, le contó a Kahina lo que había hecho, lo que había leído y visto, y su interpretación de todo. A Kahina le devolvió el aliento, porque hasta que oyó a Ilbia había creído que el tercer muerto sería ella. A ambas les pareció que ahora el pronóstico se cerraba mejor, porque como Joaquín y Eleazar, el tercer muerto era también un rabino.

Aquella misma noche, Ilbia le escribió una carta a Samuel en la que le hablaba del número cinco, del pentagrama y de la proporción divina. En el último párrafo le pedía que no emprendiese ningún viaje en barco y al terminar de escribirlo sintió vergüenza. No se atrevió a explicarle la existencia del *Libro de las mutaciones*, ni a describirse a sí misma como una pitonisa aficionada. Así que agarró el papel con dos dedos y lo quemó viendo cómo las cenizas se quedaban en la palmatoria. «*Sic omnia fates* —suspiró—. Como quiera el destino». No se quedó tranquila, porque sintió que con la carta le habían ardido fibras del corazón y que, con la invocación al destino que había hecho mientras la quemaba, se implicaba ella en el futuro de Samuel. Después en la cama tardó en dormirse, porque le costó reconocer ante sí misma lo preocupada que estaba por aquel hombre al que sólo había visto dos veces en su vida.

De su abuelo Eleazar, Ilbia heredó una biblioteca de cien libros, joyas de veinte generaciones y una almunia de olivos y cereales que estaba situada sobre el Cerro del Sol. Desde el Alcázar del Genil, la finca quedaba a una hora de camino a pie. Había

que cruzar la medina judía de Garnata y continuar por el camino de Guadix hasta alcanzar una fuente que todavía se llama del Avellano para, desde allí, acometer una vereda serpenteante y empinada por la que más de una vez se habían despeñado las bestias cuando en el invierno bajaban cargadas de aceituna. La almunia era poco productiva y, desde tiempo inmemorial, estaba cedida en aparcería a un clan de labradores judíos. Las laderas del cerro, cuajadas de olivos, terminaban en una meseta donde estaban los trigales. Junto a la era, orientada al sol de la tarde, estaba el único portalón de la villa. Los aparceros habían construido chozos a cada lado de un gran patio rectangular: había un corral de gallinas, cuadras y abrevaderos para las bestias, dos graneros, dormitorios para los hijos del clan y para los jornaleros, y unas cocinas oscuras y ennegrecidas donde las mujeres cocían los panes, hacían los quesos y preparaban el cocido la víspera del sabat. Por falta de uso, la casa principal estaba envejecida e Ilbia se propuso dirigir su restauración, no porque tuviera ninguna intención de habitarla, sino porque sabía del grande afecto que su abuelo sintió por ella y por aquel paraje. La casa tenía dos pisos, lo cual era insólito para la época, y aún sobre ellos un palomar de madera con arcadas de viga podrida. En el piso superior había tres alcobas y un comedor, y en la planta baja una sala abierta al patio y una pequeña estancia de recogimiento y oración cuya pared miraba hacia Jerusalén.

Ilbia no se tomó la molestia de redistribuir los usos del patio, sino que lo dejó tal y como estaba, pero cambió la orientación de la casa principal. La abrió hacia el este. Derribó el muro de la sala de oración y por allí mandó construir un estanque y un jardín. Vació la casa de tabiques y abrió todos los ventanales que pudo hacia el jardín y hacia el valle del río. No creyó que aquella fuera su casa hasta que un atardecer de verano se dio cuenta de que el sol había recorrido durante todo el día el camino del jardín y del estanque hasta caer a la hora precisa en la estancia que antes había sido oratorio y ahora era pórtico. Tras el vaciado y la reorientación, habían desaparecido los mohos y los humedales, y la casa en su conjunto se había hecho liviana, tan abierta al sol y al jardín principal que parecía no existir.

Sin embargo, en la planta alta, Ilbia había mantenido una habitación pequeña que era solemne y pesada. En ella había instalado un escritorio de cenobio egipcio y dos sillas de asiento estrecho y duro, de respaldo alto, en las que podía dibujar como si estuviera de pie. Los muros estaban cubiertos por anaqueles donde se amontonaban los ciento veinte libros de su biblioteca, más otros tantos que hizo traer desde Salobreña y los que heredó de su abuelo Eleazar. Al contrario de las otras estancias que estaban rodeadas de arcos que las abrían al paisaje y a los rosales del jardín, la biblioteca tenía un par de ventanas rectangulares que medían algo más de tres codos de alto y apenas dos de ancho en cumplimiento obsesivo de la divina proporción.

Nacida y criada en un ambiente levítico, Ilbia se sentía muy cerca del ascetismo de la casa de Sukna al-nisa, aunque nunca la hubiera visitado. Por eso no se le oprimía el corazón en aquella biblioteca en penumbra, ni en aquella casa tan alejada del bullicio de la medina. Erguida sobre una colina, lejos de cualquier sitio pero

visible desde todos los rincones de la ciudad, la casa de Ilbia tenía en efecto algo de convento, y ya por entonces comenzó a llamarse como se llama todavía: Yannar al-alarif, la Casa de la Alarife o Generalife.

Ilbia fue feliz en aquella casa. No estaba sola, aunque su abuelo hubiese muerto y aunque Kahina viviese un otoño de aislamiento en el Alcázar del Genil. Rafael se había quedado en Lucena, Samuel había vuelto a Málaga y su hermano gobernaba Almuñécar, pero ella se sentía en el centro del universo de esos tres hombres.

En su padre ni tan siquiera se tomaba la molestia de pensar, aunque temía con fundamento que pronto viniese a vivir a Granada, donde florecía la corte del nuevo rey Habús. En cambio su hermano ocupaba sus mejores pensamientos. Con sus rizos negros, sus ojos profundos de niño triste y su cara angulosa y despejada, Isa Alarif era el gobernador más querido de las treinta y siete coras de Al Ándalus. En su retraimiento natural, el pueblo veía la abstracción de los sabios; en su distancia, la elevación de los santos; en sus manos que parecían talladas en madera, la bendición de los profetas. Casim Alarif vivía resentido con él por la manera en que llevaba el gobierno de la cora de Almuñécar. Dos cosas le dolían: la primera era que estableciese una relación directa con la corte de Habús; la segunda, que hubiera convertido Almuñécar en una ciudad que miraba al mar y que parecía prosperar, ajena a los intrincados laberintos políticos del mundo andalusí. A pesar de ese dolor, Casim nunca le exigió que lo visitara en Málaga, o que le prestara vasallaje, ni tan siquiera lealtad. Al contrario, enviaba a su hijo grandes sumas de dinero para que las administrara y lo tenía siempre presente en el curso de sus intrigas políticas. Por debajo de su alma individual, belicosa y agresiva, Casim sentía la llamada de la sangre y el sentido de la familia. Su hijo había nacido de madre judía. Él era musulmán como su padre. Su abuelo y sus bisabuelos eran arrianos. Sus antepasados más remotos serían católicos bizantinos o griegos paganos… Pero todo eso era adjetivo. Lo importante es que eran los Liberios, una estirpe de poder que se transmitía por los siglos de generación en generación.

Muy de vez en cuando, los dos hermanos se encontraban, pero les bastaba con mirarse para ponerse al corriente de los avatares del alma del otro. Ambos llegaban a experimentar malestar sin causa aparente, que después sabían que provenía del otro. Las horas de Isa eran para el mar. Era ajeno a la recaudación de los tributos, a los vaivenes de la guerra y a la administración cotidiana de la justicia. Vivía en el castillo de Salobreña y sólo se desplazaba a Almuñécar cuando era inexcusable su ausencia en alguna ceremonia de gobierno o religión. Aun en estos casos iba en barco. Las dos leguas escasas que separaban por tierra la capital de la cora y el alcázar de Salobreña eran sustituidas por una travesía veloz en un viejo barco que podría manejar él solo y con los ojos vendados. Su hermana Ilbia le había confeccionado un método rudimentario de orientación por las estrellas y durante años había aprendido de los marinos entre Almería y Algeciras las técnicas más audaces de navegación a vela. Con aquel velero había cruzado varias veces el Estrecho en dirección a Tánger o a

Ceuta e incluso había alcanzado las costas de Argel. Tenía dinero y poder para armar una flota y comandar su navío insignia. Sin embargo, nunca se atrevió a pilotar naves más grandes, ni a cruzar las columnas de Hércules para salir al Atlántico.

Vivía alejado de su propia corte por la comodidad de no ser interrumpido de continuo con asuntos de gobierno. Delegaba todo en unos visires a los que ni tan siquiera se ocupaba de seleccionar, y embarcaba siempre que podía en su velero de cabotaje, que tenía amarrado de cualquier modo en una caleta a tiro de piedra del alcázar. En aquel barco no podían navegar más de cinco personas. La vela con forma de ala de pájaro se armaba sin dificultad, pero era desproporcionada para el calado y la longitud del casco. La bodega era un cubículo en el que apenas cabía una tinaja de agua dulce y un catre para reposar en la calma o refugiarse en la tormenta. Cuando alguien le advertía sobre los peligros de aquel velero, Isa Alarif respondía sin acritud.

—No es una nave peligrosa —decía—, ni tan siquiera es una nave: es un caballo marino.

Y, en efecto, atendía el barco como si fuera un animal, decía alimentarlo cuando lo untaba de brea y hablaba de despiojarlo cuando mandaba las velas a zurcir.

Nadie habría sospechado que Isa Alarif moriría joven y menos aún que moriría fuera de su barca. Sin embargo, una mañana de verano se lo llevó un cólico extraño y fulminante que los médicos judíos de Almuñécar atribuyeron al consumo, prohibido por la Torá, de ostras o de algún otro animal acuático sin aletas ni escamas.

Aquella mañana, a catorce leguas de distancia, Ilbia experimentó la descomposición del vientre y las fiebres de la intoxicación. Supo que algo le ocurría a su hermano y cuando llegó la paloma con la noticia de su muerte entró en desesperación. Se arañó las mejillas hasta hacerse sangre, se arrancó las ropas y clavó el rostro en un almohadón en parte para que nadie la viera llorar y en parte porque tenía ganas de asfixiarse. Siempre supo cuánto quería al hermano, pero nunca, hasta esa tarde, tuvo conciencia plena de que sus espíritus formaran una unidad bifronte. Y no lo supo tanto por la intensidad del dolor, como por la evidencia de que se le había muerto una mitad del alma y la que le quedaba viva se enfrentaba sola a un destino quebrado.

Sin respetar la noche se puso en camino hacia Salobreña. A lomos de la mula siguió llorando. No quiso detenerse ni para cambiar de posición y siguió pensando hasta que salió el sol y encontró el primer consuelo de su nueva vida. Se dio cuenta entonces de que *El libro de los dichos maravillosos* no se había equivocado en el augurio, sino que ella lo había interpretado mal, porque el barco en llamas era el que conducía a los antiguos faraones hacia el extremo occidente, y el cuerpo en la arena no era el de Samuel, sino el de su hermano Isa antes de embarcar en su viaje hacia el descanso eterno. El único consuelo menor que le quedaba era que a Samuel Nagrela no le iba a ocurrir nada.

23

Atormentado por la destitución y la multa confiscatoria, Samuel no dejaba de hacer suposiciones y averiguaciones con todos los cortesanos de Málaga sobre los motivos de Casim. Volvía a casa con la certidumbre de saber menos cuanto más averiguaba y con la comprobación de que toda corte era un avispero, más peligroso cuanto más bajo se llegara en su maraña de mando e intereses.

En los días siguientes mandó a Carmela de vuelta a Lucena. Era la única que no le enredaba el alma, ni le daba jamás consejo, ni consuelo, pero justo ese silencio le abría a Samuel las heridas de la culpa. Se mantenía siempre en su digna condición de viuda reciente y hermana recogida. Respetaba al hermano como si fuera un emperador, pero era de una austeridad tan grande que, en realidad, a Samuel le provocaba miedo. Así que, con el pretexto de que su viaje era inminente y sería largo, la envió a Lucena bajo la custodia de Isaac.

Era cierto que Samuel planeaba un viaje dilatado en el tiempo. Primero pensaba cruzar el Estrecho y comerciar en Ceuta, ciudad bizantina que desde la época de Almanzor era un mercado de guerra. Allí se contrataban los mercenarios y allí se proveían los ejércitos de pertrechos y armamento. Después la intención acariciada de Samuel era dirigirse desde Ceuta a Qairuán, la ciudad de las altas torres, donde estaba la academia rabínica más importante del Mediterráneo occidental.

Por sus labores de escribano de corte, era un hombre bien informado y sabía que por entonces, en Ceuta, un príncipe bereber de la familia hammudí estaba reclutando un ejército para invadir Córdoba y proclamarse califa. Se llamaba Alí y contaba con el apoyo de los ziríes de Granada, con el de la cora de Algeciras y con el del propio Casim Alarif. De manera que, según el análisis de Samuel, era probable que Alí lograra su objetivo e inclinara la guerra civil a favor del partido bereber. Y lo único que un partido vencedor necesitaba de un judío era financiación. En aquellos años el reclutamiento no era forzoso, sino que se basaba en la contratación de mercenarios. Todo príncipe necesitaba préstamos para pagar a las tropas y allí estaban los diez mil dinares de Samuel para ser invertidos en una expedición militar que le parecía bastante segura.

De modo que tenía pensado acudir a Ceuta para vender capital. A veces esto le parecía un círculo diabólico. Si se paraba a pensarlo no entendía cómo era posible vender dinero a cambio de más dinero. El capital podía proliferar sin límite y eso era un atributo exclusivo de Dios. El dinero no era nada, pero podía cambiarse por todo y eso también era un atributo exclusivo de Dios.

De todos modos, el viaje de Samuel se retrasó por algo inesperado. Por aquellos días comenzaron a llegarle las respuestas de los amigos a los que había mandado

cartas explicando su desgracia. Todos le ofrecían solidaridad y acogimiento en sus ciudades. Pero cuando ya estaban hechos todos los preparativos del viaje, recibió carta de Ilbia. Creía que contendría los mismos gestos de solidaridad, pero en realidad contenía la noticia de la muerte de su hermano Isa.

La distancia entre Málaga y Salobreña era de veinte leguas y Samuel estaba seguro de que por más prisa que se diera no podría llegar antes del sepelio. Sin embargo, mandó de vuelta a la misma paloma comunicándole a Ilbia que se ponía en camino.

Años antes, cuando salió de Córdoba, calzaba unas albarcas que le destrozaron los pies y llevaba una vara alta que él llamaba el bastón de Moisés, porque en la empuñadura tenía esculpida una serpiente. Esta vez, viajaba en mulas comparables a las mejores de la recua de Casim Alarif y era lo bastante rico como para no llevar consigo dinero: tenía crédito en cualquiera de las sinagogas de su camino, aunque llegase hasta Jerusalén. Las cosas no le habían ido mal: a pesar de la confiscación injusta que le impuso Casim, su patrimonio era ya considerable y, en su confianza ciega en la Divina Providencia, sabía que la destitución de su puesto de recaudador era, además de un peligro, una oportunidad.

La mula aumentaba la comodidad, pero no la velocidad del viaje. Así que cuando llegó a Salobreña, tres días después, Isa ya había sido enterrado. Aun así, cuando llegó el salón principal del alcázar todavía hervía de gente. Vio a Ilbia en el centro de la sala y antes de acercarse a ella para presentarle sus condolencias la admiró en silencio. Su cuerpo no cambiaba, seguía espigado y andrógino. Lo nuevo era un aire inconfundible de desdicha. Vestía el blanco de luto y creaba a su alrededor un ámbito de irrealidad.

Cuando ella lo vio, quieto y solitario en la entrada de la sala atiborrada de gente, se alegró. Él sí había cambiado. Ya no era el joven escuálido que había recogido del río diez años antes. Ahora parecía lo que era: un cortesano desbancado, un comerciante estable con ropas cuidadas y un hombre cansado, recién llegado de un viaje. Le gustó que fuera así.

Se acercó a él y lo saludó con una sonrisa. Él inclinó la cabeza, la mantuvo baja un instante y, sin acabar de levantarla del todo, dijo en un árabe demasiado relamido:

—Os presento mis más sinceras condolencias por el fallecimiento de vuestro señor hermano.

Ilbia recibió las condolencias con su mejor gesto y enseguida avisó a Hassan para que prepararan un baño y un aposento donde Samuel pudiera sacudirse el polvo del viaje.

—Cuando vuelvas a la sala no estaré aquí —le dijo—. Hace tres días que no duermo y hoy me retiraré pronto.

A la caída de la tarde, Ilbia dio por terminadas las conversaciones que a esas horas eran ya intrigas acerca de a quién el rey Habús nombraría gobernador de Salobreña. La rivalidad entre Isa y su padre, el gobernador de Málaga, que ni tan

siquiera acudió al sepelio, hacía temer que Habús designase a un jeque bereber, sin respetar la transmisión centenaria de poderes dentro del linaje de los Liberios.

Al torcer el pasillo vio a Samuel que, afeitado y perfumado, la esperaba ante la puerta de su alcoba. Ella pensó que estaba allí de paso, porque se dirigía al salón, pero antes de que pudiera informarle de que todo el mundo se había ido ya, él se metió en la alcoba, tiró del brazo de ella y, una vez dentro los dos, se puso la mano en el corazón, trémulo y digno, y con el mismo árabe engolado le dijo lo que llevaba tres días cavilando en su cabeza:

—Ilbia: he decidido casarme contigo.

Ilbia hubiera creído que se había vuelto loco de no ser porque conocía su empeño en atribuir todas sus acciones a la mediación de la Divina Providencia. Su impulso inmediato fue maldecirlo por intentar profanar su cama de virgen sin esperar ni tan siquiera a que se enfriara el cuerpo de su hermano. Pero se lo impidió la dignidad de la rabia:

—Sal de aquí ahora mismo si no quieres que la guardia te atraviese. Y no vuelvas a cruzar este umbral jamás.

Cuando oyó los pasos de Samuel en retirada, cerró los cortinajes y la puerta que nunca cerraba y se enfrentó a su destino. Tenía veintitrés años, sabiduría y una causa: la construcción del nuevo templo en Granada. Tenía dos protectoras, la madre del rey Habús y la reina Kahina, pero su padre era su enemigo y su hermano había muerto. Pronto algún jeque bereber vendría a hacerse cargo de la alcazaba y la villa de Salobreña. Si se quedaba allí, el nuevo jeque pensaría que ella era una parte del distrito y la tomaría como el que toma una cabra. Lloró sola, como siempre lo había hecho, pero lloró por primera vez desde el día de la muerte de su hermano. Lloró sobre todo por su soledad y su rabia y, cuando entró en la cama en la que dormía desde niña, lloró por el recuerdo de su madre y de sus abuelos. No quiso que nadie la desvistiera y se acostó sollozando con el vientre abrazado y le rogó a Dios fuerzas para resolver su soledad de mujer sin hijos. Se durmió enseguida, de manera profunda pero sollozando en el sueño.

La despertó el sol radiante de la costa en primavera. Sólo entonces se dio cuenta de que había soñado más con Samuel Nagrela que con su destino de desamparada. Como temía que Samuel se hubiera ido, le mandó recado con Hassan para que viniera a su cuarto en una hora. Se dejó bañar, se desenredó los cabellos, se puso una túnica blanca de luto, pero con botones dorados de fiesta. Apenas oyó que Samuel entraba despidió a las sirvientas, cerró por dentro la puerta y, despacio, uno a uno, soltó los botones de su túnica y dejó al descubierto sus piernas arqueadas de amazona, su pubis depilado, su vientre duro como el de un guerrero y sus pechos pequeños.

—Tómame —le dijo—. Soy tuya.

La visión turbó a Samuel, más por lo indefinido del cuerpo que por lo inesperado de la situación. Ella se dio cuenta y se tumbó bocabajo sobre la cama, para mostrarle la parte más femenina de su cuerpo. Se cubrió con una sábana y lo invitó a tumbarse

junto a ella. Samuel forzó una risa nerviosa y, sin desnudarse, se tumbó junto a ella, pero boca arriba, pensando más en lo que debía hacer que en lo que había visto. Cerró los ojos un instante y encontró a su Divina Providencia, que le aconsejó que renunciara a cualquier placer. Y, al abrirlos, se dio cuenta de que ella estaba llorando. Era un llanto silencioso, pero las lágrimas le inundaban los ojos y le resbalaban hacia las sábanas.

—Es bueno que llores —le dijo—, pero tal vez estarías más cómoda vestida.

Ilbia vivió esa frase como una afrenta. Arrojó la sábana, se levantó, recogió la túnica del suelo y se la puso. En ese instante, Samuel la vio más bella que nunca: ágil y rubia, con los ojos encendidos por las lágrimas y el odio, y las mejillas húmedas y enrojecidas por la rabia. Deseó besarla y abrazarla como había hecho en otras ocasiones con amigos y efebos o con mujeres de alquiler, pero sólo se atrevió a enjugarle las lágrimas con los dedos de la mano. Entonces ella lo miró con desprecio y se deshizo en un llanto expreso, como si de verdad tuviese un fuerte dolor en el corazón. Samuel temía la aparición del edecán o de las esclavas y, más para evitar el escándalo, más para callarla que para consolarla, la rodeó por detrás y le tapó la boca con una mano. Ilbia se la mordió, al principio con rabia, pero después con suavidad, como si le estuviera comiendo cada dedo a bocaditos dulces. Se volvió hacia él y comenzó a restregarle sin pudor todo su cuerpo duro y caliente. Samuel notó la respuesta inmediata de su masculinidad y no supo contenerse: la derribó en la cama, le abrió el vestido y comenzó a morderla con brutalidad, como toda su vida había hecho en todas las ocasiones del amor con mujeres. A Ilbia comenzó a repugnarle el sudor que manaba a chorros de aquel hombre desbocado y confirmó sus peores intuiciones de niña acerca de la brutalidad del amor. Él sólo notaba su erección y que lo único que podía hacer era lo que estaba haciendo: pugnar por una penetración a la que ella se resistía. De repente, en el clímax de la batalla, eyaculó sobre el ombligo de Ilbia y se le fue toda la fuerza del alma y toda la dureza del cuerpo. Ella lo apartó, sin contemplaciones ni caricias, como si fuese un saco. Se levantó de la cama y mientras se limpiaba el semen y el sudor frío, recuperó todo su humor. Samuel, avergonzado, sólo pudo pedirle disculpas:

—Perdóname —le dijo.

—¿Por qué? —sonrió Ilbia—. ¿Por tu brutalidad o por tu rapidez?

—Por todo —dijo Samuel—. Te prometo que yo no quería que fuese así contigo.

—No te perdono —dijo Ilbia—. Vete de aquí.

En su vida había tenido varios escarceos amorosos, pero eran juegos de cuadra o de pajar y siempre con jóvenes de condición social inferior a la suya que no podían aspirar a su mano. En la pubertad la casaron con un califa, pero lo ejecutaron antes de que a su padre le diera tiempo a ingresarla en el harén de Córdoba. Y nunca tuvo ilusiones matrimoniales hasta la noche anterior. Más que la desesperación, había sido el miedo a lo que podía ocurrir en su casa tras la muerte de su hermano lo que la llevó a cometer el desastre de desnudarse ante Samuel. Había conseguido lo contrario de lo

que pretendía: ya era difícil que un hombre de su estamento y de su tiempo desposara a una mujer con quien se hubiera acostado, pero era imposible que un hombre abatido y humillado aceptase siquiera volver a verla. Pero, en el fondo, a ella no le importaba demasiado que todo hubiese salido al revés. Llevaba toda la vida huyendo de un harén y eso era, al fin y al cabo, lo que le esperaba si se casaba con aquel rabino. Un rato más tarde, Ilbia se presentó en las cuadras donde Samuel cargaba su mula.

—Imagino que ya no quieres casarte conmigo —le espetó sin saludarlo.

—No —dijo Samuel—. Retiro mi propuesta. Sólo quiero que Dios y tú me perdonéis.

—Te perdono —dijo Ilbia—. Y no me importa que no te cases conmigo. De todas formas, ya estuve casada y pertenezco al harén del califa. Imagino que eso traería problemas con la ley.

—Pues con más razón —dijo Samuel, sin cortesía y sin volverse.

—Mírame a los ojos —dijo ella.

Samuel dejó los aparejos de la mula y se dio la vuelta. La miró a los ojos y ya no le pareció una mujer hermosa.

—¿Adónde vas ahora?

—A Algeciras —respondió Samuel— y, desde allí, a África.

—Llévame contigo.

—Ni hablar.

—¿No vas a preguntar por mi dote?

—No.

—Llévame entonces como paje.

—No.

—Como concubina.

—No.

—Como sirvienta.

—No.

—Entonces quédate un día aquí conmigo.

Se quedó más de un mes.

Ella había cumplido los veintitrés y se enamoró por primera vez. Él tenía veintinueve y también la amaba, aunque nunca tuvo el valor de confesárselo a sí mismo.

24

El viaje a Ceuta fue un éxito comercial. Contratando mercenarios para Yahyá Hammud, Samuel Nagrela casi duplicó su patrimonio mediante el préstamo continuo de dinero que rescataba crecido casi antes de entregarlo.

Era muy sólida la determinación de los hammudíes de invadir Córdoba y de hacerse con el califato. Eran grandes las necesidades de intendencia de las tribus contratadas, casi tanto como el empeño de Samuel Nagrela por olvidar sus prejuicios teológicos y sus aficiones poéticas y dedicarse a la rutina mercantil. De manera que, desde el mismo día en que desembarcó, Samuel comenzó a prestar y a recibir lo prestado más los intereses. En la negociación se esforzaba en argumentar como le habían enseñado en la academia de Hanok y en hacerlo bien, de manera que logró intervenir no sólo como parte de sus propios negocios, sino también como juez y mediador de los ajenos.

No acompañó a las tropas hammudíes cuando cruzaron el Estrecho, pero tampoco peregrinó a Qairuán, como alguna vez se había propuesto cuando era menos rico y se sentía más rabino. Por miedo a la travesía del Estrecho, una de las más cortas pero de las más difíciles que se podían realizar en el Mediterráneo, esperó en Ceuta hasta bien entrado el verano y en el mes de julio del año 1023 embarcó en un remero con destino a Algeciras.

Ilbia lo esperaba en Granada y él tenía ganas de volver.

Zarparon al amanecer. Al comienzo de la travesía el mar estaba tan calmado que Samuel pudo concentrarse en la composición de un poema para Ilbia, pero a medida que subía el sol, iba notando una fiebre que achacó al consumo de un condimento de mostaza. Sabía que cenar tarde y tomar alimentos acerbos le producía efluvios que se instalaban en la cabeza, pero antes de zarpar no había tenido tiempo ni ánimo para aplicarse el remedio que usaba en estas ocasiones y que era un colirio a base de agua de rosas y zumo de hinojo silvestre con el que se lavaba los ojos.

Aquella mañana el viento era una agradable brisa, el cielo estaba de color azul zafiro y las aguas del Estrecho parecían aceite. El peñón de Gibraltar se recortaba en el horizonte con una nitidez tal que desde que salieron de Ceuta les parecía que estaban a punto de llegar a su destino.

Los marineros estaban tan desocupados que comenzaron a contarse historias. Uno habló de un animal enorme. Otro replicó que él había visto a la bestia más grande de los mares, la que los andaluces llamaban Tiña, una quimera de varias cabezas que sólo obedecía a un olvidado dios etrusco. El capitán de la nave, un hombre enorme, nacido en Tarifa y del que decían que andaba dislocado por los malos vientos, silenció a los que discutían:

—¡No conocéis los prodigios del mar! —les gritó—. ¡Lo que decís no es nada! En el mar vive una fiera que se llama Qorhah y que es la peor de las bestias de los abismos.

Al oír el nombre de la Qorhah, que en hebreo significa «la calva», Samuel dejó de escribir y prestó atención a lo que se hablaba en el corro de marineros, sin darse cuenta de que ya estaba a merced del delirio.

Creía haber leído en la Torá algo sobre ese nombre. O tal vez fue en el Talmud. Sólo recordaba que el nombre en hebreo llevaba la letra «heth» al final y que eso en la cábala indicaba una vinculación del monstruo a los abismos del Hades.

—La Qorhah —continuaba el capitán— devora a cualquier ser que a su vez devore. Tiene unas fauces tan grandes que vuelca el barco más sólido que podáis imaginar como si fuese una nuez. Yo he visto a hombres recios como un roble vaciándose como niños con sólo su recuerdo.

No había terminado de hablar el capitán, cuando Samuel comenzó a notar retortijones y unas ganas incontenibles de evacuar el vientre. No tuvo tiempo de buscar un rincón en la cubierta, se quedó en cuclillas donde estaba, aseguraría que el cielo se cubrió de nubes y se oyó un trueno. Ante la proa vio aparecer una terrible figura con forma de pez o serpiente, tan alta como una palmera, con una cabeza tan grande como la nave, unos ojos que eran manantiales de azufre, narices como hornos, mandíbulas como murallas, una boca profunda y amplia como una cueva, los labios hinchados como dos odres y entre ambos una coraza mellada. Tenía el cuerpo blanco, el dorso verde, el cuello como una torre y el vientre como un majano. La aleta era una espada desenvainada y las escamas parecían escudos rojos de guerra. Su figura era tan imponente que tapaba la roca de Gibraltar.

El cuerpo de Samuel ardía y el sudor le estaba cubriendo los ojos. Los marineros se alarmaron y lo cubrieron con unas mantas, pero a él le parecía que todos estaban inmóviles y paralizados por el terror de la visión de la bestia, que ahora se había erguido sobre la cola como un cedro o una palmera. Oyó a los marineros andaluces invocando a Astarté y ese pecado le pareció razón suficiente para que la fiera comenzara a engullirlos. Sintió que se le derretía el corazón como si fuese de cera, se desprendió de la manta, se puso de pie y comenzó a cantar un salmo a modo de sortilegio:

—Sólo Tú rompiste las cabezas de Leviatán y lo diste por comida a las tortugas de mar.

Se deshizo de los marineros que intentaban volver a sentarlo y mandó callar a los herejes.

El capitán dijo que se trataba de un ataque de epilepsia. Los había visto en varias ocasiones: escupiría negro, se le caerían los brazos y las piernas, y después moriría. Mandó que nadie se acercara y que le permitieran incluso saltar a la mar. No sería un mal final. A pesar de todo, los remeros se detuvieron para que el movimiento de la nave no lo derribara y Samuel, en pie, empapado de sudor y excrementos continuó

hablando a gritos con el sol:

—No oigas a estos desventurados que invocan a Asimah, diosa de la salud y la vida. Y oye mi canto, Adonai. Si Jonás fue tragado en el mar y vomitado en tierra por su justicia, ¿qué será de mí? Has tenido paciencia conmigo, mas si esto es lo que yo merezco, perdona mi enorme maldad.

Entonces oyó la voz de Dios que recriminaba a la fiera y que le mandaba vomitar a los devorados. Y la vio hundirse en el seno de los mares como se hundió el ejército del faraón, y creyó que los marinos le decían asombrados que nunca hasta ahora una nave había escapado de la Qorhah.

—Dios salva al que reconoce el perfecto esplendor de Su gloria —les dijo Samuel —. Adorad al Señor.

Un par de horas más tarde, el cuerpo convulso de Samuel Nagrela fue desembarcado en los muelles del puerto de Algeciras. Con el rostro tapado por una manta como si ya estuviese muerto, cuatro marineros lo llevaron hasta el pórtico de un almacén y lo tendieron allí para que terminara de agonizar y muriese a la sombra. Al poco rato, le destaparon la cara porque les pareció que le faltaba el aire y entonces todos lo vieron despertar sereno y con la razón intacta. El capitán estaba de pie junto a él.

—¿Hemos visto una bestia marina? —le preguntó Samuel.

—Más grande que un delfín, ninguna —le dijo.

—¿Y ha habido tormenta?

—Tampoco —dijo el capitán—. En veinte años, nunca he visto un día con la mar tan calma en el Estrecho.

Samuel estaba tan seguro de haber visto a Leviatán y de haber oído la voz divina de la Roca que, después de bañarse y cambiarse, se pasó más de una hora en el malecón mirando las aguas del Estrecho. Allí estuvo hasta que lo venció la seguridad de que en aquella mar había sido un día insólito por lo calmo. Cuando al atardecer buscó al capitán para pagarle la travesía y agradecerle las atenciones, no se volvió a hablar del asunto. Pero en la alhóndiga donde se alojó aquella noche, compuso un poema narrativo en el que describía como si fuera cierto todo lo que creía haber visto. Fue su primer episodio de demencia y veinte años después, cuando mandó a su hijo José copiar aquel poema, le aseguró que la aparición de Leviatán no había sido un sueño, ni un delirio, sino un mensaje claro de la Divina Providencia.

* * *

Dos semanas más tarde, Samuel Nagrela llegó a Málaga. La guerra civil continuaba: Sevilla ya no era una ciudad del partido bereber y allí se había formado un reino de obediencia andalusí. La dinastía africana de los hammudíes, a la que Samuel había financiado, parecía tener los días contados en Córdoba. Y Málaga era un hervidero de refugiados cuyos relatos y análisis estratégicos eran tan contradictorios que nadie se

atrevía a predecir quién gobernaría la ciudad en pocos meses. Unos decían que retornaría Yahyá Hammud apenas perdiera Córdoba —como así sucedió en efecto a finales de aquel año—, otros decían que los nuevos soberanos de Sevilla invadirían Málaga y Granada otros; en fin, que ni Málaga, ni Al Ándalus sobrevivirían sobre la faz de la Tierra porque los insultos al califa serían cobrados por Dios.

Eran tiempos revueltos pero, acaso por eso, buenos para los negocios. La gente ya no confiaba en las propiedades inmuebles. Todos tenían prisa por liquidar los bienes raíces y casi todos tenían los equipajes preparados por si había que salir hacia donde nadie sabía.

El antiguo mentor de Samuel Nagrela, el gobernador Casim Alarif, había dejado Málaga porque había sido nombrado canciller del reino de Granada.

Salomón Gabirol había cumplido los dos años, pero cada día de su vida había sufrido un trastorno de salud. Era, sin embargo, un niño despierto y juguetón, de una actividad tan continua y temeraria que había consumido las fuerzas de su madre y el ánimo de su padre. La familia Gabirol ya había decidido trasladarse a Zaragoza: era la frontera norte de Al Ándalus y la ciudad había comenzado a vivir un período de florecimiento gracias a una independencia no deseada. Los nuevos señores tujibíes necesitaban escribanos y médicos, poetas y comerciantes, y por eso garantizaban el empleo a los judíos cultivados en cualquier arte. Judá temía también que Málaga cayera junto a Córdoba en manos del partido andalusí y que, con el nuevo gobierno, las mujeres tradicionales que en su día demandaron la muerte de su hijo por ser cesarino y deforme lograsen su objetivo.

Recién llegado de su viaje, Samuel Nagrela se sintió desbordado por tanta noticia y tanta iniciativa de viaje, y decidió volver a salir de Málaga y hacerlo cuanto antes.

Durante algunas semanas comerció en el puerto. Compró y vendió joyas, aceites, fármacos, vinos y perfumes y obtuvo beneficios rápidos. Pero apenas cobró las últimas deudas y se dio por satisfecho con las ganancias, contrató a una cuadrilla de arrieros que hacían a un tiempo de porteadores, guías y guardianes. Quería que lo llevaran a Granada. Pasadas las fiestas del año nuevo hebreo, que era el 4785 desde la creación del mundo, y avanzado el otoño, se despidió de la familia Gabirol y se puso en marcha.

25

El alma no está hecha de números, como Ilbia se empeñaba en creer. El alma reside en la memoria y está tejida con recuerdos. Apenas llegara a Granada se lo pensaba decir: sólo somos recuerdos e incluso los futuros estarán hechos de recuerdos. Samuel Nagrela estaba convencido y eso le reforzaba la intención de buscar a Ilbia. De manera que, celebrado el año nuevo al son del *shofar* y las trompetas, como mandaba la Ley, Samuel Nagrela salió de Málaga por la amplia calzada que llevaba hasta Córdoba.

No iba solo. Después de quince años, la guerra civil persistía y aunque ya había perdido algo de la virulencia que tuvo, por los caminos aún merodeaban bandidos y guerreros sin reino. Por eso había tomado varias precauciones: aplazó el viaje hasta que se formara un grupo amplio de hombres dispuestos a viajar; entre todos, contrataron los servicios de los guías y arrieros más experimentados y, antes de partir, giraron su dinero de sinagoga a sinagoga para poder viajar sin más pertenencias que las imprescindibles. El grupo lo integraban, pues, cinco arrieros y cinco hombres a caballo que se dirigían a Granada con el propósito de comerciar. Solo uno de ellos, Samuel Nagrela, albergaba además el propósito oculto de reunirse con una mujer.

Pernoctaron en una fonda grande donde no faltaron pan, quesos, frutas, carnes y pescados en salazón. Samuel no logró dormir: hacía calor, la cama que le habían dado estaba cubierta con un lienzo percudido de sudores y del techo caían de continuo briznas de madera que él consideró chinches o pulgas. Con la capucha de la chilaba puesta y una sensación de picor generalizado se pasó la noche interpretando el trajín de los viajeros, el berrido de los becerros y el ladrido de los perros.

Al amanecer el sitio estaba mucho más concurrido que la noche anterior: un centenar de viajeros preparaban monturas, compraban víveres y se transmitían informaciones sobre la evolución de la guerra. Se pusieron en marcha y esa misma mañana abandonaron la amplia calzada empedrada que llevaba a Córdoba. Tomaron un camino polvoriento de mulas que pronto se convirtió en vereda y al atardecer en trocha de cabras.

El viaje a Granada duraba sólo tres días, si se realizaba por aquel paso siniestro. Se subía primero hasta el puerto de Las Salinas y desde ahí se desembocaba en Loja, sin pasar por Archidona. A lo largo de los años, los arrieros malagueños habían ido tejiendo una red de contactos en alquerías, ventas, morabitos y villas, que les permitía acampar y proveerse con bastante seguridad. Eran cinco hombres de la misma familia, de pocas palabras, con barbas sucias y enredadas, ojos empequeñecidos por el sol y piernas duras como piedras y ágiles como las de las cabras montesas. Duros, altivos, sufridores y desbocados sólo en asuntos de hembras. Llevaban consigo una

jauría, cuyos perros eran todos también de una misma raza y pelaje, pero ellos distinguían a cada uno con un nombre, que era siempre un atributo violento del animal pronunciado en la única lengua que hablaban, la romance. Silenciosos y rápidos, sabían cazar con unas jabalinas cortas que ellos mismos templaban, comían mientras andaban y hubieran podido sobrevivir sin alimentos en cualquier bosque del sur de la península. En sus interminables viajes de Málaga a Almería, de Almería a Córdoba, de Córdoba a Algeciras y otra vez de vuelta a Málaga, aquellos hombres se habían acostumbrado al nomadismo, de manera tal que para ellos lo excepcional ya no eran los viajes, sino las paradas.

Desde su estancia con los pastores, diez años antes y por aquellas mismas sierras, Samuel Nagrela había aprendido a respetar el instinto y la experiencia de ese tipo de hombres que le parecían emanaciones de la tierra, de su misma textura y calidad. De manera que esta vez se abstuvo de proponer hábitos alimentarios o de comentar siquiera las utilidades de las plantas. Sabía que la sabiduría se expresaba también en los silencios. Se concentró en sus pensamientos y se abandonó al debate imaginario con Ilbia acerca de la naturaleza numérica del alma. Volvía a Granada con la intención calculada de recogerla y llevarla a Lucena, que a esas alturas de la guerra le parecía el lugar más seguro de Al Ándalus para un judío rico como él. Pero volvía también con las ansias de verla para saber que continuaba en el mundo y de tocarla para saber que seguía siendo suya. Sus últimos encuentros no habían sido sólo tormentas pasajeras, sino que eran ya también parte de su alma e imborrables de su memoria. A pesar de que, cumplidos los treinta, Samuel ya practicaba la franqueza cruda de los poderosos, no tenía intención de revelarle a ella el tamaño de su amor, ni de decirle qué falsos le sonaban los misticismos de sus cartas después de haber conocido el prodigio real de su vientre.

La segunda noche la pasaron en Loja y desde ahí el viaje se convirtió en un paseo. Se terminaron las cornisas de montaña y el aire cortante y desolador de las sierras. Ahora los viajeros seguían la ribera del Genil y dejaban que el frescor de los álamos y los saltos del agua marcasen el ritmo. Por la tarde divisaron Granada y entonces Samuel Nagrela tuvo un presagio en el que no sólo no se permitió la debilidad de creer, sino que siempre se lo negó a sí mismo. Habían dejado atrás las ruinas de Medina Elvira, la antigua capital de la cora abandonada por sus habitantes años antes. Caminaban por la margen izquierda del río Genil y era la tarde del 10 de septiembre del calendario romano, cuarto de los días temibles de los judíos, víspera del Yom Kippur. A medida que se acercaban, parecían crecer las montañas de Sulayr y se perfilaban las siluetas de la nueva alcazaba de los ziríes y de la muy vieja medina de los judíos. Por entonces, en el lugar en el que hoy está La Alhambra, había sólo una vieja fortaleza abandonada, pero a Samuel Nagrela le pareció ver allí un templo dorado, como una puerta abierta hacia el cielo de Su gloria. El presagio que tuvo entonces y que nunca quiso reconocer como tal fue que era él el llamado a construir en piedra aquel templo que se le mostraba hecho de ilusiones y luces doradas. Los

perros comenzaron a ladrar. Se inquietaban porque, a medida que se acercaban a su destino, se iban cruzando con más carretas, bestias y gentes. El rabino Samuel Nagrela, de formación más racionalista que platónica, no quiso interpretar la inquietud de los animales de la otra manera en que era posible: tal vez ellos también oyeran la voz de presagio de la divinidad que en ese instante le estaba indicando la ubicación de su templo, por encima de la almena más alta, en la colina cuyo rojo intenso más destacaba sobre el fondo de las montañas.

Escasas en esa época del año, las aguas del Genil ya traían olores de ciudad, pero Samuel sintió que aquellas aguas fluían al revés; que él no iba, sino que retornaba a Granada y que Ilbia no era su futuro, sino el más remoto de sus pasados. Los caballos parecían adormecidos en su rumbo, como si no tuvieran prisa en alcanzar lo inevitable, que era aquella ciudad colgada en la inmensidad de las montañas y suspendida en un ámbito incierto de tiempo detenido, acaso la ciudad santa de Sefarad, la Jerusalén sin Templo de Al Ándalus, construida siglos antes por hijos de Israel como testimonio de su deportación y sufrimiento.

Una luna creciente casi llena comenzó a dibujarse en el cielo mucho antes del atardecer. Se la veía traslúcida, sola y grande, anuncio de una noche inevitable, pero también de un panorama de astros que acaso contuviera el destino de los hombres. Las esferas celestiales no eran números, como creía Ilbia. Si eran celestiales, tenían alma, y si tenían alma, estaban hechas de recuerdos. Acaso de recuerdos del futuro, acaso de recuerdos de Dios, acompasados en una música medida que sin embargo no podía ser yerta y fría como el Número, sino viviente y palpitante como la memoria.

Antes de cruzar el puente que daba entrada a la ciudad, los viajeros ajustaron con los arrieros los últimos gastos y allí mismo se despidieron. Samuel los vio alejarse deprisa por donde habían venido, como si no quisieran mancharse de ciudad, sorteando carretas y mulos y gritándole a los perros. En el mismo puente, los guardias del rey Habús exigieron el pago de un exorbitante tributo. Sin embargo, los viajeros no dejaron traslucir su rencor: negociaron lo justo, pagaron lo convenido y prosiguieron con expresión alegre. Alcanzada la margen derecha y atravesado el arco de Ataubín ya estaban en territorio seguro.

La calle principal de la medina estaba llena de hombres cuya postura al conversar revelaba su condición judaica; además, la brisa olía al trabajo de herreros, curtidores, sederos, neveros o plateros, que era el olor del pueblo de Israel en cualquier esquina del extenso mundo de la diáspora. Dominado todavía por sus reflexiones de caminante, Samuel comparaba la ciudad con la que vio seis años antes, cuando la visitó por primera vez con motivo de los funerales del rey Zawi. Entonces era una medina de cien casas y cuatro calles anchas, una sinagoga sin prestancia y dos alcázares viejos. Ahora el rey Habús había mandado unir la alcazaba zirí con la vieja medina de Gara Anat para que formasen una sola ciudad. Una muchedumbre de

albañiles y de peones había extendido la muralla de tapial con zócalo de piedra hasta muy cerca de la puerta de Ataubín por la que Samuel había entrado. La fiebre de la construcción se había apoderado de los habitantes y la ciudad estaba erizada de andamios, tablones, zanjas y cucañas de albañilería. La población parecía entregada al nuevo viento que soplaba en el país. Había terminado la hora del imperio de Córdoba y renacía el tiempo de las viejas *civitates*. De la misma manera, ya había terminado el día caluroso y la ciudad abría postigos y celosías al primer aliento fresco que bajara de la sierra. Sonaban lejanas, en la alcazaba zirí, las voces de muecines que llamaban a la oración y cercanas las voces de madres que intentaban ordenar las bandadas de chiquillos que iban y venían, rodeaban a los viajeros, les formulaban preguntas inoportunas y les ofrecían puñados de almencinas o azofaifas a cambio más de atención que de dinero.

A esa hora de sombras largas, a Samuel todo le parecía distinto a lo que había visto, pero tamizado por la misma luz que apreció seis años antes. El mismo dorado coloreaba aún un confuso laberinto de callejones, balcones, arcadas, patios recónditos y galerías. Los muros de la oscura sinagoga de la placeta desprendían aún un calor inerte, acumulado desde la mañana y retenido por las mismas paredes que en invierno expelían un frío de tumba. Samuel pensó que no podían presumir de sinagoga los judíos de Gara Anat, ni de palacios, mármoles o foros.

Los viajeros cruzaron un portón de madera y accedieron a un patio emparrado con suelo de barro y pozo en el centro. Allí los recibieron varios ancianos de la comunidad que se interesaron con sonrisas por las vicisitudes del viaje, por los propósitos de la estancia y por la identidad de cada uno de los recién llegados. Allí también, en el patio, los viajeros se sacudieron los polvos del camino y se refrescaron manos y rostros. Una vez adecentados pasaron a la sala de oración. Era un cubo de igual anchura, largura y altura. En el muro oriental había dos alacenas, una para los rollos de la Torá y otra para el cofre que contenía la Piedra Santa que mil años antes trajeron los fundadores desde el Templo de Jerusalén. En el occidental se abría un pequeño nicho que albergaba el púlpito del rabino. Las cuatro paredes estaban cubiertas por filigranas de yeso y sólo la del sur tenía una ventana por la que entraba la luz del atardecer.

Los viajeros murmuraron sus oraciones y volvieron a salir. Samuel se demoró para leer la inscripción que había en el muro orientado hacia Jerusalén: SI LOS CIELOS Y LOS CIELOS DE LOS CIELOS NO TE PUEDEN CONTENER, CUÁNTO MENOS ESTE TEMPLO CONSTRUIDO POR MÍ. Era, según el Libro de los Reyes, la afirmación pronunciada por el rey Salomón en la ceremonia de inauguración del Templo. Samuel Nagrela la conocía muy bien. Su maestro, el rabino Hanok, la abordaba con frecuencia, la recitaba, la dictaba, la interpretaba y la comentaba de todas las formas posibles para acabar reconociendo que tal vez el versículo sólo quería decir lo que decía y no lo que algunos maestros querían leer: que Dios es una esfera cuyo centro está en todas partes y cuya circunferencia en ninguna.

—Cuyo centro está en todas partes —se repitió en voz alta Samuel.

El maestro cantor, rabí Menahem, ofreció su casa para acomodar a los viajeros. Samuel Nagrela declinó la invitación y compartió cena, oración y dormitorio con los neófitos de la *jeshivá*. Quería recordar los tiempos de la casa escuela del rabino Hanok, pero antes de terminar la cena ya se había arrepentido. Le pareció imposible haber pasado cuatro años de su vida en aquella misma atmósfera de culpa y agobio, de ruindad y miseria.

A la mañana siguiente preguntó por la casa que había sido de Eleazar, el abuelo de Ilbia, y subió por la cuesta que le indicaron. Envuelto en un paño de terciopelo llevaba su regalo para Ilbia: era un cuadrante solar, labrado en bronce con la indicación de los doce signos zodiacales, los cuatro puntos cardinales y la quibla, y las doce horas en que se dividía el día. La puerta no se abrió, ni nadie se asomó a la calle. Tuvo que volver a la sinagoga para que alguien le diera indicaciones sobre el paradero de Ilbia. Salió del recinto amurallado y se puso en marcha río arriba hacia el Generalife. El paseo fue como un conjuro del tiempo, porque cuando al cabo de un buen rato divisó la casa ya no sentía que llegaba a ninguna parte, sino que volvía de un largo viaje que le había durado toda la vida y con la determinación firme de no volver a irse jamás.

Encontró a Ilbia sentada frente a la ventana, iluminada por el sol de la mañana, entregada a la lectura de unos legajos. Apenas terminaron los primeros abrazos y besos abandonaron aquella estancia porque era demasiado solemne, incluso para una mañana de verano. Y, más que entrar, cayeron desnudos sin preámbulos en la sala que Ilbia usaba como dormitorio. Tenía tres ventanales que daban a los naranjos del patio, una cama sobria, sin dosel ni mosquitero, pero con colchón de plumas, almohadones de cuero y una repisa a media altura sobre la que había un candelabro de oro puro.

Desde hacía meses, Ilbia esperaba el regreso de Samuel y entretenía la espera con el estudio continuo de la geometría sagrada. Poco después de que él se marchara hacia Ceuta, ella había recibido la confirmación de lo que temía: el rey Habús había concedido la jurisdicción de Salobreña a un pariente bereber de la tribu de los Sinhaya. Salió de Salobreña en una recua de mulos que transportaban sus libros y todos los objetos del ajuar doméstico de sus antepasados, sin esperar siquiera al nuevo gobernador ni para oír las disposiciones sobre ella, ni para hacerle entrega del alcázar. Con sus dos esclavas y con Hassan, se refugió en la casa del abuelo Eleazar y, a pesar del dolor profundo por la muerte de Isa y de la incertidumbre sobre su destino, durante aquellos meses se mostró vivaz y activa, estudiosa y comprensiva, como si estuviese alimentada por los rescoldos del amor de Samuel.

Desde que Samuel llegó y durante meses se dedicaron al amor. En la palidez de un otoño que les parecía perpetuo, ignorando los rezos continuos y el ambiente fúnebre que Flora dejaba a su paso, se buscaban y se hallaban. Sus cuerpos se estaban

forjando el uno para el otro y ambos lo vivían como una verdadera mutación física. Los pezones altivos de ella se iban adaptando a la forma de acariciar de los labios de él. Las piernas duras de Samuel se iban acomodando a los itinerarios de los dedos de Ilbia.

—Te voy a preñar —le dijo un día él en la cumbre del amor.

Ella vivió aquella frase como una descarga de placer, pero en la primera pausa le dejó claras las cosas a Samuel.

—Eso sólo depende de mí —le respondió—. Y por ahora no.

Un día, en una de sus escasas salidas, Samuel la llevó río abajo y le mostró el punto del camino donde había tenido la visión de la nueva Jerusalén y del tercer templo. Cuando el rey David le expresó al profeta Natán su deseo de construir un templo este le respondió: «Anda, y haz todo lo que está en tu corazón, que Adonai es contigo». Y cuando Samuel le contó a Ilbia lo que la Divina Providencia le había encomendado oyó la misma respuesta:

—Haz lo que esté en tu corazón —le dijo Ilbia.

Podía haber añadido y no añadió que la construcción de ese templo formaba parte de los designios de la reina Kahina y que era para eso para lo que ella se dedicaba al estudio de la geometría sagrada de los antiguos templos.

26

A comienzos de aquel invierno, el rey Habús nombró a Casim Alarif primer visir del reino de Granada. Apenas supo del nombramiento, y con una pleitesía precipitada que Ilbia no entendió, Samuel Nagrela decidió pedir una entrevista oficial para presentarle sus respetos al nuevo visir. Ilbia tuvo que recordarle que aquel hombre lo había destituido de su condición de recaudador y se había apropiado de ocho mil dinares que no le correspondían. Pero Samuel sólo dijo una frase:

—Hay lo que hay y este nazareno, además de ser tu padre, es el que manda aquí y ahora.

Llegó temprano a la Casa del Gallo de los Vientos, el nombre que el pueblo había dado al palacio real desde que sobre sus tejados se instaló un autómata traído de Medina Azahara que daba las horas de tres en tres, imitando el canto de los gallos. Se plantó en la puerta y esperó resignado hasta que la guardia tuvo a bien informar a Casim de que el judío Samuel esperaba ser recibido. El visir lo hizo pasar. No estaba solo: junto a él, en el salón del trono, estaba el rey Habús.

Aunque todo rastro de su origen bereber se estaba borrando de los textos oficiales para emparentarlo con el Profeta, se sabía que Habús era un mercenario de las montañas con una desconfianza desmesurada, mayor hacia sus amigos que hacia sus enemigos. Hombre de asaltos rápidos más que de campo de batalla, su gobierno tenía la misma naturaleza que los rasgos de su personalidad. En lo militar, había retornado al sistema tradicional de los *junds* andalusíes y en lo político había delegado en los cadíes todo su poder. Lejos de debilitarlo, aquella delegación del poder lo había fortalecido en el trono. Pero desconfiaba tanto de sus generales y de sus cadíes que cuando tenía que celebrar consejo con ellos salía de palacio y los reunía en corro ante una de las nuevas puertas de la ciudad que, por eso, dio en llamarse la Puerta del Corro. Se sabía que era hijo de un fundador de ciudades y de una judía de los reinos desérticos del Tuat, nieto de Zirí y biznieto de Manad y de Urlilit, la matriarca a la que se atribuía el prodigio de presagiar el futuro con la única ayuda de un libro. Por lo demás era de piel muy blanca y pelo muy negro, de estatura mediana, enjuto de complexión, sobrio de costumbres y taciturno como su tío Zawi.

Samuel se inclinó ante ellos y comenzó a recitar las zalemas y bendiciones de la mejor tradición musulmana. Con la cabeza dirigida hacia el rey, añadió en perfecto árabe:

—Quiero ponerme a vuestra disposición para cualquier asunto en que podáis necesitarme.

Habús ni tan siquiera movió la cabeza para asentir a sus palabras.

—¿Qué haces tú aquí en Granada, Samuel? —le preguntó Casim Alarif.

—Comercio, señor.

—¿Eres rico?

—Lo soy, gracias a Dios —respondió Samuel.

—El rey necesita prestamistas y yo te necesito a ti.

—Siempre a su disposición, señor —dijo Samuel agachando la cabeza.

—Desde hoy vuelves a ser mi secretario personal.

Casim Alarif lo dijo con el mismo tono de autoridad y desprecio que habría empleado años antes cuando Samuel era su escribano en Málaga. Y Samuel no preguntó por las condiciones, no pidió aclaraciones, no dijo nada. Volvió a agachar la cabeza y salió de la sala con lágrimas de humillación en los ojos. Para él habían pasado cuatro años largos e intensos, en los que había viajado, en los que se había enriquecido y en los que había madurado. Sin embargo, Casim Alarif lo había tratado como si siguiera siendo el joven escribano de buena caligrafía que le redactaba las cartas. Y lo peor no era el trato humillante de Casim, lo peor era el convencimiento de que él se lo había buscado.

Sin embargo, apenas clareó el día siguiente, volvió a la Casa del Gallo de los Vientos y se entregó a la rutina del escribiente de palacio. Tardó tres días en explicarle a Ilbia adónde iba cada mañana tan temprano. Y cuando lo hizo no se atrevió a esperar a que estuviese levantada, sino que se lo dijo en la cama, cuando él se disponía a salir y ella todavía no había dado muestras de estar despierta.

—He alcanzado un acuerdo con tu padre —mintió Samuel— y voy a ejercer el empleo de secretario.

El ardid no le sirvió de mucho, porque Ilbia saltó como un resorte y se revolvió de rabia contra él, primero por no haberle hecho caso cuando le dijo que no acudiera a rendir pleitesía a su padre, después por no haberle consultado la decisión de aceptar el empleo. Él, como siempre, se defendió atacando:

—Si tuviera que consultar contigo todas mis decisiones, jamás decidiría nada que se pueda hacer fuera de esta cama.

No le dijo ni entonces ni nunca que no había ninguna decisión, sino una orden humillante que no podía desobedecer. No reconoció jamás su miedo y, en cambio, creía que sólo el miedo de Ilbia a su padre podía inducirla a semejante reacción de ira.

—¡No es por miedo a mi padre, imbécil! —gritó Ilbia—. ¡Es por amor a ti!

Por el tono angustiado, él se dio cuenta de que ella no mentía e intentó excusarse, pero ya fue inútil. Durante seis días, después de acudir a la Casa del Gallo de los Vientos, él volvió al Generalife y se encontró con las puertas cerradas. Cada uno de esos días, le compuso un poema que le entregaba a Flora bajo promesa de que se lo haría llegar: «*Mis mejillas pego al rastro de tus pasos* —escribió en el primero—; *escucho el reproche que es en mi espalda como la cuchilla de un arado*». «*Decid, os ruego* —escribió en el último—, *a la noble princesa criada entre casia y canela, a la que duerme al mediodía, a la que no se fatiga trabajando con el huso, a la que sirven*

desde su niñez delicadas y hermosas muchachas que el día de su perdón será para mí el de la redención, y el día de su ira, el del juicio». Las puertas de Ilbia no se abrieron y al séptimo día Samuel ya no volvió.

27

Cuando estuvo seguro de que duraría su nueva vida de alto funcionario, Samuel compró con dinero en mano la casa más grande de cuantas se vendían en la vieja medina judía. En poco más de una década la ciudad había duplicado su tamaño y seguía creciendo. El primer recinto amurallado construido por los ziríes se había quedado pequeño y se construía una nueva puerta más abajo, sobre el mismo camino de Elvira. Las casas nuevas rebasaban este camino hacia el sur y hacia el este, y por allí se estaban alzando varios palacios y mezquitas. Al mismo tiempo se iba extendiendo la red de aljibes de la acequia de Aynadamar, y alrededor de cada uno parecía surgir un barrio, como si el agua de la Fuente de las Lágrimas fuese la savia del árbol urbano en crecimiento. Se estaban construyendo dos grandes baños, uno junto a la puerta de Guadix y otro junto al Dauro con las muchas columnas traídas de Medina Azahara por las tropas de Zawi. El camino que bajaba hacia la torre Turpiana era ya un hervidero de tiendas de sederos, cereros y ropavejeros al que pronto llamaron el Zacatín. El viejo cementerio judío se quedaba pequeño y para sustituirlo se había acondicionado una gran explanada alrededor de la iglesia trinitaria de San Vicente Mártir.

Pero la ciudad no estaba unificada y no lo estuvo hasta cinco siglos más tarde. Parecía que hubiera dos mundos: a un lado, desde las orillas del río hasta volcar a la ladera que mira al norte, emergía una colina de casas blanqueadas y recientes que abrazaban la Casa del Gallo de los Vientos. Era la ciudad de los zenetes, de los militares bereberes, de los nobles sinhayas y de los muladíes venidos de la vieja Elvira.

Al otro lado del río Dauro, en la colina coronada por las Torres Bermejas, seguía yaciente la vieja ciudad de los judíos. Cuando esa colina se volcaba hacia el sur y daba vistas a la inmensa mole de Sulayr, se iba poblando de casas humildes y viejas, mezcladas ahora con nuevas viviendas de varios patios y un jardín, habitadas por comerciantes ricos y recién llegados. Junto al río, quedaba la calle de los carniceros y de la puerta de Ataubín arrancaba la de los pescaderos, que hacían la ruta de tres días hasta la costa. Cinco mil familias hebreas vivían en la antigua medina. Pocos eran descendientes de los refugiados que establecieron Gara Anat, la mayoría eran recién llegados que huían de la guerra civil.

Como correspondía a un judío, Samuel Nagrela compró su casa en la ciudad vieja, y como correspondía a un recién llegado tuvo que conformarse con un emplazamiento alejado del núcleo que seguía siendo la oscura sinagoga de la placeta. La casa estaba en una calle recta arbolada de damasqueros, muy cerca de la puerta más oriental de la ciudad, a la que llamaban del Sol, porque por su arco parecía entrar

cada día la primera luz de la mañana. La eligió sin pensar en el precio y gastó en la reforma más de lo que pagó por ella. Acondicionó una sala para las mujeres de su familia que él creía que serían dos: Ilbia y su hermana Carmela, a la que había mandado recado a Lucena para que se trasladase a vivir con él a Granada. Junto a un pequeño patio emparrado, preparó otro cuarto que daba a la calle con la intención de recuperar la tienda de herboristería y espagírica. Mandó reparar las tapias y encalarlas, conservando la yedra verde y los jazmines. Mandó limpiar los otros dos patios que la casa tenía, y podar y desbrozar un pequeño jardín. Allí instaló una fuente de la que salían las aguas por encima y descendían formando una bóveda sobre el suelo de alabastro y mármol. Las candelas se encendían y se colocaban detrás de la cortina de agua y arriba en el centro se colocó un gran velón de cera para dar la impresión de que era una fuente iluminada por el fuego. Y en el tercio superior de la jamba del pórtico principal de la casa colocó la mezuzá, una cajita labrada de madera en cuyo interior había un rollo de pergamino con dos plegarias caligrafiadas por él mismo.

Así reformada, la casa relucía y Samuel pensó que sería del agrado de Ilbia. Le mandó recado, pero Hassan, el edecán, le trajo la contundente respuesta: ni pensaba visitar la nueva casa, ni mucho menos irse a vivir a ella. En lugar de retraerse por la firmeza de la respuesta, Samuel se dejó llevar hacia adelante: compró las tierras donde la Divina Providencia le había indicado que debía construirse el tercer templo.

Le escribió a Ilbia otro poema de amor y una carta en la que le contaba lo que había comprado y para qué. Al leer la carta ella cambió en parte de actitud. Le respondió con su propia letra de caligrafía limpia y contenida reiterándole su negativa a trasladarse sin matrimonio a su casa, pero sí dirigiría las obras y sería la arquitecta de lo que Samuel pretendía construir. Era más de lo que Samuel esperaba.

Mientras duraron las obras de reforma de la que había de ser su casa, Samuel vivió en el barrio rabínico junto a la oscura sinagoga de la placeta. Podía haberse instalado en la Casa del Gallo de los Vientos, donde en un laberinto de casas adosadas ya vivían decenas de servidores y cortesanos; pero un instinto de prudencia le aconsejó pedir alojamiento en las dependencias de la academia.

La sinagoga tenía asignados cuatro rabinos y un cantor, pero su estructura escasa y antigua no le permitía adaptarse al aluvión de judíos llegados de todo Al Ándalus. A un lado del patio había una serie de cuartos húmedos y mal ventilados que servían tanto como alojamiento de judíos de paso como de residencia de los neófitos. Allí, en el mismo cuarto donde durmió la noche en que llegó a Granada, se instaló Samuel junto con cinco jóvenes seminaristas que eran todavía más taciturnos y ásperos que sus colegas de la jeshivá del rabino Hanok.

Un día, al atardecer, cuando bajaba de la alcazaba le pareció oír una voz conocida en el patio de la sinagoga. Se detuvo y comprobó que, en efecto, quien hablaba era su antiguo amante, el príncipe Ibn Susán. Lo miró a hurtadillas y, sin poder explicarse por qué, sintió que aquel encuentro le daría dolor y tristeza. Era sólo una intuición

desafortunada. Susán había sido el primer hombre al que amó, allá por los tiempos del asedio a Córdoba. De aquellas noches, Samuel conservaba dos recuerdos añadidos a la experiencia del amor: uno era el del atuendo de sacerdote con el que Susán lo vistió la primera vez, y el otro era el de los encuentros con Alí Hazm. El rabino Nagrela se había dado cuenta de cuánto iba a sufrir con ambos recuerdos, y creía conocer el motivo: para un judío vestir de sacerdote del templo era una impostura imperdonable y para un hombre competir en amores y teología con Alí Hazm, el más grande polígrafo del siglo, era una tortura insoportable.

Sin acercarse todavía, intentó escuchar la conversación, pero la voz de Susán le pareció tan potente e investida de tanta autoridad, que daba igual lo que dijera. Observó su sello impecable en la mano izquierda y pensó que se asemejaba a una azucena sobre el tallo. Ibn Susán significaba el hijo de la azucena en la lengua hebrea y en la árabe, y aquel atardecer en el patio de la sinagoga, a Samuel le pareció que el príncipe era una azucena recién brotada en un jardín descuidado. Corrigió el impulso de dar media vuelta y esquivar el reencuentro. Lo abrazó, y nadie habría podido predecir que durante más de treinta años serían inseparables.

En la corte, el trabajo continuo y eficiente de Samuel descargaba al visir de preocupaciones y, a su vez, Casim Alarif descargaba al rey de temores. Casi todas las mañanas, muy temprano, Samuel veía a Habús salir de caza, seguido de su guardia y rodeado de una jauría de perros ladradores. Subía por alguna de las laderas de los dos ríos que cercaban la ciudad, hacia las montañas. De regreso al mediodía, venados, corzos y jabalíes colgaban en el arcén de los caballos. Durante pocos años, aquellos animales que cazaba el rey fueron los únicos muertos con violencia en Granada. La ciudad y el reino eran un oasis de paz. En todo Al Ándalus la guerra civil se había estancado como una enfermedad silenciosa y crónica que ni mataba ni se curaba.

Así era en parte la vida de Samuel. Con la casa instalada y dirigida ya por la incansable Carmela, con el amor continuo de Ilbia en la noche y de Susán y los amigos en la tarde, y con delegados al frente de sus negocios, Samuel Nagrela pudo dedicarse al poder.

Servía a Casim Alarif con unas maneras vasallas impropias de su riqueza y de su biografía, pero fue justo esa actitud la que le permitió plantearle, al cabo de dos años de servicio, una nueva relación basada en un compromiso simple: el Estado ponía a su disposición todo el servicio de recaudación tributaria y un centenar de soldados armados, y él a cambio ingresaba cada año cien mil dinares en la cuenta del Estado, más quince mil en la particular de Alarif.

—Entiendo —dijo Alarif—. Todo lo que recaudes de más será para ti.

—O todo lo que recaude de menos —precisó Samuel— saldrá de mi bolsillo. Lo importante es que no le rendiré cuentas a nadie y que actuaré sin más autoridad sobre mí que la vuestra y la del rey.

—Está bien —aceptó Casim Alarif—. Sólo queda por añadir una cláusula a nuestro convenio: el primer año que no cumplas te cortaré la cabeza a ti y a toda tu familia.

Pudo decir eso porque estaba convencido de la lealtad de Nagrela. Sabía que estaba poniendo en sus manos las llaves de su propio poder, pero antes de decidirse, lo había sometido a muchas pruebas para conocer los límites de su orgullo y detectar las grietas de su lealtad. Sin saberlo, Samuel las había superado todas y para Casim eso sólo se explicaba porque tenía una paciencia sobrenatural y una sabiduría cuyas fuentes a él se le escapaban. Además, los quince años de guerra sólo habían logrado agudizar las divisiones y los odios entre andaluces y bereberes, el partido civil y el militar de la contienda. La nueva dinastía sevillana contaba con el aprecio de los andaluces de la taifa granadina y era por eso por lo que la dinastía bereber necesitaba el apoyo de los judíos. Y de entre los judíos de Granada, sin duda Samuel era el más excepcional. Sabía farmacia y medicina, era pendulista y zahorí, podía preparar la triaca de Mitríades, practicaba cesáreas y conocía la teología política del Islam mejor que cualquier imam andaluz o bereber. Conocía seis lenguas: la árabe, la hebrea, la aramea, la griega, la latina y la hispano-andaluza. Había compuesto un poema para el rey en el que las usaba todas y cada una con su métrica propia. Era un poema que nadie en el reino logró entender en su totalidad, pero que transmitió a todos la idea de que Samuel era un hombre del futuro llegado con la misión de salvar el estado. Había aprendido a mirar a sus interlocutores con una mirada indestructible que jamás expresaba emociones y se extendía la idea entre el pueblo de que sus manos largas y cuidadas, con una piedra de azucena en el anular, eran manos de santo.

28

A finales de otoño, Ilbia ya había dibujado los primeros bocetos de lo que había de ser La Alhambra. Los dibujó en pliegos grandes de papel y utilizó los reversos para la anotación de textos y cálculos que giraban siempre en torno a la aplicación de una regla de la geometría de Euclides, la que dice que un segmento está dividido en media y extrema razón cuando el segmento total es a la parte mayor, como la parte mayor es a la menor. En la quinta carta de las que escribió para Samuel, la que quemó antes de enviarla, Ilbia ya le hablaba de esta proporción divina. «Toma una manzana y ábrela por la mitad —le escribió—. Verás que las semillas están ordenadas formando un pentagrama. Cada una de las cinco puntas de la estrella forma un triángulo cuyo lado más corto es al más largo lo que este a la suma de ambos. El árbol del Edén daba manzanas y el conocimiento que contenían era este». Aunque se había esforzado en la geometría, de haber leído esa carta Samuel no habría entendido el razonamiento, salvo en su final y de manera teológica. Se habría escandalizado y habría acusado a Ilbia de creer poseer el fruto del árbol del conocimiento y se habría regodeado, sin duda, en la interpretación del siguiente párrafo, que hablaba del 5 como número del amor, la familia y el matrimonio.

De manera detallada, Ilbia sólo le había mostrado su trabajo a la reina Kahina. Con Samuel sólo quería discutir los grandes principios de la construcción y para eso lo visitó una tarde. Hacía frío y Samuel había mandado encender la chimenea de los pájaros, la más grande de su casa. La leña de encina, secada durante todo el verano, ardía con tanta intensidad que Samuel comenzó a sudar. Mientras abría la ventana, le pidió a Ilbia que le mostrara los planos.

—Espera un poco —respondió ella—. Primero cierra la puerta y pídele a tu hermana Carmela que no entre en esta sala.

Él comprendió lo que iba a pasar y se excitó. Despacio, ella le quitó el chaleco, la túnica, el calzón de lino grueso y el subligar. Lo tumbó en la alfombra y lo contuvo por los hombros para que no la asaltara. Le cerró los ojos a besos. Lo convenció de que se quedara un momento en esa posición. Tomó una manzana del frutero y la partió. Con una de las mitades le acarició la masculinidad, el vientre, el pecho, el cuello, las mejillas…

—Me comeré esa manzana —le dijo Samuel estremecido por el placer— si antes la impregnas de ti.

Ella se desnudó y dejó que él recorriera toda su piel con la otra mitad de la manzana. Samuel iba alternando bocaditos a la fruta y a la piel de Ilbia. Cuando ya no pudo demorarse, la asaltó como siempre hacía y se derramó con convulsiones. Exhausto, vio cómo ella se levantaba espléndida y tranquila y desenrollaba la cinta

que envolvía el cartapacio. Samuel creyó que lo hacía para mostrarle los planos.

—Espera un poco —le suplicó.

—No voy a enseñarte los planos —le respondió Ilbia.

Puso un extremo de la cinta en el ombligo de Samuel y el otro en lo más alto de su frente.

—Desde la cabeza al ombligo —le dijo— mides un codo y un tercio. Luego tu altura total es de tres codos y un tercio.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque el segmento menor —repitió Ilbia la regla de Euclides—, que es el que va de la cabeza al ombligo, es al segmento mayor, que es el que va del ombligo a los pies, lo que este a la altura total.

—Primero me matas el cuerpo —rio Samuel— y luego me cansas la cabeza, arquitecta. Ven aquí…

—Hasta que no entiendas esto no te mostraré los planos.

—Ya lo he entendido —mintió Samuel— y me da igual que me enseñes los planos. Anda, túmbate aquí a mi lado…

—Vale —aceptó Ilbia—, pero mídeme ahora a mí.

Samuel aceptó. Puso el extremo de la cinta en el ombligo de Ilbia, la pasó por entre sus pechos, le besó los pezones, la colocó en la punta de su nariz, la subió hasta donde nacía el pelo, le besó el cuello, las mejillas y la frente…

—Del ombligo hasta aquí —dijo— hay un codo y un quinto.

—Multiplica por uno y dos tercios.

—Ni idea —dijo Samuel.

—Daría dos codos más o menos.

—¿Eso es lo que mides, giganta?

—No. Eso es lo que mido desde el ombligo a los pies. Mi altura total es la suma de los dos segmentos: tres codos y un quinto. ¡Mi proporción es la misma que la tuya! ¿Te das cuenta, Samuel? Todos los humanos…

—Menos los enanos, los cabezones y los gigantes —interrumpió Samuel.

—Puede, por eso nos parecen monstruos. La proporción divina es la proporción de la belleza. Euclides vio la gran belleza.

El número que derivaba de la proporción la fascinaba. Era un número infinito e irrepetible del que conocía ya diez decimales: 1,6180339887.

A Samuel la mera existencia de un número que no era ni entero ni proporción de dos números enteros le parecía que rompía el ritmo de la Creación.

—Es un número horrible —le dijo a Ilbia.

—Sin embargo —repuso Ilbia—, de él deriva la belleza.

Antes de volver al amor, Samuel tuvo que recoger la media manzana, observar la posición de los granos y reconocer que los lados de los cinco triángulos estaban en proporción divina —el rabino Nagrela prefirió decir euclidiana—: 1,618. Después Ilbia se volvió a entregar. Tendida en la alfombra, ante la chimenea, su desnudez

natural era liviana y su belleza, sin embargo, inabarcable. Todo en ella era proporción: sus pechos justos como dos manzanas, sus muslos unidos en la rodilla como el cierre de un corazón, su cabello de trigo, sus ojos verdes y dorados como las uvas.

—Sabrás mi ser —le dijo a Samuel antes de volver a desmenuzarlo— si mi belleza miras.

Al rabino Nagrela le llamó la atención la acribia de los planos, la línea limpia, la caligrafía esmerada de Ilbia, que pasaba del griego al hebreo con soltura y, sobre todo, los adornos de los pliegos de papel, que no sólo eran figuras geométricas, sino a veces dibujos de cuerpos humanos. El primer pliego contenía una descripción topográfica del terreno. Samuel ni tan siquiera sabía que las tierras de monte que había comprado formasen una meseta, ni que estuviesen enfrente de la que ocupaba la casa de Ilbia: cerca en el plano, pero lejos en realidad porque estaban separadas por un profundo barranco.

—Así es —le confirmó Ilbia—. La colina de la Sabika está rodeada de barrancos por todas partes. Mide mil codos piramidales de este a oeste, y doscientos de norte a sur en la parte más ancha. Lo primero que quiero es que mandes desbrozarla y allanarla.

—Lo haré si antes me explicas para qué quieres que lo haga.

—Vamos a construir el tercer templo —bromeó Ilbia—. ¿Recuerdas?

—Lo que recuerdo bien —dijo Samuel con gesto de enfado— es lo que dice el Talmud: «Un hombre no debe construir una casa con la forma del Templo, ni una exedra con la forma de la sala del Templo, o un patio que corresponda al patio del Templo, o una mesa correspondiente a la Mesa, o un candelabro que corresponda al Candelabro».

—Pero le está permitido hacer —continuó Ilbia— un candelabro que tenga cinco o seis lámparas.

Ilbia le mostró el segundo de los folios: contenía una reproducción del Templo de Salomón.

—Así era el Templo hasta los tiempos de Herodes —le dijo Ilbia—. El nuestro no será igual, pero se parecerá. De todas formas, no es de esto de lo que debemos hablar ahora, sino de esto otro:

Ilbia desplegó ante Samuel un gran pliego. Contenía un proyecto de ingeniería sobre las conducciones del agua. Era la razón del erotismo de la tarde. Ilbia creía que Samuel se asustaría al conocer el coste calculado del sistema hidráulico y quería tenerlo predispuesto.

—Tomaremos aquí el agua —Ilbia señaló un punto del plano—. A una legua de la Sabika, el río tiene la suficiente fuerza y altura como para desviar una acequia. La traeremos por aquí, por la ladera del Cerro del Sol. Desde el Generalife trazaremos un acueducto que salve el barranco. Cruzará la meseta de la Sabika de este a oeste…

—Y después —interrumpió Samuel— la dejaremos caer hacia la ciudad.

Samuel había visto enseguida algo que Ilbia ni tan siquiera había considerado: la oportunidad comercial de aquella acequia, porque después de abastecer sus tierras y las de Ilbia, vendería el agua a los molinos y a los regantes de la ciudad. Hasta aquí el proyecto de Ilbia le parecía perfecto: estaba seguro de amortizar el coste del desbrozamiento y de la construcción de la acequia con la venta del sobrante de agua. Pero en la secuencia de Ilbia, lo que venía después de la acequia le hizo fruncir el entrecejo. Sobre el plano de la Sabika, Ilbia había dibujado el perímetro de una muralla. Era irregular, porque por el norte se ajustaba al curso del río Dauro y por el sur, el este y el oeste a los barrancos de la zona. La arquitecta había logrado encajar de nuevo la proporción áurea: de norte a sur el recinto amurallado mediría doscientos codos, de este a oeste 323 más dos tercios de codo piramidal. Esta era la tercera exigencia para Samuel:

—Cuando hayamos terminado de allanar el terreno y hayamos traído el agua, construiremos las murallas —le dijo.

—¡¿Qué murallas?! —exclamó Samuel—. Querrás decir el muro. No vamos a construir un alcázar…

—Llámalo como quieras, pero esta zona no está protegida por las murallas de la ciudad. El recinto —Ilbia encontró la palabra neutra— tendrá tres puertas: la principal orientada al este, la segunda al sur y la tercera al oeste.

Después los folios de Ilbia contenían ya dibujos en alzada. En ellos se veía un edificio rectangular que medía cuarenta y ocho codos de largo por treinta de ancho. Su entrada también estaría orientada al este y tendría tres grandes estancias: un patio abierto con un estanque en el centro, una sala que mediría veintisiete codos de largo por dieciocho de ancho y de alto, y una tercera sala que sería un cubo de veintisiete codos de alto por dieciocho de ancho y de largo. El último pliego mostraba el interior de esta sala: con una cúpula gigantesca iluminada por *mawdas*, que descenderían en siete planos como los siete cielos de Platón y en cuyo vértice se colgaría el fragmento de la piedra sobre la que se creó el mundo, la que vino con los primeros judíos de Gar Anat o la que conservaba como su principal tesoro la reina Kahina.

Con sólo estos detalles, Samuel se mostró inquieto y comenzó a plantear problemas teológicos, pero Ilbia lo interrumpió:

—De nada de esto te permitiré hablar hasta que no hayas allanado la colina y traído el agua.

En seis meses, la meseta de la Sabika fue desbrozada y allanada según las directrices de Ilbia, y comenzó la construcción de la acequia. Captaba las aguas en el río Dauro, cerca de la villa de Beas, a más de una legua de distancia de los terrenos de Samuel. Tenía una arteria principal que regaba las huertas del Cerro del Sol y después cruzaba la meseta de la Sabika. Desde ahí la acequia se dejaba caer por dos vertientes: una iba directa hasta el centro de la ciudad judía y la otra daba lugar a un complejo sistema de molinos, norias y ramales que pusieron en cultivo toda la zona este de la ciudad.

La terminación de las obras de la acequia le produjo a Samuel un sentimiento de angustia que tardó en reconocer. Sin darse cuenta de lo que hacía, comenzó a poner pretextos financieros para retrasar el siguiente paso de la obra: la construcción de un recinto amurallado. A Ilbia le decía que todo su dinero estaba en manos de prestatarios, que sería mejor esperar al comienzo del verano o que tenía problemas con la recaudación de determinado distrito…

Lo que ocurría en realidad era que Samuel tenía que dar cuenta de esa otra obra a Casim Alarif y al propio rey, y ni él mismo alcanzaba a plantearse cómo. Desbrozar y allanar una colina y traer el agua eran obras civiles que se justificaban por sí solas como tareas agrícolas, pero construir una fortaleza enfrente del alcázar del rey exigía una explicación militar y Samuel no sabía cómo darla.

A pesar de su trabajo continuo en la secretaría del canciller, a pesar de que el servicio de recaudación era más eficiente que nunca y estaba llenando de oro los bolsillos de Casim, a pesar de que la arquitecta era su hija, Samuel seguía teniéndole miedo: era el hombre que lo destituyó de un día para otro y que se apoderó de ocho mil dinares de su propiedad. Ilbia podía detestar a su padre por haberla separado de su abuelo Eleazar y por haberla casado con El Mahdí. Samuel, en cambio, no podía sentir rencor por la arbitrariedad y el robo de los ocho mil dinares. Se lo impedía un sentimiento más fuerte: el miedo.

Al principio pensó ofrecer al reino la restauración del viejo alcázar de Torres Bermejas con cargo a su bolsillo, pero aquello no justificaría que se construyera un nuevo alcázar junto al antiguo y que fuese de propiedad privada. Después pensó decir que se trataba de construir un palacio, pero él era un funcionario de segunda fila y ni tan siquiera Casim disponía de una casa-fortaleza en la ciudad.

Por fin, ocurrió algo que Samuel atribuyó a la enésima intervención de la Divina Providencia en su vida y que le entregó el pretexto que buscaba para la construcción:

Sucedió que el día de los sauces, el séptimo de la fiesta del *Sukkot*, un juez llamado Judá propuso a la comunidad judía reunida en asamblea que reconociese a Samuel Nagrela como rabino. Él no esperaba la propuesta. Por un lado, ya era rabino y no podía dejar de serlo; por otro, él nunca hubiera hecho valer su título otorgado por Hanok, porque sabía que la comunidad de Granada no necesitaba de sus servicios y que le darían la misma respuesta que obtuvo en Málaga. Además, Samuel Nagrela sentía desprecio hacia los judíos de Granada. Aquel mismo día, cuando Samuel y Susán entraron en la sinagoga, unos hombres recitaban el Talmud con tantos errores que Samuel no pudo contenerse:

—El Hado cruel —le dijo a Susán en voz baja— debe de haberse peleado con el Talmud, porque ha puesto su lectura en boca de necios con barriga, caspa y canas.

Susán se estremeció con la descripción:

—Tu lengua es exacta —le dijo—, pero viperina. Haré lo posible por caerte siempre bien.

El juez Judá era, sin embargo, uno de los pocos granadinos que contaba con su

afecto. Por eso, aquel día en la asamblea, Samuel oyó la propuesta con respeto y alguna emoción, pero declinó la invitación a tomar la palabra para defender sus méritos. En su nombre, cínico y elocuente, intervino Susán: argumentó que Samuel había estudiado la Torá y la Misná, que conocía el Talmud, tanto en la versión palestina como en la babilónica y que ya era rabino de la comunidad de Córdoba.

Cuando parecía que la asamblea iba a aceptar el nombramiento por asentimiento de todos los presentes, tomó la palabra rabí Menahem, el cantor de la sinagoga, un hombre viejo y sensato al que todos apreciaban, y se opuso al nombramiento mostrando los peligros que para toda la comunidad representaba instalar a un cortesano en posición de maestro.

—En tiempos convulsos —dijo—, los judíos deberíamos recordar que somos un pueblo perseguido. Un cortesano convertido en rabino atraerá sobre toda nuestra comunidad las desdichas políticas que a él lo persigan.

Nadie contestó a la objeción, pero todos habrían de recordarla dos años más tarde, cuando Samuel fue nombrado primer ministro.

La asamblea votó y por gran mayoría aceptó la propuesta del juez Judá, que allí mismo y enseguida ofició la ceremonia de investidura. En las palabras de agradecimiento que pronunció Samuel, prometió a la comunidad judía de Granada que construiría para ella una nueva sinagoga en lo más alto de la ciudad, en la colina de la Sabika.

Y esta fue la petición que cursó al rey a través de Casim Alarif: que se le autorizase a construir una sinagoga fortificada en lo más alto de la Sabika.

Más que mentir, Samuel había usado las medias verdades, pero Ilbia no lo entendió:

—Has mentido por miedo a mi padre —le dijo ella—. No es una sinagoga lo que vamos a construir.

—Tampoco es un templo —replicó Samuel.

—Pero se parece más a un templo que a una sinagoga —dijo Ilbia—. En todo caso, tú vas a tener dos problemas porque, cuando acabemos, primero tendrás que explicarle a mi padre lo que has hecho y después a la asamblea judía qué ha pasado con su sinagoga.

—Se lo explicarás tú —repuso Samuel con indignación.

—¿Yo? ¿Has olvidado que soy una mujer? ¿Has visto alguna vez a una mujer dirigiéndose a una asamblea judía?

—Sí que lo he visto.

Ahora no mentía Samuel: en los últimos años de Córdoba, algunas mujeres judías consiguieron un rango y una formación que les permitía intervenir ante la comunidad judía, sobre todo en asuntos lingüísticos relacionados con la interpretación de los textos. Ilbia supo enseguida a qué se refería Samuel.

—¿Tú te crees que esto es Córdoba? —le preguntó con desafío.

29

A finales del año, Casim Alarif cayó enfermo. Samuel Nagrela lo visitó, pasó el péndulo por todo su cuerpo y anotó los siete signos de su enfermedad: tos ligera y seca, pesadez de cabeza, vómitos, fiebre, vientre seco y estranguria. Le prescribió jarabe de paloduz mezclado con huesos de toronja triturados y con ese remedio consiguió corregirle la tos, acabar con el escozor de la orina y con la pereza del vientre. Le administró también la triaca de Mitríades y con ella logró bajar la fiebre y el sopor de la cabeza. Pero cuando la mejoría parecía en curso, el enfermo vomitó sangre y los labios se le quedaron torcidos. Samuel ordenó entonces que quitaran cualquier objeto de color rojo que hubiera en la sala donde yacía, porque compartía la idea de que mirar cosas rojas produce vómitos de sangre. Pero no sirvió de nada. Los vómitos persistieron y a Casim se le torció también un ojo. Samuel le contó el pulso, le oyó los ruidos del pecho y el vientre, le miró las pupilas, probó la orina y la sangre, le pasó de nuevo el péndulo y cuando terminó la clínica se quedó en silencio. Casim aguardó un instante el diagnóstico pero, apenas comprobó que Samuel tenía la mirada baja y temerosa y que estaba pensando en qué decir, se adelantó:

—No hay remedio —afirmó—. ¿Verdad?

—Confiemos en Dios —respondió Samuel.

—¿En el tuyo o el mío? —preguntó Casim.

—*Allah wahid* —respondió Samuel en árabe—. Dios es uno.

El enfermo no respondió. Pensó unos instantes y como si lo asaltara la prisa comenzó a darle instrucciones.

—Llama a mi hija Ilbia —fue la primera orden que le dio—. Quiero hablar con ella. Después preséntate ante el rey, dale tu diagnóstico médico y pídele que venga a visitarme contigo.

Acompañada de Flora, Ilbia acudió sin prisas a la Casa del Gallo de los Vientos. Llevaba ensayado un gesto hipócrita de compasión, pero se le descompuso al entrar en la alcoba, no tanto por el olor a podredumbre de la muerte marcada ya en el rostro del padre, sino por la posición de Samuel, inclinado sobre el lecho, con la mano sobre la frente de Casim para apreciar la temperatura, atento a los cuidados, más sumiso que cariñoso con el enfermo. Se acercó al lecho, apenas rozó la mano de su padre y sin besarlo comenzó a hablar con Samuel en términos médicos. No habían terminado de enumerar síntomas cuando en la alcoba irrumpió el rey Habús. Venía acompañado por dos generales sinhaya y varios cortesanos.

—¿Por qué te quieres morir? —le dijo a Casim.

Aquel rey había visto tantas muertes, había matado a tantos hombres y había

sobrevivido a tantos peligros en su vida militar, que creía que la muerte sólo le llegaba a uno cuando se la llamaba.

—Tú eres médico. —Habús se dirigió a Samuel con agresividad—. ¿No puedes hacer nada para salvar a este hombre?

—Ya ha hecho todo lo que podía —intervino Casim—. Debéis saber, señor, que no quiero morirme, pero me voy a morir. Así que escuchadme, Habús. Yo no os he aconsejado nunca según mi parecer, sino según el de este judío. Fijaos bien en él, tomadlo como visir, haced que él os aconseje y Allah os ayudará.

—Muere tranquilo —le dijo Habús—. Así se hará, como tú deseas.

Se inclinó sobre el lecho y besó el rostro de Casim a modo de despedida.

—Sígueme —le ordenó después a Samuel.

En el salón del trono fueron congregándose los dignatarios de la corte, los generales sinhaya y los jeques más próximos al rey.

—Casim Alarif se está muriendo —les dijo Habús al final de la mañana— y antes de que lo haga, quiero que sepáis que su voluntad y la mía coinciden en que Samuel Nagrela debe ser el nuevo primer visir de este reino.

—Señor —interrumpió Samuel—, si me lo permitís, me gustaría poner objeciones a esa decisión antes de que nadie de los presentes lo haga. Tardaré muy poco en hacerlo, porque todas las objeciones se resumen en una: yo soy judío.

—¿Y qué me importa a mí que seas judío? —dijo el rey—. A Granada y a mí nos conviene alguien que sepa administrar un reino y que logre que todo hombre que gane dinero pague los tributos y gabelas. Que adores a un dios sin nombre y no a Allah, que celebres el sábado y no el viernes, que acudas a la sinagoga y no a la mezquita, qué me importa a mí y qué le va en ello al reino.

—No es tanto eso, señor —dijo Samuel—, como el hecho de que bereberes y andaluces estáis enfrentados por todo y unidos sólo por el Islam. Un hombre de otra religión, un judío, no puede contribuir a la paz entre musulmanes.

—¿Y qué me importa a mí la paz? —respondió el rey—. Lo que quiero es alguien que recaude dinero para la guerra. Mi decisión ha sido tomada ante el lecho de un moribundo: eres tú, Samuel, quien debes convertirte en mi apoyo, en mi báculo, para seguir defendiendo este reino.

—No soy granadino —añadió Samuel con menos fuerza—. Hace apenas cuatro años que vivo en esta ciudad y ni tan siquiera puedo garantizaros el apoyo de la comunidad judía a mi nombramiento. Por otro lado, mis negocios marchan bien, mi patrimonio está bien empleado e invertido… Puedo vivir tranquilo.

El rey Habús no insistió más. Con sólo la mirada dejó claro que exigía la aceptación. Así que Samuel Nagrela bajó la cabeza y besó la mano del rey en señal de acatamiento. Habús se incorporó y le besó la mejilla en señal de amistad. Nadie dijo nada y Samuel Nagrela se convirtió así en primer visir del rey de Granada.

Cuando se acercó a darle la noticia y las gracias a Casim Alarif, se encontró con Ilbia, que, junto al lecho, con media sonrisa y sin lágrimas, le dijo:

—Mi padre ha muerto.

—Lo siento —dijo Samuel y comenzó a entonar una oración—. *Bendito eres Tú, Adonai, que revives a los muertos…*

Ilbia abandonó el cuarto. En el resto de los días de luto hasta el sepelio no se dirigió a Samuel, ni buscó su compañía, como habría hecho sin duda de no haberlo visto tan sumiso y atento a las últimas voluntades de su padre.

30

Como Samuel presentía, la comunidad judía de Granada no celebró su nombramiento como primer visir. No hubo una oposición explícita, pero las palabras del rabino cantor Menahem volvieron a ser recordadas y al pueblo hebreo en su conjunto se le despertó el antiguo miedo a destacar. Era el mismo que trajeron de Jerusalén los deportados que fundaron Gara Anat.

Sin embargo, con una visión política que pronto había de compararse con su buen ojo clínico, Samuel esperaba ese miedo y preparaba desde tiempo antes su estrategia para enfrentarlo. Durante años había mantenido una correspondencia interesada, técnica pero laudatoria hasta el exceso, con el rabino Hai, jefe de la academia talmúdica de la ciudad de Pumbedita en la lejana Babilonia, reconocido por casi todos como la máxima autoridad del judaísmo. Desde que era rico, la correspondencia siempre iba acompañada de cargamentos de aceite de oliva para el mantenimiento de los candelabros de la oración en todas las sinagogas palestinas y babilonias. Aquel año, además de los poemas laudatorios y teológicos y además del aceite, Samuel había mandado una carta prosaica en la que exponía su situación política y solicitaba de Hai una ayuda de legitimidad.

La carta de respuesta se demoró nueve meses, pero llegó a Granada como aguas de mayo porque iba acompañada del título que convertía a Samuel en *nagid mesías*, esto es, príncipe o líder de los judíos. Era un rango que lo convertía en representante ante la autoridad civil y lo colocaba por encima de todos los rabinos locales. En un año había cambiado el curso de su vida.

Antes, durante su etapa de amanuense palatino y recaudador de tributos, se encerraba al amanecer en la Casa del Gallo de los Vientos y allí redactaba toda clase de leyes, mandatos y estados de contabilidad al dictado de Casim Alarif, pero las tardes del invierno y las noches del verano eran suyas y estaban dedicadas a la conversación, a la amistad, a la poesía y al amor. Su casa se había convertido en una cita ineludible de jóvenes efebos, de poetas seguros y altivos, de mujeres libres y de todo exiliado con aires de grandeza que llegase a aquella ciudad en construcción. Pero desde su nombramiento como visir del reino y nagid de los judíos de Al Ándalus no volvió a escribir ni un solo documento legal. Gobernaba de viva voz y de cuerpo presente, con parsimonia pero también con diligencia y, sobre todo, como temían los judíos más reticentes de Granada, mandaba con publicidad. Comenzó a visitar una por una las ciudades del reino. Volvió a Málaga y a Lucena, visitó Jaén y Loja, y no le tembló la mano al firmar la destitución del alcaide bereber de Salobreña, para poner en su lugar no a Ilbia, porque no podía poner a una mujer, pero sí a Hassan, su edecán incondicional.

En todas las sinagogas hizo la oración, subió a la tarima, presidió la asamblea. En todas partes se vio asediado por una muchedumbre de enfermos, ciegos y tullidos que suplicaban de sus manos la sal de la salud, y se sintió ahogado por otra muchedumbre de notables, poetas y aduladores impávidos que lo proclamaban sabio astrólogo, poeta inmortal y redentor de Al Ándalus.

Por las calles de Granada se le veía caminar rodeado siempre de una comitiva de lacayos mientras resolvía problemas de Estado, pleitos civiles y asuntos urbanísticos. En cualquier esquina atendía a un embajador, en la siguiente resolvía una herencia mal repartida y, entre una y otra, disponía el sentido de las calles, el curso de las murallas o la ubicación de los torreones defensivos.

Por si fuera poco, en aquellas mañanas interminables también ejercía de prestamista privado y de recaudador público. Buena parte de su fortuna estaba dada en préstamo a comerciantes o ganaderos, a alarifes o artesanos, a labradores de la Vega que esperaban sus cosechas o a judíos recién llegados a la ciudad. A pesar de que muchos hombres trabajaban ya para él gestionando los préstamos y el cobro de los intereses, él se reservaba todavía el último vistazo a los prestatarios. Era una mirada de intuición, con la que deducía si le pagarían o no y si le odiarían o no por haberles prestado. En los casos de impago no había clemencia. Saúl, que ya era el jefe militar de su guardia personal, irrumpía en las casas, incautaba tierras o ganados, tomaba niños como prendas del pago o se cobraba la deuda en vidas humanas.

En aquellos años, Samuel perdió las tardes de invierno y las noches de verano del patio de su casa. Sólo escribía poemas cuando estaba borracho y era verano. A la hora de la siesta, interrumpía toda actividad pública y se refugiaba en la penumbra de las esclavas y los efebos, elegía una o uno y sin preámbulos ni rituales, sin conversación ni una copa de vino, comenzaba a oírse en el ámbito de la casa su respiración de animal hambriento y asustado. Después se sentaba en su escritorio a copiar el Talmud, prescripción de todo rabino, pero no lo hacía con la mirada profunda del estudioso, sino con la mirada paciente del artesano de la caligrafía al que le da igual el contenido de lo que escribe. En la noche ya no llegaban los amigos, ni había veladas poéticas improvisadas. Había versos, música y vino, pero las tres cosas estaban filtradas y medidas por la presencia impecable de Susán, que adelantaba sus deseos, que ajustaba la duración de los espectáculos de música y danza, y que parecía siempre el más eficiente de los organizadores sin renunciar nunca a su condición de príncipe. Alguna noche, precedido de criados con antorchas, subía a la Casa del Gallo de los Vientos para cenar con Habús, escucharle alguna preocupación de Estado y alabarle los oídos con noticias de las guerras o las fronteras. Al volver, quien le consolaba el lecho no era Ilbia, sino Susán.

31

Samuel Nagrela dedicaba la tercera parte de las rentas del visirato a la construcción de La Alhambra. La cuadrilla diaria se componía de cien obreros activos: había diez alarifes de construcción a las órdenes directas de Ilbia, con un salario de dos dirham y medio diarios; cada uno de estos alarifes tenía dos oficiales, a razón de dos dirham diarios; cincuenta peones en la obra y veinte dedicados al transporte de materiales desde los tejares, a razón de dirham y medio diario. Para Samuel eso importaba ciento setenta dirham diarios sólo en mano de obra, más otros tantos en materiales. Trabajando a destajo, en el año 1029 terminaron de amurallar el recinto de La Alhambra, y de construir sus cuatro torres y sus tres puertas fortificadas.

Para los muros, Ilbia había elegido el mismo tipo de obra que se usaba en los alcázares bizantinos de la costa: líneas horizontales de ladrillo insertas entre trechos rectangulares de piedras pequeñas, la mayoría redondas y no muy talladas. Lajas tendidas separaban algunas hiladas, mientras otras estaban formadas por sillares, todos a tizón. Las cuatro torres y los dos torreones de entrada estaban fundados sobre cimientos fraguados con piedras quebrantadas y mortero, en lechos horizontales y cortados de manera perpendicular, como si fueran los sillares ciclópeos de los monumentos asirios.

Ilbia era feliz. Todos los días, desde que comenzaron las primeras obras, había vigilado el progreso de los trabajos. Medía una y otra vez el recinto irregular que se iba conformando, hacía cálculos interminables para asociar el número que le daba cada medida con la proporción divina, revisaba cada palmo de la nueva acequia para corregir las filtraciones y aprovechar cada gota de agua, indicaba los árboles que se habían de plantar en cada espacio y cuando terminaba la jornada retomaba sus planos, los corregía y seguía haciendo proyecciones de casas y templos, de cuarteles para la guardia y de habitaciones para la servidumbre. No se perdía la visita de ningún sabio en cualquier disciplina, a todos consultaba y de todos intentaba aprender algo. Pero apreciaba sobre todo los halagos serios de los diez alarifes. Entre ellos había tres judíos de Garnata, seis andaluces llegados de Elvira y un bereber retirado de la actividad militar. Esta era la gente con quien Ilbia prefería discutir de medidas y de técnicas de construcción. Sin revelarles nunca el destino final de sus proyectos, pero atenta siempre a las indicaciones más simples.

Ni artesanos ni alarifes pusieron nunca reparos al hecho de que Ilbia fuera mujer. Al contrario, no solo le reconocían la condición de experta en astrolabio y técnica en nivelación y geometría, sino también la global de arquitecta, que muy pocas mujeres habían tenido en la historia de Al Ándalus y ninguna en la de la cora de Elvira.

No compartía su felicidad con nadie. Vivía retirada en el Generalife, y rehusó en varias ocasiones las propuestas de visita que le hacía Rafael, su antiguo profesor de música. Almorzaba cualquier cosa en el mismo recinto de la obra y sólo volvía a casa antes del atardecer, cuando llovía o el calor era insalvable. Se sentaba en las alfombras del mirador frente al jardín y simulaba atender, sin oírlas siquiera, las quejas llorosas de Flora sobre mil asuntos domésticos. Luego leía durante apenas una hora y se refugiaba en el baño que su nuevo eunuco le preparaba con devoción de amante. En las tardes de verano, el baño lento lo hacía en la alberca del patio sombreado por los rosales. Sólo entrada la noche se permitía alguna visita a la casa de Samuel, algún desahogo en la conversación con él y algunos encuentros amorosos que cada vez le gustaban menos y le parecían más innecesarios y tediosos. Parecía que el amor hubiese acabado entre ellos.

Samuel no terminaba de aceptarlo. Era consciente de que estaba perdiendo a Ilbia y de que él, el primero de los judíos de Al Ándalus, el hombre que gobernaba un reino, no podía hacer otra cosa que lo que hacía. Algunas veces insistió en la idea del matrimonio, pero ella siempre lo rechazó: era demasiado rica como para casarse con un hombre de cuyo amor ni tan siquiera estaba segura. En efecto, Samuel sólo rescataba la idea de casarse cuando estaba seguro de la negativa de ella. En rigor jurídico, Ilbia podía considerarse una mujer libre de las muchas que la guerra había permitido en Al Ándalus, o podía considerarse una doncella al servicio de la reina Kahina, pero en este caso, como su señora, pertenecería al harén del rey Habús. Y aunque a nadie se le hubiera ocurrido todavía mostrar esa condición, lo último que deseaba Samuel era verse envuelto en una reclamación del rey. Y por otra parte estaba la comunidad judía de Granada, los casposos de barriga y canas, como él seguía llamándolos, que tampoco admitirían aquella boda, porque no estaba claro que Ilbia fuese judía. Era hija de judía, pero su madre renunció de manera expresa a su religión para casarse con un nazareno ante el mismo obispo Gapio.

Pero más que todo este enredo jurídico a Samuel lo disuadía una convicción profunda que le había costado trabajo formular como máxima de vida:

—No puedes casarte con la mujer a la que amas —le dijo un día a Susán.

—Bueno —se rio el príncipe—, como tampoco puedes casarte con el hombre al que amas. El matrimonio es imposible.

—No bromeo —dijo Samuel.

En aquellos tiempos el matrimonio nada tenía que ver con el amor, pero la convicción de Samuel añadía a ese dato la creencia de que incluso era su enemigo. Para él, estaba contra toda ley natural que un hombre amase a su esposa, y ello por el simple hecho de que de ella dependía la crianza de los hijos y un proceso tan importante no se podía ver enturbiado por la pasión. El matrimonio era un designio de la Divina Providencia que unía los destinos dispares de un hombre y una mujer con el exclusivo fin de perpetuar a Israel. Entre Ilbia y Samuel el amor iba y venía desde que se conocieron, pero eso no era buena argamasa para la unión matrimonial.

Más bien al contrario.

Para Ilbia habían quedado atrás los años de las palomas mensajeras o las semanas del reencuentro memorable cuando él volvió de Ceuta. También era cierto que había desaparecido el desprecio por él que la sacudió en los tiempos de la muerte de Casim.

A Samuel, sin embargo, le ardía un rescoldo vivo de amor. Alguna tarde se presentaba sin aviso en el Generalife y si la oía chapotear en la alberca, se desnudaba deprisa y se zambullía sin darle tiempo de nada. Se le metía debajo y jugaba a dejarse atrapar la cabeza entre las piernas de ella, que reía como una niña feliz.

—Te capturé como a un tiburón —reía ella—. Te dejaré ahí hasta que te ahogues.

Comenzaba entonces el concierto de risitas nerviosas de las esclavas, que no solo no se iban del patio, sino que seguían los avatares de la batalla con verdadera curiosidad y alegría. Él le mordía los muslos hasta que le aguantaba la respiración, y después sacaba la cabeza e intentaba sumergir la de ella, que fingía resistencia, le salpicaba a los ojos e intentaba taparle la boca con la mano para que no la besara.

Así hasta que se prendía la escasa mecha de amor que le quedaba y recordaba que tenía hecho el cuerpo para él, y que el de él era todo para ella, y terminaban arañados por las plantas, embadurnados de barro, revolcándose en los parterres del jardín o en cualquier recodo de la tapia. Y si el amor explotaba, en casa de Samuel oían los gritos de pavor y escándalo de Carmela, que se escondía en lo más hondo y no salía de allí hasta que le bajaban el sonrojo y la convicción de que Dios iba a fulminar con un rayo a aquella mujer lujuriosa a la que le daba igual que la mirasen las esclavas o el mismo Susán, al que una vez se le vio zambullirse en la alberca con ánimo de participar.

De vez en cuando, al regreso de algún viaje largo de Samuel, la soledad o la nostalgia los tumbaba y, por un rato, volvían a ser los amantes insaciables cuyos gritos hacían llorar de terror y vergüenza a la pobre Flora. Pero esas ocasiones se hacían cada vez más raras. Nunca dormían juntos, ella se demoraba siempre en el estudio o en el dibujo y sólo bajaba del Generalife si estaba segura de que en casa de Samuel había amigos, vino y música en el patio.

Samuel sabía que aquellas ocasiones de amor, además de esporádicas, eran las últimas. Hacía tiempo que sólo conseguía seducirla si antes lograba hacerla reír y cada vez le resultaba más difícil interpretar el papel del sátiro. Si alguna madrugada asomaba borracho por el Generalife, y ella, por una vez, no fingía que dormía, aprovechaba su ocasión como si fuera la última de su vida. Se postraba y recorría el cuerpo de ella sólo con los labios, avanzaba por los caminos más inusuales, retrocedía apenas oía un murmullo de desagrado, demoraba su propia satisfacción, corregía cualquier penetración e intentaba explosionar contra la voluntad de la mujer el mar de placer que contenía su vientre. Solo si lo lograba, experimentaba un júbilo de vencedor total y se deshacía en su propio triunfo. Después se esforzaba en no dormir, en escuchar su respiración y atender cualquier solicitud, porque sabía que las mujeres no caían en las tinieblas después del amor, sino que sabían navegar a vela, sin

hundirse después de la tormenta.

Era Ilbia la que se quedaba exhausta, agotada, empapada por los sudores de ambos, pero con la impresión siempre de haber cedido otra vez a la fuerza de la costumbre.

32

Con toda la formalidad. Por escrito entregado en mano, la reina Kahina convocó en su alcázar del Genil a Samuel Nagrela. El nagid se ahorró las objeciones de protocolo que podía haber puesto: él tenía toda la autoridad civil, la confianza del rey, la enorme legitimidad teológica de su nombramiento como príncipe de los judíos de Al Ándalus y, sin embargo, era Kahina quien se atrevía a citarlo a él, acaso porque vivía en un reino de ensueño que ya no era de este mundo. Creía saber para qué lo convocaba Kahina, pero ni le pidió confirmación a Ilbia, ni se le ocurrió faltar a la cita.

Por aquellos años, Kahina jamás abandonaba el alcázar del Genil y, por eso, eran frecuentes los rumores que aseguraban una y otra vez su muerte. Nunca se sabía el origen, pero el pueblo los extendía deprisa añadiendo siempre los detalles del óbito. Uno aseguraba haber visto el relumbre de las piras funerarias ardiendo en la noche en el patio del alcázar del Genil. Otro corregía asegurando que Kahina se había marchado al galope, sobre su yegua negra hasta el pico más alto de Sulayr y que, desde ahí, había ascendido al cielo en cuerpo y alma, como no podía ser de otra manera. Los más aviesos sostenían que se había muerto de puro vieja, en la soledad, el abandono y la miseria de los locos.

El rumor se extinguía apenas las primeras mujeres se acercaban al alcázar para verificarlo. Para las bereberes, Kahina era el emblema de su raza; para las judías, la encarnación de su fe; y para las andaluzas, la santa capaz de curar a los vivos e interceder por los favores de los muertos. Para las mujeres de la jassa era una reina; para las de la clase media, una poderosa; y para las de la amma, Kahina era una santa. Cuando venían a comprobar si vivía, ella mandaba que las dejasen pasar y las recibía en el patio. Las dejaba hablar sin mostrar nunca prisa y sin advertirles de que no era todavía una santa. Y cuando terminaban la retahila de desdichas, las bendecía como si ya lo fuera.

Una noche de verano, se oyó en la ciudad un estruendo subterráneo que no fue acompañado como en otras ocasiones de grietas en las paredes ni de movimientos de la tierra. Se impuso enseguida la explicación según la cual Kahina había muerto y aquel ruido había sido provocado por la cohorte de *djinns*, *efrits* o genios que se la llevó al cielo. Cuando se comprobó que estaba viva, se extendió el rumor de que Kahina, con la ayuda de Dios, había detenido un terremoto espantoso que iba a arrasar la ciudad y de que, con sus artes nigromantes, lo había devuelto al infierno.

A Samuel lo recibió a la hora convenida, que era la de la siesta. Ella estaba tendida en su diván de sultana, y a su lado, de pie, estaban su principal edecán e Ilbia. Samuel la miró sin sorpresa porque ya había confirmado que el motivo de la cita era

La Alhambra. La reina Kahina ni tan siquiera le acercó la mano para que se la besara. Con su ojo clínico, Samuel supo que no estaba enferma, ni tan siquiera cansada. Hacía más de cinco años que no la veía y era como si ella quisiera cambiar la imagen de santona diligente que le dejó por una actitud de faraona que lo escuchara todo con los ojos semicerrados entre el batir suave e incesante del abanico.

—Te he mandado venir —le dijo a Samuel— porque Salomón comenzó a construir su Templo en el cuarto año de su reinado y lo terminó siete años después, en el undécimo. Cuatro años llevas tú ejerciendo el visirato del reino y el principado de los judíos. Ha llegado, por tanto, el momento de que comiences la construcción del Templo.

Por entonces, La Alhambra era un recinto amurallado pero vacío. Estaba flanqueada por cuatro torres, tenía dos grandes arcos de entrada por el este y por el oeste, y estaba surcada por una acequia caudalosa. Desde el Cerro del Sol y antes de entrar por la puerta del Este, el agua cruzaba por un acueducto que salvaba un barranco, y ya en la Sabika la acequia se bifurcaba: la mitad del caudal se dejaba caer hacia las tierras de cultivo que había extramuros de la ciudad, y la otra mitad atravesaba el recinto para caer después hacia la ciudad y el Dauro. En ambas caídas se habían ido estableciendo molinos de aceituna, de trigo y de papel que pagaban por el uso del agua. Las rentas de esos molinos las administraba Ilbia. Servían para los trabajos de mantenimiento y para amortizar los costes de la acequia y de la muralla. Pero ahora, la construcción del Templo requería una aportación muy superior de dinero. Nadie tenía que contar esto para que Samuel lo comprendiera. Tal y como había imaginado, ese era el motivo que explicaba su presencia allí. Lo había expresado mal: no era La Alhambra, era el dinero.

Su dinero.

—Hace dieciocho años —continuó Kahina— que Ilbia me habló de ti. Por entonces *El libro de los dichos maravillosos* predijo que serías tú el promotor del Templo. Hace doce que me casaste con Joaquín, te di la piedra fundacional y te comuniqué que un día te encomendaría la elevación del Templo. Todo ha sucedido como estaba previsto. Ha llegado el día: cumple con tu destino de elegido…

La mirada se le cayó y la voz se le descompuso como si el alma se hubiera librado de un gran peso.

—Ahora puedes retirarte —dijo—. Estoy muy cansada.

—Un momento, Kahina —dijo Nagrela con autoridad—. Hemos de hablar.

Kahina se sorprendió.

Ilbia bajó los ojos como avergonzada.

El edecán compuso un gesto de desagrado porque Samuel parecía dispuesto a discutir con ella asuntos de intendencia. Asuntos que en ningún caso se elevaban a la atención de una reina. O de una santa.

Samuel se dio cuenta de que había descolocado a los tres, pero tenía muy preparada su respuesta:

—Tal vez sea sólo cuestión de nombres, pero no construiré un templo… —hizo una pausa—, sino una sinagoga. Soy rabino y soy nagid, el único de Al Ándalus. No puedo desafiar la palabra de Dios: «En los tiempos venideros las sinagogas de Babilonia se trasladarán a Israel». Sólo hay un Templo y está en Jerusalén. Esto dice el Señor: «Los llevé a pueblos lejanos, los dispersé por los países y fui para ellos un santuario provisional en los países adonde fueron». Así que en la Sabika construiré un santuario provisional, una sinagoga. Y de la misma manera que nuestros antepasados dedicaron la sinagoga de Alejandría a la reina Berenice, yo dedicaré la sinagoga de Granada a la reina Kahina.

La reina Kahina no aprobó, ni desaprobó, ni pronunció una sola palabra. Sin mostrar en el rostro ninguna emoción, se incorporó y se dirigió hacia la puerta de la sala. Antes de cruzarla, se volvió y con la mirada neutra fijada en el entrecejo de Samuel le dijo:

—Habla de esto con Ilbia y con mi edecán. Buenas tardes.

Aquella tarde, en aquella misma sala, Ilbia y Samuel se enzarzaron en una enervada discusión a cuyos primeros lances y, casi siempre silencioso, asistió el edecán de Kahina. Ilbia se sentía traicionada. Samuel no estaba dispuesto a abandonar su rigidez moral, incluso podía ser más crudo con Ilbia de lo que antes había sido con Kahina: no sólo se trataba de rebajar el templo a una sinagoga, sino que en el mismo recinto de La Alhambra Ilbia construiría para él un palacio. Turbada por la ira, Ilbia dio paseos por la sala y Samuel se lo permitió hasta que estuvo seguro de que había terminado de desahogarse. Sólo entonces le pidió al edecán que los dejase solos y a Ilbia que lo dejase hablar. Le hizo ver que la pretensión religiosa había menguado, pero le explicó que la pretensión política había crecido. Le habló de la situación en Córdoba, que era muy confusa. Los mejor informados preveían ya el fin del califato y de la unidad política de Al Ándalus.

—Es un peligro —le dijo Samuel—, pero donde habita el peligro, reside también la salvación. Y la oportunidad es la fundación del reino de Israel en Sefarad.

Por un golpe de intuición, Ilbia creyó que Samuel la engañaba, que no era descabellado su análisis pero que lo usaba para tapar su avaricia.

—Lo que tú no quieres es gastar tu dinero —le dijo—. Lo que tú tienes no es ambición política, es miedo.

Si se lo hubiera dicho con formas más delicadas, Samuel Nagrela podría haberle dado la razón. Pero con aquel tono desencajado, lo que logró Ilbia es que Samuel la mirase con otros ojos. De repente la vio envejecida. La voz se le había agriado, la luz de santa que emitía su cabeza se había apagado y los ojos empezaban a destellarle con las sombras de las antiguas desventuras.

Por esta cascada de desamor bajaba el pensamiento de Samuel cuando un mensajero providencial le comunicó que el rey requería su presencia en la Casa del Gallo de los Vientos.

—Te visitaré esta noche en el Generalife —le dijo a Ilbia—. Seguiremos

hablando.

Mientras comían las primeras naranjas del invierno, Ilbia aceptó que construiría una sinagoga en lugar de un templo, pero se empeñó en que fuera de tipo basilical, como las más lustrosas de las construidas en el Mediterráneo oriental. Samuel, que jamás había visto una sinagoga de ese tipo, pensó sin embargo que no debía ceder tan rápido a las pretensiones de la arquitecta. Se enfrascaron en una discusión técnica en la que para poder replicar, Samuel tenía que aprender de lo que decía Ilbia, y a los dos se les revolvieron los reproches acumulados en tantos años de amor. Ella perdió la cuenta de las copas que había bebido y la emprendió a gritos con Flora por haber derramado el vino en el mantel al servirle la última. Al oírla, a Samuel le volvieron los pensamientos de la mañana y confirmó que la voz era el organismo del cuerpo humano que peor envejecía en las mujeres. Cedió y aceptó que la sinagoga fuera de tipo basilical. Con la siguiente copa, cedió otra vez y prometió que cuando Ilbia le terminase el palacio, le financiaría una obra inmortal basada en la tradición salomónica y en la divina proporción. Después sintió la necesidad de romper para siempre cualquier relación amorosa con Ilbia. Pero ebria y satisfecha por las promesas que le había arrancado a Samuel, ella se desnudó sin prisas y comenzó a desnudarlo a él. Rogando a Dios que le perdonara tanta debilidad, Samuel cedió por tercera vez y se sumergió de nuevo en los recovecos de aquel cuerpo pensando que era la mujer más bella que había visto jamás.

Aquel mismo año, Ilbia comenzó a construir la sinagoga.

33

Cumpliendo el diseño de Ilbia, la acequia se bifurcaba al entrar en la colina de la Sabika y el ramal que se acercaba a la sinagoga se convertía en un canal de mármol, bordeado de álamos espléndidos.

Cuando vio la obra terminada, Samuel se emocionó. El pasaje de aquel canal por la colina y su aproximación a la sinagoga era tan pacífico y armónico, que quiso asegurarse de que no había algún espejismo de magia. No lo había: aquel canal de mármol bordeado de álamos era el único elemento de la obra que no seguía las directrices salomónicas, y quien lo había diseñado conocía muy bien el alma de Samuel, porque evocaba el más bello de los salmos:

Junto a los canales de Babilonia, nos sentamos
y lloramos con nostalgia de Sión.
En los sauces de sus orillas colgábamos nuestras cítaras

El visir se descalzó, se sentó, dejó que el agua fresca mojara sus pies y se sumergió en la visión de aquel paraje que hubiera podido derribarlo de amor por Ilbia, otra vez, si no hubiera logrado convencerse a sí mismo de que sólo era la obra perecedera de una buena arquitecta. El verano había empezado a descomponerse desde días antes y el sol no quemaba, pero no había previsiones de lluvia antes del atardecer. Convencida de que Samuel quería quedarse solo, Ilbia se había marchado sin despedirse y cuando giró la cabeza vio que en efecto seguía sentado en el mármol, absorto y con los pies en remojo. Una brisa fresca de Sulayr movía las ramas y había en los arbustos azofaifas, acerolas, majoletas y almecinas. Había terminado la guerra civil en Al Ándalus y estaba instalado el poder judío en Granada. Samuel estaba pensando que la sinagoga y el canal de los misteriosos sauces de Babilonia eran la prueba de que lo que se construía en realidad por Ilbia era la república salomónica, tan justa que ni sus más encarnizados enemigos deberían padecer la privación de la vida, de la libertad o de la mera placidez de la que él gozaba en aquel paraje. Y allí mismo, aquel día, decidió promulgar un bando para que nadie fuese castigado por razón de los dictámenes de su alma. Aunque esos dictámenes fueran religiosos. Ni aun los politeístas. Ni tan siquiera con tributos.

La sinagoga ocupaba la cuarta parte del recinto de La Alhambra. Se alzaba sobre sillares de piedra. En el lugar más elevado. Tal y como manda la Misná: «Ninguna edificación por encima de la casa de nuestro Dios».

Por debajo de ella quedaban la vieja fortaleza de Torres Bermejas y también la Casa del Gallo de los Vientos. La fachada principal era la opuesta a Jerusalén. Tenía

un acabado sobrio, pero Ilbia mandó que se mezclaran en el estuco tierra de albero y polvos de oro para que pareciera radiante cuando recibiese el sol poniente. En el dintel de la puerta mayor, emergía una vara de oro puro de un palmo de longitud. El último rayo del sol en los dos equinoccios proyectaba en el suelo la sombra recta de esa vara y por decreto se estableció que cuando eso sucediese comenzase el nuevo día en todo el reino. Aquel reloj de sol era el único que determinaba además con precisión los quintos en que se dividía por entonces cada hora y los tercios en que se dividía cada quinto.

La planta del edificio medía cincuenta y ocho codos sacerdotales de largo, y veintiocho de ancho y de alto. El interior estaba dividido en tres naves por dos filas de columnas con capiteles tallados y la central concluía en un ábside semicircular que apuntaba hacia Jerusalén. Allí había una cancela de hierro forjado que cerraba un espacio oscuro para cumplir el versículo de los Salmos: «Desde lo hondo a ti grito, Señor; Señor, escucha mi voz».

El altar de la Torá se encontraba en el ábside, y la tarima, frente al altar. El piso no tenía mosaicos de episodios bíblicos, según la moda bizantina, sino que estaba cubierto por 1624 losas, 812 blancas y 812 negras.

En apariencia, Ilbia había cumplido la prohibición de Samuel de construir una reproducción del Templo. Sin embargo, había reproducido con exactitud uno de sus recintos adjuntos, el que estaba junto a la Puerta de los Canteros, que servía para que el sumo sacerdote leyera la Ley y recitara las bendiciones. En la obra de Ilbia, el obispo y, en general, los cristianos del reino reconocieron enseguida el ámbito del relato de Lucas, según el cual los padres del profeta Jesús lo hallaron de niño sentado en medio de los maestros, escuchándolos y haciéndoles preguntas.

34

Una mañana de diciembre del año 1031 el último califa abandonó Córdoba. En un manifiesto aplaudido por el pueblo, los notables anunciaron que la monarquía quedaba abolida para siempre y que el Consejo de Estado había tomado en sus manos las riendas del gobierno.

La intranquilidad cundió en la corte del rey Habús, porque de forma espontánea el pueblo de Granada se había echado a la calle para celebrar la noticia. Sin embargo, entre los judíos los acontecimientos se vivieron de otra manera. El sabat siguiente al destronamiento, el rabino Menahem no cantó en la oscura sinagoga de la placeta, sino que se dirigió a la comunidad en un discurso duro pero tranquilo. Sostuvo que si había caído el califato, que era para los musulmanes delegación de Dios en la Tierra, con más razón caería pronto el torpe emirato bereber de Granada.

—Los judíos —dijo—, pensando en nuestra pervivencia, debemos romper el vínculo con esta corte extranjera y mercenaria.

El vínculo a que se refería era el visir Nagrela. Todos lo entendieron. No podía referirse a otro, ni podía ser mayor el atrevimiento del jazán, porque lo dijo delante de Samuel, que presidía la asamblea sabática. Mientras oía al cantor, el nagid sintió cólera contra el espíritu asustadizo y corto de miras de los rabinos, pero se cuidó de cualquier movimiento o gesto que pareciera un alarde de su desprecio. Permaneció inmóvil e impasible hasta que Menahem terminó. Después, con una sonrisa forzada, mandó que salieran de la sinagoga mujeres, niños, jóvenes y forasteros recién llegados, y cuando estuvo seguro de que sólo quedaban rabinos y padres de familia tomó la palabra.

Articuló un largo discurso en el que, para sorpresa de los presentes, concedió buena parte de la razón a Menahem. Si el partido de los andaluces quería proclamar la república también en Granada, tal vez Israel debería apoyarlo.

—Pero —añadió— ni es seguro que los andaluces quieran tal cosa, ni nosotros deberíamos conformarnos con tan poco. Somos mayoría en esta ciudad, y si el rey cayera nuestro objetivo debería ser al menos el de un estatuto de ciudad libre como el de Lucena… Si confiáis en mí, os conduciré con prudencia hacia una nueva Jerusalén. Con la ayuda de Adonai y según los designios de la Divina Providencia, instauraremos Israel…

—¡Aleluya! —gritó Susán y una salva de aplausos estalló entre los asistentes.

Samuel contuvo el gesto de satisfacción que le producía aquella reacción eufórica de los hombres más serenos del pueblo judío. Bajó de la tarima entre abrazos de los rabinos y tuvo el impulso de dirigirse hacia Menahem. El viejo cantor se estremeció cuando lo vio acercarse, espléndido y sereno, y no tuvo valor para rehusar el abrazo.

—Gracias, Menahem —le dijo Samuel—, por darnos tu opinión y abrirnos los ojos.

Sólo Menahem comprendió la enorme carga de desprecio que contenían aquellas palabras y aquel abrazo fingido, pero no supo reaccionar. La asamblea había terminado y el cantor se quedó solo en la penumbra de la sala, mientras que Samuel salía destellando, con su traje azul de nagid de los judíos de Al Ándalus, por entre los brazos alzados de la comunidad, en medio de parabienes, zalemas y halagos.

Cuando improvisó aquel discurso de sabat en la oscura sinagoga de la placeta, Samuel Nagrela era un hombre bien informado. No eran todos los andaluces los que querían destronar a los reyes e instaurar la anfictionía de las ciudades libres. Ni la jassa, ni aun las clases medias, entendían el mundo sin la autoridad de un rey. El pobrerío, por supuesto, no pensaba lo mismo. Lo había intentado veinte años antes cuando una junta de carboneros y tenderos proclamó califa a un príncipe loco y el resultado fue una guerra terrible en la que el propio pueblo perdió más que nadie, porque se confundía de bando, ponía y deponía califas, sultanes y emires para, al final, acabar pagando tributos de vida y hacienda a los puestos y a los depuestos. Los judíos de orden tenían pues mucho que perder en una alianza con el pueblo. Tampoco era gratis la alianza con los bereberes, clanes de mercenarios traídos por Almanzor y que treinta años después de su llegada seguían sin más arraigo en la tierra que los cascos de sus caballos y los solares de sus campamentos. Tal vez Menahem tenía en esto su parte de razón, pero no habría sido tan deslenguado y atrevido si hubiera sospechado siquiera hasta qué punto Samuel tenía bien calculado y trazado el camino que conduciría hacia el reino salomónico.

Tenía Samuel Nagrela, por entonces, una certidumbre, dos temores y una necesidad.

Los 38 años cumplidos le daban la certidumbre de que había cruzado la mitad de la vida y de que había llegado el momento de cumplir los designios insondables de la Divina Providencia.

La necesidad era la de tener un heredero. La Divina Providencia lo colocaba en la posición del rey. Un rey judío necesitaba un hijo y, para tener un hijo, antes había de casarse con una virgen judía. Aquella misma tarde, Samuel pidió la mano de la más pequeña de las hijas del juez Judá. Las capitulaciones se firmarían en unos días, apenas estuvieran redactadas. Pero para celebrar las bodas y para que naciera el heredero habría que esperar: Berenice, que así se llamaba la hija menor del juez, era impúber. Tenía once años, había nacido bajo el signo de Leo el mismo día en que Samuel veía la sulfúrea mirada de Leviatán en la travesía del Estrecho.

De uno de sus dos temores, el temor a Dios, Samuel no se libró nunca. Pero de su otro temor también se liberó aquella misma noche. Tenía miedo de que el viejo Menahem informara al rey Habús de sus pretensiones de instaurar un reino judío. Conocía bastante al cantor como para intuir que no pretendía aliarse con el partido de los andaluces ni el derrocamiento de la monarquía bereber, sino ambas cosas y

cualquier otra que supusiese el final de Samuel Nagrela.

El viejo Menahem lo odiaba.

Pero Samuel sabía que lo odiaba. No tanto porque padeciera sus ataques continuos, sino más bien porque el cantor se aturdía cuando se cruzaba con él, se volvía torpe y le apartaba la mirada. Eran los signos clínicos de la peor emoción del alma: la que convierte al que odia en esclavo de la persona odiada.

Por eso, terminado el sabat, un hombre fuerte y elegante entró en el cuartucho donde dormía el rabino Menahem. Con cuidado de no despertarlo, se preparó para acaballarse sobre su pecho. Con un gesto rápido le arrebató la almohada y se la colocó en el rostro. Con las rodillas le apretó las costillas hasta partírselas. Con todo su peso aguantó las contorsiones desesperadas del anciano. Al mismo tiempo, sus dos brazos apretaron la almohada con toda la fuerza y durante todo el tiempo que fueron capaces. Mucho más del que Menahem tardó en morir asfixiado.

A pesar de todo, aquel fue un asesinato elegante, como su autor, Saúl, el jefe de la guardia de Samuel, y como su cómplice y acompañante, el príncipe Susán. Fue también el primer crimen político ordenado por el nagid Samuel Nagrela, que al tiempo que Menahem expiraba, sentado en su casa, copiaba del Talmud un pasaje que hablaba de los crímenes del rey David. A la mañana siguiente, cuando le avisaron de la aparición del cuerpo sin vida de Menahem, se acercó al barrio rabínico, inspeccionó el cadáver y certificó su muerte por un ataque al corazón.

—No ha sufrido —dijo.

Ni los más allegados se atrevieron a examinar el cadáver. Ni los más suspicaces pensaron nunca que lo podía haber asesinado alguien. Y menos aún que lo hubiera hecho por orden de Samuel Nagrela, cuya fama era ya la de un hombre rico, poderoso, sabio y santo.

35

La mañana del día menor, Ilbia se entretuvo viendo cómo descargaban un barco de cabotaje que venía desde Salónica. Había abierto algún saco de legumbres, había palpado la madera de sándalo y había mostrado interés por la conversación entre los mercaderes y el jeque del pequeño puerto de La Caleta. Ni tan siquiera se dio cuenta de que los marineros griegos ya habían cargado la seda cruda y se preparaban para zarpar, y de que una hilera de hombres subían cargados de sacos por la vereda que conducía al alcázar y la medina. Vio zarpar el remero y les hizo un adiós con la mano a los mercaderes, que le respondieron desde la cubierta, estrechándose las suyas e inclinando la cabeza al mismo tiempo. Atardecía otra vez. Entonces se sintió sola en la playa y sola en el mundo, y el amor por Samuel Nagrela que había permanecido dormido en los últimos años se le revolvió en lo más hondo del alma. No le dolía tanto el matrimonio, sino más bien las bodas de Samuel. Berenice había alcanzado la pubertad y su matrimonio concertado un año antes entre el juez Judá y el nagid Samuel iba a consumarse con unas bodas de altura a las que asistirían todos los notables del reino. Era por eso por lo que ella estaba allí en Salobreña. Había pensado en acudir, envuelta entre el tumulto de mujeres que acompañarían a la reina Kahina o incluso, con más descaro, del brazo de Susán, la otra persona que sufría por aquella fiesta. Lo descartó cuando se dio cuenta de que los celos, desde hacía años reducidos a un leve resquemor que se le iba apenas ella quería, se le habían instalado en el centro de su corazón. Entonces decidió marcharse a Salobreña y le ordenó a Hassan que nadie bajo su jurisdicción acudiera a la ceremonia de Granada. Sabía que Samuel quería un heredero a toda costa, sabía que ella no había querido dárselo, y sabía que una niña de doce años no llenaría nunca el alma compleja de Samuel, pero no podía perdonar la desfachatez de una ceremonia pública entre una niña y un hombre de cuarenta años, tan venerable como gastado y al que ella tenía la desgracia de amar. Era un sentimiento de vergüenza ajena e innecesaria, porque Samuel podía haberlo resuelto todo con la discreción de unas capitulaciones firmadas. Y además se compadecía de Berenice porque a ella la habían casado con un califa en las mismas circunstancias: cuando tenía diez años y era impúber. Ilbia podía reconstruir uno a uno los sentimientos que, a veinte leguas de allí, estaba experimentando Berenice. Aquella niña se le parecía tanto que prefería dejar que le fluyera el odio hacia un hombre que podía haber sido discreto y que, sin embargo, iba a celebrar una farándula de derroche, una exhibición vergonzosa y una boda obscena. Rogaba a un dios ignoto que impidiese aquella boda, que el dintel de la sinagoga se desplomase al paso de Samuel o que un rayo lo tendiera de pronto sobre las losas ajedrezadas que ella había puesto.

Postrada por el dolor de la vergüenza ajena, se acostó y se tapó la cabeza con las mantas. Tardó en dormir y, antes del amanecer la despertó una pesadilla: Samuel era un pavo real que desplegaba sus plumas coloridas y picoteaba el cuerpo de una niña virgen que no era Berenice, sino ella. Después el pavo real se convertía en una sierpe a la que tuvo que matar para llevarse a la niña a un lecho de enfermo donde la empapó con sus lágrimas, curó sus picotazos y lamió sus heridas. Saltó de la cama sudando y se empeñó en sentarse para trazar figuras geométricas, pero del cáñamo salían monstruos de tinta: dibujos de sierpes venenosas y de niñas desnudas.

El día era soleado y mandó que le preparasen el baño. Envuelta en vapores, se dio a imaginar lo que estaría ocurriendo a esas horas en Granada: vio a los rabinos preparando la sala y el ritual de la boda, vio a los hombres que regaban temprano para romper la escarcha y que limpiaban hoja por hoja los pascueros rojos del jardín, y el alboroto de mujeres que se acicalaban en los baños de la Casa del Gallo de los Vientos. Vio a la reina Kahina descifrando el *Libro de las mutaciones* y vio a la madre de Berenice que sacaba del lecho a la niña y comenzaba a bañarla para la boda. Las imágenes le parecían tan reales e insoportables que decidió meterse en agua fría, pero ya no pudo parar en todo el día de imaginar minuto a minuto el desarrollo de las ceremonias.

Cuando las esclavas la vieron tiritar por la calentura, le dieron aviso a Hassan y este mandó traer a un médico judío de Almuñécar. Tardó siete horas en llegar y lo hizo en el peor momento de la enfermedad, porque a la calentura se habían sumado los vómitos y a las imaginaciones los delirios. Cuando le dijeron a Ilbia que un médico había llegado para verla, protestó, porque ella sabía la suficiente medicina y conocía lo bastante los vericuetos de su alma como para saber qué era lo que le ocurría, pero aceptó recibirlo más por la curiosidad de conocerlo que por la necesidad de sus servicios.

Apenas la vio, el médico le preguntó si se había bañado en el mar y adelantó que podía tratarse de la fiebre de un día. Era un cuadro descrito en la literatura hipocrática que asalta a los jóvenes de vapores calientes que se bañan en agua fría. Ilbia conocía los síntomas y el curso de la fiebre de un día y, aunque no dijo nada, sabía que el diagnóstico era erróneo por la simple razón de que ella no era joven: había cumplido los treinta y seis.

Para confirmar su diagnóstico, el médico le pidió que se sentara en su cama y se desabotonara la camisa de dormir. Ilbia se desabrochó hasta la cintura y se sacó las mangas. Lo hizo sin recato, como se desnudaría un médico, segura de que otro médico no se turbaría ante unos pechos pequeños pero simétricos y un vientre plano y duro. Él la auscultó por delante y por la espalda, tomó su pulso y, sin cubrirle los pechos, la recostó con cuidado para examinar sus pupilas. Confirmó su diagnóstico sin ninguna duda, y convencido de que había examinado a una muchacha de no más de veinte años, le prescribió un baño muy caliente para la fiebre e infusiones de manzanilla de Sulayr para el vientre.

Ella siguió las prescripciones convencida de que estaban basadas en un error clínico, pero consolada por haber sabido ocultar las verdaderas causas de su mal. Pasó toda la noche en un mundo de ensoñaciones febriles. Imaginó a Samuel abandonando la fiesta con Berenice de la mano, vio el dormitorio y el lecho de sábanas perfumadas con manzanas verdes en el que ella tantas veces había yacido, lo oyó decirle a Berenice que iba a preñarla aquella misma noche, sintió el terror de la niña, vio hasta en los detalles más obscenos los preparativos de Samuel, que apagaba en agua un hierro candente y después la bebía para aumentar la erección, y notó el desgarro de su propio himen con la sensación de que no deliraba, sino de que asistía a la noche de bodas de Samuel.

Al día siguiente, sin embargo, la fiebre había desaparecido e Ilbia había recuperado el buen ánimo, porque en el baño de sales con aguas hirvientes que le prescribió el médico había resuelto que dejaba Salobreña y que se volvía a Granada aunque fuera a vivir como concubina de un pederasta desvergonzado. Hassan trató de disuadirla, pero ella se empeñó en volver, no tanto por amor o desamor, sino porque conocía la unión de su destino al de La Alhambra.

Sin saber que Ilbia ensoñaba cada uno de sus movimientos, Samuel se vestía para el almuerzo de gala con el que habían de celebrarse sus bodas. Se puso una camisa de seda de color rojo carmesí. Sobre ella una túnica bordada en oro y cerrada al cuello con un collar espléndido que llevaba en su centro una estrella de seis puntas fundida en oro.

Aquel atuendo era demasiado vistoso para un rabino venerable de cuarenta años, cuyo pelo encanecía y cuya autoridad de nagid y de visir pesaba tanto que no le dejaba sitio para los abusos estéticos, pero le iba muy bien para recordar que una vez fue un poeta joven, de cuerpo espigado y mirada dulce y melancólica. Aparte de los recuerdos, lo único que le quedaba por entonces de las tardes de Córdoba y de las noches de Málaga eran los ojos tristes y negros, el bigote justo y las mejillas limpias y pálidas. Pero lo que le faltaba por el peso de la edad le llegaba por la elegancia del conocimiento, la autoridad de la mirada y la altivez del gesto. Se sentía bien: lejos iban quedando los años de la guerra, las travesías de fugitivo por los montes y la mirada de Leviatán en las aguas del Estrecho. Era un hombre rico y poderoso, pagado de sí y que en el día de sus bodas había de mostrarse como era.

Berenice, en cambio, fue vestida con excesos. A su cuerpo moreno pero breve, las mujeres de la familia le pusieron pendientes, brazaletes, pulseras, collares, diademas, sortijas y medallones, de todo tiempo y de varias ramas de la familia. Le pintaron los ojos con polvos de carbón y le tiñeron el cabello con henna. Depilaron su pubis y su aspecto natural de vestal de un templo pagano acabó siendo el de una prostituta sagrada.

La muchacha se dejó hacer sin saber muy bien qué ocurría de especial aquella

mañana. Había visto a Samuel unas cuantas veces, le habían explicado que aquel hombre era su esposo y que cuando fuese mujer se iría a vivir a su casa. Sin embargo, para ella seguía siendo tan sólo el amigo de su padre, cuyas visitas esporádicas producían tensión en su medio doméstico porque todos se desvivían para atenderlo.

Las bodas se prolongaron desde el solsticio de invierno, que aquel año cayó en sábado, hasta la mañana del *Natalis invicti*, la Navidad de los cristianos. Años más tarde, cuando trataba de recordar cómo fueron en realidad aquellos días de su boda, Samuel no lograba sacudir la niebla del delirio y en lugar de Berenice se veía siempre acompañado por Ilbia. La veía transfigurada junto a él en el altar de la sinagoga, la escuchaba en la reverberación de las formas litúrgicas del matrimonio que en la realidad recitó Berenice, y sentía la presión de su masculinidad sobre el himen de Ilbia, como si todo hubiera pasado en un atardecer de mar.

Diez lunas justas después de la boda, como quiso el destino, nació su primer hijo. Samuel Nagrela, que había vivido el embarazo con el nerviosismo de un padre primerizo, asistió al parto sin intervenir en él. Buen clínico, no tenía sin embargo mucha experiencia quirúrgica, pero él mismo se sorprendió de la entereza con la que asistía a las operaciones de la partera. Vio cómo rasuraban a Berenice y cómo la comadrona le colgaba del muslo izquierdo el cuerno derecho de una cabra. Después la colocaron en cuclillas en el suelo alfombrado, una mujer se puso tras de ella para sostenerle la espalda y le aconsejaron chillar sin contención. La resistencia de Samuel se vino abajo cuando apareció la cabeza sanguinolenta del niño y vio cómo la comadrona la manipulaba. Salió de la estancia y en la antecámara, sin sentarse, comenzó a entretenerse con cálculos astronómicos. Faltaba poco para el equinoccio y hacía tres horas que había anochecido: su hijo nacería bajo el signo de Virgo. En un rato, que a Samuel le pareció un siglo, cesaron los chillidos de Berenice y poco después apareció la comadrona con el niño envuelto en una manta.

—Es un varón —le dijo.

Samuel lo sostuvo en sus brazos y lo miró a los ojos. Lo primero que vio fue el rostro de su padre muerto. El niño era la viva imagen de José Nagrela y la vida era un ciclo de imágenes. «Lo frío vuelve a calentarse —pensó— y la resurrección es posible».

Se acercó al lecho donde descansaba Berenice y la vio pálida y descompuesta como nunca, le colocó al niño en los brazos y salió para anotar el momento exacto del nacimiento de su hijo: eran las tres y cuatro quintos de hora y dos tercios de quinto de hora, del martes día 11 de tishri del año 4796[1].

El día anterior Samuel había cumplido los 42, la edad que tenía su padre cuando murió.

Al octavo día, con grandes fiestas, el niño fue circuncidado en la oscura sinagoga de la placeta y a nadie le cupo la menor duda de que se llamaría José ben Samuel ibn Nagrela, porque su padre se llamaba Samuel ben José ibn Nagrela.

36

Lejos de la gran nave de la sinagoga, pero en la misma meseta de la Sabika, había un molino de aceite que Samuel quiso convertir en su casa. Faltaban muchos siglos para que valiese la distinción entre lo público y lo privado, pero era tradición semita y mediterránea que los grandes palacios fortificados tuvieran unas dependencias reservadas a lo inasequible, al harén. Ilbia no aceptó de buen grado la exigencia de construir primero las dependencias privadas y dejar para el final la parte pública de La Alhambra. Aunque ya era considerada como arquitecta y en la ciudad se contaba con sus opiniones de ingeniería, nadie dudaba de su vinculación a la corte y a la familia de Samuel Nagrela. De manera que, más por prudencia que por convicción, Ilbia aceptó diseñar y dirigir la construcción del que había de llamarse Palacio de los Leones.

Entre los notables venidos de Zaragoza a las bodas de Samuel estaba por supuesto su gran amigo Judá Gabirol, que vino acompañado de Batia, su esposa, y de su hijo, un muchacho de corta estatura, cabeza grande, rostro blanquecino, con los hombros caídos y una mirada limpia y viva que hablaba más que su lengua. En los tiempos de Málaga, Samuel Nagrela lo había sacado por cesárea de las entrañas de su madre y cuando, catorce años después, en los días de sus bodas, pudo conversar con él, se sintió muy orgulloso de haberlo hecho, porque Salomón Gabirol tenía una inteligencia proverbial. En una tarde de charla, Samuel se dio cuenta de que bajo la locuacidad incansable del adolescente había una asombrosa capacidad para el cálculo y un dominio inhumano de la métrica. Entonces Samuel le propuso a Judá que dejase a su hijo en Granada y bajo su custodia, porque había decidido convertirlo en el mentor de su futuro primogénito. Judá pensó que Samuel bromeaba, pero cuando se dio cuenta de que hablaba en serio, le hizo ver que faltaban muchos años para que un niño que aún no había sido concebido necesitara un preceptor. Samuel persistió y Batia intervino a su favor de forma decisiva. Le hizo ver al esposo que era un gran destino para su único hijo. Judá comprendió que por debajo de las palabras de Batia hablaba el cansancio. Desde que nació Salomón, Batia le había entregado su tiempo y su energía, y catorce años después estaba tan gastada y envejecida que sólo podía ver en la oferta de Samuel una oportunidad de liberación.

Así que Salomón Gabirol se quedó en Granada y mientras llegaba la hora de convertirse en preceptor de José, Samuel lo empleó como ayudante y aprendiz de Ilbia, la arquitecta de La Alhambra.

El Palacio de los Leones ya emergía de la tierra cuando Salomón Gabirol se convirtió en el ayudante personal y en la sombra problemática de Ilbia. Tenía dos plantas de altura y estaba regido por el número siete. La planta era heptagonal y siete eran las salas principales, cuatro arriba y tres abajo. Cuando Samuel le preguntó a Ilbia por esta extraña conformación, ella le mintió.

—Siete —le dijo— son los días de la creación; siete los planetas y los días de la semana, los brazos de la menorah y las plagas de Egipto, los cielos y los colores del arco iris.

—Pero una vez me dijiste —replicó Samuel— que el número del amor es el cinco. Me pregunto por qué no has usado el pentágono para una casa en la que se va a criar mi amado hijo.

Ilbia le hubiera respondido con dureza de no ser porque le impresionó la sinceridad ilusa de Samuel. Días más tarde le preguntó a Susán por la extraña convivencia en el mismo hombre de tanta sagacidad estratégica con tanta ilusión.

—¿Tendrá que ver con la edad?

Susán se lo aclaró enseguida:

—No es la edad, es que desde que nació el niño, este hombre ya no vive su propia vida.

Muy emocionado, durante un buen rato Susán le fue contando los últimos desprecios que había recibido de Samuel. Terminó llorando.

—Vámonos —le propuso entonces Ilbia— a llorar juntos a un sitio donde nadie nos vea.

Lo hicieron aquella tarde y muchas más. Quedaban para llorar. Ilbia encontró en él al ángel caído, capaz de caminar por su corazón roto sin despertarle fantasmas indeseables. Susán vio en ella a la única mujer de alma sensible capaz de iluminarlo por los callejones embarrados y tramposos del corazón masculino.

En una de esas citas para llorar, Ilbia le explicó a Susán el verdadero motivo de haber elegido el siete como número estructural del Palacio. Quedó como secreto entre ambos, pero en un impulso de afecto por su discípulo también se lo desveló a Salomón Gabirol.

—El siete —le dijo un día a pie de obra— no puede generarse desde ningún otro número de la primera decena, ni engendra a ningún otro. Por eso los pitagóricos lo llamaban la virgen sin madre. Yo pensaba en Berenice —concluyó Ilbia— y por eso elegí el número de la virginidad para construir su casa.

A Salomón Gabirol, de la misma edad que Berenice, ni se le ocurrió expresar lo que de verdad pensaba: que la esposa del nagid ya no era virgen y que no había nada que lamentar en la pérdida de su virginidad. Sin embargo, no pudo soportar la profanación de sus baluartes cabalísticos y habló con arrogancia:

—El siete es un número indeseable en arquitectura —dijo— por la simple razón de que el círculo no puede dividirse en siete partes iguales.

—No puede dividirse en siete partes perfectas —replicó Ilbia—, pero si divides los 360 grados de la circunferencia en siete partes de cincuenta y un grados y un tercio…

—Te faltan dos tercios de grado —la interrumpió Salomón— para completar el círculo. Por eso, todo heptágono transmite a quien lo habita la sensación de movimiento irregular, lo cual es lo menos adecuado para una casa.

—Pero para tener esa sensación de movimiento —cortó Ilbia— tendríamos que mirar la casa desde arriba y como todavía no tenemos alas, tu apreciación es puntillosa.

Por el tono de Ilbia, Gabirol entendió que debía callar antes de plantear su objeción teológica: en la tradición griega, el siete era el número de Atenea, la diosa virgen. A aquel neófito de rabino le preocupaban cosas impropias de su edad: una mujer que renunciara a la maternidad le parecía aberrante, casi tanto como la misma idea de una diosa femenina. Ilbia pareció leerle los pensamientos porque se los interrumpió con una amenaza:

—Si le dices algo de esto a Samuel, te corto la lengua.

A veces, en la tormenta de su cabeza adolescente, Salomón Gabirol se sorprendía pensando en Ilbia como mujer y no como arquitecta, y eso le iba ocurriendo con más frecuencia de lo soportable. Ella tenía la edad de su madre y, sin embargo, ostentaba una madurez contenida y bella. Vestía como un hombre, se movía como un muchacho, pero tenía ojos de diosa. Él había escuchado con mucha atención todo lo que se podía decir de ella en la ciudad: concubina de Samuel, para empezar; iniciada por Kahina en peligrosas artes esotéricas, para continuar; y lesbiana como su atuendo demostraba, para terminar. En los primeros años no alcanzó a darse cuenta de que esas eran opiniones exclusivas de su círculo de amistades, todos poetas, todos jóvenes, judíos y ricos. Si hubiera prestado atención a alarifes, oficiales o peones de cualquier nación, habría sabido que Ilbia era considerada como la mejor experta en nivelación y geometría, y como la mejor maestra en ingeniería y arquitectura. Y si hubiera prestado atención a Susán o a las mujeres de cualquier condición habría aprendido que era la mejor y más discreta consejera en asuntos del corazón, la más clarividente y pragmática en asuntos de cama, la más prudente en la vida social y, más que bruja, santa.

Al cabo de los años, Salomón supo todo esto y acaso más que nadie sobre el alma de Ilbia, y tuvo el valor de confesarse su error. Aunque le costó mucho tiempo reconocer que era ella y no él mismo quien encajaba en el papel de Hiram. Contaba el Libro de Libros que para la construcción del Templo, el rey Salomón había contado con Hiram, el hijo de una viuda de la tribu de Neftalí, un hombre «lleno de sabiduría, de entendimiento y de conocimiento para hacer toda suerte de obras de bronce». A los quince años, Salomón todavía pensaba que si Samuel Nagrela era el rey bíblico, entonces él era Hiram e Ilbia un eslabón accidental del destino. Antes de los veinte ya sabía que el accidente de la Divina Providencia era él. Así terminó queriéndola como

nunca se hubiera imaginado que se podía querer a una mujer: ni como madre ni como amante.

En el centro del heptágono que sería el Palacio de los Leones, Ilbia había querido situar un patio casi rectangular de apariencia, pero con medidas diferentes en cada uno de sus cuatro lados. A su vez, en el centro de ese patio había querido reproducir la fuente de abluciones descrita en el Libro de los Reyes: una gran plataforma de bronce y estaño que se apoyaba sobre «doce bueyes, de los cuales tres miraban al norte, tres al poniente, tres al mediodía y tres al naciente» (I Reyes IV, 7). Samuel Nagrela autorizó el diseño, pero le exigió a Ilbia que cambiase el bronce por piedra. Salomón Gabirol le propuso un cambio mucho más trascendente.

—Los doce bueyes —le dijo a Ilbia— son una referencia a los doce oficiales de Israel nombrados por el rey Salomón. Los reyes ziríes son a Samuel Nagrela lo que los oficiales al rey Salomón: instrumentos necesarios para construir la república judía de Granada. El león es el emblema de los ziríes. Así que cambiaremos los bueyes por leones domesticados.

Ilbia no desaprobó la idea, pero ya conocía la temeridad primitiva de Gabirol.

—Yo hablaré con el nagid —le dijo.

Cuando oyó la propuesta del joven Gabirol, Samuel se asustó porque reflejaba demasiado bien su pensamiento: al cambiar los bueyes por leones, la fuente dejaría claro que él subvertía jerarquías y se convertía en el verdadero gobernante. Los leones ziríes, con todo su vigor y ferocidad, aparecerían degradados como animales que cargaban la taza de la fuente, que era la comunidad judía, y su boca de agua, que era el nagid mesías. Y sin dudarlo, aprobó el nuevo diseño de la fuente. Ni Habús, ni Badis, ni ningún otro príncipe zirí estaban en condiciones de apreciar que aquella fuente los reducía a bueyes que pacen bajo la taza y que inician el tiempo bíblico en que el león comerá paja como el buey (IS. XL, 7). «Sólo hay un musulmán —pensó Samuel— en todo Al Ándalus que sería capaz de apreciar este simbolismo: Alí ibn Hazm y, según mis noticias, anda desterrado en Almería».

Ilbia quiso encargar la talla de los leones a canteros de los antiguos talleres reales de Córdoba. Con esa intención, en el otoño, acompañada por Salomón Gabirol, se trasladó hasta la que había sido capital del mundo, pero allí sólo encontró restos de esplendor. Buscaba a los artesanos herederos de los que tallaron el elefante que hubo en el acueducto de Medina Azahara, pero todos los talleres estaban cerrados desde hacía años y nadie supo informar con precisión sobre el paradero de los muchos canteros cordobeses. Algunos les informaron de que podrían andar en la corte abasí de Sevilla, otros los remitían a Zaragoza. Por fin, un tratante del zoco que nutría sus almacenes de los restos de Medina Azahara les vendió una pequeña reproducción de un león de origen sasánida. Ilbia le preguntó por el destino de los canteros:

—Hay un judío —le dijo el tratante— del que dicen que está construyendo un templo infiel cerca de Medina Elvira. Cuentan que todos los canteros de Al Ándalus trabajan para él y para el demonio, bajo la dirección de una mujer.

Ilbia no pudo contener la risa y el tratante comprendió que estaba hablando con la arquitecta de La Alhambra. Se disculpó en exceso, pero después le preguntó:

—¿Es cierto que el palacio judío de Elvira es rojo como el infierno?

—Sí —respondió Salomón Gabirol—. Es rojo como el infierno y bello como el Edén.

Con su pequeña reproducción de un león persa, volvieron a Granada y decidieron encontrar canteros donde los hubiese. Preguntando a unos y a otros, Salomón Gabirol llegó a un estrecho callejón en lo más profundo de lo que había sido Gara Anat, donde un hombre menudo y rubio como el trigo, recién llegado de una alquería de la Vega, había establecido un miserable taller para restaurar las esculturas que los nuevos ricos instalaban en sus jardines. Usaba unos guantes de trapo con los dedos rotos, una espátula, un cincel y un pequeño martillo. Con sólo esos instrumentos era capaz de limpiar los verdes más profundos sin deteriorar la piedra. Era nazareno y se llamaba Abdelmalic, como el obispo, aunque todos de forma irónica lo llamaban el Moreno. Gabirol desenvolvió el león que llevaba entre las ropas:

—¿Serías capaz de hacerme uno igual que este?

El Moreno lo examinó con atención.

—Imposible —dijo al cabo de un rato—. Este mármol negro no se encuentra por aquí.

—¿Podrías hacerlo con mármol de Macael?

—Podría —respondió el Moreno—, pero tardaré al menos una semana.

—Quiero doce —dijo Salomón.

—Pues entonces tardaré doce semanas.

—Los quiero grandes —le advirtió Salomón—, del tamaño de un león.

Desde que llegó la gran veta de mármol de Macael, el Moreno tardó más de dos años en acabarlos.

Debían tallarse erguidos y no en posición agazapada como era habitual en la época, porque según el diseño de Salomón Gabirol no lanzarían agua hacia la fuente, sino desde la fuente hacia los cuatro canales que representaban los cuatro ríos del paraíso. Una vez seccionados los doce bloques de piedra y antes del tallado definitivo, el mármol se atravesaba con un conducto de plomo y, a la altura de donde quedaría la boca del león se insertaba un caño dorado. Después el Moreno iba esculpiendo cada león y cuando terminaba se transportaba hasta La Alhambra, en una carreta de bueyes que tardaba más de tres horas en llegar. Cuando el león se colocaba en el lugar que había de ocupar, Ilbia y Salomón modificaban el dibujo del conjunto. Después Gabirol bajaba de nuevo al húmedo taller y le daba al cantero las instrucciones para la talla del siguiente.

Al final habían de ser seis parejas, seis leones y seis leonas, que se distinguían entre sí por el mayor tamaño de los primeros. A su vez, tres leones y tres leonas fueron marcados en la cabeza con un triángulo equilátero con el vértice hacia arriba, y los otros seis con una mandorla. Además, a cada león se le labró un pelaje diferente,

para que se representara la pluralidad de los príncipes sometidos al poder mesiánico. Dos leones y una leona quedaron mirando hacia el norte, y otros tantos hacia el sur; dos leonas y un león miraban hacia Jerusalén y otros tantos hacia el ocaso. Cada uno contemplaba un horizonte opuesto y representaba uno de los doce soles zodiacales, las doce horas del día, los doce meses del año, el curso del sol, el transcurso del día, del ayer y el mañana.

Cuando hubo terminado con los leones, de la misma veta de mármol el Moreno talló una taza dodecagonal. El juego de la sombra sobre el mar de la taza daba la hora exacta del día. Y cuando los doce leones y la taza estuvieron instalados y dorados, Ilbia y Salomón comenzaron la construcción del patio ajardinado que había de rodearlos. Estaba cruzado por cuatro regueros de agua que brotaban del mar de la fuente. Representaban los cuatro ríos del Edén, pero también la sustancia primigenia y los cuatro elementos derivados de ella. Todo era una alusión arquitectónica a lo único y lo múltiple: el único poder sobre la tierra, el de Samuel y los múltiples príncipes a sus pies. De la misma manera que la elevada fuente protegía, unía y alimentaba a las diversas criaturas y ríos, así Samuel Nagrela, el nagid mesías, el único, se levantaba como la sola cabeza sobre sus súbditos. El Patio de los Leones se convirtió en la metáfora del mundo mesiánico: bestias de violencia adormecida —los poderosos del mundo—, reunidas en un círculo armónico bajo una fuente que vertía la abundancia del Edén.

Muy satisfecho con el resultado de las obras, Samuel vendió la casa de la chimenea de los pájaros y dispuso la mudanza al Palacio de los Leones. Mientras duraba el traslado y se terminaban los últimos detalles de la construcción, Berenice y José, que aún tomaba el pecho, se instalarían en la casa del suegro, el juez Judá, en el corazón de lo que había sido Gara Anat y era ahora un barrio más de una ciudad que no paraba de crecer. A pesar de que su estancia sería breve y de que estaba justificada para librar al niño del polvo y las molestias de la obra del Palacio de los Leones, Berenice retornó a la casa del viejo juez mandando como una reina. Tenía dieciséis años, pero en la doble mudanza le disputó a Carmela cada uno de los enseres, alfombras o muebles de la casa de la chimenea de los pájaros. Se negaba a que aquellos objetos que consideraba propiedad de su matrimonio subieran a La Alhambra hasta que ella no subiera y los guardó en la casa del padre.

Samuel asistió a la disputa entre su hermana y su esposa sin mostrar la menor inclinación por una o por otra y recibiendo los reproches de ambas. Carmela argüía la defensa del patrimonio de los Nagrela y Berenice la indisolubilidad del matrimonio judío y las obligaciones del marido para con la esposa. Samuel no tuvo que fingir neutralidad, porque experimentaba un sentimiento real de gran indiferencia. Por un lado, tenía que proteger a su heredero de impurezas; por otro, sentía la urgencia de vivir allí, porque el Palacio de los Leones tenía un aire limpio y una atmósfera luminosa que parecía recién creada por Dios. A diferencia de la Casa del Gallo de los Vientos, allí habitaba la serenidad y el silencio que necesitaba para pensar en el futuro

de su gobierno y de su hijo. A diferencia de la casa de la chimenea de los pájaros, allí habitaba la luz, y como en la casa del patio de Córdoba, allí habitaba la alegría. Ensimismado, contemplaba el mar de bronce y lo veía como la plasmación en piedra de su estrategia: los leones eran los reyes ziríes, leones reducidos al papel de bueyes, la taza era Israel, y él era el chorro del que provenía el agua de la sabiduría. Desde allí, miraba hacia la colina de enfrente y se empeñaba en pensar las diferencias. «En el gran Libro del universo —se decía— cada letra ocupa el lugar querido por Dios».

Nunca se lo agradeció a Ilbia, pero muy pronto tuvo el convencimiento de que el bienestar intenso que experimentaba en aquel patio era el mismo que sentía en el Generalife, en la sinagoga de La Alhambra y en el canal de los sauces de Babilonia, y que no se debía tanto a la conformación natural de esos lugares, sino a la increíble buena sombra que sólo ella podía producir con la arquitectura.

37

Al tiempo que La Alhambra emergía de la tierra, la Casa del Gallo de los Vientos no paraba de embellecerse. Tenía cubiertas todas sus estancias con losas octogonales de barro que dejaban ver filigranas de cerámica en un azul de mares, un amarillo de delirios y un rojo de puestas de sol. Desde el aljibe central, construido en los tiempos de Zawi y que por él todavía se llama «del Rey», el agua salía por cañerías de barro cocido, que alimentaban las fuentes de los patios, las pilas de piedra de las habitaciones y los baños reales.

Las mismas aguas de Aynadamar, la fuente de las lágrimas, habían sido llevadas a todas las plazas y plazuelas de la nueva ciudad. En realidad, aquellas aguas habían creado cada calle, cada casa y cada esquina. Su fragor frío era el nervio cálido de la nueva Elvira. Por regueros empedrados, el agua llegaba a los bancales y los convertía en jardines, entraba en las casas y las llenaba de higueras, laureles o magnolios. En la noche, el susurro de las albercas llenándose se dejaba acompañar por el crepitar de las antorchas que se encendían en cada encrucijada. Desde lejos, la ciudad parecía un retiro sagrado, más perdida entre las montañas que elevada sobre ellas.

Las murallas, no sólo las que rodeaban la alcazaba y la Casa del Gallo de los Vientos, sino también las más antiguas de la ciudad de los judíos, fueron reforzadas elevando su altura, engrosando su anchura y construyendo almenas en sus remates. Una nueva cinta se construía por entonces desde la puerta de Elvira hasta enlazar con las viejas murallas de Gara Anat.

Así, siguiendo el perímetro de sus murallas, la ciudad ya era una y se llamaba Garnata. Pero vista con la mirada de las habitaciones del alma, la ciudad era lo que siempre ha seguido siendo: una ciudad doble. Judía y levítica en los barrios que fueron Gara Anat, muladí y andaluza en las nuevas colinas.

Habús envejecía en la penumbra de su poder tranquilo, soñando como todos sus antepasados con el barco de los faraones que había de transportarlo al Edén. Hablando solo, muriéndose de tranquilidad en el palacio que Zawi y Kahina habían construido en la colina de Monaita.

Era guerrero de alma y, sin embargo, en su reinado la guerra había desaparecido del horizonte. En Córdoba se había proclamado la república, y la que fuera capital del mundo estaba empeñada en desentenderse de Al Ándalus y sobrevivir como ciudad-estado. En Málaga habían terminado las idas y venidas de los hammudíes y la ciudad se consolidaba como lo que todavía es: una ciudad volcada hacia un puerto donde las razas se mezclan tan rápido como se compran y se venden las mercancías y donde

sólo alguna tarde de otoño cabe la melancolía. Y en Almería, los mercenarios eslavos mandaban como reyes extranjeros, aunque gobernaba Abás, un andaluz altivo y culto, formado en la escuela cordobesa de Alí ibn Hazm. Al norte, el condado de Castilla, engrandecido por las ciento treinta y dos villas y fortalezas que le entregó Zawi, ya había girado la mirada hacia el reino de los francos y había salido para siempre de la órbita de Al Ándalus, pero aún faltaba medio siglo para que nadie le echara cuentas militares.

Habús era hombre de ambiciones concretas: tomar una colina, asaltar una ciudad, proveer alimentos a las tropas. Le interesaba el mando más que el poder y no sabía concebir un proyecto que no fuese inmediato, ni alcanzable sin combate. Lejos le quedaba el mundo de Samuel Nagrela, que era el mundo de la quimera, de la intriga y de la política, el mundo de la corte del rey Salomón. Por eso el judío sabía persuadirlo contanta facilidad: leía su pensamiento simple antes de que se lo formulase. Y por eso Habús le había conferido a él más poder del que tuvo nunca un judío andalusí.

Habús ya sólo encontraba consuelo en la caza, y a ella se dedicaba día tras día. Se le veía salir por la mañana y tomar la ribera de cualquiera de los dos ríos para entregarse hasta al atardecer a la persecución de las cabras montesas, de las perdices o de algún lobo. En los días inclementes de invierno, cuando la lluvia o las nieves le impedían salir, se le veía jugar al ajedrez o consultar las predicciones del gallo de los vientos. Era una suerte de veleta de tamaño enorme y colocada en lo más alto de la casa real. Construida en Bizancio, el basileus Porfirogeneta se la regaló al califa de Córdoba, y el rey Zawi la hizo llegar primero a Lucena y después a Granada, entre mil artilugios mecánicos que nadie supo nunca poner en movimiento. El gallo autómata cacareaba si se oprimía un resorte oculto en su cresta y se movía no tanto por el soplo del viento, sino según un capricho que las gentes no tardaron en interpretar: según decían, el pico del gallo apuntaba siempre a la posición de los ejércitos enemigos.

El día en que Habús se atrevió a confesarle que se sentía viejo y aburrido, Samuel Nagrela comenzó a prevenir lo que consideraba necesario. Habús siempre había gobernado con el título de hayib, el mismo que usaba Almanzor, y no había en principio necesidad de nombrar heredero. Pero de hecho era el rey de un reino de paz. Contra la opinión de sus propios correligionarios, que apostaban por Yadair, hijo de Hubasa, Samuel decidió que el heredero sería Badis, hijo de Habús, pendenciero y borracho, más fuerte que astuto y más sagaz que listo. También tuvo que vencer la oposición de la reina Kahina.

La madre de Habús era judía. Destrozada desde el escarnio y la muerte que sufrió su hijo Hubasa en el asedio de Córdoba, octogenaria pero reina del harén, se empeñó en que el heredero debía ser su nieto predilecto, Yadair. Culto e intrigante como un judío, fuerte como un bereber y esbelto y altivo como un andaluz, Yadair parecía más digno de un trono que su primo Badis.

Desde su retiro en el alcázar del Genil, la reina Kahina también designó a Yadair y fue ella la última encargada de convencer a Samuel para que lo nombrase sucesor, asegurándole que era hombre leído y que su conversión al judaísmo era posible, mientras que parecía imposible todo debate teológico con el bruto de Badis.

—Justo es por eso por lo que lo prefiero —le replicó Samuel Nagrela—. Badis nunca obstaculizará nuestros proyectos, sin embargo Yadair puede convertírsenos en un serio enemigo.

—Pero Badis es un bruto borracho —repuso Kahina.

—Mejor —dijo Samuel—. Así se sabrá siempre que es rey no por sus méritos, sino por mis agallas.

Y así resuelto, contra la opinión de casi todos, Samuel Nagrela preparó con todo cuidado la ceremonia de investidura del heredero.

Antes de la investidura, Samuel Nagrela promulgó la amnistía general. Mandó limpiar los dos ríos de la ciudad y barrer las calles y las plazas. Desmanteló los establecimientos más sucios de la Plaza de Armas, mandó colocar banderas y gallardetes en las torres, restauró la fachada principal de la Casa del Gallo de los Vientos y ordenó a todos los jóvenes de la escuela rabínica que acompasaran los clarines y ensayaran las marchas que habían de acompañar la investidura. A los niños de la madrasa los tuvo quince días tocando los timbales, los añafiles y los panderos por los caminos de la Vega. A los soldados les mandó abrillantar lanzas y cimitarras, pulir los escudos y desplumar los cascos. A los guerreros zenetes les mandó cepillar y cortar el pelo de los caballos y ataviarlos con guiones bicolores. Convocó a jeques y a príncipes de ciudades libres de todo el reino, invitó de propia mano a los sultanes de Málaga y Almería para que asistieran de iguales; a los alfaquíes de Córdoba y al principal de Lucena, su hermano Judá. Construyó una tarima sólida de buenas maderas y mandó tejer un enorme terciopelo verde que la cubriera por completo. La tribuna se cubrió con alfombras persas y sobre el verde del escenario se tejió un cinturón de aurora blanca y se bordó en hilo de oro una gigantesca estrella de ocho puntas.

El día previsto, que era el del equinoccio de primavera del año 1037, la explanada que hoy es la plaza de San Miguel Bajo se atiborró de gentes llegadas de todo el reino. Salió el rey, que vestía túnica de seda carmesí y, por indicación de Samuel, turbante, que era en Al Ándalus prenda reservada a personas muy notables. Las marchas y los cánticos, los timbales y añafiles no cesaron hasta que Habús se hubo instalado en lo más alto de la tribuna. Una potente chirimía anunció entonces la lectura de un decreto real.

—*Bismilá alrahman alrahim*, —cantó un secretario de la corte—; en el nombre de Dios, el clemente, el misericordioso, Habús, hijo de Maksán, hijo de Zirí, hayib de Al Ándalus, emir de Granada, espada de la dinastía, primero entre los creyentes, sintiendo próxima la hora que sólo Él conoce, ha dispuesto designar a Badis ibn Habús ibn Maksán ibn Zirí al-Sinhayí como único sultán de Granada. Decisión que

deben acatar y cumplir todas las gentes, de la taifa bereber y de la andalusí, de la taifa eslava y de la judía, musulmanes y creyentes del Libro, muladíes, romanos y godos, los señores de todo el territorio, los ricos y los pobres, los hombres y las mujeres, los viejos y los niños, los sordos y los que oyen, los ciegos y los que ven…

Entonces, entre aclamaciones, subió el príncipe Badis y se colocó junto a su padre para recibir al *hammudí* de Málaga que se cubría con mitra califal y a Zuhayr, emir eslavo de Almería, que llevaba diadema de hierro al modo de los godos. Tras ellos subieron, uno a uno, los que ya no besaban el rostro del rey, sino los pies del heredero. Primero Buluguin, hermano de Badis, con atavío de general; después Yadair y los otros príncipes ziríes. Cuando subió el gobernador de Jaén sonaron unos caramillos que soplaban los sudaneses, hijos y nietos de los que portaron la litera de Almanzor. El de Iznájar traía sus guardias personales, que para este día habían cambiado sus armas por unos grandes panderos de piel de oveja que hacían sonar a compás.

El besado de los pies acabó pasado el mediodía. Luego, en el salón grande del palacio se dio el banquete a sultanes, jeques y emires. A la caída de la tarde se dieron por terminados los festejos oficiales y el visir Samuel Nagrela fue entregando a cada notable del reino un anillo de oro como señal del pacto de lealtad que acababan de hacer con el futuro rey Badis.

Para Habús aquella ceremonia de investidura significó la certidumbre de que ya no le quedaban adversarios por derrotar en este mundo. A partir de entonces, perdió aún más el interés por su reino. Se demoraba por semanas en los campamentos de caza y, en la ciudad, sólo lo acompañaba la paz cuando recorría el filo de la muralla con algún nieto de la mano. Poco a poco, Samuel ocupó su lugar y se fue convirtiendo en el centro del estado. Por aquellos años, el visir judío era ya el rey sin corona y decidía sin tomarse siquiera la molestia de despachar con Habús.

38

Berenice estaba embarazada por segunda vez. Después de las bodas con Samuel y del nacimiento de José, la hija del juez había estallado en una eclosión de belleza no cultivada. No se comportaba como la primera esposa de un visir, sino como lo que era: una adolescente despierta e interesada por el mundo. No dedicaba su tiempo a la cosmética y al atuendo, sino al estudio. Para Samuel, cada vez más, ella era el refugio cálido y equilibrado en los laberintos del poder. Después de la travesía juvenil por los amores de tormenta de Ilbia o de Susán, apreciaba ahora el encanto de la inocencia y se esforzaba por ser con ella más un amante maduro que un padre o un anciano esposo. Justo lo mismo que hacía también con Ilbia, hasta el punto de que las dos mujeres comenzaron a identificársele en los sueños y en pliegues más hondos de su corazón.

Ilbia había trabado con Berenice una relación más de hermana mayor y cómplice que de celos. Las escasas noches que Samuel reservaba para el amor se las repartían entre ambas. Al principio, era Samuel quien elegía, pero con los años eran ellas las que se repartían al hombre en función de sus propios ciclos o deseos.

Samuel creía elegir a Berenice cuando pensaba en él mismo como judío, como eslabón de una cadena de reyes davídicos. Le prohibía adoptar cualquier precaución contra el embarazo y la trataba con una dulzura artificial y religiosa. Y sin saber que era ella quien en realidad lo elegía, prefería a Ilbia cuando pensaba en sí mismo como hombre, como individuo aislado, como poeta andalusí en lengua árabe. Pero su mente no pudo mantener durante muchos años esta dualidad y terminó amando a Berenice como mujer, en árabe, y a Ilbia como arquitecta de La Alhambra de Salomón, en hebreo bíblico. De manera que aprendió a mandar recado a ambas y a aguardar en la alcoba con ilusión, sin saber nunca cuál de las dos aparecería.

Una mañana de junio de 1038, Berenice dio a luz al segundo hijo de Samuel, que había de llamarse Judá, como su abuelo el juez. Esta vez Samuel ni tan siquiera pudo asistir al parto, porque al tiempo que Berenice paría agonizaba el rey Habús en la Casa del Gallo de los Vientos.

Treinta y seis años antes, la noche de San Lorenzo del año 1002, había muerto Almanzor. El entonces general mercenario Habús Maksán estaba en Medinaceli y fue uno de los convocados al lecho de la agonía, porque el canciller de Al Ándalus quería despedirse uno por uno de sus visires y generales. Un edecán muy joven lo recogió en la sala de armas del alcázar y lo condujo hasta la alcoba. Atardecía ya. Unas mujeres ventilaban el cuarto y los médicos judíos no lo saludaron al entrar. El edecán se detuvo y con un gesto lo invitó a acercarse a la cama. Al verlo, Almanzor lo llamó por su nombre y alzó su mano derecha; Habús se la estrechó con fuerza. El hombre

más poderoso del mundo estaba destapado y vestido sólo con una alcandora blanca con manchas amarillentas, y bajo la que se dibujaban sin pudor las costillas y las caderas. Por el escote le asomaba una cicatriz enorme, que era el recuerdo de la herida legendaria que le ocasionó su suegro con una espada. Tenía las pupilas dilatadas y los ojos hundidos pero muy abiertos, los cabellos cenicientos como si ya se hubieran muerto, y un desconcertante gesto de bebé atemorizado. Al general Habús se le saltaron las lágrimas como muy pocas veces en su vida de guerrero curtido en la muerte de enemigos y aliados. Se asustó tanto con el espectro que ni tan siquiera se esforzó por entender las palabras en lengua hispano-andaluza que Almanzor le dirigió. Se impresionó tanto con el inconfundible aspecto de la grandeza ajada que pensó que un guerrero grande nunca debería morirse en la cama, y se propuso no morir así.

Muchos años después, cuando a Habús le llegaba su hora de morir, le volvió ese recuerdo grande y para cumplir su propia determinación de morir con dignidad guerrera mandó que sacaran su lecho al patio de armas, que le pusieran las botas de montar y que le apoyaran los pies en el suelo. Se puso de pie, se apoyó en su espada de rey y aguantó así hasta que lo desplomó el último aliento.

Los llantos de las mujeres resonaron en todas las dependencias de la Casa del Gallo de los Vientos. Recogieron el cuerpo, lo desnudaron, lo lavaron y, cubierto sólo por una sábana blanca, lo colocaron sobre unas parihuelas. Una muchedumbre de soldados lo sacó a paso ligero por la puerta de Monaita, lo bajaron hacia la nueva que se construía en el camino de Elvira y lo enterraron un poco más allá, en el campo donde aún estaba la iglesia de los godos, en una explanada donde con los siglos reposarían más de veinte generaciones de granadinos.

Con los llantos, los arañazos en los rostros, el ruido gutural de dolor de las mujeres bereberes y la tierra cayendo sobre aquella sábana, empezaba en Granada el reinado del tercer monarca de la dinastía zirí: Badis ibn Habús. Seguía el visirato plenipotenciario del judío Samuel Nagrela. Y retornaba la guerra.

39

En Almería gobernaba por entonces el eslavo Zuhayr, hijo de Jairán, el general de Almanzor que ejecutara a El Mahdí. El primer ministro era el andaluz Abás. En Granada, en cambio, había un rey bereber y un primer visir judío. Las cuatro taifas o partidos principales de Al Ándalus estaban, pues, cruzadas en las dos ciudades.

Los eslavos, llegados del norte como mercenarios en la era de Almanzor, eran ya musulmanes; los bereberes y los andaluces, también. Pero eslavos y bereberes eran extranjeros del norte y del sur, mientras que judíos y andaluces no. Bereberes y eslavos eran gentes de guerra; judíos y andaluces, no.

Las combinaciones para la paz y las alianzas para la guerra podían pues haber sido múltiples: musulmanes contra infieles, extranjeros frente a nativos, minorías frente a mayoría, etcétera.

Pero quiso el destino que en Almería viviese por entonces Alí ibn Hazm, el más terrible enemigo que nunca tuvo Samuel. Consideraba al judaísmo la más despreciable de las religiones, la más vil de las creencias y creía que Samuel estaba lleno de odio al Profeta y que era, en secreto, un materialista y un ateo. Para el polígrafo andaluz, la riqueza había privado a Samuel de cordura hasta el punto de llevarlo a compilar un libro en el que se propuso demostrar las supuestas contradicciones en el Corán. Apenas tuvo noticias de la infamia, Alí Hazm buscó con denuedo ese libro redactado por Samuel. No pudo encontrarlo, por la sencilla razón de que Samuel Nagrela nunca lo había escrito, pero sí obtuvo el manuscrito de un alfaquí que contenía una refutación del libro imaginado. De ahí copió Alí Hazm los pasajes atribuidos a Samuel Nagrela y los escrutó con los ojos meticulosos de quien creía conocer todas las verdades y tener todas las respuestas. Desmenuzó sin clemencia aquellos párrafos como si los hubiera escrito el demonio y, a medida que los escudriñaba, le crecía la certidumbre de que los judíos eran la fuente de todos los males de Al Ándalus, y de que Samuel, el nagid, era en realidad el mesías abyecto de un reino salomónico.

La supuesta argumentación de Samuel contra el Corán probaba «cuán pobre es su sabiduría, cuán estrecha su mente, acerca de la cual —escribió Alí Hazm— ya conocía yo algo. Porque yo lo conocía cuando estaba desnudo, excepto de charlatanería; sereno, excepto por su ansiedad; vacío, excepto de mentiras».

Esclavo de aquel odio antiguo, Alí ibn Hazm se lo tansmitió a sus discípulos junto con la convicción ineludible de que la caída y muerte de Samuel Nagrela no dependía de la voluntad de Dios, sino de la sabiduría de los gobernantes musulmanes. Eran de la misma edad, habían pasado ambos los peores años del asedio de Córdoba, habían

padecido el exilio y habían compartido el amor del príncipe Susán, el único judío del mundo al que Alí Hazm eximía de su odio. Sin embargo, la ojeriza adolescente predominaba sobre la complicidad madura entre dos caminantes de la vida. Samuel era rico y poderoso, Alí carismático y pobre. Los relámpagos del dinero y el poder habían destellado en la vida de Samuel; la luz incandescente de la gloria, que pervive tras la muerte, iluminaría para siempre el nombre de Ali ibn Hazm.

Por su parte, el joven Abás, mecenas y al tiempo discípulo predilecto de Alí Hazm, era un andaluz orgulloso y un buen escritor, sobre todo en el género epistolar. Rico, noble y arrogante, vivía en una torre cercana al Cabo de Gata con una servidumbre de cincuenta personas y una biblioteca de cuatro mil códices. Se sentía llamado por la sangre a destronar, en su día, al eslavo Zuhayr, a ocupar el trono de Almería, el de Granadadespués, y el mismísimo califato, si Dios le daba fuerza. Alentado por su maestro Alí ibn Hazm, el joven Abás redactó diatribas contra Nagrela y las mandó a todas las ciudades de Al Ándalus para que corrieran en boca del pueblo. No se trataba sólo de acabar con Samuel, sino con los judíos como pueblo y, sobre todo, con el reino salomónico de Granada.

En junio, cuando murió Habús, Abás dio por muerta la esperanza de poder de Samuel y creyó llegada la hora. Seguro de que lo convencería, se apresuró a mandar cartas a Badis: «¿No sabes —le decía en una de ellas— que el que viva Samuel es delito contra nuestra religión? No habrá paz ni tranquilidad mientras el alma de ese judío se ampare en su cuerpo. Deshazte de él y concluirán querellas y disputas, escoge a cambio de él la concordia. Si no lo haces, sabe que los reyes se han concertado para combatirte».

Badis leyó la carta y consultó con todos sus visires, salvo con Samuel. Después decidió responderla con sinceridad: «Si accediera a lo que me pides caería sobre mí una maldición. Al entregar a mi siervo a sus contrarios, quedaría mi alma en poder de mis enemigos».

La negativa de Badis irritó a Abás, más por inesperada que por frustrante. Entonces, con su fortuna comenzó a reclutar su propio ejército: bajó a Ceuta y allí contrató los servicios de cientos de soldados de fortuna; mandó delegados a Barcelona que volvieron a Almería acompañados por varios contingentes mercenarios de los reinos cristianos del norte; y reunió esas tropas con la caballería eslava y la infantería sudanesa del rey Zuhayr. Eran en total más de mil hombres que se entrenaron con dureza durante meses.

Apenas supo de estos preparativos, Samuel Nagrela se sentó con Saúl a estudiar la situación y a trazar, por primera vez en su vida, una estrategia guerrera. Como Abás, reclutó y financió su propio ejército: contrató un refuerzo de zenetes que elevó hasta seiscientos el número de la caballería y retribuyó con generosidad al ejército regular del rey Badis. A este cuerpo militar, que ya igualaba en número al almeriense, añadió su guardia personal: un escuadrón de apenas doscientos soldados judíos al que llamaban El Escudo y que mandaba Saúl. Al frente de todos los ejércitos colocó a un

hermano de Badis, llamado Bulugin, el hombre más valiente que conocía y el mejor estratega.

Bien entrado el verano las tropas de Abás se pusieron en marcha hacia Granada. En lugar de bordear la costa, se desplazaron por el interior hacia Guadix, desde allí hasta Iznalloz y después hasta un nacimiento de aguas frescas, en Deifontes, donde acamparon.

Samuel convenció a Badis de que permaneciese en Granada con una pequeña guarnición y, al lado de Bulugin, se encaminó a la batalla. Después de una sola jornada de marcha, las tropas de Granada acamparon en un desfiladero, por debajo de la ladera donde estaba el ejército de Almería.

En la mañana del 3 de agosto del año 1038, los ejércitos estaban alineados, cada escuadrón frente al adversario. En el lado granadino, Samuel arengaba a las tropas diciéndoles que despreciaran al ejército de Almería, que lo considerasen como una caravana de comerciantes timoratos.

Abás observaba los movimientos de las tropas granadinas y calculaba su número. Se arredró. Antes de ese día, pensaba que incluso ganaría con una derrota, siempre que no fuese demoledora y siempre que en la batalla mataran a Zuhayr. Al fin y al cabo, todo lo que había hecho desde que ocupó el visirato de Almería estaba fundado en la esperanza de esta muerte. Sin embargo, llegada la hora, tuvo un zarpazo de lucidez. Comprendió primero que sus pensamientos de tantas noches de insomnio eran retorcidos, porque de una derrota militar de Almería no podía derivarse su triunfo político y menos aún su ascenso al trono. Y comprendió después que lo mismo podía ser él el muerto en aquella batalla.

Zuhayr había puesto en primera fila a su infantería sudanesa, detrás los andaluces reclutados por Abás y, más atrás aún, la caballería eslava. Sin embargo, ordenó el comienzo de la batalla sacando de la retaguardia a la caballería. Desde el otro lado, los zenetes llegaron a tiempo para interponerse y en un rato provocaron la desbandada de los eslavos. De manera imprevista, los sudaneses cambiaron de bando. Dieron media vuelta y aniquilaron a la infantería andaluza y a los mercenarios del norte.

Zuhayr huyó. Se perdió en las sierras y nunca nadie volvió a saber de él. Los campesinos de la comarca hablaron por mucho tiempo de su vida entre lobos o entre águilas amigas de los eslavos. Todos los empleados civiles de la corte, entre los que se encontraba Abás, fueron hechos prisioneros y llevados a Granada. Los cuerpos de los muertos quedaron en la estepa como dádiva para los buitres, los linces, los lobos y los jabalíes. Samuel ordenó que los dejaran sin enterrar, apenas protegidos por piedras, recostados en cardos y espinos.

El ejercito no avanzó hacia Almería, sino que retornó a Granada victorioso y sin apenas bajas. Entraron a la alcazaba por Bib Cieda, Samuel, en primera fila, junto a Bulugin y con atuendo de general.

Prisionero en una mazmorra de la Casa del Gallo de los Vientos, Abás no acababa

de aceptar su mala suerte. Había previsto la derrota, pero no tan rápida, tan contundente y tan dura. A Samuel le suplicó por la conservación de su biblioteca, a Badis le ofreció toda su fortuna a cambio de la vida. No le sirvió de nada.

El rey Badis ordenó que Abás fuera ejecutado en público y, en atención a su noble estirpe, que se perdía en la noche de Tartessos, le concedió la gracia de ser enterrado después, para que su cuerpo no fuera pasto de las alimañas.

En el mismo mes de agosto, con la fresca de la mañana y la plaza de armas abarrotada por el pueblo, dos sudaneses inmensos colocaron a Abás sobre un patíbulo, de rodillas. Se le vio absorto y con la mirada perdida. Susán, que formaba a la derecha de Samuel, le dijo en voz baja que aquel hombre ya se había ido de este mundo.

La muchedumbre alborotada aclamó el ritual del verdugo que elevaba la cimitarra con las dos manos. En ese momento se oyó la voz atronadora de Badis. Borracho y risueño, dijo a gritos que si Abás era tan noble lo ejecutaría un rey. Le quitó la cimitarra al verdugo y le cortó la cabeza a Abás de un solo golpe, con fuerza y precisión. Sin dejar de reír.

40

Terminado el Palacio de los Leones, Ilbia decidió irse. La batalla de Deifontes había sido la señal que temía. Los gastos militares disuadían a Samuel de avanzar con la construcción de La Alhambra. No es que no tuviera dinero, es que prefería invertirlo en equipamiento y armas para las tropas. Su razón era que el dinero así invertido volvía crecido a él con el cobro de los botines, mientras que el dinero de La Alhambra se convertía en algo inmaterial: en belleza sin poder.

Alzadas la sinagoga y el Palacio de los Leones, faltaba por construir la cuarta parte de la superficie de La Alhambra, pero para Ilbia esa era la más importante. En su diseño y en el sueño de Kahina, lo que seguía era el palacio del trono y del templo, el edificio que debía ser a un tiempo lo más poderoso y lo más sagrado: la sede y el símbolo del nuevo rey Salomón. Por eso Ilbia no entendía la actitud renuente de Samuel, y más cansada de pedir que de los aplazamientos, menudeos y excusas, creyó llegado el momento de partir, sin saber si volvería.

Poco tiempo antes, había sido llamada por Al Qasim, rey de Sevilla. Sobre corceles de ensueño, sus dos mensajeros se presentaron por sorpresa en el Generalife en lo más incandescente de un mediodía de verano. Ilbia acababa de comer y estaba recostada en lo más fresco del jardín, junto al estanque y a la sombra de una morera por cuyo tronco trepaban los jazmines. Flora se le acercó descompuesta, sudorosa y advirtiéndole deantemano que nada bueno podían traer los dos jinetes forasteros que con arrogancia y sin educación habían irrumpido en la casa preguntando por ella. A veces, cuando el humor la acompañaba, Ilbia podía reírse de estas maneras de Flora, que primero anunciaba desgracias futuras y después contaba hechos pasados. Estaba riéndose cuando vio a dos hombres de blanco cruzando el jardín.

—Soy Ismael Abad —dijo sin saludos previos el más altivo de los dos—, hijo de Al Qasim, sultán de Sevilla, señor de Al Ándalus y hayib del califa. Mi padre os reconoce como la mejor arquitecta de Al Ándalus y desea que os trasladéis conmigo a Sevilla para construir un palacio digno de su majestad.

—Primero, buenas tardes —respondió Ilbia con amplia sonrisa que subrayaba la falta de contención del joven—. Que la paz sea con vosotros. Os ruego que toméis asiento y aceptéis mi humilde hospitalidad.

Se miraron desconcertados. El que no había hablado le dirigió entonces una pregunta directa:

—¿Sois Ilbia umm Abderramán bent Casim bent al-Arif al-Garnatiya?

Cuando tomaban esposo, las mujeres de Al Ándalus cambiaban el nombre del padre por el de un futuro hijo. Madre de Abderramán era el que adoptó Ilbia al casarse con el anticalifa loco.

—Hace años que nadie me llama así —rio sin contención. Se volvió hacia la esclava temblorosa, que en ese momento ya había confirmado sus peores presagios, y con ironía le ordenó—: Flora, sirve a mis ilustres invitados un jarabe de limón. ¿No ves que están estragados por el calor?

Con un gesto, Ismael serenó a su acompañante. Cambió su gesto antipático por una sonrisa y se sentó enfrente de Ilbia.

—Comprobar el frescor y la alegría de vuestra casa —le dijo—, me hace pensar que mi padre no se ha equivocado al elegiros como arquitecta.

—Querréis decir —corrigió Ilbia— al invitarme.

—No os entiendo —dijo Ismael.

—Falta mi aceptación —precisó Ilbia.

—¿Significa eso que no vendréis?

—Significa sólo que debéis explicarme antes las condiciones del encargo. Estoy dispuesta a atenderos y después conoceréis mi decisión.

Conversaron toda la tarde y al anochecer tuvieron que irse tan arrogantes y altivos como llegaron, pero con una negativa. Era una invitación temeraria: Sevilla había heredado de Córdoba la capitalidad de la nación y recomenzaba ya su esplendor histórico, pero el reino andaluz de los abades estaba destinado al enfrentamiento con el bereber de los ziríes. Los abades de Sevilla reunían varias legitimidades, algunas de ellas inmemoriales. Eran los reyes del río que se llamó Tartessos y Betis; ponían y quitaban gobernadores por toda la península, los obedecían filisteos y andaluces y tenían, en suma, aún más autoridad que poder. A pesar de que, a lo largo de los años del reinado de Habús, Samuel había convertido Granada en la otra gran taifa de la península, los ziríes no resistían la comparación con los abades. Compartían el poder en Al Ándalus, pero la autoridad era sólo de los abades. Ante ambos se inclinaban los otros reyes, pero ante Abad lo hacían por respeto y ante Badis por miedo. A Ilbia el destino de los reyes mercenarios de Granada le traía sin cuidado. Por más que su maestra Kahina se hubiese casado con el fundador de la dinastía, los ziríes no dejaban de ser guerreros a sueldo. Sin embargo, era consciente de que la caída de los bereberes podía arrastrar consigo a Samuel Nagrela y, con él, al proyecto que de verdad la emocionaba: el de la nueva Jerusalén, la república salomónica de Granada.

Fue por esto por lo que rehusó la primera invitación de Ismael Abad. Por esto y porque quería viajar a Alejandría. Desde la antigüedad, el Valle de los Reyes había sido punto de peregrinación de los sabios de todo el Mediterráneo. Las pirámides, los templos y los palacios ruinosos habían ejercido siempre una magna impresión en todas las civilizaciones. El paradigma hermético de las pirámides siempre había sido conservado como un fuego sagrado por los iniciados hebreos, que se consideraban herederos de los que, según las Sagradas Escrituras, participaron en la erección de los monumentos egipcios. Por si fuera poco, enfrente de la colina de La Alhambra, en el después llamado Monte Sacro, hubo desde siempre cultos egipcios heliopolitanos que reverdecieron con la llegada a la comarca de la reina Kahina y de su esposo Zawi,

cuyo apellido, Zirí, era el mismo nombre de Osiris.

En los legajos consultados por Ilbia desde que era niña había aprendido los secretos de la proporción áurea y el sistema de medida en codos negros, baladíes o líticos. Conocía también los portentos mágicos que hasta sus días se habían encontrado en Alejandría: un guardián esculpido en piedra que tenía una víbora aletargada, pero de vida perpetua, en la cabeza; jarros de sangre que se licuaba al contacto del aire; otro guardián de piedra que al mirarlo a los ojos mataba de una palabra prohibida; momias a las que el tiempo había disminuido el peso; y aquel tercer guardián que emitía tal atracción que quien pasase a su lado quedaba adherido. Pero tanta información no bastaba. Alejandría era el punto del mundo donde podía ser visto todo lo que había que ver. Además, ya era muy fuerte el dolor de su alma, por la conversión de Samuel en un hombre de guerra, en un hombre de estado y, sobre todo, en un hombre ausente. La tarde en que le dijo que pensaba partir hacia Alejandría, él le respondió con una pregunta pragmática:

—¿Por qué te empeñas —le dijo— en estudiar mundos que ya no existen?

Más tarde, con su aire ausente y su nueva forma realista de hablar, le reprochó que emprendiera un viaje tan largo pasados los cuarenta.

—Si no lo hiciste de joven —le dijo—, ¿cómo vas a hacerlo ahora?

Añadió que ese empeño en viajar escondía la terquedad de no reconocer el paso de los años. No envejecer con naturalidad era, según él, la causa de su inquietud extrema y de su no saber estar en ninguna parte. No entendía cómo el tiempo podía pasar al revés, porque Ilbia fue tranquila y reflexiva de niña y de joven, y ahora era una mujer madura, pero infantil, caprichosa y terca.

—Si te vas —terminó diciéndole— porque no te doy dinero para tu obra, puede que te estés engañando a ti misma. Quédate y veremos lo que nos depara el futuro.

Ilbia lo oyó sin dar crédito a lo que oía. El hombre que se había vuelto loco por verla, el que la persiguió durante años, al que explosionaba de amor con sus brazos, ni tan siquiera le exigía que se quedara a su lado. Podía irse o podía quedarse, pero en este caso no sería para terminar su obra, sino sólo para ver lo que deparaba el futuro. Por primera vez vio a Samuel como un cortesano banal y lo rebajó en su estima: «Te declaro materia —pensó decirle y no le dijo— y me voy».

Aquella misma tarde mandó cartas al rey de Sevilla comunicándole que aceptaba el encargo de construir un palacio para él.

Para cuando decidió partir hacia Sevilla, Ilbia sentía tanto aprecio por su discípulo Salomón Gabirol que pensó en llevarlo consigo. Desistió, en parte porque no tenía paciencia para soportar el tono crecido de sus interminables discursos, y en parte porque, al fin y al cabo, aquel muchacho cabezón y hablador, de diecisiete años, se había convertido en su hijo y no tenía corazón para sacarlo de una ciudad en la que los judíos mandaban para llevarlo a otra en la que reinaba el espíritu de Alí Hazm y

en la que si todo iba mal, pronto serían perseguidos. Expresó todos sus temores con una frase:

—¡Si no fueras tan judío!

Salomón Gabirol no entendió nunca aquella determinación de Ilbia. Ya se indignó cuando supo que ella consideraba la posibilidad de viajar a Alejandría sin llevárselo. Él también quería estudiar la matemática pitagórica y la antigua arquitectura egipcia y, sobre todo, no soportaba la idea de ser prescindible para alguien. En Granada era el preceptor de José Nagrela, pero enseñar a un niño de cinco años era para aquel filósofo desbordado más un oficio que una vocación, más una rémora que un estímulo. Samuel Nagrela admiraba la inteligencia de Salomón Gabirol y no había dudado en convertirlo en preceptor de su hijo aun antes de que naciera, pero no soportaba las ínfulas de aquel «enano cabezón», que era como lo llamaban su hermana Carmela, su amigo Susán y todos los habitantes de la casa, incluidos los niños.

Así que, decepcionado por la determinación de Ilbia de partir sin él y convencido de que lo que no soportaba Samuel eran sus mordaces críticas literarias, Salomón Gabirol decidió volver a Zaragoza. En verdad, esperaba que Samuel se opusiera y que lo retuviera en Granada, pero cuando se lo dijo, el *nagid* mesías le tendió la mano, lo encomendó al Señor y le deseó buena suerte sin poder disimular un gesto que era más de alivio que de resignación.

Lo mismo hizo con Ilbia cuando supo que se marchaba a Sevilla. En ningún momento pensó en los riesgos políticos de aquel viaje, por la simple razón de que Ilbia no iba a casarse con su enemigo y no concebía que ninguna mujer pudiera ser sujeto político fuera del harén de un rey. Así que la besó en la mejilla y sólo quiso verla con el corazón envejecido. Se fijó en su cabeza cargada, en su mirada de congoja y en su espalda inclinada por el tiempo; recordó a la niña que lo recogió de un arenal veinticinco años antes, y entonces comprendió que aquella era una despedida inútil, porque Ilbia estaba grabada en su destino por el cincel de la Divina Providencia.

En otoño Ilbia y Gabirol partieron juntos, porque el camino era común hasta Córdoba. Desde allí, Salomón Gabirol partiría hacia el norte con una mala cabalgadura y un saco de libros y manuscritos. Ilbia hacia el oeste con una recua de tres mulas, una escolta de dos guardias y la única compañía de su esclava Flora.

41

Las maneras de Badis cuando ejecutó a Abás parecieron tan locas y desproporcionadas que ni tan siquiera consiguieron el aplauso del pueblo concentrado en la plaza. Lo que quedó grabado en la memoria de las gentes fue la imagen de un oso descomunal, de gran barriga y pelo pardo, que reía al tiempo que decapitaba a un joven apuesto, digno hasta en la muerte, moreno de verde luna.

La abuela de Badis se sintió desconsolada. Venida de Ifriquiya en los tiempos de Zawi, era judía bereber, madre de Habús y de Hubasa y, sobre todo, a los setenta años, reina del harén. Vio la ejecución de Abás desde su aposento en la Casa del Gallo de los Vientos, a través de la celosía de un ventanal. Se fijó bien en la mueca de Badis cuando blandió el espadón, se fijó en su mandíbula desencajada y en sus ropas sucias adheridas por el sudor, y entonces confirmó lo que siempre había pensado: que su hijo Habús se había equivocado al elegir esposa y había cruzado su estirpe con quien no debía. En ese momento, con esos pensamientos de la abuela, comenzó la conjura de Yadair en el harén de la Casa del Gallo de los Vientos.

La abuela convocó a la viuda de Hubasa, madre de Yadair, y le expresó su determinación de destronar a aquel borracho gordo y de convertir a su hijo en rey. En poco tiempo, el complot salió del harén y se extendió por la ciudad. De él participaban militares y comerciantes, la jassa y la amma, bereberes y andaluces. Los servicios de información, desplegados por Samuel en todo el reino, comenzaron a transmitirle los avances de la conjura. La convicción de que era preciso derrocar a Badis y coronar a su primo Yadair llegó a ser tan mayoritaria que los principales conjurados dieron por supuesto el apoyo de Samuel Nagrela. La placidez del Palacio de los Leones se vio interrumpida por las visitas de amigos o de emisarios de amigos, que de manera directa o indirecta, discreta o indiscreta, le pedían un apoyo más expreso a la conjura de Yadair.

Samuel callaba y escuchaba. Sólo confesó su inquietud a Saúl, jefe del Escudo, a Susán y a Isaac Gayyat, un joven poeta de Lucena que por entonces era el único judío que acudía a las veladas de vino y baile de la Casa del Gallo de los Vientos.

—Quiero que sigas acudiendo a esas veladas —le dijo Samuel—, pero vigila a todo el que se acerque al rey. Creo que me lo van a matar.

Al poco, Samuel recibió un mensaje claro de los conjurados:

—Si tienes valor —le dijo el emisario, un general sinhaya—, acude mañana temprano al otro lado del río, como a media legua de donde está la nueva sinagoga que habéis construido. Verás una pequeña casa y allí podrás saludar al nuevo amo.

Samuel se despertó bien temprano, incomodado por un sueño en el que acudía a una ceremonia para proclamar califa a Susán y en el que este le reclamaba la

propiedad de Ilbia. Encontró a Carmela, que ya trajinaba en las cocinas, que le preguntó si quería comer algo sin la menor curiosidad por el hecho insólito de que se levantara antes del alba.

Salió de La Alhambra por el canal de los sauces de Babilonia. El alba estaba saturada de agujas de hielo que, más que molestarle, le despejaban los enigmas del sueño. Tomó enseguida la vereda que le habían indicado y avanzó por ella durante dos quintos de hora. Bajo un castaño gigante, vio la silueta de un caballo de guerra y, a sus pies, la de un hombre agazapado bajo las mantas, que se calentaba con un fuego de ramas. Era un oficial del ejército regular que estaba allí porque lo esperaba. Al verlo, sin apenas saludos, pero con una sonrisa amplia de satisfacción, el hombre dobló las mantas, subió a la montura y con un gesto le indicó a Samuel que lo siguiera. Avanzaron al trote por un sendero estrecho cubierto de escarcha. Una partida de perros comenzó a enredarse en las patas del caballo, pero el jinete los mantuvo a raya con ruidos que sólo a veces eran palabras. Pasaron muy cerca de una noria, cruzaron un arroyo de piedras y entraron en una explanada, en el centro de la cual había una alquería con molino de aceite, cuadra de mulas y corral de gallinas. En el patio desmontaron. Salió a recibirle un notable del zoco, al que Samuel conocía bien porque solía tratar con él asuntos relativos a la regulación del comercio. El mercader le hizo una reverencia y lo invitó a pasar. Cruzaron el patio helado y entraron a la cocina, que era la sala principal de la casa. No más de diez hombres se sentaban en torno a la chimenea.

Samuel fue recibido con un murmullo de gratitud. Saludó uno a uno a los presentes, se interesó por su salud y sus familias. Fingió sorpresa al encontrarse con algunos pero, en realidad, no sólo los conocía a todos, sino que sabía desde que fue convocado quiénes estarían allí y quiénes no. Había un par de jeques sinhayas, uno de ellos llamado Firqan, esclarecido en la ciudad por su riqueza. Varios andaluces, ningún judío, un siniestro jefe de la caballería zenete y el general que lo había convocado. No estaba Yadair. Cuando terminaron las salutaciones, el nagid, como hablando consigo mismo, dijo:

—Aquí estoy dispuesto a oíros.

Firqan fue el primero en hablar:

—Samuel —le dijo—, nos has dado un rey que es un pendenciero, borracho y cruel. No nos importaría demasiado, si no fuera porque todos los aquí presentes pagamos fuertes alcabalas para costearle los músicos, las danzarinas, las mujeres y los cantores eunucos. Las duras gabelas que se nos imponen sólo sirven para pagar una corte de haraganes cobardes que viven en las estancias de la Casa del Gallo de los Vientos. Este año, además, hemos tenido que pagar la guerra contra Almería…

—Esa guerra —lo interrumpió Samuel— la he pagado yo.

—Ya lo sabemos —reconoció Firqan—. Pero si la guerra la has pagado tú, entonces nuestros tributos han ido directos a las arcas del rey. Además tú te habrás resarcido con el botín. Nosotros no.

—Algunos de vosotros sí —dijo Samuel mirando al general sinhaya.

—El caso es, Samuel, que estamos cansados de un rey que nos oprime y nos explota. Ya está bien de señor tan inútil.

La mirada de Firqan estaba clavada en Samuel, pero él no se la sostenía. Sus ojos deambulaban por la habitación y su mirada tomaba nota del gesto de cada uno de los otros conjurados. Todos asentían a las palabras de Firqan y a veces resonaban los murmullos de aprobación. El nagid no cambió su gesto distraído, pero con toda tranquilidad dijo a los reunidos:

—Badis es el rey.

—Mientras nosotros queramos —exclamaron varios.

—A veces cuesta entender las decisiones del soberano —continuó—. Sé por ejemplo que muchos de vosotros os quejáis de que no hayamos tomado Almería después de la batalla de Deifontes. Sin embargo, debo deciros que fue una propuesta mía y que me costó mucho convencer al rey Badis. A corto plazo, todos nos hubiéramos enriquecido con la toma de Almería pero, a largo plazo, nos habría salido cara. Aquí hay dos generales que pueden explicarnos que el ejército no sólo sirve para atacar, sino sobre todo para defender nuestras fronteras. Si después de derrotar a Zuhayr hubiésemos tomado Almería, habríamos ampliado las fronteras del reino. Y ya no podríamos defenderlas, salvo fortaleciendo al ejército. Es decir, pagando más tributos de los que tanto os quejáis. Así que vayamos todos con tiento y no nos dejemos llevar por fáciles impulsos.

—Bien hablas —dijo Firqan—. Pero los mercaderes aquí reunidos no somos hombres de coronas, ni de reinos. No somos como tú, Samuel: queremos oro para nosotros y nuestras familias, sólo oro y, si acaso, mandar sobre el que manda porque para eso le pagamos. Samuel, dime la verdad: ¿quién manda en Granada? —No esperó ninguna respuesta—. Tú, sólo tú. Pero no estamos contra ti. Sigue en buena hora mandando, pero sabe que tu rey ya no nos sirve: queremos otro que nos deje ganar nuestro oro. Si permitimos que Badis siga reinando, nos crecerá un monstruo en las entrañas.

—¿Y por qué pensáis que un nuevo rey os saldrá más barato?

—Al nuevo —respondió Firqan— también le pagaremos, pero sólo lo justo para mantener los ejércitos y los otros gastos del estado, como hacen los buenos mercaderes de todos los reinos. El nuevo rey recibirá lo que necesite, pero lo justo. Son costosos los monarcas, Samuel. Tú lo sabes, pero hay un límite y Badis lo ha rebasado. Hay ahora que cambiar de rey, Samuel amigo.

—En efecto —Samuel Nagrela adoptó un tono más comprensivo—, el poder está en el oro. Así ha sido siempre. Pero, aunque vosotros tengáis oro en abundancia, ¿tenéis también al hombre que se ponga la corona?

—Lo tenemos y está muy cerca.

Samuel lo había preguntado con hipocresía y cinismo, porque conocía a la perfección la cadena de mando de la conjura. Y es que, tiempo antes, se había

establecido en Granada un aventurero llamado Abú al-Fatuh, filósofo, astrólogo y literato, pero también gran jinete y buen guerrero. Fatuh daba cursos de poesía, elaboraba cartas astrales y vaticinaba el futuro con la lectura de las líneas de la mano o del tarot egipcio. Para garantizar el acierto de sus predicciones había establecido una red de informadores que le contaban el pasado de los consultantes. Pero esa red coincidía en buena parte con la red de informadores del visir. De modo que los mismos que informaban a Fatuh informaban a Samuel, quien no sólo sabía quién consultaba al astrólogo y por qué, sino que incluso conocía con antelación el augurio que iba a recibir. Lo que más llamaba la atención de Samuel no era el creciente poder de Fatuh en la ciudad, sino la candidez de su vida privada: vivía con su esposa y la amaba; no era religioso, pero evitaba el vino, la lujuria y el desenfreno; no tenía amigos, ni compadres, ni contríbulos; y en la tardes soleadas se le veía pasear por la alameda de Muammal, saludando cortés a todo el mundo, llevando de la mano a su esposa y sonriendo como un niño feliz y bien educado. Tanta ingenuidad contrastaba con su información exhaustiva, sus vaticinios enrevesados y sus consejos malévolos. Un día, Samuel supo que Fatuh acudiría a la Casa del Gallo de los Vientos porque la abuela del rey lo había llamado para consultarle. Después supo que por encargo de la vieja, Fatuh elaboraba la carta astral de Yadair, nacido bajo el signo del león como correspondía a su estirpe de reyes. Y, por fin, supo que Yadair había acudido a la casa de Fatuh y que de allí salió con el augurio de que sería rey de todo Al Ándalus. Gracias a aquella predicción la conjura de Yadair había crecido entre los notables de la ciudad y Fatuh se había convertido en su principal estratega, aunque seguía paseando del brazo de su esposa por la alameda, como si nada pasara. Samuel no había informado a nadie de la envergadura de la conspiración, sabía que tarde o temprano Fatuh llamaría a su puerta y sabía cómo actuar cuando lo hiciera.

—¿Y por qué he de traicionar yo a Badis? —preguntó Samuel con voz fuerte—. ¿Qué beneficio obtengo?

—Queremos —dijo Firqan— que seas su visir, el primer visir del nuevo rey. No eres ni andaluz ni bereber y, de otra parte, eres rico, casi tanto o más que cada uno de nosotros, sabes de números y de negocios…

—Entonces quiero ver al nuevo rey —dijo Samuel con voz fuerte.

—Vamos —respondió Firqan—. Está muy cerca y él también quiere verte.

Firqan abrió la puerta y le invitó a salir. Todos le siguieron. Samuel pidió su montura.

—No hace falta —dijo Firqan—. Iremos caminando.

Anduvieron no más de cien pasos y se internaron por un pinar que descendía. En la hondonada había un manantial y en su entorno estaban agrupadas varias tiendas de las que usaba el ejército regular. En un altozano y bajo una gruesa encina, había una jaima de mayores proporciones. No era verde como las otras, sino azul intenso, el color de los sinhayas. La puerta estaba guardada por dos soldados con alfanjes a la cintura y, de un vistazo, Samuel calculó que habría veinte caballos en los alrededores.

—Ahí dentro está el nuevo rey —le dijo Firqan.

Un guardia recogió el tapiz de lana que hacía de puerta y tras ella, recostado en gruesos almohadones, apareció Yadair; junto a él, el astrólogo Fatuh. Samuel inclinó la cabeza y compuso una sonrisa:

—La paz sea con vos, señor —dijo—. Y contigo también, noble astrólogo Fatuh.

Nadie, ni tan siquiera el astrólogo, cayó en la cuenta de que Samuel veía por primera vez a Fatuh y de que ninguno de los conjurados le había informado antes de su presencia allí. Todos fueron sentándose y Firqan tomó de nuevo la palabra:

—¡Yadair, hijo de Hubasa, hijo de Maksán hermano del rey Zawi, hijo de Zirí, que Dios os proteja y ayude por siempre! Aquí estamos vuestros siervos, dispuestos a llevaros hasta el trono del reino de Granada. Nos complace deciros que vuestra propuesta de nombrar gran visir al judío Samuel Nagrela, conocido por nagid por la gente de su raza, nos parece acertada y conveniente para todos.

Samuel, que había permanecido en pie, interrumpió el discurso:

—En ningún momento he dicho yo que aceptara ser visir de Yadair.

La sorpresa se apoderó de todos y algunos llevaron sus manos a las dagas. Pero Samuel clavó los ojos en Fatuh y, al mismo tiempo sin embargo, empezó a hablarle a Yadair:

—Antes de daros mi apoyo, Yadair, quiero oíros exponer vuestras pretensiones. Como sabéis he participado en la gobernación de este reino durante muchos años y mi experiencia puede seros útil, pero mal os puedo aconsejar si no conozco todo lo previsto por vos para el futuro. ¿Tomaremos Málaga? ¿Atacaremos Sevilla? ¿Reforzaremos el ejército? ¿Mataréis a Badis?

—Muchas preguntas me haces —dijo Yadair—. Siéntate porque voy a responderlas todas.

Samuel se recostó en la alfombra de la jaima y Yadair comenzó un discurso plano y deshilvanado que fue saltando de sus méritos a los de su familia, de Almanzor a los astros, de lo humano a lo divino. Y allí estaba Samuel oyéndolo con un gesto de atención fingida, mirando al entrecejo de Fatuh, impasible, sin parpadear, recostado en la alfombra con la mano en la boca, para no dar pistas sobre su asentimiento, y convencido de que alguno de los allí congregados se daría cuenta de que aquel hombre que hablaba era tan liso como Badis, tan tonto como él, sólo que menos gordo y borracho. Apenas suspiraba después de cada revelación, apenas asentía cada vez que Yadair decía alguna verdad, apenas acariciaba con los dedos los frutos que le habían servido. Pensaba que había ganado, pensaba que su destino de mesías se iba a verificar, pensaba que había acertado al elegir a Badis y pensaba, en fin, que todo dependía de que nadie supiera lo que de verdad pensaba.

El sol de invierno estaba ya alto cuando Samuel se puso en pie y dijo:

—Os he oído, Yadair, y me habéis convencido, porque habéis confirmado todo lo que sabía de vos. Os propongo que nos volvamos a reunir y discutamos los detalles de nuestra actuación. Mañana a mediodía os espero a todos en mi nueva casa de La

Alhambra. Con un banquete celebraremos la victoria sobre Zuhayr, y después hablaremos del futuro de este reino.

Se levantó, miró a Fatuh y le hizo la zalema a Yadair. Después pidió que le trajesen su caballo y antes de salir saludó uno por uno a los presentes. Abandonó la jaima sin apresurarse, simulando la mayor humildad. Se afianzó en la montura, golpeó con suavidad los ijares del caballo con los talones, dio un leve tirón a las riendas y el animal ascendió al trote ligero la pequeña cuesta y salió de la hondonada. Allá abajo estaba Granada, cubierta de sol, a sus espaldas las montañas de Sulayr. Se sentía cansado pero Dios le ayudaría, nunca le había abandonado. Inició el descenso hacia Granada e iba rezando: «Acerca Tu oído hacia mí; rescátame rápido; sé para mí una fuente de fortaleza, un refugio de salvación. Tú eres el Dios que hace maravillas; Tú has mostrado tu fuerza a los pueblos. Yo confiaré y no temeré pues mi fortaleza y mi canción es Dios Adonai. Apresúrate a ayudarme».

Apenas llegó a La Alhambra, mandó venir a su hermana Carmela y le ordenó que para el día siguiente se preparara un banquete para no menos de diez personas y no más de quince, que tendieran las alfombras y pusieran las mesas en el salón más grande del Palacio de los Leones, el que tenía en la cúpula una estrella de doce puntas y en el centro la fuente basculante de azogue que Ilbia dejó sin montar.

—Y que no falte el mejor vino —añadió.

—El de Chipre, supongo.

Samuel estaba nervioso y quería subir de inmediato a la Casa del Gallo de los Vientos para informar a Badis de las intenciones de los sediciosos. Fue por eso por lo que no percibió el mal tono de la respuesta de Carmela, que daba por descontado que se serviría otra vez el más caro de los vinos a una panda de poetas deslenguados. Desde que Berenice volvió al Palacio de los Leones, Carmela vivía como una desventurada. No soportaba que su hermano la tratase como si fuese la sirvienta mayor. Le escandalizaba que se sirvieran banquetes cada dos por tres, con copas de plata y velas de cera que valían a dinar, y sólo para que cualquier nigromante o poeta recién llegado recitara poemas lascivos a cuatro borrachos y dos mujeres: Ilbia y Berenice. Ilbia y Berenice, una pagana lasciva y una niña malcriada que juntas iban a acabar con el patrimonio de su hermano. Se revolvía en la cama, se mordía en la lengua y se le saltaban las lágrimas de rabia en las noches de las parrandas poéticas. Detestaba con toda su alma las canciones en lengua hispano-andaluza que entonaba Susán, al que ya no le perdonaba nada, salvo que fuera noble de cuna. Por no hablar del taconeo, las palmas y los laúdes que oía, y de los bailes que imaginaba de Saúl con cualquier fulana. La deprimían la alegría de Berenice, los juegos de los niños en los jardines, la preciosa luz de la primavera y las flores que inundaban hasta los aposentos más recónditos del palacio. Cuando iba hacia las cocinas para ordenar que subieran dos tinajas del vino de Chipre, se cruzó con Berenice, que llevaba en brazos a Judá y de la mano a José:

—Tu marido —le dijo— organiza mañana otro banquete con vino del caro.

—¿Y?

—Que esta es una casa de Leví y que si la esposa de un nagid mesías no pone orden, lo pondré yo.

Le quitó al niño de los brazos, se lo puso sin cariños en la cadera y siguió camino de la cocina.

A la mañana siguiente, cuando ya se tendían los manteles para el banquete, Carmela vio llegar a un hombre cubierto con una alcandora vieja y montado en una mula torda. Pensó que se trataba del primero de los mindundis que acudía al banquete y confirmó que su hermano había perdido toda la dignidad de sus cargos y de su estirpe porque lo vio salir a recibirlo y postrarse ante él.

Era el rey Badis.

El día antes en la Casa del Gallo de los Vientos, Samuel lo había convencido de que debía acudir a su casa.

—Mejor es ver las cosas que saberlas porque otro te las cuente —le dijo al rey—. Así que mañana vendrás a mi casa antes de mediodía y verás lo que te cuento con tus propios ojos. Óyelo todo con tus propios oídos y guarda lo que veas en tu corazón.

Samuel lo recibió en el interior de la casa y lo subió a un aposento de mármoles de la planta alta del Palacio de los Leones. Levantó con cuidado una pequeña loseta hexagonal.

—Este pequeño orificio —le dijo a Badis— es una mirilla disimulada en el techo del salón donde nos reuniremos. Gabirol la llamaba el Ojo de Dios —añadió con un poco de melancolía— porque está en el centro de una estrella de doce puntas. Disculpad la incomodidad, porque tendréis que tumbaros boca abajo, pero tal vez merezca la pena porque por esta pequeña ranura podréis ver la magnitud del complot contra vuestro trono.

Ordenó a Carmela que atendiera al rey y a Berenice que nadie entrase en el aposento. Salió a la puerta a esperar a sus invitados. Fueron llegando uno a uno, todos a caballo, algunos con sus criados. El último en llegar fue Yadair. A su derecha cabalgaba el astrólogo Fatuh. A su izquierda, trotaba al paso del caballo un hombre negro, alto como un gigante. Detrás veinte hombres a caballo, todos armados con alfanjes y lanzas. El cortejo era indiscreto e inapropiado para una conjura. Yadair vestía como un rey, con una túnica blanca a media pierna, de seda bordada en oro, con botas de cuero repujado; los arneses del caballo, los estribos, las riendas, la montura y el bocado eran de plata.

Cruzó a caballo la puerta del recinto, en la plaza desmontó de un salto y miró con altivez y arrogancia la sinagoga. A las puertas del Palacio de los Leones, Samuel le ofreció la leche, de la que solo se mojó los labios, y los dátiles de los que sólo mordisqueó uno. Pasó luego al salón donde se encontraban los conspiradores y recibió sin naturalidad sus reverencias. Preguntó donde estaba el estrado en el que él debía sentarse.

—Todavía no sois el rey —le dijo Samuel con una dulzura forzada—. Aunque es

verdad que, por el cortejo que habéis traído, ya lo parecéis. ¿No os preocupa que Badis sepa que estamos aquí reunidos y que nos mande a su ejército para asaltar la casa?

—No me preocupa, Samuel —respondió—. Sé que tienes doscientos guardias en el viejo alcázar y que estamos dentro de una verdadera fortaleza. Pero vamos a dejarnos de rodeos y a decidir enseguida lo que tenemos que decidir aquí.

Entonces el nagid, con gesto de gran devoción, elevó sus brazos y su mirada al techo y con voz potente gritó:

—¡Oh tú que ves y a quien no se ve, escucha!

Muchos creyeron que elevaba preces al Omnipotente y también gritaron:

—¡Sí, escucha!

Comenzó enseguida la reunión. Todos querían hablar, todos se repartían ya cargos y prebendas, se atropellaban en el uso de la palabra y se establecían discusiones cruzadas. Crecía el desorden y Fatuh, a una señal de Yadair, impuso silencio y distribuyó los turnos de palabra. Acabadas las intervenciones, el astrólogo dictó los acuerdos: Badis moriría al siguiente viernes en la mezquita mayor. Sería el edecán negro quien le daría tres puñaladas cuando levantara la cabeza, tras la primera postración, después de pronunciar el *Allah-hu-akbar*, «Dios es el más grande». Con rapidez, la guardia de Yadair mataría al sudanés antes de que lo hiciera la de Badis. Yadair subiría al mimbar, se proclamaría rey de los creyentes y pronunciaría la oración fúnebre por Badis.

La reunión de los conjurados se prolongó una hora y después se sirvieron los terneros con pasas y piñones y el dorado vino de Chipre.

En el aposento de arriba, tumbado sobre almohadones y con el ojo puesto en la mirilla, Badis sentía retortijones de miedo en el vientre y el frío de un sudor animal que le recorría la espalda. No quiso esperar más. Carmela y Berenice tuvieron que sostenerlo para que pudiese bajar por la estrecha escalera que conducía al aljibe trasero. Le dieron a beber un poco de agua fresca y le pusieron sobre la túnica la vieja alcandora con capucha. Los criados le acercaron la mula y lo sacaron del recinto por la vera del canal de los sauces.

Cuando llegó a la Casa del Gallo de los Vientos, mandó que tres esclavas lo bañaran, que quemaran la asquerosa alcandora, que le trajeran vino fresco de la cueva de la nieve y que mandaran aviso a Samuel Nagrela de que su rey quería verlo de inmediato.

El mismo emisario volvió con la respuesta de Samuel: si abandonaba la fiesta en ese momento, se estropearía todo. Le rogaba que tuviese paciencia, que no hiciera nada y que esperase a la mañana siguiente para reunirse con él.

Badis se conformó. Ordenó que reforzaran la guardia y se entregó a una parranda sucia que duró hasta avanzada la noche.

Por la mañana recibió a Samuel con afecto y preocupación. Se empeñó en besarle las manos. Le repitió con nerviosismo que nunca dudaría de su fidelidad y lealtad. Y

cuando Samuel le preguntó qué pensaba hacer se le iluminaron los ojos.

—El viernes mi guardia rodeará la mezquita, los atraparé a todos como conejos y los mataré uno a uno con mi propia espada, empezando por mi primo Yadair.

—No mataréis a nadie —le dijo Samuel con tono claro—. A los poderosos sólo se les puede matar antes de que lo sean y con Yadair y Fatuh me temo que llegamos tarde.

—Pero habrá que castigar a los rebeldes —insistió Badis.

—Señor —dijo Samuel—, ¿puedo pediros que confiéis en mí?

—Sí que puedes pedírmelo, judío —le respondió el rey—. Y no sólo pedírmelo: eres la única persona de este reino en la que confío.

Delante del rey, Samuel le entregó al jefe de la guardia una relación con los nombres de todos los conjurados y le ordenó que esa misma tarde apresara a todos y los condujera a la Casa del Gallo de los Vientos.

Como no podía ser de otra manera, el primero de esa lista era Yadair ibn Hubasa y el segundo el astrólogo Abú al-Fatuh. Pero a esa misma hora el noble Susán, enviado personal de Samuel Nagrela, y Saúl, jefe del Escudo, estaban en el campamento transmitiendoles un mensaje del nagid: que huyesen de inmediato, que el rey estaba al corriente del complot, que marchasen a Carmona o Sevilla y que allí esperasen tiempos mejores. Por razones que a Yadair se le escaparon, mandaba decir también Samuel Nagrela que su esclavo, el gigante sudanés, debía quedarse y acompañar a los emisarios en su vuelta a Granada.

Sin preocuparse de advertir a sus seguidores, sin el menor signo de agradecimiento hacia quien le salvaba la vida y sin verificar el mensaje, Yadair ordenó desmontar de urgencia el campamento y con Fatuh y sus veinte guardias salió a galope del reino.

A lo largo de la tarde, los detenidos fueron llegando a la Casa del Gallo de los Vientos. Sin explicaciones, los soldados los iban dejando en una bodega húmeda. Cuando estuvieron todos, los encordaron y los condujeron al salón del trono. Allí estaba, sentado con gesto displicente, Badis. A su lado, de pie, con gesto fingido de dolor, Samuel. Ambos rodeados por notables del reino, mujeres, esclavos, eunucos y un gran número de soldados armados con dagas, alfanjes y cimitarras.

—¿Por qué se nos trata como a vulgares forajidos? —gritó Firqan.

—¡Porque lo sois! —respondió Badis.

Samuel dio un paso al frente, con el gesto pidió la licencia del rey y habló como si dictase sentencia:

—Se os acusa de alta traición, de conspirar contra la vida del rey y de intentar destronar a la dinastía legítima. Seréis ejecutados, salvo que el rey atienda mi petición de clemencia y paguéis su *amán*. Si tenéis algo que decir podéis hablar ahora.

—¿Qué hemos hecho nosotros que no hayas hecho tú mismo, Samuel? —preguntó Firqan—. ¿Por qué estás ahí, junto al rey y no en esta cuerda de condenados?

—¿Eso es todo cuanto tienes que alegar en tu defensa, Firqan? —dijo Samuel—. ¿No vas a responder a la cuestión principal? ¿Queríais o no matar al rey?

—¡No! —gritaron los más aterrados—. No queríamos.

—¡Además de asesinos, cobardes! —exclamó Badis.

Se puso en pie y se acercó a la cuerda, mirándolos cara a cara, uno por uno. Todos bajaron la cabeza y ninguno se atrevió a sostener su mirada. Luego dijo con fuerte voz:

—¡Traidores!

Y salió de la sala.

Cuando se hubo marchado, Samuel ordenó a los conjurados que se sentaran y él lo hizo en el lugar del rey.

—¡Tú eres el traidor que nos ha engañado! —gritó Firqan.

—No voy a responder a eso —dijo Samuel con tranquilidad—. He conseguido que el rey os otorgue un camino para salvar la vida: primero os arrojáis a sus pies, después os arrastráis suplicando perdón y, por fin, le entregáis diez mil dinares cada uno.

—No tenemos esos dinares —dijeron varios.

—Pues esto es lo que hay —respondió Samuel—. Si no traéis ese dinero antes de la puesta de sol de mañana, el rey os cortará la cabeza con sus propias manos. Id pues a vuestras casas, para recoger el dinero.

El nagid asignó una escolta de cuatro hombres a cada uno de los diez conspiradores, y mandó que se cerraran todas las puertas de la ciudad. Dispuso también la confiscación inmediata de todos los bienes de Yadair: una casa lindera al palacio, huertos, ganado, caballos y esclavos. Después fue a darle cuenta al rey de todo lo que había dispuesto. Badis lo escuchó admirado y sólo quiso saber cuánto dinero ganaría.

—Creo que desde mañana —le dijo Samuel—, seréis el hombre más rico de Al Ándalus.

—¿Y no cortaremos ninguna cabeza? —preguntó el rey.

—Puede que alguno no pague… —sonrió Samuel—. Pero en todo caso, esta vez no permitiré que sea el rey en persona quien actúe como verdugo.

—Está bien —se conformó el rey—. Sólo espero que descubras una conjura para asesinarme cada día.

Los conjurados no se tomaron un punto de reposo, y apenas se vieron liberados comenzaron a reunir la suma del amán. La ciudad se convirtió en un trasiego de familiares de los condenados que pedían préstamos o vendían joyas, casas, sedas, ajuares o cosechas futuras. En una sola noche se hicieron en Granada tantas compraventas, hipotecas, empeños, prendas y créditos como en todo un año. Hasta los pobres hicieron negocio: diez sacos de trigo o cebada por un dinar de oro, cinco bueyes por diez. El oro fue saliendo de todos los lugares en que se escondía y fue cambiado por todos los elementos de una decena de grandes patrimonios: platería,

vestidos de gala, trigo, corderos y gallinas, aceite, esclavos, vajillas o caballos…

Por la mañana el nagid mandó que se abrieran las puertas de la ciudad y comenzó a preparar los detalles de la ceremonia del amán.

Antes del atardecer, el pueblo abarrotaba la Plaza de Armas de la alcazaba. El rey salió de la Casa del Gallo de los Vientos al son de tambores condenatorios y rodeado por los dignatarios de su corte; el visir Samuel caminaba a su derecha. Los conjurados se concentraban en un rincón, rodeados de soldados. Entre el público, Samuel había distribuido agitadores remunerados con la instrucción precisa de aclamar cualquier decisión del rey. Los tambores duraron hasta que Badis se instaló en el diván y con la mano derecha ordenó silencio. Un escribano de la corte dijo entonces a voz en grito que diez hombres de Granada habían querido matar al rey. Luego leyó los nombres de los conjurados y dijo que salvo los dos primeros, Yadair y Fatuh, todos habían sido detenidos y que se encontraban en aquel rincón del patio para ser castigados por su crimen.

Se adelantó entonces el mayordomo real y dijo:

—En nombre de Alá, el Clemente, el Misericordioso y de su comendador, el hayib Badis ibn Habús, yo pregunto a los alfaquíes y hombres sabios de Granada qué castigo debe imponerse a estos hombres.

Se hizo el silencio y todas las miradas se dirigieron a los cuatro alfaquíes, tocados con turbante, que formaban aparte, a un lado de la tribuna. El más anciano de ellos dijo:

—Deben pagar con su vida.

Entonces, instigada por los agitadores de Samuel, la muchedumbre pareció alegrarse y pidió sangre. El rey mandó silencio de nuevo. A empujones, los guardias subieron a la tribuna a los conjurados y los fueron arrojando al suelo delante del rey.

—¿Alguien se atreve a defenderos? —preguntó Badis.

La mano de Firqan se elevó desde el suelo. Los guardias lo alzaron como a un espantapájaros y entre chiflidos de la muchedumbre comenzó a hablar. Invocó la grandeza, el poderío y magnificencia de Badis; alegó que siempre habían sido unos leales súbditos de la dinastía; que con sus acciones tenían probada en miles de ocasiones su fidelidad; que el verdadero traidor no estaba entre ellos, pues había huido; que les engañó; que ellos de buena fe dieron su aprobación a sus razones y ahora veían que fueron engañados puesto que nuestro gran rey es fuerte, vigoroso, justo y honesto y el Dios de todos los Mundos lo tiene de su mano. Después con tono más lloroso dijo:

—Rey de reyes, poderoso e invencible, a vuestras plantas se rinden estos infelices que han perdido su honra y su fortuna y no tienen ya otro asidero que la benevolencia de vuestra generosidad. Perdón os suplicamos, amado rey. Dejadnos que besemos vuestros pies y los reguemos con nuestras lágrimas, para que algún día podáis tenernos otra vez como siervos y amigos. Concedednos el amán.

Hubo un largo silencio. Samuel impasible; el rey agitado en su diván, pero

callado; la multitud esperando la señal del rey.

—Un momento —dijo Samuel—. Que suban al que no tiene perdón.

Redoblaron los tambores. Cuatro soldados subieron a la tribuna al gigante negro.

—He aquí —dijo Samuel— al hombre designado por los traidores para matar al rey.

El negro sonrió a la gente, porque aún no sabía lo que pasaba, ni si lo que le estaba aconteciendo era un honor o una desgracia. Provocó las risas del populacho y se quedó sin saberlo, porque fue arrodillado a la fuerza y, desde atrás, a una señal de Badis, el verdugo oficial del reino, blandió un espadón y le cercenó la cabeza, que pasó botando por delante de los postrados que esperaban el perdón. Un soldado la ensartó con su lanza y la enarboló ante la multitud que rugía.

Badis alzó la mano e impuso de nuevo el silencio. Un criado se arrodilló ante el rey y lo descalzó. Era la señal del perdón. Los provocadores aclamaron el gesto, la muchedumbre también, como hubiera aclamado la decapitación de todos. Uno por uno, empezando por Firqan, los perdonados fueron besándole los pies al rey. Lloraban, anochecía y comenzaban a encenderse las antorchas de la plaza.

42

Antes de rey, Al Qasim Abad había sido alcalde de Sevilla y su principal fuente de legitimidad era la de haber organizado la resistencia de la ciudad contra los acosos bereberes. Ese carácter local y urbano de su monarquía no era incompatible con su afán de dominio de Al Ándalus. Tenía el propósito heroico de restaurar el califato y la convicción de que sólo un andaluz podría hacerlo. Por eso no usaba el título de rey de Sevilla, sino el de hayib de Al Ándalus, que era el mismo que había utilizado Almanzor, y por eso también —como en su día hiciera el gran canciller con Hisham II— había colocado un califa títere en una hornacina.

Al comienzo de su reinado, le informaron de que en Calatrava vivía el hijo de un esterero que tenía un sorprendente parecido con Hisham II. En efecto, era un muchacho flácido y blanquecino que arrastraba los pies al andar, y con el aire inconfundible de la nobleza omeya. Abad lo mandó traer a Sevilla, lo recluyó en las mejores estancias de sus Reales Alcázares y, con toda solemnidad, le anunció al pueblo que el califa estaba vivo y que él sólo era su canciller. Cuando era preciso lo mandaba ataviar con la mitra califal y le daba instrucciones precisas sobre lo que debía hacer o decir. Todos sabían que aquel joven no podía ser Hisham II, no sólo porque la mayoría lo creyeran refugiado en una aldea de las Alpujarras y dedicado a la agricultura, sino sobre todo porque el califa debería tener setenta años, si es que aún vivía.

Aquejado de cataratas, después de dieciséis años de reinado, el primer Abad iba delegando poderes y prebendas en su hijo Ismael, con el que, sin embargo, mantenía una relación conflictiva y distante. Por esto había decidido construirle al hijo un palacio cercano al suyo, aunque en un extremo del perímetro amurallado junto a un puente de barcas que cruzaba el Guadalquivir. Y había decidido encargárselo a la reconocida como mejor arquitecta de Al Ándalus, Ilbia de Granada.

Para cuando Ilbia llegó, Sevilla estaba anegada por el poder y el dinero. Heredera de Córdoba, la ciudad crecía sin sosiego, aunque también lo hacía sin mermar una fuerte identidad ancestral que le venía de los remotos tiempos en que el río no era tal, sino un brazo del mar y se llamaba Tarsis. Esa identidad marinera y alegre parecía extenderse por cada nuevo arrabal e inspiraba cada nueva casa, mercado o mezquita. El núcleo antiguo tenía una muralla que se tardaba más de una hora en recorrer a pie y estaba flanqueada por 166 torreones. Sin embargo, a pesar de ese aspecto de caparazón, la ciudad vieja era en realidad el cuerpo de una estrella de mar y cada nuevo barrio un tentáculo. El río, el mismo que bañaba a Córdoba, llegaba aquí remansado y diríase que no descendía, sino que el mar ascendía. Las montañas tan omnipresentes en Granada eran en Sevilla un paisaje remoto que sólo se entreveía en

las puestas de sol del Aljarafe.

En los Reales Alcázares nadie podría contabilizar el trasiego de mercancías, influencias, versos y saberes, e Ilbia allí tuvo la impresión de que aquel florecimiento espectacular repercutía para bien en su propia alma. Convivía con los mejores poetas llegados de Almería, Denia o Siracusa; con Fatuh y su clan de astrólogos exiliados; con alarifes, ingenieros y arquitectos llegados de Córdoba; y, en suma, con un enjambre formado por cortesanos malévolos, mujeres intrigantes, destronados inconsolables de reinos remotos o pretendientes perpetuos a coronas, como el propio Yadair de Granada.

Alejada en la medida en que podía de este trasiego de patio de mercaderes, ella convivía sobre todo con el tiempo lento de Sevilla, con la luz flagrante de la llanura, con las estrellas radiantes sobre el Guadalquivir y con el aire manso del otoño. Todo eso le transmitía una sensación de grandeza que nunca antes había experimentado. Así que el rencor contra Samuel se le iba apagando en el corazón, más deprisa ahora, aunque sin acabar de apagarse jamás.

El príncipe Ismael la trataba como si fuera una reina, y no sólo le proporcionó los mejores aposentos en los Reales Alcázares, sino que le pidió que no reparara en gastos a la hora de construir el palacio y liberó de inmediato el terreno que Ilbia pidió. Ella se decía a sí misma que su gran proyecto arquitectónico, que era el Templo en la colina de la Sabika, había cambiado de lugar, y su primer impulso fue el de construirlo a las orillas del río en el arenal de privilegio que había elegido. Pero al final, como quiso el destino, descartó esa idea. No la disuadió el fervor antijudío de Alí Hazm, que se había extendido desde Almería y había cundido entre el pueblo de Sevilla. Ni la convicción de los Abades de que Samuel Nagrela era un iluminado mesiánico y de que la salud de Al Ándalus exigía terminar con Granada, la ciudad principal de Israel. La disuadió, sobre todo, la sensación generalizada en su alma de que las cosas había que hacerlas donde y cuando había que hacerlas, y de que por tanto lo planificado debía construirse donde había sido previsto que se construyera. Sentía terror si pensaba en el retorno de los trabajos inacabados. «Retorna todo lo que no se vive hasta el final», decía.

De manera que diseñó para Ismael un palacio similar, pero distinto al que no renunciaba a construir algún día en Granada. En lugar del rectángulo áureo que quería para el sanctasanctórum de La Alhambra, previó una torre central que respondía a las medidas del llamado rectángulo cordobés, puesto en pie. El lado más alto era proporcional al radio del círculo que envolvía al octógono del mihrab de la mezquita, y los cuatro lados de la base de la torre eran proporcionales a la distancia desde el centro de ese octógono hasta cualquiera de sus lados.

A lo que no renunció Ilbia fue a la idea del reflejo de la torre en el agua. En La Alhambra tenía previsto que el Salón del Trono reflejara sus almenas en un estanque, de la misma manera que el sanctasanctórum se reflejaba en el estanque del Ulam en Jerusalén. Y en Sevilla decidió que su torre se reflejaría en el río. Para vencer el color

de olivo del agua, morteró cal y paja con albero y consiguió un dorado intenso y refulgente que con el paso de los años se convirtió en el color de la ciudad.

Dos siglos más tarde los almohades derribaron el palacio de Ismael tal y como fue construido por Ilbia. En su lugar alzaron una torre dodecagonal y más torpe, que no conservó ni el betilo tartésico en el centro del jardín adyacente ni la increíble buena sombra que Ilbia transmitía a todas sus obras, ni ningún elemento de la anterior, salvo el nombre: Torre del Oro.

43

Durante el primer verano de Ilbia en Sevilla, cuando la torre ya emergía del suelo, Ismael Abad salió de la ciudad, ocupó territorios, asaltó ciudades y tomó Écija, Osuna y Badajoz, todas taifas bereberes. Su ejército contaba con decenas de capitanes formados en el mando, con caudillos locales que desfilaban con estandarte propio y con una infantería ligera que no se había dado entre los andaluces desde los tiempos de Tartessos. Ismael se dirigió después hacia Carmona y allí humilló a los birzalíes, otra dinastía bereber.

Badis, en persona, acudió a la llamada de los príncipes bereberes. Llevaba un ejército poderoso: los doscientos infantes del Escudo judío, los sudaneses de Zuhayr, la caballería de los zenetes y las tropas del ejército regular de Málaga.

Samuel Nagrela había sido el encargado de calzar y vestir a toda aquella tropa. Antes de que Ilbia partiera para Sevilla, consultó con ella su idea de sustituir las albarcas con suela de esparto trenzado por unos botines de cuero que sujetaran el tobillo de infantes y jinetes. También le pidió que pensase en alguna prenda que pudiese sustituir al pesado manto que vestía la tropa, e Ilbia diseñó un tahalí de cuero que iba cosido a una camisa de seda gruesa. Además diseñó escudos enrojecidos como el pergamino, grebas para los jinetes, yelmos para todos y corazas para los infantes. Todas estas piezas resultaron ligeras pero duras, porque Ilbia las modeló con una malla metálica que se trenzaba sin resquicios. Con sus propias manos hizo también un modelo del calzado y del tahalí.

Los hombres de Samuel compraron el cuero a los curtidores, la tela a los sederos y supervisaron el trabajo de los zapateros y los herreros. Los clanes guerreros recibieron sin coste el calzado y el vestido, pero se comprometieron a pagarlo con cargo al botín. Al final, Samuel se enriqueció todavía más.

Con su nuevo equipamiento, el ejército de Granada resultó ser uno de los más ligeros que se habían visto nunca. Además, las pesadas lanzas de los sudaneses fueron sustituidas por espadas y los corceles briosos de los zenetes enjaezados con la máxima sencillez.

En septiembre, penetraron con fuerza en el territorio de los abadíes. Repusieron el honor de los despojados príncipes bereberes de Carmona. Cobraron botín y decidieron volverse.

Empezaba el otoño.

Los oteadores de Ismael Abad le dieron una información errónea: dijeron que el ejército de Granada se retiraba porque estaba exhausto y su retaguardia desfallecida. Esperó entonces a que, más allá de Écija, se separara el ejército de Málaga y salió en persecución del de Granada, que para sorpresa de Ismael presentó batalla.

El ejército de Sevilla no era comparable al almeriense, derrotado el año anterior: sus jinetes galopaban como onagros, sus infantes parecían antílopes, todos vestían con bordados y adornos y llevaban cubiertas las cabezas. No se sabía si un destacamento de poetas y cantores acompañaba a los soldados, o si cada guerrero era un cantor. El caso es que era un ejército alegre, acompañado por el jaleo, y que infundía temor a cualquier adversario.

Samuel se afligió, no tanto por verlos llegar contentos al campo de batalla, como por ver a los suyos temerosos y asustados. Los capitanes mostraban desidia, y Badis y los príncipes ziríes consideraban la posibilidad de huir. Él se refugió en la oración. Pronunció el terrible y venerable nombre de cada uno de los setenta ángeles que llevan el estandarte de las setenta naciones de la Tierra y que, según el Midrás, rodean el trono de Su gloria; invocó a los Patriarcas de Israel para que suplicaran la divina clemencia y cantó el salmo en el que Adonai dice que «por ti Yo quebraré los dientes de los leones y en tu presencia derribaré a los gigantes».

Arengó después a las tropas y les pidió que miraran al horizonte y vieran como él veía al mismísimo Dios que, sin ocultarse, revestido de furor, caminaba hacia el combate. Con su palabra iluminada y su oratoria sin retórica logró hipnotizar a muchos soldados, que vieron a Dios sumergiendo al faraón y a su ejército.

Comenzó la batalla en la llanura donde el Genil y el Guadalquivir se unen. Era lunes, 10 de tishri, el día del Kippur, cuando se arreglan las cuentas pendientes con Dios. Situado en un alto, junto a Badis y los príncipes, Samuel vio al Ángel Mensajero que desviaba las espadas del ejército de Sevilla, que ponía ataduras en las manos de los adversarios, que convertía en niños a los soldados del enemigo.

A mediodía del miércoles llegaron ante Badis los primeros prisioneros nobles. Los traían a rastras con dogales y los tiraban a los pies del rey que, por capricho, salvaba a uno y mandaba ejecutar a otro con sólo oír su nombre.

En trance durante toda la noche, el nagid mesías Samuel Nagrela siguió viendo a IHVH y a sus ángeles, que rugían como leones. Lo vio majestuoso y colérico, lo vio tornar en paja los arcos, en guijarros las flechas; y comprobó que los reyes no resisten el furor de la ira y el enojo de la Divina Providencia. Por la mañana paseó a caballo por el campo de batalla y se conmocionó con los aullidos de dolor de los heridos entre la maleza y con la visión de los guerreros atravesados, degollados o tirados cual carroña.

El jueves, 5 de octubre de 1039, la fiesta de la Recolección o de las Cabañas en el calendario hebreo, el ejército de Sevilla se retiró en desbandada. Badis ordenó la persecución. Abatieron a todos los generales y príncipes, acabaron con la vida de los caudillos y con la del mismo Ismael Abad.

A la mañana siguiente, destrozado el ejército sevillano y muerto Ismael Abad, se vio a Badis paseando entre los despojos, recogiendo prendas de botín como cualquiera de sus soldados, borracho de vino y de una victoria completa e inesperada. Samuel lo miraba desde arriba y no hubiera podido disimular su desprecio de no ser

porque ocurrió algo inesperado.

Como si renaciera de entre los muertos, Fatuh, el astrólogo y cabecilla de la conjura de Yadair, se acercó al rey Badis y se postró ante él para suplicar el perdón. Había dejado en Granada a su mujer, una joven y bella andaluza de la que sólo sabía que estaba prisionera en el castillo de Almuñécar. Fatuh estaba horrorizado con lo que pudiera ocurrirle a su esposa.

—¡Señor —le dijo a Badis— en el día de tu gran victoria ten clemencia y apiádate de mí y de mi esposa!

La carcajada de Badis estremeció a los presentes. Llorando, Fatuh siguió pidiendo perdón y clemencia e imputando todas las culpas a Yadair. Badis, sin dejar de reír, echó mano a la espada, pero antes de cortarle la cabeza buscó con la mirada el asentimiento de Samuel. El visir movió la cabeza en gesto de desaprobación y juntó las manos por las muñecas para indicarle que lo apresara en lugar de matarlo.

Pocos días después el ejército entró en Granada por la puerta de Elvira, entre aclamaciones y vítores. En la plaza de armas, ante la Casa del Gallo de los Vientos comenzaron los festejos de celebración. En la tarima yacía el cadáver de Ismael Abad. Cuando ya estaba bien borracho, Badis hizo lo que le había dicho Samuel que hiciera: escenificar ante el pueblo la gran victoria. Trajeron a Fatuh y lo presentaron ante el rey, quien, sin mediar palabra ni gesto, desenvainó y le clavó la espada en el pecho.

—Así maté —dijo— a Ismael Abad, príncipe de Sevilla, así mato a este esbirro de Yadair, el maldito, y así morirán en el futuro todos mis enemigos.

Los cadáveres sin descuartizar del príncipe sevillano y del astrólogo fueron colgados en las jambas de la Puerta de Elvira.

Por orden expresa de Samuel, la esposa de Fatuh fue liberada y restituida en la posesión de su casa. Según los informantes de Samuel, había perdido la juventud y la belleza en el cautiverio de Almuñécar, y la cordura y el equilibrio mental al saber que su marido se había entregado por causa de ella y que ahora su cadáver pendía del arco de Elvira. Nunca se la volvió a ver pasear sonriendo por las alamedas de Granada, pero sin duda habría arañado la cara de Samuel Nagrela de haber sabido que este usaba en sus alocuciones a la asamblea de Israel la ejecución de Fatuh como prueba de la falsedad de las técnicas adivinatorias.

—Si podía adivinar el futuro —se preguntaba en la sinagoga—, ¿por qué se entregó? Yo os digo que si en lugar de en supercherías Fatuh hubiera creído en la Divina Providencia, aún estaría vivo. Líbranos, Señor de los ejércitos, Roca de Israel, de adivinos y nigromantes.

«Los hombres —se dijo Ilbia— prefieren creer en genios malignos antes que en el trabajo bien hecho por una mujer». La arquitecta pensaba esto mientras asistía en los Reales Alcázares de Sevilla a una insólita recepción. Después de la oración fúnebre

en la mezquita por Ismael y los otros muertos en la batalla de Écija, el rey Al Qasim Abad quiso celebrar en los salones un gran consejo en el que se expusieran los pormenores del combate. Presidía el esterero de Calatrava, con túnica de ancho vuelo, zapatos de color púrpura, pantalones y perneras carmesíes, mitra de califa y un gesto de pesadumbre, aburrimiento y miedo. De blanco riguroso por el luto, ciego ya por las cataratas y tocado con turbante, Al Qasim ocupaba un trono más bajo pero adelantado. Alrededor de ellos, acomodados en cojines sobre alfombras de Persia tejidas en seda y oro, se sentaban los visires, los principales jeques del reino, ulemas, alfaquíes y todos los dignatarios de la corte. En un lateral, silenciosas pero atentas, cargadas de lutos superpuestos, las madres del harén, las esposas del rey, las viudas de los muertos en combate, concubinas, cortesanas y, entre ellas, Ilbia. Asistía a aquel consejo en su calidad de maestra arquitecta de la corte, pero a nadie se le ocurrió que pudiera sentarse del lado de los hombres, de modo que se la veía extraña, simple en una túnica blanca sin joyas, ni velos; como lo que era en realidad: una mujer asceta, sin dobleces ni laberintos, y fuera de lugar entre tanta pasión y poder como de aquel lado había.

A Yadair de Granada, por ser el más noble de los supervivientes de la batalla de Écija, le había tocado el dramático papel de ser el primero en hablar y de relatar los pormenores del combate. Yadair dejó muy alto el honor guerrero de los Abades, ensalzando con una perorata retórica el valor de Ismael y glorificando su muerte en batalla; exculpó a los oteadores que habían minusvalorado las fuerzas del ejército granadino; trató de salvar de toda crueldad a sus hermanos bereberes, a los que presentó como nobles guerreros de los desiertos y las montañas; cargó de crímenes de guerra a su primo Badis y, sobre todo, acusó al judío Samuel de haber practicado técnicas nigrománticas para lograr el apoyo de demonios y malignos *djinns*.

Ilbia oía este discurso con absoluta indiferencia. Se alegraba en secreto por la victoria de Samuel, aunque le dolían las muertes de Ismael y de Fatuh: la del príncipe abadí porque había terminado apreciándolo después de haberlo observado mucho para construirle un palacio adecuado —ella creía que las casas son los templos del alma de quien las habita—; y la del astrólogo Fatuh porque después de conversar mucho con él sobre conjunciones astrales y matemática del cosmos, se había dado cuenta de que no era un farsante como al principio había pensado, sino un hombre marcado por la tragedia de ser un impostor sincero: se hacía pasar por lo que no era, pero creía de verdad ser lo que no era. Pero el dolor íntimo por la muerte de esos dos hombres y la alegría secreta por la victoria de Samuel eran emociones incapaces de apartar su pensamiento de los mundos arquitectónicos y geométricos por los que avanzaba. De manera que empezó a repasar sus cálculos en silencio. Un rectángulo áureo cuyo lado alto es al largo lo que este a la suma de ambos. Si a un rectángulo áureo se le sustraía un cuadrado de lado igual al más corto, lo que restaba era otro rectángulo más pequeño que volvía a ser áureo. Y así hasta el infinito. Imaginó una secuencia infinita de rectángulos áureos y se detuvo a considerar una propiedad

sorprendente de la divina proporción que había descubierto por casualidad días antes. Si en cada rectángulo de los que obtenía a través de sucesivas sustracciones de cuadrados trazaba la diagonal, esta siempre era perpendicular a la primera y siempre se cruzaba con ella en el mismo punto. Este punto invariable era un vórtice, un punto de atracción infinita donde convergían todos los rectángulos áureos que podía generar su imaginación geométrica. Era el ojo de Dios o su lágrima inmóvil.

Por ahí andaban las reflexiones de Ilbia mientras oía sin escuchar a Yadair. Pero de su ensimismamiento logró sacarla una afirmación del orador que estaba describiendo el calzado y el vestuario de las tropas de Granada. En el contexto de un discurso en el que la derrota sólo era atribuible a la nigromancia de Samuel y a la intervención de los demonios, Yadair no podía reconocer que el atuendo ligero de las tropas enemigas había sido decisivo para su victoria, pero lo mencionó entre los factores secundarios. Eso bastó para que Ilbia bajase de los mundos geométricos y prestase atención, porque ella había confeccionado con sus propias manos los prototipos del calzado y los patrones del chaleco que vestían los soldados granadinos. Se preguntó qué ocurriría si se levantase y confesase ante los nobles allí congregados esta autoría. Tal vez la dejaran hablar, pero estaba segura de que nadie la creería. Y es que los hombres preferían creer en genios malignos antes que en el trabajo bien hecho por una mujer.

Por aquellos meses, los servicios de inteligencia de Samuel habían interceptado casi doscientas cartas de intriga dirigidas por Yadair a jeques y a otros señores de la milicia de todo el reino. Las cartas venían desde Sevilla, pero también desde Murcia o Almería, porque el príncipe no dejaba de viajar por todas las taifas fronterizas.

Cada vez que Samuel informaba a Badis de la interceptación de alguna de esas cartas, el rey se empeñaba en cortarle la cabeza al destinatario y, cada vez también, Samuel lo disuadía.

—No podéis castigar a nadie —le decía— por recibir una carta. Si Yadair se enterara de que hacéis eso, mandaría miles de cartas a vuestros aliados más fieles para que los mataseis. Tenéis que actuar como si ni tan siquiera existieran.

Badis acabó por aceptar el consejo del judío y se convenció de que era mejor esperar y callar. La red de informadores de su visir era tan poderosa que había creado un clima general de desconfianza entre la población. Pero el aire de conjura era tan fuerte en todo el reino, que él se sentía amenazado de muerte hasta en la soledad de su dormitorio, y gobernaba como si cada día fuera el último de su reinado.

La Casa del Gallo de los Vientos parecía cualquier cosa menos un palacio real. Desde el amanecer había que abrirse paso por entre carros, labradores que descargaban burros de hortalizas de la Vega, jinetes pendencieros y esclavas negras que transportaban en la cabeza sábanas y toallas hacia el pabellón de las mujeres; había que saltar por encima de gallinas y conejos que se escondían en cualquier grieta; había que eludir la fila de mujeres que pedían la rehabilitación del hijo prisionero, o la indemnización del marido herido en combate o el reconocimiento de algún niño de pecho por parte de cualquier príncipe zirí; y todo aquello entre las protestas de los escribanos vitalicios que prestaban servicio en la corte desde antes de que llegara Zawi, cuando aquel patio maloliente era un foro limpio que estaba en Medina Elvira.

El rey Badis no sólo participaba de aquel desorden descomunal, sino que él mismo lo promovía. Se le veía comprando mujeres, apreciando el olor de las naranjas de invierno o mondando las habas de la primavera que después se comía a puñados, con pan salado y vino apenas fermentado. A la tercera copa, con la obsesión agudizada por el vino, veía por doquier el rostro de su primo Yadair y comenzaba a bramar y a desafiar a cualquiera con el alfanje:

—¡Ven aquí —gritaba—, ven aquí, que te voy a dar lo que mereces, hijo de perra!

Samuel acudía cada vez con menos frecuencia a la Casa del Gallo de los Vientos y, cuando lo hacía, contemplaba con desilusión el espectáculo de un rey borracho,

que igual trataba en persona con vinateros o curtidores, que con eslavas rubias o con mujeres gritonas; que despreciaba a embajadores y dignatarios porque entablaba pendencia con cualquier joven que anduviera por la plaza de la alcazaba; que derribaba a un jinete sólo para reírse de la caída; que se embarraba o vomitaba; que eructaba o soltaba ventosidades; o que restregaba su enorme barriga en cualquier mujerzuela. Samuel lo veía y valoraba su posible error al elegirlo como rey; lo veía y pensaba si algún día tendría que matarlo y si llegaría a tiempo cuando lo decidiera, porque era probable que cualquiera lo matase antes. Cada día parecía, en efecto, el último de un reinado del que sólo él era responsable. Y para no padecer el sentimiento de culpa por haber elegido a aquel oso como rey, repasaba los pasos de su estrategia política. Recordaba que Badis era rey por su brutalidad, para que quedara claro que lo había puesto él; recordaba que Badis era rey provisional: herramienta transitoria para alcanzar la república salomónica y recordaba que podía deponerlo cuando quisiera.

Apenas un año después de la batalla de Écija, Yadair ya tenía un nuevo plan para asesinar a Badis y hacerse con el trono de Granada. Aquel año, tercero del reinado de Badis, Samuel Nagrela había decidido que no habría campaña de verano. El ejército necesitaba un entrenamiento menos destructivo; él estaba enfrascado en la discusión teológica y poética con sus amigos; los acabados del Palacio de los Leones, su mantenimiento y el de la sinagoga tenían mermadas sus arcas; y, sobre todo, Ilbia no tenía intención de volver, a pesar de que él había llegado a suplicárselo por carta.

Al rey Badis, la determinación de Samuel no le agradó. Había sido un guerrero privado de la guerra durante los interminables años del reinado de su padre; no había participado en la batalla de Deifontes contra Almería, y la victoria de Écija ya le sabía a poco. A pesar de la frustración, tuvo que aceptar la decisión e incluso simuló entender las razones de Samuel. Para alejar la molicie, decidió entrenarse para participar como jinete en las justas que se celebraban cada año por el solsticio de verano. Al salir del estrecho valle por el que discurría dentro de la ciudad, y antes de torcer a la izquierda para ir a encontrarse con el Genil, el río Dauro formaba una explanada de tierra. Durante diez siglos, los judíos de Gara Anat no habían sabido qué hacer con aquel arenal, pero apenas en 1013 llegaron zenetes y sinhayas vieron allí el sitio ideal para criar, entrenar y hacer competir a su animal más querido: el caballo. Así que, desde los tiempos de Zawi, este arenal estaba cercado con una empalizada interrumpida sólo por dos puertas: la que daba al río y que aún se llama de la rambla: Bib-rambla; y la que daba a una almunia frondosa de la que se apropió el rey Habús y en la que hubiera vivido siempre de no ser porque estaba extramuros y, por lo tanto, desguarnecida.

En la misma explanada, los soldados se ejercitaban en el invierno haciendo simulacros de peleas y combates, y en sus aledaños se fueron instalando todos los mercados relativos al caballo. Guarnicioneros, herreros o curtidores; bereberes, andaluces o judíos abrieron por allí sus negocios. Cerca quiso Habús construir la

mezquita mayor o aljama, en un punto en el que los legionarios romanos habían construido un pequeño templo mitraico confiado al centurión Turpio y, sobre él, los judíos un curioso templo comercial para viajeros de cualquier religión en el que se vendían abalorios y amuletos, ofrendas y muñecos metálicos. Por allí también se compraban y vendían los mulos de carga, los bueyes y las reses que después se sacrificaban para alimento de las gentes. Y también cerca de la explanada acampaban las caravanas.

A las carreras de junio acudían gentes de otros reinos, incluso de fuera de Al Ándalus, leoneses y catalanes del norte, bereberes del sur. Se trataba a veces de gente noble, caballeros y príncipes, que venían acompañados por vistosos cortejos y magníficos caballos. Allí comparecían cada año los Banu Birzal, los hammudíes de Málaga y de África, o los tujutíes de Zaragoza. Estas justas siempre fueron muy populares y una verdadera fiesta que se extendía por la madrugada y terminaba entre hogueras y cánticos a la orilla del río. El año en que el rey Badis anunció su participación, la expectación creció aún más. Apenas se supo, anunciaron su concurso gentes de una veintena de reinos andalusíes y, de Granada, se apuntaron zenetes, sinhayas, andaluces y los pocos jinetes del Escudo, con Saúl a la cabeza, a pesar de sus cuarenta y cinco años de edad.

Los problemas de Badis eran que tenía que buscar un caballo capaz de aguantar su envergadura y que tenía que entrenarlo al tiempo que él perdía peso. Suspendió las parrandas. Cada día, antes del amanecer, salía de la Casa del Gallo de los Vientos, bajaba al barrio de Haljériz y por la orilla del río caminaba hasta llegar a la almunia. Allí, él y sus oficiales más próximos comían, se bañaban en una pequeña alberca y cepillaban a los caballos. Eran alazanes de patas finas y de gran alzada. Por la mañana temprano, los hacían trotar por la explanada, sin montar, cogidos por una larga cuerda al cabezal, para que adquirieran un trote veloz. Al mediodía, cuando el calor era más fuerte, cabalgaban un poco sobre ellos para fortalecerlos. A la hora de la siesta los refrescaban de continuo, los alimentaban, los acariciaban y los dejaban descansar en cuadras limpias y frescas.

El día anterior al previsto para la competición, el rey Badis se quedó a dormir en la almunia: quería ganar la carrera y, para ello, quería evitar la tentación de cualquier parranda palaciega que lo debilitara. Pero antes del amanecer lo despertó un fragor de voces y caballos. Acompañado por unos cuantos hombres del Escudo, Samuel Nagrela llegaba a la almunia e irrumpía sin llamar en la estancia del rey.

—He sabido que os van a matar durante la carrera —le dijo sin saludos ni preámbulos—. Varios jinetes están confabulados. Uno de ellos, el hijo del jeque Firqan, correrá junto a vos y, en mitad de la carrera os hará caer del caballo. Los demás os rematarán cuando estéis en el suelo.

—¿Quién está detrás? —preguntó el rey.

El silencio de Samuel era bastante.

—¡El maldito Yadair! —se respondió Badis.

—En efecto —confirmó Samuel—. Sus provocadores estarán entre el público, repartirán monedas de oro y enardecerán al pueblo para que celebre tu muerte. Después tienen previsto proclamar rey a Yadair en la mezquita mayor.

—¿Dónde está Yadair ahora? —pregunto Badis.

—En una alquería de la Vega —explicó Samuel—, pero no sabemos en cuál. Cien de mis hombres lo están buscando ahora mismo. Los otros cien vienen hacia aquí para proteger esta almunia.

El plan de actuación de Samuel era el siguiente: antes de la carrera el rey daría un paseo por la explanada a trote largo para que el pueblo lo viera y para que después, durante la misma, pudiera ser bien reconocido entre los demás jinetes. En esa carrera previa, el rey simularía que no podía controlar al caballo, que desbocado se saldría de la explanada por donde quisiera y correría sin pararse hasta la almunia de Habús. Allí se quedaría protegido por cien guardias del Escudo. Saúl y los otros cien, desperdigados entre el público, se abalanzarían sobre Yadair apenas apareciese.

En el momento en que Samuel terminó de exponer los detalles del plan, Badis pidió a gritos que le escanciaran una copa de buen vino.

—Ni se os ocurra —le dijo Samuel frenando con el brazo la entrada del copero—. Esta mañana tenéis que desbocar a un caballo y después controlarlo. De vuestra serenidad dependemos todos, señor.

Badis tuvo que hacer un grande esfuerzo para conservar la templanza. Después de la segunda oración, salió de la almunia precedido por Saúl. Había un sol radiante, una muchedumbre se agolpaba contra la empalizada de madera y, detrás de una gran soga, los jinetes retenían sus cabalgaduras con dificultad. Los pregoneros anunciaron que antes de la carrera Badis daría una vuelta alrededor de la empalizada para saludar al pueblo. Se oyeron pitos de desagrado por el retraso entre la muchedumbre sudorosa, que llevaba varias horas aguardando. El caballo de Badis comenzó a trotar y en ese momento ocurrió algo inesperado para todos: el hijo de Firqan desmontó de su caballo y se acercó al del rey. Sacó una bolsa, la abrió y desparramó por el suelo quinientos meticales. Eran el precio de su traición junto a un documento firmado por Yadair en el que se le entregaba en feudo la villa de Güejar Sierra.

—¡Escapa —le gritó al rey el hijo de Firqan—, porque te están acechando para matarte!

El joven había decidido actuar así unos momentos antes. Por un lado, odiaba a Badis con toda la fuerza de su sangre; por otro lado, no encontraría ocasión más propicia para ganarse el favor del rey.

Badis, temerario y pendenciero, no encontró el temple para proseguir con su plan. Apenas oyó la advertencia de Firqan, dio la vuelta, volvió a entrar en la almunia, salió de ella por el otro extremo y cabalgó a galope hasta la Casa del Gallo de los Vientos.

Samuel Nagrela, sin embargo, se dirigió tranquilo hacia la línea de salida. Los jinetes que esperaban a Badis vieron llegar a su visir erguido y sereno en su caballo.

—El rey —les dijo— ha recibido un aviso urgente y ha tenido que partir. Excusadle porque no puede correr con vosotros. Por lo demás, nada se le oculta acerca de vuestras intenciones.

Dio media vuelta y se alejó. De entre los jinetes que lo oyeron, los conjurados comprendieron que Badis estaba enterado de sus intenciones y que Samuel les daba una tregua para que huyeran. Algunos caballos volvieron grupas en ese momento, otros después de la carrera.

* * *

Yadair no fue apresado y nada se supo de él hasta que a finales de aquel mismo verano, acompañado por dos príncipes andaluces, entró en Arjona, tomó la fortaleza y degolló al gobernador.

Apenas esta noticia llegó a Granada, salió Badis al frente del ejército y con él Samuel Nagrela. Encontraron a los hombres de Yadair encaramados sobre una fortaleza aislada en las rocas. Acamparon bajo ella y con una estrategia militar precisa los hicieron caer como aceitunas vareadas. Los arqueros de Badis disparaban sus flechas y lograban cruzar las almenas, los infantes treparon por las rocas y los jinetes lograron abrir un camino hasta la puerta.

Después vino la masacre: ensartaron a los rebeldes de dos en dos, cubrieron el patio de armas de vísceras y cabezas, ejecutaron allí mismo a uno de los príncipes andaluces y al otro lo cubrieron de grilletes.

Con el corazón trémulo y aterrado, Yadair y otros nueve hombres lograron escapar. En una cabalgada interminable, llegó a creer que cada árbol pretendía matarlo y que en cada piedra había una espada dispuesta a cortar su brazo. Se refugió en Córdoba con el alma enloquecida por lo que les había sucedido a sus dos amigos. Se sintió seguro en aquella ciudad que había dejado de ser capital de un imperio para resucitar convertida en una república sólida y urbana. Pero con un plan nítido y astuto, unos cuantos hombres del Escudo entraron en la ciudad, lo sorprendieron en unos baños públicos y lo aturdieron con un golpe certero en la cabeza. Sin tener la precaución de vestirlo, lo sacaron a plena luz fingiendo que estaba borracho. Fuera de la ciudad lo amordazaron, lo ataron, lo montaron en una mula atravesado como una alforja y emprendieron el camino hacia Granada.

Cuando ya todos daban por segura la ejecución pública de Yadair, Samuel intervino de nuevo. Esta vez convenció a Badis de que terribles desgracias asolarían al reino si mataba a Yadair, porque está escrito que no se puede matar al hijo del hermano de tu padre.

El castillo de Almuñécar tenía unas mazmorras seguras y estaba lejos de cualquier frontera. Allí Yadair sería recluido a pan y agua hasta que muriera sin ser matado.

Badis le debía demasiado a Samuel como para no acceder.

Pero Samuel no pensaba en las desgracias de Badis por matar a un pariente, sino que quería dejar vivo por segunda vez a Yadair, porque era el único hombre que podía ser su nueva alternativa dinástica.

45

Lejos de celebrar las victorias contra Almería o Sevilla, lejos de alegrarse porque por fin un judío tenía el poder de instaurar en Sefarad el reino de Israel, las comunidades judías de Al Ándalus, los judíos de Toledo y Zaragoza, los de Sevilla y Córdoba y, sobre todo, los de Lucena y Granada reprochaban a Samuel su cercanía al mundo de los reyes, su alejamiento de la reclusión comunitaria y su participación directa en las guerras.

—Recuerda, Samuel —le dijo un día en público su suegro, el juez Judá—, que estás arriesgando el bienestar de los judíos de Sevilla. Estas guerras en las que te metes son guerras entre bereberes y andaluces, y nosotros somos judíos. Tú no eres un visir mundano, eres el único nagid mesías de Sefarad.

—¿Intentas aterrorizarme con tu cólera y tu ira? —le respondió entonces Samuel —. ¿Qué he de temer? ¿La muerte? La Divina Providencia es mi auxilio y mi luz. Tú eres mi suegro y vosotros sois mis amigos, pero si son tantos vuestros reproches, acabaréis por resultarme ajenos y crueles.

—Frecuentas a un rey gentil —le planteó otro anciano que asistía a la asamblea del sabat en la oscura sinagoga de la placeta—, pero eso es lo de menos, si tenemos en cuenta que también es un rey borracho y cruel, pendenciero y sanguinario.

—Es nieto de mujer judía —replicó Samuel—, pero además es mi instrumento. Ese rey sirve a nuestro destino como pueblo. Si es rey es porque yo lo he puesto ahí. Pero si yo lo he puesto ahí es porque los ángeles del Señor me lo han dicho. La Divina Providencia lo establece todo y a Dios hemos de agradecerle lo bueno y lo malo que nos ocurre.

Se arrepintió enseguida de decir esto ante la comunidad, pero sólo por la imprudencia de decirlo, no porque hubiese mentido. Estaban en la oscura sinagoga de la placeta y cualquiera podía delatar sus palabras ante el rey. Pero era sincero: cada vez con más frecuencia, tenía sueños en los que Gabriel le transmitía las órdenes de Adonai.

—¿Qué tienes tú que ver con las guerras entre musulmanes? —insistió el dayán Judá—. ¿Cómo te atreves a vestirte de general y acudir al mismo escenario de la batalla? ¿Te has preguntado qué será de nosotros el día que unos u otros te maten?

—Doscientos soldados judíos bien entrenados estarán a vuestra disposición el día en que me maten —dijo Samuel—. Nunca en la historia de los judíos de Sefarad hemos tenido un ejército así. Además, el lugar de mi muerte y de mi sepulcro ya está escrito en el Libro de la Divina Providencia. Si estoy pecando, no puedo evitarlo. Me pasará lo que me tenga que pasar, lo que Dios quiera que me pase. No insistáis tanto. Pensad que tal vez logre pasar mis días coronado de diademas. Llegué a esta ciudad

para hacer lo que tenía que hacer y lo estoy haciendo. No estaría bien que yo rehusara beber de ese cáliz. Cada año paso por el fuego de la guerra y cada año Adonai arroja a mis enemigos en las trampas que ellos tendieron para mí.

Aquella polémica con los rabinos afectó a Samuel más de lo que él mismo suponía y por un flanco inesperado de su corazón. Su hermano Isaac, que vivía en Lucena y había sido uno de los más firmes pero sensatos opositores a la actividad pública de Samuel, cayó muy enfermo. Cuando la noticia le llegó, Samuel no pudo contener un sentimiento de culpa: «Una enfermedad tan grave —se dijo— sólo puede ser castigo de Dios». Y si Dios debía castigar a alguien era a él. La culpa y la incertidumbre ante los designios divinos lo llenó de rabia. Escribió un poema:

Dios mío, pídeme cuentas a mí y no a mi hermano…
Si he errado yo ¿por qué culpas a otros?…

Mediaba por entonces una primavera desaforada y Samuel notaba que el dolor le crecía en el pecho como los brotes de yerba. Intentó compensar aquella erosión del alma con la determinación de visitar a su hermano. De manera inmediata y con la compañía de Abú Madyan, el médico más reconocido y prestigioso de Granada, emprendió el camino hacia Lucena, pero un mensajero de desdichas los alcanzó mucho antes de que llegaran. Era un joven rubio y con aire de patricio que a Samuel le hubiera recordado a su amigo Susán de no ser porque su cara dulce estaba marcada por las picaduras de la viruela. El joven mensajero desmontó y se acercó al caballo de Samuel, pero se quedó mudo ante él:

—Dime —le ordenó Samuel—, ¿qué te hace callar? ¿Vive Isaac?

—Ya ha muerto —dijo el mensajero.

Las palabras fueron como un puñal para Samuel, que desmontó del caballo, agarró al joven por los hombros y comenzó a gritarle sin contención, como si él fuese el responsable de la muerte de su hermano.

—¡Cállate! —le dijo—. ¡Que te anuncien a ti pesares! ¡Queden sin hijo tu padre y tu madre! ¿Acaso no le traigo yo al mejor médico de Al Ándalus? ¿Cómo puede ser que haya muerto el mayor de su generación, amado por sus muchos hermanos, benefactor de su pueblo? ¡Está dormido! ¡Está dormido y lo despertaremos!

—¿Se despertará el que enferma y muere, sea príncipe o mendigo? —respondió sin inmutarse el joven mensajero.

Apresuraron la marcha y Samuel llegó a Lucena antes del entierro.

—Parece —dijo al verle— un hombre sano que durmiera.

Y le gritó para que despertase.

—Te ordeno que lo despiertes —le dijo después a Madyan.

—No tengo el poder de resucitar a los muertos —respondió el médico.

Samuel rompió a llorar.

—De nada te sirvieron —exclamó ante el cadáver— tu riqueza ni tu gloria en un día aciago.

Lo besó y sólo percibió en los labios sus propias lágrimas cálidas y saladas; el frío de la muerte era insípido. Lo lavó y amortajó. Llevó las parihuelas hasta el sepulcro y se introdujo él mismo en la tumba para recibir desde abajo el cuerpo del hermano. Llevaba la túnica sobre el hombro izquierdo y los vestidos desgarrados y cubiertos de polvo en señal de duelo. Vivió con sus parientes de Lucena los siete días de luto. Dejó que cada día le pusieran cenizas sobre la ropa y rompió las copas y jarras. El día que salió para Granada una muchedumbre salió a despedirlo a las puertas de Lucena. Nunca había recibido tantas muestras de afecto en aquella ciudad aún más levítica que Granada. La explicación era que su dolor sincero e incontenido por la muerte del hermano, lejos de rebajarlo, lo había dignificado como hombre ante los prósperos y emprendedores lucentinos.

Cuando llegó a Granada se encontró también ante su casa con una fila interminable de gentes que querían expresarle su condolencia. Amargado y atormentado como volvía, vivió aquella procesión de duelo como algo terrible e interminable. Le pareció que cada beso era un golpe en la mejilla, que aquellas gentes acudían a darle el pésame, pero llevaban la cabeza alta por su caída, se llenaban de risas por su dolor y sentían júbilo por su desgracia.

Durante treinta días no se lavó, ni se arregló el bigote, no visitó el lecho de una mujer, ni se dejó ver en certámenes poéticos y, pasado el luto oficial, comenzó a vivir el duelo profundo en las membranas de su corazón.

Otros tres parientes se le murieron a Samuel en el plazo de un mes, y pensó que Isaac se los llevaba para no estar tan solo en la tumba. Se dio cuenta de cuánto lo quería y comenzó a revivir escenas de su pasado común. Veía a Isaac durmiendo junto a él en el cuarto trasero de la herboristería de Córdoba, recordaba como si las viera sus costillas marcadas; lo veía sentado junto a él en la escuela, lo recordaba transportando los cadáveres de su madre y su hermana por las calles de Córdoba; lo imaginó descomponiéndose bajo la tierra y se le cerró la boca, porque no podía comer imaginando el ayuno de su hermano, ni podía beber imaginando la sequedad de sus huesos.

* * *

A los cuatro meses le nació una hija. Samuel Nagrela, que había vivido la muerte de su hermano Isaac como si muriera él, el nacimiento de su hijo José como si fuera el suyo propio, y que había celebrado también aunque con más moderación el nacimiento de Judá, ni tan siquiera se interesó esta vez por la salud de la madre o de la niña. Pero cuando le comunicaron que Berenice quería que la niña llevara el nombre de Esther, recordó que según las Escrituras, cuando el rey Salomón era ya

anciano, inducido por sus mujeres, adoró a una diosa fenicia llamada Ishtar o Astarté. No sabía que era la misma diosa que daba nombre a la ciudad, pero se negaba a aceptar que su hija se llamase así. No era tanto por el carácter pagano del nombre, sino porque siempre le recordaría el pasaje del Tanaj en el que un anciano rey es llevado a la apostasía por setecientas esposas extranjeras. De manera que mandó recado diciendo que la niña había de llamarse Eliana, que en hebreo significa «la respuesta de Dios».

Berenice, que para el parto y la cuarentena se había trasladado a la casa de su padre, no pudo disimular un sentimiento de desafío y venganza cuando recibió el mensaje de Samuel. Con el mismo mensajero mandó respuesta a La Alhambra: la niña no se llamaría Eliana, sino Esther.

Samuel se sorprendió porque no esperaba una respuesta tan desabrida de la esposa. En realidad no le importaba como se llamara la niña. Le había preguntado a su hermana Carmela y era ella la que había propuesto el nombre de Eliana. A él no le gustaba en exceso, pero el problema ahora era como salvar su autoridad de padre, de esposo, de visir, de rabino y de nagid. Esta vez mandó a la casa de la vieja Gara Anat a un oficial del Escudo con un mensaje escueto:

—Mi señor —le dijo el uniformado a Berenice— me manda que os diga que vuestra hija en ningún caso se llamará Esther, porque no es nombre adecuado para una mujer judía.

Berenice estalló en reproches. Estaba indignada no tanto por el empeño de Samuel, sino por el desprecio que suponía no haber bajado todavía a la medina para conocer a su hija y visitar a su esposa.

—Si Ilbia estuviera aquí —se dolía— no pasaría esto.

Buscó el apoyo moral de la anciana reina Kahina y de su padre el juez Judá y de ambos recibió el dictamen claro según el cual el nombre de las niñas podía ser elegido por la madre porque, a diferencia de los niños, no podían ser circuncidadas.

De manera que la niña se llamó Esther, como quiso Berenice. Pero un mes después del parto, Samuel bajó por fin a la casa de su suegro y, durante la visita, se empeñó en referirse a la niña con el nombre de Eliana. Obtuvo entonces la respuesta contundente de Berenice.

—Esta niña se llama Esther —le dijo— y tienes suerte de que no se llame Kahina, porque es nombre bereber, o Helvia, porque es nombre romano. Si te empeñas en llamarla Eliana, has perdido una hija y has perdido una esposa.

El tono de la respuesta fue tan duro y tajante que, para sus adentros, Samuel aceptó el nombre impuesto por Berenice, aunque jamás se dirigió a la niña ni con ese nombre ni con otro. Sólo una persona, la tía Carmela, se empeñó en llamarla Eliana.

En aquella misma visita, Samuel le preguntó a Berenice cuándo pensaba volver al Palacio de los Leones. El sentido de la pregunta era sólo saber cuánto faltaba para el cumplimiento de la cuarentena, porque Samuel ni tan siquiera podía imaginar que la estancia en la casa del padre fuese a demorarse por más tiempo. Pero obtuvo otra

respuesta fría y cortante.

—Aquí estoy bien —le dijo Berenice—. Y nos quedaremos aquí hasta que yo quiera.

Samuel Nagrela entendió que era imposible ya recuperar a Berenice. Al menos de un modo tan entregado como la había tenido en aquellos años. La parte de amor que ella quería para sí era la que él le había dado al hijo mayor, con lo mejor de su tiempo.

Se conformó. Ilbia volvería tarde o temprano y, sobre todo, su hijo José, la persona que más le importaba en el mundo, seguiría a su lado pasara lo que pasase. Acabó aceptando que Berenice se llevara a Judá, el hijo menor, y que se quedara a vivir para siempre en el caserón de Gara Anat.

La armonía entre Samuel y Berenice volvió de la manera más inesperada. Fue en octubre, cuando celebraron el cumpleaños de José. Berenice había aceptado subir hasta el Palacio de los Leones para asistir a la fiesta excesiva de bufones, danzarinas, poetas y cantores que Samuel había organizado en honor al niño. Apenas la vio llegar, José, que llevaba meses sin verla, la tomó de la mano y la condujo hasta un jardín que él mismo había construido y diseñado: era un jardín circular delimitado por un seto floreado en pleno otoño y por un canal redondo donde había conseguido aclimatar a unos peces dorados sacados de las aguas altas del Genil.

—Esta planta —le dijo el niño— se parece a ti, porque es suave y discreta en primavera y verano y florece con fuerza en otoño.

La madre no lo entendió bien y le pidió explicaciones. Entonces el niño le dijo que la belleza de aquella planta se mostraba sólo en la adversidad del clima y que a él le parecía que su madre era más bella cuanto más se enfadaba con su padre. Seguro de que nadie lo oía, añadió que él estaba de parte de ella.

En ese mismo instante, Berenice decidió acabar con la separación e instalarse en el Palacio de los Leones con Judá y Esther.

De manera que, con el malestar silencioso de Carmela, que sin la presencia de Ilbia y Berenice se sentía ama de La Alhambra, comenzó de nuevo la mudanza. Samuel lo celebró porque era el retorno de la armonía familiar y comenzó a repetir que le gustaría tener otra hija para ponerle el nombre de Eliana. Mentía, porque su verdadero deseo era el contrario. En los siglos de Al Ándalus, para cualquier dignatario, noble o rico, poderoso o acaudalado, una hija era un obstáculo, porque implicaba la obligación de casarla, de casarla bien y de dotarla para casarla. En el tráfico del mercado y del poder, las niñas de la casa suponían una posición de debilidad para su padre. Los hombres de su clase podían rehusar un matrimonio que no les resultara ventajoso, podían adquirir concubinas eslavas y podían negociar la cuantía de la dote. Se contaban los casos de muchos ricos que habían de renunciar a puestos de altura en las cortes andalusíes por la simple razón de que tenían hijas que casar. Fue por eso por lo que Samuel Nagrela se había sentido decepcionado con el nacimiento de Esther.

En cambio, la esposa del nagid recibió con júbilo a su hija y se propuso protegerla de aquel medio hostil en el que debería crecer. Apenas cumplidos los dieciocho, Berenice sabía que la vida de los hombres era pública y militar, lineal y previsible; en cambio la de las mujeres era compleja y tornadiza, circular y sorprendente. Desprovista ya de los espejismos de la infancia, empezó a vislumbrar el desencanto de no haber sido lo que soñaba ser cuando era niña: alguien como Ilbia. Y de empezar a ser algo que nunca se atrevió a decirse ni tan siquiera a sí misma: una esclava de lujo adquirida sólo para parir varones. Berenice estaba decidida a pedirle a Ilbia que se encargara de la educación de Esther apenas volviese a Granada, con una sola condición: que la niña fuese un día como Ilbia y no como Berenice.

46

En 1042 murió Al Qasim Abad y le sucedió su hijo Mutadid. Para entonces Ilbia ya había terminado el palacio del Guadalquivir y había sentido la llamada del destino que le ordenaba volver. La percibió una mañana, muy temprano, en el cuerpo cálido de una paloma que le traía otra carta de Samuel. Había dormido mal y había padecido pesadillas que era incapaz de recordar. Con las primeras luces subió al palomar y se tranquilizó al ver que una paloma se acercaba a la torre por sobre la orilla del río. «Aquí llegan las noticias de mi destino», se dijo con la tranquilidad de quien por fin interpreta un mal sueño atragantado. Pero leyó la carta y le retornó el malestar y la incertidumbre, porque era sólo la enésima llamada de Samuel que le prometía la financiación de La Alhambra y le suplicaba que volviese (no a su lado como a ella le hubiese gustado tanto leer, sino sólo) a Granada. Luego miró hacia el río, lo vio bello en el amanecer y, sin saber por qué lo hacía, se despidió de él. Despertó a Flora y le anunció que se iban de viaje.

—¿Adónde? —preguntó la esclava adormecida.

—No lo sé —respondió Ilbia—, pero nos vamos.

Esa misma mañana le anunció su partida al visir de la corte que le supervisaba las obras. Él le pidió unas horas para reunir el dinero que el rey le adeudaba y sin ninguna intención le preguntó:

—¿Adónde vais, señora?

—A Salobreña —respondió Ilbia—. Un pariente me llama.

No era cierto. No había ya parientes en Salobreña y no había notado en ningún momento la llamada del espíritu de su hermano Isa. En realidad esa fue la tercera de las respuestas que se le ocurrieron: la primera que le vino a los labios fue la misma que le había dado a Flora: «No lo sé», y no se atrevió a dársela al visir porque habría parecido una falta de respeto, un «No me da la gana de decirte a dónde voy». Y la segunda respuesta que le vino a la mente y tampoco se atrevió a darle a un visir del reino de Sevilla fue: «Voy a Granada, a terminar La Alhambra».

Salieron hacia Córdoba con un grupo de mercaderes de joyas y en Osuna enlazaron con otros que se dirigían a Málaga. Desde la primera parada del camino ya sintió ganas de quedarse sola para llorar. Sólo la molesta insistencia de Flora, muy preocupada por pequeños detalles del viaje, y el recuerdo grato de Susán, le permitieron aplazar las lágrimas.

Una semana más tarde llegó a Salobreña en el mismo estado de desconcierto en el que había salido, sin saber por qué había abandonado Sevilla, ni a dónde se dirigía, ni qué hacía allí en Salobreña. Fue bien recibida por su fiel Hassan, envejecido y canoso, y gobernador de la alcazaba desde que lo nombrara Samuel. Y la

servidumbre del alcázar, que era la misma que la había visto crecer, la recibió con entusiasmo, en la esperanza de que volviera para quedarse. La instalaron en los mismos aposentos que ocupaba cuando era la niña de los gatos, la alimentaron con primor, la bañaron y peinaron, y la obligaron a descansar.

Ella se dejó cuidar y querer por aquellas gentes y como ya no había libros se dedicó a revisar los más de sesenta planos arquitectónicos que llevaba acumulados durante años en un cartapacio de cuero. Al poco, se encontró pensando en Samuel Nagrela. Durante los años de ausencia había pensado mucho en aquel rabino convertido en general que en realidad no era ni una cosa ni otra. Ni poeta, ni hombre de Estado, ni rey, ni débil. Ella lo había declarado materia y sólo eso seguiría siendo a los ojos de su corazón de no ser por La Alhambra. Él creía aún que La Alhambra nacería de su Divina Providencia y a través de las manos y del cálculo de Ilbia, pero ella sabía que era justo al revés: La Alhambra no existía por Samuel, sino que Samuel había nacido para construir La Alhambra. Como ella. Eso era lo que los unía.

Así que le comunicó que estaba en Salobreña por palomas mensajeras y se demoró allí lo justo para comprobar en las respuestas que él tenía ganas (y no sólo necesidad) de verla pronto. Desde lo alto de su caballo, cuando ya vislumbraba Granada y andaba pensando que volvía a aquella ciudad para quedarse, le salieron al paso dos jinetes mensajeros. Eran de la guardia de Samuel Nagrela y, de parte del nagid mesías, venían a decirle que acelerara el paso porque la reina Kahina se estaba muriendo.

—Ya lo sabía —dijo Ilbia—. En realidad vengo para sus funerales.

No era cierto. Ni tan siquiera hubiera imaginado que la llamada del destino que sintió en sus sueños de Sevilla provenía de la reina Kahina, pero al oír al mensajero todo se aclaró de repente y desapareció el estado de desconcierto.

—No se morirá hasta que llegues —le respondieron los jinetes.

Y así fue. Si por ella misma fuese, Kahina se hubiera muerto el día en que se inauguró la sinagoga de La Alhambra, o el día en que visitó el Palacio de los Leones para asistir al cumpleaños de José. Pero la heredera de Urlilit de Tuat no podía morirse sin contar con la aprobación de una estirpe milenaria de mujeres judías. No podía morirse hasta que Ilbia retornase y, en la espera, sólo podía consolarse en los preparativos de su propia muerte. El más importante de ellos era contar su vida y la vida de sus antepasados a su elegida como heredera: Ilbia bent Casim ibn al-Arif al-Garnatiya. Así, encerrada en el alcázar del Genil, absorta en la espera, la reina Kahina se olvidó de comer y de beber durante tres años y se sumergió en un letargo invernal que la mantuviera viva hasta la llegada de la heredera.

En todo ese tiempo, Samuel Nagrela la había visitado una sola vez. Fue cuando Ilbia más se resistía a volver y lo hizo por si Kahina podía revelarle alguna clave esotérica o salomónica, o algún otro chantaje para el alma que la obligase a volver. Con este fin entró a la cámara donde hibernaba la reina una hora antes del atardecer de un lunes y salió de allí cuando todavía era de día. En menos de una hora, atendió

lo que pudo el reguerillo de palabras que manaban de Kahina como el agua de una fuente escasa. Le oyó un nítido «Ilbia volverá cuando tenga que volver» y sólo consiguió descifrar uno de los deseos de la reina: que antes de su muerte le presentase a su hija Esther.

Cuando Samuel salió de la alcoba, el príncipe Susán, que lo esperaba en el patio, le preguntó si había recibido la revelación especial que esperaba. Samuel le respondió que no y añadió que la reina Kahina deliraba con voz inaudible y en lenguas incomprensibles.

En realidad, durante aquella hora escasa, la reina Kahina le hizo dos revelaciones importantes, no tuvo un solo delirio y no habló ninguna lengua incomprensible. A pesar de sus buenos conocimientos gramaticales de siete lenguas, Samuel no llegó a darse cuenta de que Kahina le hablaba en un arameo primigenio, la lengua del Edén transmitida sin evolución por las herederas de Lilith, la primera esposa de Adán. Fue por eso y por la ancestral incomunicación entre los hijos de Eva y las hijas de Lilith por lo que Samuel no llegó a descifrar nunca las dos revelaciones que contenía aquel discurso: la primera era que él no era Salomón, sino David, el rey que no pudo construir el Templo, porque era tarea reservada por YHVH para su heredero. La segunda era que su hija Esther Nagrela heredaría de Ilbia el peso de la estirpe de Lilith, como Ilbia lo heredaría de Kahina en el momento en que volviese y como Kahina lo había heredado de Urlilit de Tuat.

Las dos predicciones se traducían en dos consejos morales que Samuel ni tan siquiera sospechó: que debía cuidar a José, porque era el llamado a terminar La Alhambra y que debía querer a Esther, porque sería una reina.

Cuando Ilbia entró en la alcoba de Kahina, se encontró a una niña acurrucada con cara de momia que, apenas la hubo saludado, comenzó a recitarle en una lengua extraña datos históricos y biográficos. Sin entenderla, porque Ilbia ni tan siquiera conocía el arameo evolucionado, tuvo que fingir que la atendía. Kahina hablaba como en estado hipnótico y de repente calló. Por un momento Ilbia creyó que había muerto, pero enseguida la vio reanimarse. Kahina cambió a la lengua árabe y comenzó a hablar de mundos antiguos. A Ilbia le sorprendió la extraña sabiduría de aquella mujer; supo que era capaz de leer la lengua jeroglífica; que sin titubear era capaz de recitar el nombre de todos los faraones de todas las dinastías, de sus esposas, concubinas y esclavas predilectas, y que describía las dependencias del Templo de Salomón como si hubiera vivido en él. Al principio atribuyó a la condición nómada de los judíos el hecho de que Kahina le estuviera hablando de Alejandría y Jerusalén como si hubiera vivido allí muchos años, pero muy pronto se dio cuenta de que tenía conocimientos que no podían provenir de los viajes de sus antepasados.

—Yo no sabía que lo supiera —le dijo entonces la reina Kahina—. Cuando te lo cuento a ti, es como si la primera mujer te lo estuviera contando a través de mi voz.

En los días anteriores a su muerte, experimentó una extraña mejoría. Con manos torpes, lograba ponerle a Ilbia pócimas para embellecerle sus ojos de desencanto. La sentaba junto a ella y le tomaba sus manos desvalidas. Le enseñaba canciones de lástima que hablaban del paraíso perdido y que sólo debían cantarse en soledad o, al menos, jamás delante de los niños, los amantes o los muertos de cuerpo presente. Le hablaba de los beneficios del veneno de alacrán que, en muy pequeñas dosis, servía para curar la falta de sales del organismo y la pérdida involuntaria de orines. Le hablaba de la triaca de Mitríades y de la maldición de la viruela: la enfermedad que los pájaros de Allah descargaron sobre los elefantes abisinios.

Cuando dio por terminada la relación pormenorizada de su vida y de la vida de las mujeres de su estirpe de cuatro mil ochocientos cuatro años, se tumbó en el lecho en el que había pasado los últimos tiempos, extendió los brazos, cerró los ojos y, con toda claridad y todavía con sus ojos mortales, vio cómo su alma se acercaba al muelle donde aguardaba Caronte.

Como ella había dispuesto, su cuerpo pequeño de jinete momificado fue envuelto con su manto de sacerdotisa y enterrado después junto a la sinagoga de La Alhambra, entre los llantos desatados de cientos de mujeres llegadas de toda la comarca y que pregonaban desgarradas la muerte de la Santa.

* * *

El llanto de las exequias de la reina Kahina se elevaba en una música de precisos acordes. Desde su aposento más privado, Samuel Nagrela la oía pensativo, y tardó en percatarse de que estaba reflexionando sobre su propia muerte como hacía con frecuencia, aunque esta vez las cavilaciones se le estuvieran yendo por caminos nuevos. Por aquellos días sentía otra vez el corazón roto. Conocía muy bien ese sentimiento y lo había experimentado hacía poco cuando murió su hermano Isaac. Era una congoja que crecía con los años. En la juventud toda muerte tenía algo de alivio y todo abandono algo de nueva oportunidad. Pero ya era lo bastante viejo como para saber que toda muerte prefigura la propia y toda separación es irreversible. Por eso tenía el corazón roto. Y no era sólo por la muerte de Kahina, sino sobre todo por el reencuentro con Ilbia. Y no era tanto porque hubiese sido un encuentro tan frío como fue, sino porque sin saberlo había vivido el viaje y la ausencia de ella como una muerte prematura, y ahora ya no tenía edad para vivir el reencuentro como resurrección.

—No he vuelto para estar contigo —le había dicho Ilbia—. He vuelto para terminar La Alhambra.

Y cuando él le hizo ver que de alguna manera era lo mismo porque al fin y al cabo se trataba de construir su palacio, ella le respondió que La Alhambra no era de él, ni para él, sino de los antepasados y para las generaciones futuras.

Quince años antes, cuando él llegó a Granada después de su viaje por África, Ilbia

lo recibió con tanto júbilo que durante semanas vivieron en un cataclismo de amor. Ahora, ella apenas se había detenido en su casa y había dedicado más tiempo a conversar con los niños y con Berenice que con él mismo.

«Todo se lo lleva el tiempo —pensaba Samuel mientras oía los llantos—. El amor también».

En pocos días, partiría de nuevo para la guerra.

47

Esta vez las tropas de Granada se dirigían a Lorca, ciudad aliada que había sido tomada por una coalición de las taifas orientales —Denia, Baleares y Valencia, donde reinaba un nieto del gran Almanzor— y de las marcas septentrionales, con el auxilio además de cuerpos mercenarios catalanes.

Acamparon los ejércitos de Granada en la villa de Vélez Blanco con intención de atacar a la mañana siguiente. Esa noche, en el campamento, Samuel creyó estar oyendo todavía los llantos por la muerte de la reina Kahina y pensó de nuevo en su propia muerte. La Divina Providencia que lo había llevado a tres victorias consecutivas podría torcérsele ahora. Mañana podía morir.

Iba a cumplir los cuarenta y nueve.

El día anterior había recibido carta de su hijo. José Nagrela tenía por entonces siete años, pero desde que nació estaba sometido a un estricto plan pedagógico que le permitía ya redactar o hablar con soltura en tres lenguas: la árabe, la hebrea y la hispano-andaluza. Samuel contestó la carta infantil con un poema breve en el que le animaba a seguir leyendo y escribiendo, y a estudiar la Torá y el Corán. En los últimos versos añadió que con la misma pluma de hierro con la que le escribía cartas, se lo había grabado, no en la membrana, sino en el mismo hígado, y que el amor que sentía por él estaba adherido a las paredes de su corazón. No escribió, pero lo pensó, que esa era la gran diferencia entre el amor que sentía por Ilbia o por Susán y el que sentía por el hijo: dura el amor de sangre, el otro pasa. El olor de la muerte era tan fuerte en aquel campamento que Samuel decidió volver a escribirle a su hijo aquella misma noche. Apenas comenzó supo que esa nueva carta no podría resolverse en un poema de diez versos. Mandó entonces que le prepararan una infusión estimulante de hierbas y se dispuso a velar toda la noche. No era su intención inicial, pero acabó redactando su propio testamento moral. Seguía contemplando su propia muerte, pero ahora pensaba en las repercusiones que traería para un niño de doce años.

Querido José: todo cuanto sufro y soporto, y la aflicción en la que me adentro, tienen en ti su razón. De no ser por ti, yo habría vagado por el mundo y habría vivido mi tiempo, como hacen las gentes. Sin embargo, heme aquí en un campamento de guerra a punto de comenzar otra batalla. Mientras te escribo, veo a la Muerte que se pasea ante nosotros divertida y con anchas fauces. Cuando mañana se alce el adversario, no sé si estará pronta para nosotros o para nuestros enemigos. Si estuviera escrito, hijo mío, que no vuelvas a verme y que yo nunca más te vea atiende a esta mi última carta en todo momento y que ella te desvele si te duermes; y que ella sea tu instructora, cuando no tengas un sabio mejor a tu lado.

Este es mi decálogo moral para ti: primero, temerás siempre a Dios, tu creador y

venerarás su Divina Providencia; segundo, estudia, investiga y analiza, adquiere para ti inteligencia y razón antes que ninguna otra cosa; tercero, respeta a tu madre y a tus hermanos, honra a tus parientes en cualquier grado y no olvides nunca que perteneces a la tribu de Leví y a la nación de Israel; cuarto, busca la buena fama en tu ciudad y prefiérela a la riqueza; quinto, a los que te pidan dales, si puedes, lo que desean y, si no puedes, ofréceles siempre una respuesta delicada; sexto, comparte tus riquezas, pero no olvides tus necesidades; séptimo, hazte rico, crea tu propia fortuna y no confíes en mi herencia; octavo, encúmbrate en la vida apoyado en la grandeza de tus padres, pero nunca desdeñes a los más jóvenes; noveno, investiga por tu cuenta todas las enseñanzas que yo no puedo darte; y décimo, pero no en último lugar: cásate con una mujer judía, de la tribu de Leví, y ten un hijo sano y fuerte al que querrás con toda tu alma, con el que entenderás cómo yo te quiero a ti, y al que transmitirás este decálogo que hoy, en víspera de mi muerte, yo te mando.

Antes del amanecer, Samuel entregó su carta al palomero para que la enviara a Granada sin dilación y comenzó a dar las primeras órdenes para la batalla. En estas estaba cuando se le presentó un emisario que le anunció que contaba con el apoyo de las tropas de Almería y que antes de una hora estarían bajo su mando.

Además, en el otro bando sucedió algo imprevisible: el rey de Denia mantuvo una fuerte discusión con el nieto de Almanzor. Disconformes con la marcha de los acontecimientos, las tropas de Denia y los mercenarios catalanes abandonaron el campo de batalla. Cuando el amirí comprobó que el adversario se duplicaba y él se quedaba solo, perdió el temple y la dignidad y ordenó el abandono de Lorca y la huida hacia el norte.

Samuel entró triunfal y tranquilo en Lorca, y apenas pudo desmontar, redactó una tercera carta para José en la que le contaba la desbandada del enemigo y la magnitud del cuarto triunfo consecutivo que la Divina Providencia le otorgaba.

Reclamó otra vez la presencia del palomero —un hombre tuerto y jorobado que olía a azufre— y le ordenó que atase el papel a las patas de la mejor paloma mensajera, que la coloreara con agua de azafrán y que la perfumara con incienso.

Al llegar a La Alhambra la paloma zureó desde lo alto de los terrados y bajó directa a las manos de José. El niño, que horas antes había llorado con el testamento moral de su padre, creyó que llegaba ya la noticia de su muerte. Jugó un poco con la paloma, la acarició como si quisiera conjurar la mala suerte de la noticia, desató el papel y dio un salto de alegría al leer la primera frase: «Hijo mío —decía—, debes saber que ha huido en desbandada la maldita tropa de enemigos…».

48

Tratando de descubrir el alma de la tierra y antes de comenzar la construcción del último edificio de La Alhambra, Ilbia estudió la estructura geológica de la colina sobre la que se alzaba. Creía que era un estudio rutinario, sin más importancia que la técnica, hasta que descubrió que la composición era única y se entusiasmó con el hallazgo. En la ladera que daba al Dauro predominaban los derivados ferruginosos, de los que provenía el tinte rojo de sus tierras, y los residuos áuricos, presentes allí por la afinidad alquímica entre el hierro y el oro. En cambio, por la parte contraria, predominaban los agentes plumbíferos, como el yeso, con cortos porcentajes de argentíferos, que allí se daban por la afinidad alquímica entre el plomo y la plata. La arquitecta comprendió entonces que el poeta Isaac de Elvira conocía ya esa composición y la había resuelto con unos versos maestros:

… mas cuando apareció el sol,
su plata vióse convertida en oro.
He aquí la piedra filosofal.

Sin poder saber que, muchos años después, aquel poeta de la vieja Elvira iba a ser determinante en la destrucción de la estirpe de los Nagrela, lo buscó. Era un ulema maniático que vivía el ascetismo en una cueva de la Raja Santa rodeada por las ruinas de Medina Elvira. No se acercaba a Granada, ni actuaba como imán en sus mezquitas, sino en las ocasiones menos pensadas y en función de extraños cálculos. Se decía que había sido iniciado por Utman de Borja y conocía la nueva mística sufí, pero en realidad se reclamaba discípulo de Alí Hazm; eso lo adscribía al partido de los andaluces y le había valido desconfianzas de la corte bereber y de las viejas familias judías. Ilbia le mostró los planos arquitectónicos que tanto había reelaborado en las noches estrelladas de Sevilla. El ulema se tomó dos tardes de principios de otoño para examinar los pormenores de los dibujos y no manifestó su conformidad con el proyecto de Ilbia hasta la semana siguiente. Le preocuparon más los muchos elementos egipcios presentes en el boceto que el carácter salomónico del conjunto. La tradición salomónica era aceptable por el Islam, pero el paganismo egipcio le resultaba abrumador a un hombre forjado en el más duro monoteísmo. A pesar de todo aprobó el conjunto del proyecto y le prometió a Ilbia su reserva absoluta. A cambio, la arquitecta le iría mostrando las obras a medida que se fueran concluyendo y él se reservaba el dictamen final sobre la adecuación de la obra a los preceptos arquitectónicos del Islam.

Nada perturbaba ya los ensueños de Ilbia. Ese mismo otoño comenzaron las obras cuya duración prevista no era menor de cuatro años. Sobre el papel se veía un edificio con tres partes: la primera, comenzando por el sur, cumpliría la función de albergar a la burocracia del gobierno: era un edificio de dos alturas que bordeaba un patio rectangular y áureo que aún se llama *Sahan Arrajim* o Patio de los Arrayanes. Después había previsto un segundo edificio, transversal al primero y que tendría la forma de una barca invertida, la que después de su muerte conducía a los faraones hacia el oeste. Y la tercera dependencia del edificio cumpliría la función del sanctasanctórum del Templo de Salomón. Sería también, en una lectura que Isaac de Elvira no supo apreciar, el Salón del Trono de Israel. Se dibujaba como un rectángulo fortificado de las mismas dimensiones que el Patio de los Arrayanes, pero puesto de pie y coronado por una cúpula que contendría los siete cielos del Talmud de Babilonia.

Salomón Gabirol recibió una carta de Ilbia que contenía copia de los planos. Cuando los vio se alborotó tanto como ella con la magnitud y el significado de la obra. Ilbia no le mandaba demasiados pormenores, sino que más bien le formulaba preguntas que él se apresuró en responder. Le preguntaba si recordaba los terrenos y si podría hacerse una idea exacta desde la distancia, y él le respondió que sí. Le preguntaba si tenía conocimientos de astrología que determinaran algún cambio en la ubicación exacta del Salón del Trono, y él le dijo que sí y que en pocos días le escribiría sobre este asunto.

Fueron quince los días de trabajo duro que Salomón necesitó para emitir su informe astrológico. Tuvo en cuenta la posición del viejo alcázar, que nadie sabía si era romano, púnico o tartésico, y donde se acuartelaban por entonces las tropas del Escudo. Si la torre principal de este alcázar se superpusiera a alfa-Ofiuco, por su tamaño y localización, a la torre de Comares correspondería gamma-Ofiuco, mucho mayor que sus vecinas. Así el contorno entero de La Alhambra coincidiría con el de la galaxia Ofiuco, la que en el mapa celeste se localiza entre las del Escorpión y el Águila.

Ilbia modificó sus planos y decidió construir la torre que albergaría el sanctasanctórum donde hoy está. En otra carta, Ilbia le daba las gracias por el estudio astrológico y le preguntaba por los colores que habría de tener este nuevo edificio de La Alhambra. Cuando la leyó, Salomón no se levantó de la silla hasta que terminó de escribir su respuesta:

El viejo alcázar siempre fue de color blanco, porque estaba encalado. Pero estaba enlazado con las Torres Bermejas por murallas que también eran rojas. Ilbia ya había rehusado el blanco para la sinagoga, que era de color albero con tintes dorados, pero no para el Palacio de los Leones. Salomón no dudó en su consejo: el Palacio de Comares había de ser rojo. Como concesión a las ideas de Ilbia le recordó que era color sagrado para los egipcios y que, según el código hermético, la tierra aurífica

atraía las buenas radiaciones de estrellas. Pero se fundamentó sobre todo en la tradición hebrea, en la que el rojo era el color de la savia cósmica y de la sangre, polarizaba emanaciones y atraía fuerzas desconocidas. Por eso, desde los tiempos más remotos, los talismanes fueron escritos con tintura mágica de sangre y los tótemes ungidos con la sangre de los inmolados en sacrificio.

Ilbia le hizo caso. Ordenó que se extrajeran grandes cantidades de una tierra llamada alpañate, que era roja y se daba en la misma colina, sobre todo en las quiebras que miraban al Generalife. Este alpañate se asemejaba por su tinte al bolo de Armenia y se utilizaba también para fabricar botijos que refrescaban el agua y le daban la propiedad de purificar la sangre de quien la bebiera. Para los muros, la tierra de alpañate se trataba por el procedimiento de la jarcia: primero se mezclaba con cantos de ofita, una piedra jabaluna del Dauro, cal y agua. Después la mezcla se apisonaba a presión con unos moldes de madera. Ilbia comprobó que el tapial que resultaba era tan duro como la mampostería romana. Se lo dijo a Salomón en una tercera carta en la que le preguntaba si estaría dispuesto a volver a Granada. Gabirol le respondió que sí.

Él no lo sabía, pero también estaba marcado en su destino por La Alhambra. El trastorno de su vida en Zaragoza había empezado con el asesinato de su maestro Yequtiel ibn Isaac, su protector y mecenas, y la única persona de este mundo a la que el arrogante Salomón se sometió por propia convicción. Siguió con la muerte natural de su padre Judá Gabirol, que no pudo soportar tanto exilio y tanto volver a comenzar en tantas ciudades de Al Ándalus. Tocó fondo, a los quince días, con la muerte repentina de su madre y siguió por varios años, en los que se vio rodeado por gente ajena, poderosa y culta, pero miserable.

Él mismo estaba sorprendido por el encadenamiento de sus desdichas. Se sentía sepultado, pero no en el cementerio: su ataúd se encontraba en su propia casa. Estaba doliente, solo y necesitado. Le creció la virulencia y se le agrió el carácter. No lo admitía en su fuero interno, pero se había enredado en un laberinto de desprecios y rencores hacia sus coetáneos y su inteligencia prodigiosa se había convertido en aguijón que se clavaba en su propia espalda.

Los rabinos de Zaragoza no lo soportaban. Gabirol atribuía la enemistad a sus convicciones neoplatónicas y pretendía reducirlo todo a una disputa filosófica en la que por supuesto él llevaba toda la razón. Ni en sus momentos de mayor sinceridad consigo mismo podía reconocer que eran su acritud y altiva independencia lo que provocaba el odio.

Un sabat, en ceremonia solemne, la comunidad judía promulgó contra él un *herem* o anatema, que significaba su expulsión de la comunidad, su exclusión de los negocios entre judíos y, en definitiva, o la solicitud humillante de perdón o la pena de destierro.

No tenía privilegios comerciales de ningún tipo, no tenía por tanto miedo del escarnio. No tenía vergüenza, no estaba por tanto dispuesto a la humillación. Después

de un herem, para el perdón, el judío excomulgado debía tumbarse en la puerta de la sinagoga y dejarse pisar por sus correligionarios. Salomón Gabirol, llamado ya por entonces el caballero de la palabra, no estaba dispuesto a eso.

Así que, harto de tanto sufrir, decidió abandonar la ciudad y retornar a Granada en busca de la protección del nagid. Y decidió también no despedirse de nadie ni decirle a nadie que se iba. Cegado por el orgullo no cayó en la cuenta de que ni a nadie le importaba que se fuera, ni quedaba nadie de quien despedirse. La víspera del viaje, sin embargo, redactó una carta virulenta dirigida a la comunidad judía de Zaragoza en la que llamaba a los rabinos bandada de avestruces, necios, badulaques y engreídos. La redactó masticando cada palabra, sobre el papel mojado por las lágrimas, y con una rabia tan intensa que le provocó un fuerte dolor en la boca del estómago.

Con su criado y una burra vieja, con el dolor punzante en el estómago y aturdido aún por su propio odio, se enganchó a una caravana que partía hacia Toledo. De allí a Córdoba y un mes más tarde por el camino del río llegó a Granada. Al dejar atrás la colina en la que se descomponía Medina Elvira, se detuvo paralizado ante la visión de las torres emergentes de La Alhambra, bajo las nieves perpetuas de Sulayr.

Antes de cruzar la puerta de Ataubín, mandó a su criado que se adelantara para anunciarle su llegada a Samuel Nagrela. Pero la noticia del anatema de Zaragoza había llegado a Granada antes que él.

—Dile a tu amo —contestó al mensajero el nagid— que el anatema de Zaragoza vale para Granada y que en esta casa y en esta ciudad Salomón Gabirol no es bienvenido por hereje.

Cuando oyó la respuesta, Salomón se dio a despotricar contra Samuel y decidió desafiarlo. Entró a la ciudad y en la primera plaza que encontró se sentó, clavó la mirada en el cielo y comenzó a recitar poemas.

Me hirió quien por collar tiene a las Pléyades
y es cual brillo de luna su garganta

Su criado llevaba una flauta y unas sonajas colgadas en la espalda. Al final de cada verso, agitaba despacio las sonajas y hacía el eco a cada rima que la voz del poeta pronunciaba.

Yo le he dicho:
—Mi alma toma y yo tendré el sosiego
y si no, dame al menos un remedio, dame cura.
Así me respondiera con la dulzura de su boca y dijo:
—Para una llaga antigua no hay remedio.
—¿Es acaso mi herida antigua, amigo?
Reciente es, no tiene más que un año
Me respondió:

—Mi vaso bebe y cántame
como si fuera el día de la ausencia;
lejana la alegría, entona amigo,
esa canción en árabe que dice:
«En recuerdo de un hombre cuya presencia quiero».

Después Salomón comenzó a tañer el laúd y a cantar en árabe la canción que su poema había anunciado: *En recuerdo de un hombre cuya presencia quiero*…

Allí en la plaza se quedaron toda la mañana. A veces solos e ignorados, a veces rodeados de gente. Algunas monedas cayeron en la mano extendida del criado y algunas mujeres se le acercaron asustadas por la extrema delgadez y la mirada perdida del poeta y le preguntaron por la enfermedad que padecía.

Tenía Salomón Gabirol por entonces veinticuatro años y ya había sido consagrado como poeta y como filósofo. Era autor de una gramática hebrea en cuatrocientos versos, titulada *Anaq* o *El collar*, y de un libro de máximas y sentencias llamado *Selección de perlas*. En su mente habitaba un vasto sistema filosófico, una cosmovisión que iba redactando y publicando por fragmentos. De estatura corta y cabeza grande, huérfano de padre y madre, tuberculoso y delgado, con las piernas abrasadas por llagas, de salud delicada, de vida oscura dedicada al estudio, de temperamento melancólico y retraído, aunque con carácter irascible, Salomón estaba en Granada.

A mediodía, mientras trabajaba en La Alhambra, Ilbia supo que un poeta judío se había instalado en Bibataubín y que tenía algún parecido con el pequeño Salomón. Segura de que era él, abandonó su carpa de arquitecto, montó a caballo y bajó rápido a la medina. Se asustó de verlo en tal estado de delgadez y abandono. Pero él la tranquilizó: era sólo el cansancio del largo viaje, y se mordió la lengua para que no le saliera por ella la rabia que sentía por el desaire de Samuel.

Para no desafiar al visir, Ilbia sacó a Salomón de la ciudad y se lo llevó al Generalife. Le cedió su propia alcoba sin esfuerzo alguno, porque hacía tiempo que trabajaba en La Alhambra de manera compulsiva y dormía en la carpa de arquitecto que mandó tender junto al estanque del ulam. Le curó las llagas de las piernas, dio instrucciones a Flora para que lo alimentaran sólo con los mejores huevos de las gallinas del corral y se volvió a trabajar en La Alhambra.

Salomón pasó en el Generalife una semana de fiebres, sin poder concentrarse en nada, bebiendo leche de cabra y comiendo huevos crudos, tratando de percibir señales cifradas que le indicaran el camino de la salvación o por lo menos un camino cualquiera. Las estancias abiertas al jardín de aquella casa se iluminaban con el primer resplandor del amanecer, pero tanta luz no disipaba los fantasmas del alma oscura de Salomón. En la biblioteca, que era el único cuarto en penumbra de la casa, experimentaba una sensación opresiva y en las cocinas, que eran los dominios de Flora, notaba que se le contagiaba la depresión pertinaz de la esclava. El sábado por

fin apareció Ilbia y lo invadió una serenidad triste y sin motivo, que él atribuyó a la oración e interpretó como un anuncio de que nada malo le tenía deparado la Divina Providencia.

Y el lunes, en efecto, llegó la carta de Samuel.

No era una invitación normal, como las que el visir hacía a cualquier poeta o rabino, trovador, mago o cabalista que pasase por Granada, para que acudiese a La Alhambra. Salomón Gabirol era citado en la mañana, en las horas habituales de audiencia como si se tratase de un asunto público, y no en La Alhambra, territorio del poder espiritual del nagid, sino en la Casa del Gallo de los Vientos, territorio del poder civil del visir de Badis.

Samuel lo recibió con emotividad:

—Por fin tengo ante mis ojos —le dijo— al niño que traje al mundo y que ahora viene a verme anatematizado como un hereje.

Salomón se limitó a inclinar la cabeza y Samuel siguió hablando sobre la vida de su visitante en Zaragoza, de sus amistades y de sus enemistades, de lo que había dicho y escrito y de lo que había provocado su expulsión de la comunidad judía.

—No es justo —lo interrumpió Salomón— que me juzgues por lo que te han contado, sin siquiera haberme escuchado.

—Está bien —dijo Samuel Nagrela—. Esta es tu oportunidad. Te oiré por respeto a la memoria de tu padre. Explícame cuáles han sido tus relaciones con la aljama de Zaragoza, por qué has sembrado la discordia en la sinagoga de aquella ciudad, qué ideas escandalosas has defendido…

—Todo está aquí escrito —lo interrumpió de nuevo Salomón mientras le mostraba el manuscrito que traía con él—. Este libro se llama *Reparación de las cualidades del alma*. Lo escribí en un mes, durante la primavera pasada. Es un tratado de ética y contiene todo lo que ha llamado al escándalo de aquella comunidad de torpes rabinos racionalistas…

—¡Calla! —lo amonestó Samuel—. O, al menos, ve despacio. ¿Crees que todos podemos seguir tu torbellino de palabras? ¿Qué libro? Estoy seguro de que no es ese libro ni ningún otro, es tu lengua de serpiente y tu mirada engreída la que te acarrea el rechazo de todos. ¿Adónde crees que vas con esos aires de iluminado?

Salomón Gabirol se mordió la lengua. Quien le regañaba así era un hombre de cincuenta y dos años, que lo sacó del vientre de su madre, que era el mejor amigo de su padre y, sobre todo, el primer rabino de Sefarad.

—Aquí te lo entrego —dijo con afectación Salomón—. Te ruego que lo leas y luego, si así lo quieres, expúlsame de este reino. Si lo haces me iré a Sión. Soy judío por encima de todo y no me sería penoso renunciar a Sefarad. Amo a Israel y en modo alguno quiero hacer nada para crear discordia en el pueblo hebreo, que padece en la Diáspora.

—Está bien —aceptó Samuel—, lo leeré. Pero debes saber que no lo voy a leer con los ojos del rabino viejo que soy, sino con la mirada de un visir del rey de

Granada. Ahora no me preocupan las disputas teológicas.

—¿Qué te preocupa entonces? —preguntó Salomón.

—Te lo diré claro —respondió Samuel—: antes de morir quiero convertir Granada en la principal ciudad de Israel. Si se te ocurre oponerte a ese sueño, sabe que te arrasaré sin mala conciencia. Ahora vuelve al Generalife. En una semana tendrás noticias mías.

Aquella misma tarde Samuel Nagrela se sumergió en la lectura de la *Ética* de Gabirol. Enseguida confirmó su intuición de que la aljama de Zaragoza no había excomulgado al autor de aquel libro, sino al insoportable cabezón que presumía de haberlo escrito. Más que perdonarlo, decidió darle la última oportunidad.

El sabat siguiente lo presentó ante la comunidad judía reunida en la sinagoga de La Alhambra. Después de pronunciar el Shemá y las bendiciones, tras la lectura de las Escrituras, Gabirol subió a la tribuna. Pero en lugar de hablar sobre lo que se esperaba de él, en lugar de suscitar la polémica que los presentes aguardaban, Salomón se empeñó en disertar sobre la condición de Israel como pueblo elegido: un tema reiterado y obvio. El joven refrenó su peor deseo que era el de destacar sobre el común y se empeñó en no ser singular y único ante una comunidad de hombres que a él lo cansaban por anodinos e iguales. Este ejercicio de falsa humildad lo realizó como prueba de filiación a Samuel.

Salomón necesitaba un padre y lo encontró.

Satisfecho, Samuel Nagrela mandó que se instalara en el Palacio de los Leones y lo restituyó como preceptor de José. Nunca supo que en la penumbra de la biblioteca del Generalife, Salomón Gabirol había preparado dos textos para su intervención en la sinagoga.

Uno anodino y plano, que fue el que expuso.

Otro, helenizante y escandaloso, que guardó para siempre sin dárselo a leer a nadie. Se llamaba «La cama de Procusto» y contaba cómo este célebre bandido de la Antigüedad ataba a sus víctimas en una cama. Después, con una cuchilla las recortaba o las estiraba según su tamaño, para ajustarlas a las dimensiones exactas de su cama. Después de matar al Minotauro, Teseo liberó al mundo de Procusto, pero para Gabirol había resucitado o se había reencarnado en los rabinos de su tiempo. Al igual que el bandido, en lugar de aceptar las diferencias, los rabinos estiraban a los pequeños para hacerlos grandes, y recortaban las almas luminosas para hacerlas opacas y anodinas. «En este siglo —terminaba diciendo Salomón— Procusto tiene un notable emulador en la persona del nagid Samuel Nagrela».

49

Por entonces la impopularidad del rey Badis era alarmante. Samuel Nagrela ya no podía detener las voces cada vez más altas y contundentes contra él, y creyó llegada la hora de planificar su destitución. Era para eso para lo que había salvado dos veces la vida de Yadair. Lo tenía encerrado en una mazmorra del castillo de Almuñécar, la misma que había ocupado la mujer del astrólogo Fatuh. Una mañana, después de haberle dado muchas vueltas, salió hacia allí con la compañía del príncipe Susán, de Saúl y de dos escoltas del Escudo, sin más parafernalia de viaje, ni mulas ni carros, ni armas pesadas.

Apenas entraron en el patio de armas del castillo, Samuel mandó que trajeran al prisionero a su presencia. Lo vio minúsculo e impasible, con los ojos llenos de legañas y la mano sobre el entrecejo porque ya no soportaba la luz del día, con la mirada huidiza de los locos y la postura demolida del que sabe que va a morir y lo prefiere.

—Voy a ponerte en libertad —le dijo sin preámbulos Samuel—. Por segunda vez, voy a facilitar tu huida.

—¿Cuál es el precio? —preguntó Yadair.

—Que te acuerdes siempre de que me debes la vida por tres veces —respondió Samuel—. Márchate a Sevilla o a donde te plazca. Di que has logrado escapar por tus medios. Recupera tu salud y espera mis noticias. Puede que un día seas rey de Granada. Yo lo decidiré. No tú. ¿Me das tu palabra de lealtad y alianza?

—¿Y si no te la diera?

—Mandaré que te maten ahora mismo —dijo Samuel.

—Mi muerte no sería peor que vivir en esa mazmorra en la que me tienes desde hace dos años.

—Entonces —dijo Samuel— en lugar de matarte, mandaré que te dejen ahí y que te den de comer aunque no quieras. Vivirás los años necesarios para saber que no se rechaza la mano tendida de Samuel Nagrela…

—Acepto —lo interrumpió Yadair—. Sabes que sólo puedo aceptar.

Samuel Nagrela mandó entonces que lo vistieran de manera digna y que le entregaran un caballo sin armas, que lo acompañasen un par de leguas en la dirección que él dispusiese y que después lo abandonaran a su destino.

—Otra vez te equivocas, Samuel —le dijo Susán durante la cena—. Todo sobreviviente es un mal enemigo para toda la vida. Y este ya tiene motivos para odiarte durante tres vidas.

—¿Acaso tengo otra alternativa? —Samuel le alzó la voz.

—La alternativa eres tú, Samuel —intervino Saúl—. No entiendo por qué no

mandas a África a este clan de bereberes y te conviertes en rey de una vez. Los judíos somos mayoría en la capital y tú tienes el poder, el dinero…

—Sería un suicidio —respondió Samuel—. ¿De verdad crees que aguantaríamos mucho con tus doscientos soldados? ¿Crees que estos judíos granadinos de barriga, caspa y canas tendrían el valor de sostener un reino? Los dos sabéis que he trabajado toda mi vida para crear el reino judío de Granada y que seguiré haciéndolo. Pero no ha llegado el momento.

—¿Llegará? —preguntó Susán.

—Llegará —respondió Samuel—. Aunque tú y yo no lo veremos.

Rico y poderoso, el visir Nagrela había renunciado, sin embargo, a la recomposición de Al Ándalus. En sus poemas de guerra de aquellos tiempos se preguntaba si sería posible el retorno de la nación desterrada y si a él le sería dado ver a los judíos dirigiéndose a la nueva Sión. Pero en su programa político, el nuevo territorio de Israel no tendría la extensión de Al Ándalus, que es la del Edén, sino la muy modesta de aquel reino zirí, más las taifas de Almería y Málaga. Eran tres o cuatro taifas de las más de treinta en las que se dividía Al Ándalus. Pero cuando le vaticinó a Susán la llegada de Sión, Samuel no pensaba en Al Ándalus, sino que como siempre, pensaba en su hijo José. En sus largas cavilaciones ante la menorah había descartado desde mucho tiempo atrás convertirse en rey de Granada. Había barajado otras alternativas: pensó durante un tiempo en proclamar rey a Salomón Gabirol. Se preguntaba si su inteligencia descomunal no era la prueba de que estaba llamado por la Divina Providencia. Lo descartó pronto, y la razón no fue la falta de alcurnia. Salomón Gabirol, como él, no pertenecía a la nobleza andalusí, pero desde la proclamación de El Mahdí por un consejo popular todo era posible en Al Ándalus. De hecho la nación estaba llena de gobernantes sin casta y un esterero de Calatrava ejercía de califa en Sevilla. No era eso. Era sólo que la inteligencia desmedida de Salomón, acompañada siempre de una altivez indómita, lo asustaba.

El único judío de alcurnia noble en Granada era Ibn Susán, pero aquel hombre había renunciado a toda pretensión que no fuera la del amor de Samuel. Con los años, se había convertido en su mejor amigo y en su mejor amante, pero tenía una lengua tan tortuosa y viperina que había que mantenerlo sobrio o aislado para que no escandalizara a nadie con sus versos picantes y sus gestos obscenos. Era además inimaginable un rey tan odiado por los militares. Saúl, el comandante del Escudo, decía de él que era una mujer con alma de concubina lenguaraz. Y eso que, de todos los guerreros del reino, Saúl era el que más apreciaba a Susán.

Así que a Samuel sólo le quedaba la alternativa de José y el consuelo de que en medio de tantas dificultades la Divina Providencia le reservara a él la posibilidad de elegir quién sería el rey. Desde el día que nació y aun antes, su hijo era lo más importante de su vida y le había construido en su mente un futuro de rey. Ese plan hecho de mil fantasías ya era inmodificable. Y ahora, por lo tanto, procedía sustituir a Badis por otro monarca de transición hacia el reinado glorioso de José.

—Tienes razón en no proclamarte rey —le dijo Susán cuando estaban a solas, aquella misma noche— y haces bien en no seguir las bravatas de Saúl. Pero te repito que te equivocas con Yadair.

Aquellas palabras habían de resultarle proféticas, porque Yadair se dirigió a Carmona, se restableció allí de sus dolencias de prisionero maltratado y para el verano ya había convencido al viejo príncipe birzalí de que debía romper su alianza con Granada e ir a la guerra contra Samuel.

Cuando lo supo, el nagid enrojeció de ira. No le entristecía la traición del príncipe de Carmona, ni tan siquiera que Yadair faltase a su promesa de alianza, sino tener que darle la razón a Susán, admitiendo que conocía mejor que él la naturaleza de los hombres.

En el verano de 1043 partió el ejército de Granada con Badis a la cabeza. Ante la sola presencia de aquel ejército ligero y eficiente, la tropa de Carmona se dividió y sólo la mitad acompañó a Yadair al combate.

La victoria fue de nuevo flagrante.

Después de ella, en la plaza de Carmona, el rey Badis arrodilló al príncipe birzalí y le clavó su espada en el pecho. Un griterío de mujeres enloquecidas impidió oír lo que el rey decía mientras lo ajusticiaba:

—Muere por traidor —dijo.

Yadair no fue ejecutado en Carmona, sino apresado y conducido a Granada.

Con orgullo, Samuel se arriesgó a celebrar un juicio público ante la Casa del Gallo de los Vientos. Yadair seguía teniendo muchos partidarios en Granada pero, a pesar de saberlo, Samuel ordenó que se le permitiera hablar y dirigirse en público al rey.

En lugar de defenderse, Yadair dijo a gritos que no había escapado de Almuñécar, sino que Samuel en persona lo había liberado. Dirigiéndose a su primo Badis le advirtió de que aquel judío era un traidor. Lo dijo con la misma mirada descentrada que tenía al salir de la mazmorra.

Nadie supo si el rey Badis dio algún crédito a sus palabras. El caso es que, tras solicitar la aprobación formal de los ulemas congregados, Badis lo ensartó con su propia espada. La abuela y la madre de Yadair, que veían el juicio desde las ventanas de la Casa del Gallo de los Vientos, estallaron en gritos y gemidos. Con esos lamentos, que eran los mismos que se habían escuchado en Carmona días antes, cinco años y cientos de muertos después, terminaba la conjura de Yadair.

50

En junio de 1044 una epidemia de viruela asolaba Al Ándalus. Acampado en Écija, Samuel llevaba días atormentado por algo que no era eso. Era un malestar inexplicable que le había llevado a descuidar la gestión de la guerra y las responsabilidades de Estado. Dormía mal y se despertaba aturdido.

Un día llegó carta de Granada que explicaba y desvanecía las razones del malestar.

El médico Abú Madyan le explicaba que su hijo José estaba entre los enfermos de viruela. Habían esperado ocho días para comunicárselo y no lo hicieron hasta estar seguros de que comenzaba la recuperación. Según decía la carta, el niño estaba lleno de pústulas y su sufrimiento había sido muy grande, pero ya le había bajado la fiebre, se había calmado su delirio y los granos habían germinado. Para Abú Madyan eso significaba que el niño se curaría y resultaría fortalecido.

Samuel Nagrela vivió la noticia con una mezcla de alivio y angustia. La angustia le sobrevenía cada vez que algún mal aquejaba a José. El alivio provenía de la noticia del comienzo de la curación de su hijo, pero también de la liberación de un presentimiento.

Unos días más tarde, cuando Samuel seguía acampado en Écija, le llegó otra carta desde La Alhambra: Esther, su hija de tres años, había muerto por causa de la viruela. Ilbia le había suministrado la triaca de Mitríades. No surtió efecto. El médico Madyan había intentado con ella una técnica extrema: había pinchado con una aguja la pústula de una vaca enferma y después la había clavado en la niña. Era una prescripción venida de la India sobre cuya eficacia para conjurar la viruela discutían los médicos de Al Ándalus y que Abú Madyan sólo se atrevió a aplicar cuando dio por fallidos todos los otros remedios.

Carmela, Berenice e Ilbia, junto con José y Judá habían acompañado a la niña hasta el mismo momento de su muerte. Los cinco terminaron conmocionados: Carmela porque se sentía culpable de no haber querido lo bastante a aquella niña. Berenice porque la había criado con una ternura extrema desde el momento en que nació hasta el momento justo de la muerte y porque, sin que nadie lo supiera, había colocado en Esther toda la esperanza de volver a vivir la vida que Samuel le había desviado. Ilbia porque ya había aceptado su papel de tutora de aquella niña, que debería haberse llamado como ella de no ser porque este mundo estaba demasiado dirigido por los hombres. José, de diez años, y Judá, de ocho, porque experimentaron por primera vez la muerte en casa. Los dos niños se sorprendieron de sí mismos cuando se vieron rasgándose las vestiduras, cubriéndose de ceniza, quebrando los laúdes y adufes y derramando los odres de vino en prácticas de luto ancestral que

nunca habían comprendido y que hasta ese momento habían considerado como locuras de viejos.

Pero al dolor por la muerte de Esther, todos habían de sumar pronto el dolor por la actitud de Samuel. Desde el campo de batalla, apenas supo que su hija había muerto, compuso una elegía y la mandó a Granada. La paloma llegó a La Alhambra una tarde dorada y redonda que vaticinaba ya el otoño. La recogió José y, como era costumbre, apenas comprobó que contenía versos, convocó a toda la familia para leerlos en voz alta. Al Patio de los Leones bajaron Carmela y Susán; Berenice, de luto blanco, con Judá de la mano; e Ilbia y Gabirol que estaban allí por la casualidad de que buscaban unas reglas de medición perdidas desde meses antes.

Sirvieron un sirope de limón y el niño José se colocó en el centro del corro dispuesto a recitar los versos de su padre. Salomón, que ejercía de preceptor riguroso, comenzó a darle instrucciones:

—Ponte derecho —le decía—. Recta la barbilla. Aclara la voz. Aleja el papel.

—¿No puedes callarte, Salomón? —intervino Susán—. Deja ya que el muchacho nos lea la poesía.

Bendecido por la sonrisa de Berenice, José comenzó a leer agitando en exceso el brazo derecho y mirando de reojo a Gabirol, el único que estaba de pie y que marcaba con el zapato la cadencia de los versos.

—¡Vuelve a empezar, José! —gritó Salomón al terminar la primera estrofa.

—¡Ni se te ocurra, muchacho! —intervino la voz aguda de Susán—. Sigue por donde ibas. Lo estás haciendo muy bien.

Confuso, el niño volvió a empezar y lo hizo todavía peor, pero Salomón ya no tuvo ánimo para enfrentarse a Susán, lo dio por perdido y lo dejó seguir.

Pero a medida que avanzaba el poema, otro malestar más grande cundía entre los presentes. No era que el niño leyese mejor o peor. Era lo que estaba leyendo. La elegía de Samuel no era tal. No versaba sobre el dolor por la muerte de una hija, sino sobre la preocupación por el sufrimiento que su predilecto José podía haber experimentado por la muerte de una hermana.

A Judá ni lo mencionaba.

En la última estrofa, Samuel le pedía a José que no se preocupara más por la muerte de la hermana y que rogase por su éxito en la batalla.

Al oírla, Ilbia no pudo contener la lengua y lo maldijo en voz alta.

Berenice rompió a llorar.

Samuel estaba ausente.

No era sólo la guerra, era también la inconfundible ausencia paulatina y creciente que da la vejez. A la sensación de vivir en un campamento militar, se le sumaba la nueva percepción de su cuerpo, que pasaba del medio siglo de edad. Seguía una dieta estricta, acompañada de innumerables pócimas espagíricas: tomaba manzanilla real

para contener la ira, efedra de Sulayr para estimular la mente, infusiones de hierro al rojo vivo para la virilidad menguante, zumo de uva agraz para disipar las nieblas de la visión, cáñamo para conciliar el sueño y los mejores vinos del Mediterráneo para poder reír. Los viernes a la tarde, antes del comienzo del sabat, se untaba el cuerpo con aceite de oliva; esa noche se acostaba embadurnado, dormía desnudo y no se lavaba antes del siguiente atardecer. Creía con fundamento que el aceite de oliva retrasaba el envejecimiento de la piel y facilitaba la sudoración de las toxinas. Las manías curativas le crecían con la edad: conocía varios purgantes y había superado su odio al caldo de espárragos, porque después de mucho investigar no encontró en la naturaleza diurético mejor.

La serenidad de ánimo también le aumentaba con la edad, pero ni la manzanilla real de Sulayr le sirvió para contener la ira cuando supo, por carta de Susán, que Ilbia y Berenice lo habían tachado de inhumano por su elegía a la muerte de Esther y, sobre todo, que Salomón Gabirol lo había calificado de mal poeta.

Cuando llegó la carta de Susán, Samuel acampaba con el rey Badis cerca de la ciudad de Ronda. Era mediodía y atendía a la vez varios asuntos militares, de manera que tuvo que leerla por encima. No le dolió mucho, porque no alcanzó a comprender la profundidad de la queja del propio Susán, que le reprochaba su frialdad y su preferencia ofensiva hacia el primogénito. Se reservó el folio con los versos de Salomón para leerlos despacio más tarde. Acompañaba a la carta, pero creyó que no tenía nada que ver con ella, que se trataba de un buen poema más de los muchos que le hacían llegar de todo Al Ándalus y que Susán había aprovechado el envío para mandárselo.

Al atardecer, después de las abluciones y la oración, se recostó en la parte más cómoda de la tienda, echó primero una mirada rápida al pliego para ver si estaba escrito por ambos lados y para calcular por la extensión de los renglones el metro usado para la composición. Pero apenas leyó la primera estrofa comprendió que iba a pasar un mal rato. En verso, Salomón decía que la poesía de Nagrela era más fría que la nieve de Sulayr y añadía después:

Di al príncipe encumbrado y poderoso de cuyas proezas se habla por el mundo:

En ti confiaba mi corazón, y no recibió ayuda, sólo desengaño de cuanto esperaba…

No daba crédito a lo que había leído. Leyó de nuevo la carta con más atención. Releyó el poema en voz alta y volvió a hacerlo con muecas de desagrado y gestos de aspaviento. Arrugó el papel, lo pisó antes de quemarlo, y estalló en gritos ante el primer soldado que se cruzó.

Salomón Gabirol se habría reído si hubiera conocido aquella reacción colérica. A pesar de que se sabía el poeta vivo mejor reconocido de Al Ándalus, siempre ignoró el daño que podía hacer con la palabra. Cuando aparecía en los certámenes poéticos

que se celebraban en los jardines de muchas casas de la ciudad, provocaba el miedo entre los más jóvenes. Y es que una mueca suya ante un poema mal improvisado acababa con la fama de un poeta y, al revés, un elogio de Salomón Gabirol bastaba para introducir un poema en cualquiera de los cancioneros que circulaban por la ciudad. Era por esta autoridad indiscutida de Salomón por lo que Samuel hubiera preferido que lo tachara de cualquier otra cosa antes que de mal poeta. Ante cualquier otra acusación, él hubiera podido ejercer la autoridad religiosa, moral o política que tenía; pero en lo poético no había más autoridad que la de Salomón Gabirol, el caballero de la palabra.

51

En los días en que recibió lo que él llamaba la pérfida afrenta de Gabirol, Samuel Nagrela llevaba casi un año en combate y había de pasar casi otro antes de volver a Granada. En esos dos años el ejército se desplazó por todas las fronteras del reino y combatió en Ronda, Osuna, Morón y Úbeda. En la primavera del 1046, las tropas de Granada habían tomado el camino de Almuñécar para llegar a Málaga sin cruzar las montañas. Sin proponérselo, una mañana, Samuel volvió a ver la playa donde treinta y tres años antes lo había recogido Ilbia. Por entonces ella era una princesa y él un fugitivo despavorido y exhausto cuyas pertenencias se reducían a una esclavina, un bardón y un bastón. Ahora en cambio ella era una estudiosa a su servicio y él pasaba por allí seguido por mil hombres que lo obedecían como si fuese su padre y que aguardaban sus palabras como aguas de mayo.

Dirigió la columna hacia la playa y vio las chalupas de los pescadores como si llevaran treinta y tres años varadas en el mismo lugar. Se empeñó en subir a la fortaleza por el mismo camino por el que lo condujo Ilbia y por allí ascendió, sin darse cuenta de que lo seguían mil hombres armados y una recua de mulos con víveres y pertrechos, pensando en la relación que podría haber entre la Divina Providencia y la fuerza azarosa del destino, comprobando que allí seguían los limoneros con el mismo tamaño o incluso más pequeños que los que él vio treinta años antes. Alcanzaron el pueblo y comprobó que la alberca donde las mujeres lavaban seguía allí, que los niños no habían crecido o que incluso eran más pequeños que los de entonces; entraron en el alcázar y cumplió deprisa con los agasajos de la bienvenida para ordenar enseguida que le abrieran el portón de las dependencias que fueron de Ilbia, y solo entonces el tiempo y su crudeza se le vinieron encima porque los muros estaban carcomidos, rotas las vidrieras de los ventanales que daban al mar, había olor a miseria y humedad, y no quedaban ya libros, ni alfombras, ni lámparas, ni una niña de mirada despierta y aire triste que le hiciera pensar por un instante que la penuria, el saqueo y la desdicha de Córdoba no eran malos, sino providenciales porque le habían permitido conocerla. El pasado era inamovible y el futuro acaso también.

Salió de las ruinas de su pasado y se dejó acomodar por el gobernador de la fortaleza. El viento de levante en abril era tan cálido y suave, y el mar estaba tan claro y sereno, que sintió que su vida había sido una travesía rápida y triunfal. Tanto que no podía entenderse como una sucesión de actos fortuitos, sino como el cumplimiento de un plan del Señor Uno. Ilbia lo había seguido o lo había acompañado o lo había precedido en esa deriva por la vida, y a él le costaba entender que dos personas tan unidas por el destino hubieran elegido la tormenta del desamor, en lugar de la

serenidad de la vida apacible. Pero Ilbia se lo había explicado en una ocasión:

—Entonces éramos tan jóvenes que nos creíamos inmortales —le dijo.

Además, en el alma de ella y contra la lógica aparente de las cosas, los desencuentros continuos con un hombre que nunca fue suyo le habían permitido disfrutar de algunos relámpagos de felicidad y de la luz tenue de la duración. Asimismo, para Ilbia, más griega que semita, más pagana que monoteísta, la vida no era lineal sino esférica, las cosas no avanzaban hacia el Uno, sino hacia lo múltiple, y cada encrucijada conducía a otra, y antes o después a la misma, y vuelta a empezar en un juego de laberintos, espejos y azares. No había desesperación en la fortuna y esta idea era la que sacaba de quicio a Samuel. Para él la vejez era certidumbre en el cumplimiento del plan providencial. Cada año, cada guerra ganada confirmaba la revelación. Era levita. Creía conocer a todos sus antepasados varones hasta el relato del Génesis y estaba convencido de que su existencia como eslabón de una cadena, como hijo de José y padre de José, era mucho más importante que su pasión terrenal por Ilbia.

El gobernador del alcázar estaba inquieto con un problema que quería consultar y, para que su mente descansara de tanta cavilación, Samuel aceptó que se lo planteara durante el almuerzo del mediodía. El gobernador era de la tribu de los sinhaya y del clan de los ziríes, pariente por tanto del rey Badis. De edad avanzada, tenía intención de retornar a Ifriquiya, pero quería asegurarse antes de que Badis designaría a su hijo para ocupar su puesto. El rey era imprevisible, sus relaciones con la familia real eran tan confusas como sus relaciones con el pueblo. El gobernador necesitaba la ayuda de Samuel y la obtuvo enseguida. Samuel necesitaba entretener su mente en problemas que no fueran tan arduos como el de su relación con Ilbia, ni tan profundos como el destino y la Divina Providencia y también lo logró, porque al preguntarle al gobernador por las cualidades y méritos del hijo, la conversación de los dos hombres de edad derivó de inmediato hacia la paternidad, la sucesión y la ansiedad de todo padre por conocer el destino de sus hijos.

Samuel le contó al alcaide que su hijo José se había convertido en un muchacho despierto, más arrogante que él, pero muy disciplinado y obediente. Desde los ocho años, transcribía con más aplicación que ganas cada uno de los escritos de su padre y los enviaba después a la Academia de Jerusalén. Aceptaba las indicaciones de Salomón Gabirol, con el que —como todos— no lograba llevarse bien. Estudiaba las ciencias básicas con rigor, pero nunca tuvo destellos de creatividad. Conocía la gramática, pero no era poeta. Estudió las galaxias, pero jamás combinó un astro con un pronóstico…

Cuando se retiró para la siesta, Samuel siguió pensando en lo que más quería.

52

Apenas Samuel volvió a Granada, en la primera tregua que le dio la guerra, Ilbia le rindió las cuentas de La Alhambra.

Por entonces ya se habían sentado los cimientos y elevado los muros de tapial del que había de llamarse Palacio de Comares. Era el destinado a sede del poder del rey y, al mismo tiempo, residencia de Dios en la Tierra, y era por eso por lo que seguía con escrúpulo los designios del Libro de los Reyes. Como el Templo de Jerusalén, el Palacio de Comares habría de tener tres partes: un vestíbulo de entrada, llamado Ulam; una estancia central, llamada Heijal o Santo; y una tercera cámara llamada Devir o sanctasanctórum. A diferencia del Templo de Jerusalén, que se orientaba en un eje de este a oeste, Ulam, Heijal y Devir se alinearían de norte a sur.

Sin haberle perdonado la indecencia de su elegía por la muerte de Esther, pero imbuida de la autoridad que le daba la fascinación por su propio trabajo, Ilbia visitó las obras con Samuel. Primero le mostró la fachada del Ulam, que tenía dos puertas y ya se alzaba formando ángulo recto con la sinagoga. Le ocultó a Samuel que la doble puerta obedecía a la tradición faraónica y quería representar la dualidad del mundo. Le dijo, en cambio, que las dos puertas eran una cita arquitectónica de Boas y Jaquim, las dos columnas que se alzaban ante el Templo de Jerusalén, y para demostrárselo le explicó que, como aquellas columnas, sus puertas tenían de alto el ancho del edificio y de ancho la mitad: treinta y tres por veintitrés codos. Samuel no supo apreciar que una de ellas no conducía a ninguna parte; ni que la otra, en cambio, abría el camino iniciático que a través del Ulam y el Heijal acabaría en el sanctasanctórum.

Por la puerta verdadera entraron al edificio del Ulam, que tenía en el centro un patio de mármoles pulidos. Este patio, a su vez, rodeaba un estanque bordeado de arrayanes de una estirpe poco común: sus hojas eran más grandes y crecían de seis en seis, como si citaran al rey David. Según le explicó Ilbia, la longitud total del estanque era de noventa codos y un tercio y su anchura de catorce codos. Entonces Samuel observó extrañado que, por una vez, la arquitecta contravenía la proporción divina:

—Este estanque es demasiado estrecho para tan largo —dijo Samuel.

A Ilbia se le ocurrió una broma nerviosa: fingió haber sufrido un cambio de cosmovisión.

—¡Ya está bien de rectángulos áureos! —exclamó con gestos teatrales—. ¿Y si Pitágoras fuera ateo? ¡Hay que buscar en la Torá las proporciones del mundo!

Asombrado por lo que oía, Samuel asintió e incluso moderó algunas afirmaciones tajantes de Ilbia contra la idolatría a los números. Y así siguió la conversación

durante un buen rato hasta que ella no pudo contener la sonrisa, y le reveló a Samuel que estaba bromeando y que la contravención de la proporción divina era sólo aparente.

—En realidad —dijo Ilbia recobrando la seriedad del tono—, no hay un solo estanque, sino cuatro. Cada uno mide veintidós codos y dos tercios de largo por catorce de ancho. Es decir, que respetan con escrúpulo la divina proporción.

Samuel no supo digerir la broma. Le parecía que Ilbia lo estaba tratando como a un rico estúpido y le dolió pensar que nunca antes había sido así. La intuición era certera, porque mientras que él se acordaba cada vez más de ella, Ilbia estaba cada vez más lejos del poder de atracción de Samuel. Ahora lo miraba con ojos menos entregados e incluso a veces ni tan siquiera lo miraba con sus propios ojos, sino a través de los de Berenice. La amistad y el pupilaje entre las dos mujeres crecía con los años y, por lo tanto, Samuel ya no era para Ilbia un amante del destino, sino más bien una suerte de yerno desconsiderado, molesto y ajeno.

Lo siguiente que observó Samuel durante el recorrido por las obras fue que los cuatro estanques, que aún no habían sido colmados de agua, tenían profundidades diferentes, menores a medida que se acercaban al espacio reservado para el sanctasanctórum. Esa comprobación más que extrañarle lo turbó, porque esta vez no se le escapaba la simbología egipcia de la obra. Aquello era un remedo de los centros iniciáticos, donde las sacerdotisas de Isis hacían sus abluciones. Por eso, el agua del primer cuarto cubriría por completo el cuerpo de una mujer, pero el segundo dejaría asomar la cabeza, el tercero el tronco y el último apenas cubriría los pies. A pesar de que él guardaba silencio, la arquitecta se dio cuenta de la turbación del rabino y se adelantó a sus pensamientos.

—Salimos de la muerte a medida que nos aproximamos al centro del mundo —le explicó Ilbia—. Eso está también en la Torá.

—No es verdad. —El nagid mesías ya no pudo callar por más tiempo—. No me tomes más por tonto y, sobre todo, no intentes justificar con lo divino tu inclinación por lo pagano. Y dime, ¿por qué están cubiertas con telas esas paredes?

Como Samuel se temía, la respuesta a esa última pregunta era todavía más escandalosa para un rabino. Y es que en los paramentos laterales del patio, los pintores habían comenzado a dibujar mujeres adornadas con lazos y flores. Vistas a ras del estanque parecería que aquellas mujeres emergían de las aguas y caminaban hacia el sanctasanctórum. Ilbia pensó que si ya con la representación de los leones se había agitado el alma levita de Samuel, las imágenes humanas que había mandado pintar en los paramentos le iban a causar estupor. Y como ya estaban hechas y no había manera de justificar nada, descolgó sin más la tela que cubría uno de aquellos dibujos:

—Como ves —le dijo riendo a Samuel—, al menos están vestidas.

Y para sorpresa de la arquitecta, Samuel rio:

—Algo es algo —dijo—. Sólo si estuvieran en cueros vivos podría ser mayor tu

pecado iconólatra.

Ilbia lo invitó a sentarse en el suelo para apreciar la perspectiva de las pinturas y siguió desvelando imágenes. En las partes más bajas de los paramentos, los pintores habían hecho otros dibujos no menos escandalosos para la ortodoxia iconoclasta. Habían pintado gatos con perfil faraónico que eran un pequeño homenaje de Ilbia a su propia infancia, cuando los recogía en Salobreña, y habían pintado escenas bíblicas del Libro de los Reyes, que eludían los pasajes más ortodoxos y rememoraban la construcción del Templo de Salomón.

Sentado donde Ilbia le había pedido que se sentase, Samuel comenzó a mirar sin prisa los dibujos, pensando menos en su contenido que en cuál debía ser la reacción correcta que se esperaba de él. Al cabo de un rato, mientras ella seguía hablando sin parar, él se dejó llevar por las imágenes y se le entristeció el semblante. Ella se dio cuenta.

—¿Tan poco te gusta que vas a llorar? —le preguntó entonces.

—Mi tristeza —respondió él— no se debe a la pena, sino a la nostalgia.

—No te entiendo.

—Olvidas que nací en Emérita Augusta —le explicó entonces Samuel—. Allí hay pinturas hasta en los rincones más recónditos y en los sótanos de las casas. Mi cabeza está llena de recuerdos de esas imágenes y al ver las tuyas me he acordado de mi padre y de mi madre, de mis hermanos y de mis amigos. Y, sobre todo, he recordado la edad que tengo y lo poco que falta para…

No pudo terminar la frase por la congoja. Ilbia se sentó a su lado:

—Si te sirve de consuelo —le dijo—, yo también he cumplido ya los cincuenta y no puedo creérmelo. A veces quedo con Susán, nos sentamos los dos en cualquier esquina y lloramos hasta que no podemos más.

—Pues yo no te voy a dar el gusto de verme llorar —le dijo Samuel—. Así que levanta y vamos a seguir viendo tu obra.

—Ya te he visto llorar muchas veces, Samuel —dijo Ilbia mientras se levantaba.

Le mostró los edificios administrativos que se alzaban a un lado y otro del patio del estanque. Le explicó que la planta rectangular del Templo de Salomón había medido sesenta y seis codos de largo por treinta y tres de ancho y la cuadrada cuarenta y siete de lado. En conjunto, el ulam medía setenta y seis codos de largo por cuarenta y siete de ancho: de nuevo la epínomis universal o clave del mundo, porque la división del largo por el ancho se distanciaba sólo milésimas de la división del número entre dos. Así que no sólo cumplía la geometría euclidiana, sino que convertía en sagrada la hermética ley en virtud de la cual la parte, como ente orgánico del todo, pervive sólo en la medida en que el todo se proyecta en ella.

—La piedra —le dijo a Samuel— vive en cuanto inserta en la veta, y muere al separarla de ella, salvo que se injerte de nuevo en las medidas del universo.

La Alhambra parecía así crecida de la Tierra como un árbol y abierta al Sol como una manzana, porque el eje longitudinal del estanque se orientaba al cénit local del

solsticio de verano, de modo que un cuerpo sobre la fuente que diera al pórtico norte no emitiría sombra. El Sol saludaría así en la Tierra su materialización en templo.

Mientras Ilbia le daba cuenta de todos estos detalles, Samuel la seguía dócil y triste, y cuando entraron en la carpa de arquitecto donde ella había extendido los papeles precisos para rendirle cuentas, se arriesgó a tomarla por el talle y a besarla en la mejilla. Para su sorpresa, Ilbia le buscó la boca y lo besó con ansias. Se abrazaron, se desnudaron a manotazos, se lamieron enteros y se encontraron juntos en un grito de placer y de pánico. Después él se quedó traspuesto y ella comenzó a llorar porque no alcanzaba a entender por qué su cuerpo había reaccionado así, mientras que su corazón estaba tan seguro de haber desterrado para siempre a aquel hombre desconsiderado y frío, molesto y ajeno.

53

Sin mediar palabra, cuando en el patio de su casa Samuel Nagrela encontró a Salomón Gabirol le cruzó la mejilla con una bofetada. El poeta reaccionó como un niño: incapaz de responder e incapaz de pedir explicaciones se alejó lloriqueando. En los siguientes días, Ilbia habló con uno y otro y les hizo a ambos toda clase de súplicas. Cuando nada parecía ya poder quebrantar las posiciones enfrentadas, Salomón Gabirol cedió a la reconciliación. En privado, Samuel Nagrela le pidió disculpas por la bofetada. A cambio, en público, el Caballero de la Palabra tuvo que renegar de su poema contra Samuel y declarar ante todos que admiraba la poesía del nagid.

Le costó hacerlo, le costó vencer su orgullo y renegar de sus propios versos, pero lo hizo por La Alhambra. Se había entregado a ella y a Ilbia. Se le iban las semanas dibujando con rabia porque nunca alcanzaba la maestría de la arquitecta, y se le iban las noches estudiando geometría y teología, con el único fin de poder discutir al día siguiente con ella. Ella y La Alhambra. Ilbia y ella, porque Salomón había convertido en mujer a La Alhambra y en objeto de arte a Ilbia. Las había confundido en su alma con tanta intensidad que hasta pensaba que las quería igual. Sin una o sin la otra, sin la increíble buena sombra que proyectaban las dos, Gabirol ya habría abandonado Sefarad y emprendido su camino hacia Sión.

Muy por debajo de ambas en su estima estaba su tarea como tutor de José y de Judá. Tan pronto como podía, condenaba a los niños a copiar interminables textos de castigo y se marchaba a la carpa de Ilbia. Y apenas ella le concedía un mínimo de atención, él entraba por el resquicio y comenzaba a borbotarle ideas que provenían de sus lecturas. Fue Salomón, por ejemplo, quien convenció a Ilbia de que el estanque del ulam, además de su simbolismo iniciático, debía convertirse también en reminiscencia de aquellos espejos de líquido cristal que los sasánidas situaron siempre al pie de los palacios índicos y persas para reproducir los esplendores de su arquitectura. Y fue por eso, por lo que siguiendo la planta hacia el norte, en la entrada de lo que había de ser el Santo, Heijal o Sala de la Barca, Ilbia proyectó construir siete arcos que se reflejaran en el agua.

Las ideas circulaban de Salomón a Ilbia pero también al revés y, al final, parecían brotar de un imaginario colectivo que mezclaba la sabiduría judía con las escuelas alejandrinas, bizantinas y pitagóricas. Así, los siete arcos que eran sasánidas para Salomón, eran para Ilbia las siete puertas que comunican con el Amentu, el equivalente egipcio de la Laguna Estigia, donde Caronte, versión griega de Anubis, aguardaba. En la teosofía egipcia, tras este *mare tenebrorum* se asentaban los campos de *Ialu*, esto es el Parnaso, el paraíso donde habitaban los dioses. El Ialu se reflejaba

en las pirámides que, como los zigu-rats caldeos, rastreados por Salomón, tenían siete cielos, los mismos que Ilbia había pensado construir en la bóveda del Devir o sanctasanctórum.

De esta manera, por interacción de ideas entre ambos, en el año 1049 se terminó de construir el segundo edificio del Palacio de Comares, el que Ilbia llamaba Sala de la Barca, Salomón Gabirol Santo del Templo y Samuel Nagrela Heijal en la tradición de la Torá.

Este edificio estaba cruzado con relación al ulam porque, por empeño de Ilbia, los tres edificios del Palacio de Comares se articularían según la cruz ansata: cabezal el Salón del Trono o Devir, el tronco la nave del estanque, y el travesaño perpendicular el Heijal, Santo o Sala de la Barca. El techo de esta sala tenía forma cilíndrica porque era la barca invertida de Amentu.

Durante su estancia en Sevilla, Ilbia había coincidido con el astrólogo Fatuh, desterrado por entonces junto a Yadair. De Fatuh aprendió las técnicas para leer el libro de Thot o Tarot y era por eso por lo que las ojivas de la Sala seguían el arcano 69, el Azar, en la curvatura exacta del sacerdote que se arquea en la figura.

Sin embargo, las piñas orientales, las palmeras, los lazos de labra, los mocárabes, las esferas inscritas de polígonos y los frisos de poemas eran aportación de Gabirol y fruto de la tradición del Templo, conservada durante siglos por los alarifes hebreos. El alma bizantina de Ilbia dictó que sobre los siete arcos del pórtico norte se insertaran escudos en labor de ataurique, con forma plana de cúpula sobre el zócalo de mosaico, de color negro, verde azul y ámbar que se proyectaban en la tradición cromática de los planetas: Saturno, Venus, Mercurio y Sol.

El alma talmúdica de Salomón Gabirol logró, en cambio, que las celosías representaran en su trabazón la estrella de David. Contra todo pronóstico y para sorpresa de los tiempos, la combinación resultó siempre armónica.

54

En junio de 1049 nació Elisaf, el último hijo de Samuel, quien para entonces ya había cumplido los cincuenta y seis años de edad. La noticia de su nacimiento le llegó cuando estaba de campaña por la sierra de Comares. Era aún primavera y el ejército ligero de Granada sufrió por entonces su primera derrota estridente.

Sucedió que, como cada año, los soldados habían combatido con éxito contra los abades de Sevilla. El camino de retorno a través de la sierra de la Axarquía fue elegido por Samuel, que conocía bien aquellos parajes. Pero las tropas aliadas de Málaga iban delante y eligieron cruzar una cañada estrecha que aún se llama de los demonios. Era una emboscada: cientos de mercenarios de varios credos atacaron por la retaguardia y el ejército de Málaga también se revolvió contra el granadino.

Samuel dio la orden inconsistente de no presentar batalla y huir hacia arriba por paredes de piedra casi verticales. Apenas una docena de hombres, entre ellos el propio Samuel, lograron alcanzar las cumbres. El resto fue blanco fácil de los arqueros enemigos.

Cuando se vio en la cumbre, Samuel ordenó que los supervivientes se dispersaran para dificultar la captura por las turbas mercenarias que ya habían iniciado la persecución, unos trepando como habían hecho ellos y otros saliendo de la cañada para buscar accesos más fáciles a las cumbres.

Treinta y seis años antes, al cabo de tres meses largos de peregrinación desde Córdoba, Samuel Nagrela había huido del miedo a los pastores por esas mismas trochas de cabra, con veinte años de edad, vestido de pordiosero pero con el cayado repleto de oro triturado y una confianza ciega en los designios de la Divina Providencia. Ahora era casi un anciano, le palpitaba en exceso el corazón y le fallaban las piernas, aunque no la confianza en sus ángeles. Mientras huía solo, oyó los gritos de uno de sus oficiales, que había sido abatido por los venablos de sus perseguidores y rematado después en el suelo. Siguió corriendo de peña en peña, con más inteligencia que habilidad y con menos torpeza de la esperable a su edad.

Más que entrar en una cueva —como él escribió en el poema conmemorativo de esta aventura—, Samuel cayó en una fosa de tres veces su altura. Creyó que ya había sido divisado y que los hombres que lo perseguían eran bereberes porque gritaban en un árabe bronco y gutural que fracturaba las palabras y marcaba los sonidos aspirados. Se acurrucó en el fondo soportando los dolores de la caída para no delatarse con sus gemidos, sin abrir los ojos para no asustarse con la oscuridad. En poco tiempo supo que los bereberes no sólo lo habían localizado, sino que además lo habían identificado por los destellos de sus ropas de general. En verdad sólo sabían que en el fondo de aquella fosa a la que no se podía descender sin despeñarse tenían a

un hombre malherido, viejo y poderoso, que podía ser el mismísimo Nagrela. Querían capturarlo vivo para cobrar rescate y era por eso por lo que no lo asaeteaban desde arriba y por lo que discutían a gritos sobre las estrategias para sacarlo.

Había sido un día de primavera con nubes veloces, pero de repente comenzó una tormenta de pesadumbre con rayos y relámpagos y el cielo se abrió en mantas de lluvia. Samuel dejó de oír las voces de los bereberes y pensó que esa era la ocasión que el Señor le enviaba. Era probable que se hubieran refugiado en cualquier pliegue de la montaña y era difícil que desde donde estuvieran siguieran divisando el agujero de la fosa. Así que dejó el manto en el suelo cubriendo las piedras más grandes que encontró para simular que seguía allí y con un grande esfuerzo trepó por la pared.

Se encontró con una noche prematura en la que el cielo había sido sustituido por un infierno eléctrico. Siguió el curso de los torrentes de agua y se dio cuenta de que bajando volvía hacia la cañada donde había tenido lugar la emboscada. Le pareció que era el mejor lugar para esconderse, siempre que el enemigo hubiese tenido tiempo de recoger los despojos de botín de su ejército muerto. Así fue. Cuando llegó abajo, la lluvia amainaba y poco a poco se estaba dibujando un cielo repleto de estrellas. Miró sin ver las caballerías muertas, los carros destrozados y los cadáveres desnudos de sus soldados.

La cañada desembocaba en un camino y Samuel sabía que las tropas de Málaga lo habrían tomado hacia el sur, él por lo tanto debía tomarlo hacia el norte. Tardó toda la noche en recorrer las cinco leguas escasas que lo llevaron al llano de Zafarraya.

Al amanecer, sin identificarse como quien era, pidió la caridad de ser acogido en una cortijada. Le dieron agua y le permitieron tumbarse para descansar las piernas, pero después el campesino de mayor edad le pidió que se marchara. Eran cristianos trinitarios y aquellas eran tierras de frontera. Estaban cansados de pagar tributos y sufrir expolios, de acoger desahuciados, de cuidar enfermos y de enterrar muertos. Temían a las partidas bereberes, a las tropas regulares y a cualquiera que se acercara por allí. Samuel tuvo que insinuarles quién era y prometerles una gran suma de dinero a cambio de la acogida.

Una semana pasó en aquella granja. El tiempo de esperar respuesta a un mensaje cifrado que un campesino llevó al alcaide de Loja y que este transmitió a la Casa del Gallo de los Vientos para que fuese entregado a Saúl, el único capaz de descifrarlo. El tiempo de que amainaran las fiebres que padecía y se curaran las heridas más ardientes y el tiempo de que se le calmara la rabia por el vuelco que le había dado la vida.

A los tres días, sin embargo, ya conocía a los campesinos por su nombre y había perdido el miedo a que alguna partida enemiga apareciese por allí. La finca estaba llena de escondites para alimentos y para personas, y Samuel pudo entretenerse dando consejos de todo tipo. A las mujeres sobre cocina, a los hombres sobre siembra y recolección, al jefe del clan sobre rectitud de costumbres y medidas disciplinarias con los hijos. Nunca habló de religión con ninguno de ellos, a pesar de que la

proliferación de santos y las invocaciones a la Santísima Trinidad le parecían al rabino Nagrela una prueba del politeísmo irredento de aquellas gentes.

Un día se atrevió a dar un paseo montaña arriba y se entretuvo desmontando una presa natural que contenía las aguas del arroyo turbio que cruzaba la finca. Por la tarde, se empeñó en demostrar a los campesinos que había mejorado el caudal donde más falta hacía. Otro día cortó una rama de avellano, la convirtió en vara de zahorí y recorrió los campos en busca de agua. Echó de menos su péndulo —que era el instrumento que había utilizado todos esos años, sobre todo para el diagnóstico clínico—, pero habría persistido en la tarea de buscar agua de no ser porque los primeros resultados que obtuvo le parecieron exagerados y absurdos, y los atribuyó a su falta de entrenamiento con la vara. Siglos después, cuando ya nadie podía conocer la prospección efímera de Samuel Nagrela, se confirmó que todo el llano reposaba sobre una gran laguna de agua que estaba a 63 pies de profundidad. Otro día la emprendió con una mala choza de paja y logró convertirla en un almacén aceptable para la leña. Y se habría ocupado de la mala ventilación de la chimenea, de no ser porque una mañana oyó un cuerno de guerra y reconoció enseguida la señal de Saúl, que andaba buscándolo por la comarca con un destacamento del Escudo. Antes de despedirse, desveló a los campesinos que era Samuel Nagrela, primer visir del rey de Granada, nagid de los judíos y acaso el hombre más rico de Al Ándalus, y cuando quiso entregarle al jefe del clan la recompensa prometida, este se negó a aceptarla por miedo. Los cristianos trinitarios habían sido instruidos desde siempre en la desconfianza hacia los judíos, a los que consideraban deicidas por haber matado a Jesús de Nazaret y con los que tenían prohibidos el matrimonio y la convivencia. Samuel insistió y le ordenó a Saúl que pusiera en la mano del jefe del clan una bolsa que contenía cien dinares en oro de la mejor ley.

Samuel Nagrela nunca dudó de que el propio arcángel Miguel había provocado la tormenta que le había permitido escapar de la cueva, y no sólo eso: creyó que aquel o alguno de sus ángeles subalternos lo había conducido por el camino correcto y lo había protegido mientras estuvo en el cortijo, y que el arcángel Gabriel había llevado en persona su mensaje cifrado hasta Saúl. Además, en el tiempo que pasó emboscado en la cueva creyó mantener un diálogo con el arcángel Miguel en persona, en el transcurso del cual le prometió que si el Señor lo libraba de la muerte, él compilaría el derecho judío.

Apenas retornó a Granada comenzó a cumplir su voto.

El trabajo era inmenso. Sólo una rutina sacramental le permitiría cumplirlo, pero esa era una vida que en el fondo de su alma deseaba llevar. Estaba cansado de la guerra y más aún de la corte, que sólo era otra forma de la guerra. Se sentía viejo y le parecía consolidada la posición de José en el reino, y aunque carecía de la energía juvenil, había alcanzado una respetabilidad y un prestigio tal entre las comunidades

judías del Mediterráneo que sólo él podía cumplir la compilación.

Los judíos sostenían con firmeza que Dios otorgaba el bien y permitía el mal. Entre los bienes, Dios le había dictado a Moisés la Torá, pero entre las calamidades que permitió que le sobrevinieran a Israel estaba la disputa en su interpretación. Samuel decía que desde los tiempos de la dominación romana, a las Academias les había faltado el pan de la inteligencia y el agua del entendimiento de la Ley.

Lo cierto era que la Torá sólo enunciaba las normas más generales y abstractas, y que las particulares y concretas sólo se conservaban en los corazones de los hombres y se transmitían de un profeta a otro, de cada sabio a sus discípulos. Abundaban por eso los litigantes a las puertas de los tribunales y crecían las dudas en las comunidades judías.

Además, dos escuelas rabínicas, la de Sammay y la de Hillel, se habían enfrentado más allá de lo razonable en la interpretación del derecho judío.

Resolver esas disputas era el objetivo de la compilación, y esta era la tarea prometida al arcángel y la que le encomendaba ahora la Divina Providencia. Para cumplirla, Samuel precedía al alba, y antes de que cantasen los gallos se administraba sus remedios espagíricos: para estimular la mente tomaba infusiones de efedra, una hierba de uso militar que se había traído de China hasta que se descubrió que se daba con poderes aún más estimulantes en lo más recóndito de Sulayr; tomaba también zumo de uva agraz, manzanilla real de Sulayr para las digestiones y, por la noche, infusiones de amapolas del río Genil cuando el vino no bastaba para dormir. Después de las oraciones y los fármacos, las primeras horas del trabajo matinal las dedicaba a la lectura de la Mishná de Yehuda ha-Nasi. Era su predecesor más nítido. En el desorden de la casuística, los seis capítulos de Nasi le parecían seis cofres que contuvieran el tesoro de la Ley: allí estaba la distinción precisa entre lo prohibido y lo permitido, lo apto y lo no apto, lo puro y lo impuro. En Nasi y no tanto en el Talmud de Babilonia encontraba Samuel la solución a tantas vacilaciones judiciales, a tantas normas, decretos y preceptos que brotaban y se cosechaban como juncos en el mundo judío.

Era también un lector atento de los adversarios, sobre todo de los caraítas, seguidores de Anan, que repudiaban el Talmud y sólo aceptaban la Torá escrita. En aquellos tiempos arreciaba la polémica con estos sectarios que impugnaban la misma idea de la compilación y a los que Samuel les echaba en cara que incluyeran en sus escritos testimonios falsos de autoridades del derecho judío. En todo caso, nunca los leía temprano, sino antes del almuerzo del mediodía, cuando su estado de ánimo era más bajo y su apetito más alto. Terminado el estudio de la mañana, mandaba llamar al barbero que le rasuraba las mejillas y le recortaba el bigote. Almorzaba después en familia, nunca con amigos ni cortesanos y muchas veces sólo con su hermana Carmela, que lo acompañaba siempre en silencio. Salvo los sábados y algunos días señalados en el calendario, comía apenas un plato escaso de legumbres cocidas, queso fresco y una rebanada de carne de membrillo. Después bebía con más

aplicación que ganas un agua carbónica, de color casi rojo, que le traían en garrafas de la Fuente Agria y que le ayudaba a expulsar los gases y a reponer la virilidad. Raras veces no dormía la siesta, pero nunca la hacía tumbado en el lecho, sino que se sentaba en un sillón de mimbre y colocaba los pies sobre un taburete.

A media tarde retomaba los estudios y luego, antes del atardecer, se bañaba y se vestía para la cena. Usaba ropa interior, camisas de lino en verano y túnicas de seda gruesa en invierno. Las campañas militares le habían trastocado los modales flácidos de su juventud y le habían proporcionado un porte más recto y marcial, pero persistían los ojos luminosos, la frente despejada, el corte de pelo y el bigote de su juventud, sólo que ahora todo había adquirido un color más grisáceo y macilento. Casi nunca acudía ya a la oscura sinagoga de la placeta y cada vez con menos frecuencia subía a la Casa del Gallo de los Vientos para despachar con Badis. Había logrado delegar en judíos de buenas familias la parte más cansina de sus responsabilidades políticas y casi todas las relacionadas con asuntos tributarios. Desde que se encerró para compilar el derecho judío no montaba su alazán, sino que se dejaba transportar por la ciudad en unas andas cargadas por dos sudaneses y escoltadas a caballo por algún oficial del Escudo. Era el mismo palanquín estrecho y alto que Berenice había utilizado el día de su boda y que él hasta entonces había considerado como impropio de un hombre de verdad.

Aunque se resistía a terminar la compilación, en el segundo invierno de trabajo entendió que tenía que hacerlo antes de la campaña de la primavera. Badis se había empeñado en tomar Morón y Écija y él no veía llegado el momento de retirarse. De manera que incrementó todavía más el aislamiento y el ritmo de trabajo y antes del verano mandó a copiar su obra. Se llamaba *Hilkata gabrewata* y era una verdadera enciclopedia jurídica transcrita con una cuidada caligrafía y dividida en veintisiete capítulos o tomos que abordaban problemas clásicos como la organización de los tribunales, el matrimonio, la adopción o el contrato de depósito, junto a problemas muy novedosos como el de los paganos desde el punto de vista de su salud eterna y de su dignidad moral, la misma existencia de Moisés y algunas leyes sobre policía e higiene de las ciudades.

En el año 1050, el rescoldo de venganza que Samuel Nagrela tenía encendido por la traición del ejército regular de Málaga se apagó.

Aquel año, el rey había ordenado atacar Morón y Écija. La expedición fue un éxito militar, pero además tuvo una recompensa inesperada para Samuel: cuando las tropas de Granada regresaban despacio por la campiña del Guadalquivir, notó un estremecimiento del estómago, como si un olor muy fuerte se lo estuviera alborotando.

—Es el bochorno —le dijo Saúl que cabalgaba a su lado.

—No es eso —respondió Samuel—. Creo que es un presentimiento. Y bueno.

El antiguo herborista estaba convencido de que los presentimientos de sucesos positivos subían el calor de los humores del cuerpo. Miró la planicie del Guadalquivir, el río al fondo, la rara luz del sol en los mediodías de verano. Escuchó el silencio de la naturaleza que se refugiaba a la espera del atardecer. «Hoy es lunes, 11 de siwan de 4810»,[2] se repitió para acordarse de la fecha. Su caballo respiró de una forma extraña que a él le pareció un signo más de que algo iba a suceder pronto. «Tal vez sea el bochorno —se dijo— que ablanda las visiones». De niño odiaba el calor de Mérida, de joven odiaba el de Córdoba, y sin embargo con los años el sol le parecía fuente de vida y el frío, signo de muerte. Ya iba a ordenar que se detuviera la tropa para el almuerzo y la siesta, cuando el oficial de la vanguardia que oteaba los caminos por donde habían de pasar llegó al galope: diez docenas o más de hombres armados sesteaban a un cuarto de legua de allí, en un paraje sombreado entre el río y la planicie. El oficial del Escudo no supo precisar si eran regulares o mercenarios, ni de qué patria ni religión, pero el corazón de Samuel palpitó de alegría porque se le confirmaban los presagios.

Y, en efecto, eran los mismos mercenarios y el mismo ejército regular de Málaga que el año anterior los había traicionado y derrotado. La euforia de Samuel cundió entre sus tropas. En llano, el ejército de Granada era imbatible.

En apenas una hora mataron a cien guerreros. Aniquilaron a los enemigos con golpe destructor, sin tregua, sin fuga posible. Los hirieron como martillo que desmenuza rocas.

Alejado de la primera línea de batalla, Samuel vio a este ejército de filisteos cual rebaño humano diseminado por la planicie. Le parecía que sus jinetes flotaban en el vapor del mediodía. Oía caer las espadas sobre las cabezas de los enemigos y se decía que este era el pago por tanta maldad. Sintió que el corazón se le hinchaba y que el tiempo volvía a poner las cosas en su sitio, como toda la mañana llevaba diciéndole su instinto premonitorio.

Cuando le preguntaron por la clemencia del vencedor, respondió que ninguna, que los matasen a todos. Cuando le preguntaron que si los enterraban, respondió que no, que dejaran que los buitres se alimentaran de sangre de hombres fuertes. Y al atardecer, cuando en el campamento improvisado le preguntaron si se encontraba bien porque lo vieron tiritando y sudoroso, respondió que no se había encontrado mejor en toda su vida.

55

Para colmar la felicidad de Samuel, llegaron cartas de África en las que el rabino Nisim de Qairuán aceptaba por fin la boda de su hija con José Nagrela. Las negociaciones entre familias para concertar esta boda habían durado años. Cuando Samuel le habló por primera vez de la intención de casar a sus hijos, rabí Nisim se opuso. No fue tanto por miedo a alejar de sí a su única hija, sino por el coste enorme de la dote y del viaje desde Cartago hasta Granada. A partir de esta negativa, las negociaciones postales duraron más de un año, y al final Nissim aceptó porque Samuel le pidió una dote insignificante y le ofreció costear el viaje, que podría durar hasta tres meses. Los juristas de Samuel redactaron el contrato de esponsales, lo enviaron a Qairuán y por aquellos días se devolvió al fin firmado por Nissim. Las dos familias estuvieron de acuerdo en que la boda tendría lugar en la sinagoga de La Alhambra el día 30 del mes de tishri de 4813, el último domingo de septiembre de 1052.

Fue por entonces cuando Samuel volvió a interesarse por la marcha de las obras del Palacio de Comares. Además de otras funciones religiosas y de gobierno, aquel palacio había de ser la residencia del príncipe José y de su familia. Era primavera y lo quería listo para el otoño. Ordenó a Ilbia y Salomón que no reparasen en gastos. El ulam y la Sala de la Barca ya estaban terminados, pero la torre que había de albergar el Salón del Trono, Devir o sanctasanctórum, según quien lo denominara, era todavía un cubo hueco, desprovisto de toda ornamentación y con un inmenso agujero en el techo.

Medida por fuera, desde el río, aquella torre tenía una altura de noventa codos y dos tercios. Dividida entre cuatro, el número pitagórico por excelencia, daba veintidós y dos tercios, que era, a su vez, la medida de cada uno de los lados del sanctasanctórum, medido por el interior. Y multiplicada a su vez por el número áureo esta medida del ancho daba la altura que había de tener y todavía tiene el Salón: treinta y seis codos y medio.

Para la arquitecta la dificultad provenía del cierre por arriba. Ella quería resolverlo con una pirámide escalonada de siete cielos. Según los datos que le habían traído desde Alejandría, la altura de la Gran Pirámide era de 292 codos sacerdotales, y ella quería que la pirámide que cerrara el Devir de Granada fuese veinte veces inferior. El lado de base de ambas pirámides se calcularía multiplicando la altura por $\pi/2$. Y también el perímetro de ambas sería a la altura como la circunferencia es a su radio, para indicar así la razón matemática que permitía efectuar la cuadratura del círculo.

Además, según los dibujos de Ilbia, el más alto de los siete cielos había de ser de

cristal para permitir el paso de la luz de los astros y debía girar conforme a un mecanismo que imitara su movimiento.

La fecha elegida para la boda no correspondía en rigor con la tradición judía, que prefería el mes de elul. Se optó por tishri por si para entonces Ilbia conseguía terminar la pirámide y la cúpula giratoria del Devir y se magnificaba aún más el sentido de la fiesta.

Ilbia, sin embargo, consciente de que no acabarían en tan pocos meses, había conseguido arrancarle a Samuel la promesa de que nadie, de entre la multitud de invitados que se esperaba, entraría en el Salón de Comares hasta que la pirámide y la cúpula giratoria de cristal estuviesen terminadas. Así, la puerta que daba al Salón de la Barca fue cubierta con unas cortinas de seda roja, que llevaban barras de plomo cosidas en los falsos para que el viento no las moviera.

A comienzos del verano, la comitiva de rabí Nissim zarpó de Cartago y tras sólo dos semanas de navegación llegó a la península. La novia, Palomba, de dieciséis años, y su corte de primas divertidas y madres severas fueron alojadas en el castillo de Salobreña. Rabí Nissim se trasladó a Granada, donde constituyó de inmediato una jeshivá o academia que durante los meses que funcionó fue visitada por todos los rabinos de Al Ándalus.

Desde el momento en que supieron que la novia había zarpado, Berenice y Carmela comenzaron los preparativos con la intención firme de que los siete días que habían de durar las bodas fueran un acontecimiento inolvidable, y seguras también de que aun con tanta antelación algún detalle indispensable se quedaría sin atender. Las dos, acompañadas por la gente del servicio, bajaban a diario a las tiendas de la medina a escoger lo mejor de todas partes para honrar las bodas de José.

La boda se celebraría en la sinagoga de La Alhambra y para los invitados de más alcurnia o mejor parentesco llegados de lejos se acondicionaron las siete alcobas del Palacio de los Leones, que se distribuirían por sexo y edades. Sin embargo, el espacio del Patio de los Leones, con sus arcadas, su fuente en el centro, su río circundante y sus canteros de jazmín que perfumaban el palacio al atardecer, no era suficiente para la celebración, las cenas y los almuerzos previstos. Así que decidieron habilitar también para la comida y la danza la Sala de la Barca. Respetaron la exigencia de Ilbia y sólo Samuel y el rabí Nissim lograron entrar al Salón del Trono. Los rabinos viejos de Granada vieron en esa visita una analogía reprobable con el sumo sacerdote, que era el único humano que podía penetrar en el sanctasanctórum del Templo de Jerusalén. En *elulam*, junto al estanque, los carpinteros construyeron una tarima para los músicos de la escuela de Córdoba y celosías en las dependencias administrativas para que las bailarinas de la escuela cordobesa de Ziryab pudieran desnudarse y vestirse sin ser vistas. Las pinturas que Ilbia había ordenado estucar en las paredes fueron cubiertas con tapices de gran valor para evitar el escándalo de los musulmanes más rígidos y los rabinos más ortodoxos. La percusión estaría a cargo de zenetes de la alcazaba nueva, que habían sido contratados por Berenice en atención a la familia

venida de Qairuán.

En la explanada por la que entraba el canal de los sauces de Babilonia, los cocineros instalaron una cocina que cubrieron con una carpa gigante, y cuando se acercaba la fecha de la boda hicieron traer los corderos vivos de Las Alpujarras y las gallinas de las granjas de la Vega, elegidas por su textura de faisán.

Todo lo habían previsto, salvo que la fiesta era un domingo de septiembre en un año de lluvias tempranas. Carmela cayó en la cuenta del riesgo que corrían pocos días antes, cuando salió al patio y se dio cuenta de que el verano había terminado. En la misma mañana de las bodas se asustó con la humedad del aire, y vio que el cielo estaba denso y bajo y no se alcanzaba a ver el horizonte de la Vega. A pesar de esos signos aciagos, Berenice la reprendió con sonrisas y la llamó ceniza.

Isaac de Elvira, que había subido con antelación a La Alhambra para asegurarse de que las figuras de mujeres habían sido cubiertas y de que nada ofendería en la boda a un buen musulmán, les recordó que en la historia de la ciudad, aun en los otoños más húmedos, no había llovido nunca durante el llamado veranillo de los membrillos, que se daba cada año a los diez días del equinoccio de otoño.

Por doquier se tendieron toldos cubriendo los espacios sin sombra y la misma mañana junto a los arrayanes extendieron alfombras y mesitas para más de cien personas, con teteras de plata, mantelitos de seda y jarrones de rosas del día en todos los huecos de las paredes. Sin embargo, unas dos horas antes del mediodía, cuando ya muchos de los invitados tomaban posiciones en la sinagoga de La Alhambra, el estampido de un trueno solitario soliviantó a Berenice, y un viento de mala sierra levantó las alfombras y se llevó los toldos por el aire. El cielo se desplomó en un aguacero de desastre.

Al rey Badis la tormenta le sorprendió cuando ya había cruzado el puente sobre el río Dauro y subía a caballo por la cuesta que separaba La Alhambra y el Generalife. Cuando desmontó en la explanada de la sinagoga, empapado y de mal humor, rehusó los brazos que se le ofrecían y las sombrillas que le acercaban los hombres de Samuel. Subió corriendo los escalones que daban a la puerta de la sinagoga y tropezó en el último como para poder confirmar ante los presentes su fama de torpe y su falta de prestancia.

La novia había pasado la noche en el Alcázar del Genil. De allí partió su comitiva a la hora prevista, pero el aguacero los obligó a buscar cobijo en la oscura sinagoga de la placeta, en el centro de la vieja Medina Garnata. En un momento en que parecía que amainaba, la subieron a un carro y en un tercio de hora más lograron llegar a la explanada de la sinagoga de La Alhambra con gran demora sobre la hora prevista, con los adornos florales devastados, cuando ya nadie tenía la ilusión de que escampara y cuando más arreciaba la lluvia.

Tuvo que esperar en el carro hasta que, un poco antes del mediodía, pareció otra vez que cesaba la lluvia, aunque no el viento frío de Sulayr. Cuatro oficiales del Escudo, aprovechando la tregua aparente, bajaron a Palomba del carro y la llevaron

hasta la puerta en el palanquín que había sido de Berenice y ahora utilizaba Samuel.

Estaba previsto que los invitados formaran un pasillo para recibir a la novia, y que la hilera de las mujeres le arrojara pétalos de rosa. Pero la ventolera era tan desapacible que los pétalos se perdían en remolinos y los hombres tuvieron que apoyar a los cuatro oficiales para que el palanquín de la novia no se les volcara.

La bajaron en la misma puerta de la sinagoga y, sin despojarse del velo, Palomba saludó a José con una inclinación de cabeza. Fue ahí cuando lo vio por primera vez y le pareció lo que era: un muchacho de diecisiete años, más desgarbado que alto y más guapo que apuesto.

Él la recibió con la sonrisa que había preparado, pero su alma se estremeció con las apreciables dimensiones de la silueta velada de la novia, porque le confirmaban un sueño aciago que había tenido noches antes. Nadie podía saberlo, pero la misma noche que su hijo, Samuel también había soñado que lo casaba con una mujer de rasgos monstruosos. José observó los ojos vidriosos de la novia y le pareció que lo miraban con una suerte de compasión educada. Observó la gran anchura de hombros y le pareció masculina. Observó el conjunto y experimentó el mismo miedo del corazón que conocía por haberlo visto otras veces en novias que no lograban pensar en sus esposos sin relacionarlos con el dolor.

Los dos novios se acercaron a la par hacia el núcleo de la sinagoga, donde aguardaban en tarimas de diversa altura los dos príncipes judíos, el rey de Granada, su hijo, el Sayf al Dawla y Salomón Gabirol, que actuaba de oficiante dada la avanzada edad del padre de Berenice. Se colocaron bajo el palio nupcial y Salomón Gabirol, sin demora ni protocolo, pronunció sobre la pareja las siete bendiciones.

Después los coperos escanciaron vino de las mejores reservas de los viñedos de Samuel y todos los hombres, salvo los musulmanes más estrictos, lo bebieron.

Entonces José levantó el velo de la novia y se encontró con el espanto que presentía: Palomba era la mujer más fea que había visto nunca. Tenía la dentadura apilada de los roedores, la nariz en forma de gancho y la piel irritada por la tortura de la depilación. Tenía los dedos cortos y fláccidos, las manos enrojecidas y una desproporción manifiesta entre las caderas enormes y los pechos exiguos.

El joven se sobrepuso a la pesadilla realizada, miró a su padre y a una señal aprobatoria de este le colocó en el dedo índice un anillo de oro, a la vez que pronunciaba la fórmula que la consagraba como su esposa.

Ella también buscó la aprobación de su padre antes de aceptar el anillo y expresó en hebreo su consentimiento para unirse por esposa a ese hombre.

Después los dos nagid firmaron un documento que Salomón Gabirol leyó en público. Era la *ketuvá* o relación de obligaciones del esposo con determinación de la indemnización que debería pagarse a la mujer en el caso de repudio o divorcio. El rey y Gabirol firmaron al pie de la ketuvá, como testigos de la ceremonia, al tiempo que el jazán entonaba las *sheva berajot*.

Después el novio pisó la copa de cristal para evocar la destrucción del Templo de

Jerusalén y fue entonces cuando notó que le temblaban las piernas y que tenía en el corazón las punzadas que dan los sentimientos de la mala suerte.

Samuel se dio cuenta de lo que sentía su hijo y se le revolvieron las penas. Cuando lo abrazó emocionado le dijo:

—Gracias.

Cuando los novios y los invitados se trasladaron hacia los patios engalanados para la fiesta había cesado la lluvia grande, pero no el viento de la sierra. Las alfombras todavía húmedas habían sido retiradas deprisa y dispuestas de nuevo como mejor se pudo en las dependencias administrativas del ulam, en cualquier sala del Palacio de Los Leones y en el interior de la Sala de la Barca.

Como era costumbre, en la previsión inicial un lado del estanque del ulam había sido reservado para los hombres y otro para las mujeres, pero con la nueva ordenación improvisada cada uno se acomodó como pudo, en una promiscuidad de sexos y clases que contrarió todas las normas sociales de las bodas de la jassa andalusí.

La solución de dispersar a los invitados acabó también con el humor de los más viejos dignatarios, que eran los instalados en la Sala de la Barca.

En medio del desorden, la madre del novio parecía estar en todas partes al mismo tiempo, con el velo descompuesto, el cabello empapado y el vestido espléndido salpicado de barro. Con la ayuda de Carmela, sobria y pequeña como siempre, logró hasta donde fue posible preservar el protocolo en la Sala de la Barca: el rey Badis y el príncipe heredero sentados en el centro y los rabinos Nagrela y Nissim a su derecha y a su izquierda.

Sin esperar a que el banquete fuese inaugurado por Samuel, los jóvenes comenzaron a cantar y a beber por las alcobas y los viejos poderosos comenzaron a aburrirse de hambre en su refugio de lujo, mirando las grandes cortinas rojas que Ilbia había colocado para impedir la entrada en el sanctasanctórum inacabado.

La borrasca había sido tan intensa que había arrasado las cocinas. Los hornos de leña para los corderos, que habían sido armados con ladrillos en el exterior de la carpa, habían sido devastados y los cocineros apenas si habían tenido tiempo de poner a salvo de la lluvia las ollas donde se guisaban las gallinas. Sin embargo, a comienzos de la tarde, recurriendo a frutas, fiambres y repostería, el asunto de la comida estaba resuelto.

A esas horas, Badis ya estaba borracho.

Hacía un frío insólito para septiembre y, de vez en cuando, los patios eran asolados por una lluvia gruesa sesgada por el viento.

Entumecidas por el frío, las bailarinas improvisaron danzas rápidas sin el acompañamiento habitual de palmas y alegrías. Movían las castañuelas con más rapidez de la exigida, taconeaban demasiado rápido y más de una resbaló.

Los músicos refugiados en lo más hondo de las salas se dieron a las melodías tristes. Las mujeres llevaban trajes carmesíes o verdes, casi todos con aderezos de

piedras preciosas, y la mayoría de los hombres estaban vestidos de seda blanca con capote rojo. Berenice, asustada por los estragos del frío, pidió que los soldados del Escudo trajesen sus mantas y capotes, y recorrió La Alhambra suplicando a los invitados que se cubrieran, pero Badis, de malos modos, se negó a pesar de ser el más ensopado, y entonces nadie se atrevió a contrariar su ejemplo.

A la puesta de sol, cuando terminaba el día judío, el sentimiento de desolación se había extendido entre la familia Nagrela. Samuel estaba absorto y dolido. José estaba como asustado, con los ojos muy abiertos y sin apenas intercambiar una frase de cortesía con su esposa. Judá, de catorce años, solitario como siempre, se perdió. Carmela parecía la única serena y sólo la disturbaba el pequeño Elisaf, que corría de un lado para otro seguido por su doncella. Ilbia, Saúl, Salomón y Susán se habían refugiado en un rincón cubierto y hablaban de asuntos demasiado serios. Berenice se derribó en un llanto sin consuelo.

Los invitados más borrachos comenzaron a perseguir a las mujeres y a orinar en los arriates, sobre las flores. En las dependencias traseras, irritados por los nervios del día, los coperos y los sirvientes comenzaron a disputar entre ellos. Las antorchas, húmedas, no se pudieron encender.

Samuel ordenó el fin de la fiesta.

José y Palomba, sin apenas hablar entre ellos, se retiraron a la alcoba nupcial con la sensación de que aquel había sido el día más aciago de sus vidas.

Aunque mandó que acabaran de inmediato las fiestas que estaban previstas para una semana, Samuel Nagrela no pudo desalojar a todos los invitados que dormirían en La Alhambra y le resultó imposible no escuchar los ruidos de la saturnal triste y obscena que se había organizado en las alcobas. La desesperación de la lluvia y la estampa horrible de la novia, que tantos interpretaron como un designio de la mala suerte, llevó a muchos a una borrachera nerviosa y violenta. Los más ricos compraron los servicios de las bailarinas de Córdoba y los más jóvenes se desahogaron entre sí.

Solo, en las dependencias más recónditas del Palacio de los Leones, Samuel intentaba rezar. Oía los ruidos de la fiesta turbia e invocaba a los cuatro ángeles del bien: Rafael, Uriel, Gabriel y Miguel para que vinieran al combate contra Samael e impidieran la conversión de La Alhambra en un lupanar de lujuria.

A pesar de los conjuros rezados notó que le crecía una excitación sexual que hacía mucho que no experimentaba. Lo atribuyó primero al vino. Después al influjo de Lilit, la mujer lasciva que según la tradición se apoderaba de quien duerme solo. Y pronto se dio cuenta de que era el deseo de Berenice el que lo había invadido.

Durante el día se había asombrado de sí mismo porque la miraba, la veía descompuesta por las inclemencias del día, y le gustaba. Desde que nació Elisaf, ella no había visitado su cama y él se limitaba a atisbarla de vez en cuando sin ser visto. Salvo un día de aquel verano, a la hora de la siesta, en que él dejó de verla como una madre atareada y le ordenó que lo acompañara a su alcoba. Ella cumplió con más obediencia que ganas y él la vio como a una suerte de diosa eficiente dibujada en el

cielo rotundo del mediodía y difusa bajo la llovizna de las fuentes.

Entrada la noche de las bodas, Samuel ordenó que preparasen el baño y que trajeran a Berenice a su presencia. Mientras llegaba, se tomó la infusión de hierro y se prescribió otros mejunjes de alquimia para aumentar la potencia. Ella llegó acompañada por dos esclavas y entendió enseguida lo que pretendía el marido, porque lo vio desprovisto de autoridad, lo encontró desnudo en el baño y en una actitud que le pareció grosera. A la primera insinuación del esposo, no pudo contenerse. Se revolvió de ira y se dio a gritarle. Lo llamó viejo depravado, guarro y repugnante. Le ofreció que tomara a una de sus esclavas y le arañó el rostro apenas él se lo acercó. Pero el cansancio y la desazón del día, y su propia irritación, acabaron por debilitarla y provocarle un estado de semiinconsciencia sin desmayo en el que sólo se la oía lamentarse con aullidos de animal indefenso. Samuel aprovechó el derrumbamiento por dolor y ordenó a las esclavas que salieran de los baños. La tumbó en el suelo y la obligó a beber una copa de vino. Después cedió a las ansias de chuparle los pies, de meter la cabeza bajo su túnica y de quedarse absorto en el mar de su pubis. Probó por primera vez el sabor de su anémona más íntima, la volteó, la penetró y salió del baño mientras oía su llanto quedo y triste de animalillo roto.

56

Al principio, Salomón Gabirol pensaba que los siete cielos que habían de cerrar el sanctasanctórum eran un empeño frívolo de Ilbia, pero pronto se dio cuenta de que el diseño de aquella pirámide era una determinación firme, no de mujer, sino de arquitecta, acaso de la mejor de Al Ándalus. Comprendió que la cúpula se iba a hacer así con independencia de lo que él opinase y esa certidumbre le inspiró una astucia. Estudió todo lo que pudo hasta encontrar un fundamento distinto de los siete cielos. No lo halló en los tratados platónicos como al principio creía, sino en el Libro de la Plenitud en cuyos arcanos profundizaba desde hacía tiempo:

Y Dios creó siete cielos arriba —decía El Zohar— y siete tierras abajo, siete océanos y siete ríos, siete días y siete semanas, siete años y siete veces siete años, y los siete mil años de la duración del mundo. Y cada uno de los siete cielos arriba tiene sus estrellas, sus cuerpos astrales y sus soles. Cada uno tiene su jerarquía, con poder de ejecutar la voluntad soberana. Y los que sirven son diferentes en cada cielo: en algunos los sirvientes tienen seis alas; en otros, cuatro. En algunos tienen seis caras; en otros, dos. Algunos están hechos de fuego; algunos de agua, y algunos de aire. Y todos los cielos están colocados uno dentro del otro, como las hojas de una cebolla.

Entonces puso todo su esfuerzo en convencer a Ilbia de algo de lo que ya estaba convencida: que el Devir había de tener siete cielos. Una noche estrellada de verano, la subió a la terraza más alta del Generalife y comenzó a hacer cálculos trigonométricos que confirmaban la existencia real de los siete cielos.

—Recorrer cada cielo —le dijo— llevaría un ciento de años andando.

Y ella asintió porque aquella afirmación no le aportaba nada a un proyecto que ya tenía cerrado en su mente.

—La altura de cada cielo —le dijo Salomón— es cinco veces su superficie.

Y ella asintió.

—Recorrer la distancia —añadió Salomón— que separa un cielo de otro llevaría quinientos años andando.

Y ella asintió.

—El cielo más alto —dijo Salomón— se llama Araboth y su luz es tan grande que ilumina a los otros seis y llevaría mil quinientos años recorrer su superficie caminando.

Y ella asintió.

—Si construimos —continuó Salomón— una pirámide de siete cielos, Zadquiel, el guardián del reino Hesed, nos abrirá la crónica Akasha, donde se registran todos los pensamientos de los hombres.

En vez de responderle o de pedirle aclaraciones, como en el fondo hubiera

querido, Ilbia fingió que lo escuchaba por cortesía, sin aprender nada nuevo de su torrente desordenado de ideas y sugerencias. Sin embargo, al amanecer, apenas Salomón se marchó del Generalife, se puso a estudiar para comprobar si el relato que había escuchado coincidía con los dos textos de su biblioteca que podían abordar el tema. Al cabo de una hora de estudio, cuando ya estaba concluyendo que sí, que tanto para Basílides de Alejandría como para Pitágoras el mundo era un todo jerarquizado en siete planos, la sobresaltó el ruido de unos pasos y la entrada repentina de un hombre en la penumbra de la biblioteca. Era Salomón, que regresaba para seguir estudiando y que también se sorprendió de verla allí.

—Pensé que estarías durmiendo —se disculpó Salomón.

Alguna vez, en una tertulia en la que los poetas jugaban a definirse a sí mismos en un par de versos, él había escrito: «Soy un malagueño cabezón que nunca duerme». Ilbia también dormía poco y mal. Por eso a ambos con los años se les había afilado el rostro y, más en el caso de ella, se les había arrugado la piel. Los motivos de él para no dormir eran los que había explicado en sus versos: su propia cabeza producía un ruido incesante de pensamientos y miedos. En cambio, los ruidos que despertaban a Ilbia provenían más de su corazón que de su cerebro. El caso es que ambos se pusieron a repasar los textos que Ilbia ya había consultado.

Para Basílides en lo más alto reinaba el logos que era espíritu, pensamiento divino consciente de sí mismo; por debajo se extendía el neuma que era un pensamiento inconsciente de sí mismo, pero de esencia espiritual; luego estaba el éter: una parte diferente sólo en grado del alma del mundo material…

—Logos, neuma, éter, alma, materia… —repitió Salomón.

—¿Qué es lo importante para ti? —preguntó Ilbia.

—El alma —respondió sin duda Salomón— en su lucha con la materia para alcanzar el neuma. Sólo el neuma porque el logos es divino, inalcanzable…

—¿Y el éter?

—Es sólo el escenario de esa lucha…

La pregunta por el éter era sólo una maniobra de distracción de Ilbia, para evitar que él le preguntara lo que nunca le preguntó: «Y para ti, Ilbia, ¿qué es lo importante de esta jerarquía del mundo?». Y es que si Salomón le hubiese formulado la cuestión ella tendría que haber respondido algo que hubiese provocado la ira de él. Salomón no dejaba de ser un rabino, neoplatónico pero rabino. Ella por el contrario creía que lo importante era la concepción del logos, no como plano superior del mundo, sino como espíritu consciente de sí mismo. Consciente de sí mismo, significaba que el logos se reflejaba en sí mismo, luego era recursivo o doble, o infinito pero irreal como un juego de espejos. Esta era la palabra que hubiera provocado la ira de Salomón: espejo. Como tantos otros autores de su tiempo, Gabirol repudiaba los espejos, porque duplicaban la realidad.

La noche siguiente, después de discutir con Samuel Nagrela y Salomón Gabirol algunos detalles de la obra, Ilbia recibió en el Generalife al ulema Isaac de Elvira. Cumpliendo su promesa de mantenerlo informado de cualquier avance de la obra de La Alhambra, le explicó el proyecto de cerrar el Salón con una pirámide escalonada.

—¿Tendréis un ejemplar del Corán en esta casa? —preguntó con ironía el ulema cuando Ilbia terminó de hablar.

—Por supuesto —dijo ella.

—Pues traédmelo, por favor.

De un lugar nada preferente de su biblioteca, Ilbia extrajo un codicilo que contenía una preciosa versión del Corán y se lo entregó al ulema. Isaac se acercó la candela, pasó unas cuantas páginas y comenzó a leer.

—«Él es quien ha creado siete cielos, unos por encima de los otros. Imposible te será ver en lo que ha creado el Muy Misericordioso discordancia alguna. ¡Levanta tus ojos! ¿Ves acaso en el cielo alguna fisura? Al punto levanta los ojos por segunda vez y ante sus maravillas acabarán por cerrarse absortos y fatigados», dice la sura 67 de El Corán. —Cerró el Libro—. Ya ves que no tienes que buscar extraños fundamentos para tu obra. Todo está en el Corán.

Después, con más detalle, Isaac de Elvira aprobó el diseño de los cuatro cielos o concavidades perceptibles, más los tres que se adentraban en la cupulina porque reflejaban su disposición conforme a una mecánica celeste. La sura que había leído y en la que fundamentó su aprobación teológica se llama del Trono o la Señoría, *qam-al ars* en árabe, y acabó dando el nombre por el que aún se conoce a este Salón: Comares.

Por supuesto, también a Isaac de Elvira Ilbia le ocultó su intención de construir con cristal el más alto de los siete planos para que, como un espejo del alma humana, la cúpula reflejase el pensamiento de quien la mirara.

57

Por aquellos años, la ciudad de Osuna fue sitiada por los abades de Sevilla y por una muchedumbre de bereberes, mercenarios sin jefe ni dueño que actuaban al servicio de no se sabía bien quién. Los sitiadores habían acampado en la llanura a los pies de la alcazaba con la intención de tomar rápido la ciudad, pero los había invadido el vino y el cante, y el campamento se les había convertido en una mezcla imposible del calor humano de las ferias con el frío de la guerra. Ligero, comandado esta vez por el rey Badis en persona, pero pertrechado y reclutado como siempre por Samuel Nagrela, el ejército de Granada llegó cuando los asaltantes por fin atacaban lo más inexpugnable de la ciudadela. La victoria fue tan rápida y contundente que la única duda que les quedaba a Badis y a Samuel era qué hacerle al enemigo que huye. Más rápido que Samuel en su determinación, el rey ordenó a sus soldados que persiguieran a los enemigos con estrategias más de caza que de guerra.

Días más tarde, cuando desde su posición de mando a la derecha del rey contemplaba una de estas cacerías de hombres, Samuel tuvo una visión: creyó ver a los ángeles de Dios que colaboraban con los soldados y bendecían la ejecución de los huidos.

Pendiente siempre de él, pero sobre todo cuando lo veía ensimismado, Saúl descubrió una sombra de tristeza en el rostro de Samuel, acercó su caballo y, desde su montura de tafetán labrado le apretó el brazo con su mano. Samuel le sonrió desde el más allá, y respondió a su gesto de afecto con una pregunta.

—¿Tú ves a los ángeles?

—Ni tan siquiera en sueños —respondió Saúl.

—Yo los estoy viendo ahora mismo, luchando con nuestros soldados.

—Nuestros soldados no están luchando —replicó Saúl—. Están cazando hombres y eso es lo que te ha puesto triste.

—No es eso —respondió Samuel—. Es que tengo un presentimiento. ¿Tú tienes presentimientos, Saúl?

—Ni tan siquiera en sueños —respondió Saúl.

En ese momento el palomero interrumpió la conversación y le entregó a Samuel una carta.

—Aquí está mi presentimiento —dijo él antes de leerla.

Tenía aún la mirada ausente, el ensimismamiento religioso de los visionarios. La carta decía que José Nagrela estaba afectado por una erupción seria y grave. Había pasado noches de agonía, vómitos y diarreas que lo habían dejado amarillento y demacrado. Palomba y Carmela cuidaban sus pústulas, que no cedían, y los médicos le vendaban unas llagas profundas y abiertas. Las convulsiones del estómago eran tan

fuertes que varias veces temieron que se quebrara en sus propios vómitos.

Samuel decidió volver a toda prisa escoltado tan sólo por los cuatro jinetes más rápidos del Escudo. Estaba a más de treinta leguas y no eran días propicios para el viaje rápido, porque las lluvias de primavera habían convertido los caminos en barrizales. Sin embargo, al segundo día llegó a Granada.

Apenas se inclinó sobre José, su ojo clínico desautorizó el diagnóstico de los médicos, que era el de envenenamiento intencionado o casual, recorrió su cuerpo con el péndulo y reconoció los síntomas de una enfermedad venérea a la que llamaban por entonces el mal de Edrom. Preparó un sahumerio espagírico que desplazaba hacia Marte la fuerza de Venus y en pocos días logró la curación de José.

El júbilo por salvar lo que más quería no lo liberó del dolor de una sospecha certera: José tenía una enfermedad venérea porque no soportaba a su esposa y se había entregado al desenfreno sexual.

En efecto así era. Por entonces José tenía dieciocho años. Su padre lo había introducido ya en la corte de Badis como secretario del príncipe heredero Bulugin, al que todo el mundo llamaba por su título nobiliario de Sayf al Dawla o Espada de la Dinastía, y desde el principio surgió entre ellos una amistad abrumadora. Eran de la misma edad, hijos de los dos hombres más poderosos del reino, y estaban unidos por unas prácticas sexuales feroces, de una promiscuidad y una imaginación inagotables. En las frecuentes ausencias de Badis y Samuel, sus parrandas señoreaban La Alhambra, la Casa del Gallo de los Vientos y la ciudad entera. Las fiestas eran para ellos diarias y parecía que todos en la ciudad, salvo sus padres, supieran el grado de depravación que habían alcanzado. Estaban al tanto de cualquier desplazamiento de caravanas o de cualquier llegada de barcos con mujeres a los puertos del reino. En una alquería de la Vega y bajo la guardia de unos cuantos eunucos negros, instalaron a una docena de escandinavas compradas en Málaga por una fortuna y las convirtieron en sus servidoras exclusivas. En el patio emparrado de aquella alquería y en sus escasos descansos, llegaron a planificar expediciones militares hacia el norte de la península en busca de montañesas rubias. Sin esfuerzo, a puros golpes de sexo, las escandinavas comenzaron a parir niños rubios y la alquería se fue transformando en un pueblo de buen tamaño.

Durante el primer año de matrimonio, José había yacido en muy pocas ocasiones con Palomba y aún se le cerraba la boca del estómago cuando recordaba el olor de su cuerpo o el tacto de sus manos. Sólo cuando estaba muy borracho podía entrar en su alcoba y sólo esperaba dejarla embarazada en alguna de aquellas ocasiones esporádicas. La habría repudiado aun antes de que le diera un heredero varón, pero sabía de la importancia estratégica de aquel matrimonio para su padre y ni tan siquiera se atrevía a sugerirle la ruptura.

58

A pesar de las bendiciones de Samuel y del apoyo entusiasta de Gabirol, Ilbia se resistía a pasar los dibujos de la pirámide a los alarifes y artesanos que habrían de tallarla. Siempre había pensado que había nacido para construir La Alhambra, pero por aquellos años había añadido a sus pensamientos la convicción íntima de que el fin de la obra sería el fin de su vida. Con el propósito consciente de demorarse, comenzó a buscar pretextos. Encontró el mejor un día en el que Salomón le explicaba una disposición del Zohar.

—Todo el mundo inferior —le decía Gabirol— ha sido hecho a imagen del mundo superior. Todo lo que existe en el mundo superior nos aparece acá abajo como en una pintura. Todo es uno y la misma cosa. Lo que está arriba es igual a lo que está abajo; la parte es un todo.

—Quieres decir —lo interrumpió Ilbia— que cada cosa de arriba tiene su reflejo abajo.

—Exacto —confirmó Salomón—. De la misma manera que la torre de Comares se refleja en el estanque del ulam.

—Entonces —prosiguió Ilbia— los siete cielos de nuestra pirámide deberían tener siete infiernos en alguna parte.

—Así es. Siete son las mansiones del Infierno según…

—Nuestra pirámide —Ilbia no lo dejó continuar y repitió la idea que acababa de tener— tiene siete cielos, luego hemos de construir siete infiernos.

—Lo había pensado —dijo Salomón—. Podríamos poner una fuente a ras del suelo que reflejase la cúpula…

—No —replicó Ilbia— haremos una torre hacia abajo que tenga siete suelos.

Y entonces, con pleno dominio del descubrimiento que consideró como propio, se puso a dibujar durante varios días. No le costó mucho convencer a Samuel de la imperiosa necesidad de esta torre no prevista que se alzaría en el extremo sur del recinto de La Alhambra, en el punto más alejado del sanctasanctórum, y que tendría siete mansiones subterráneas. Desvió hacia ella a toda la mano de obra disponible y, segura de que más que perder ganaba tiempo de vida, trabajó con todo ahínco. En diez meses estuvo terminada la torre que hasta hoy se llama de los Siete Suelos.

Desde la entrada, los pisos o rellanos eran cada vez más pequeños, como el cono del Infierno. Al primero se accedía desde la misma puerta y dejaba ver las escaleras que conducían al segundo. El tercero era ya una sala asfixiante y el cuarto —último hasta el que hoy se ha podido acceder— apenas permitiría la presencia de tres personas abrazadas.

Para acceder a las tres últimas plantas del Infierno había que levantar losas y

mover poleas escondidas que podían convertirse en trampas mortales para quien no conociera con exactitud los complejos mecanismos. El sexto suelo era ya una cripta secreta cavada en persona por Salomón Gabirol y estucada con polvo de plata por Ilbia. Debajo de una losa octogonal se abría el extraño resplandor de la séptima planta, que tenía el tamaño bíblico del Arca de la Alianza y donde Samuel Nagrela depositó siete sacos de cuero, sellados y lacrados con una estrella de seis puntas, cada uno de los cuales contenía cinco mil cuatrocientos treinta y dos dinares de oro de la mejor ley.

59

Ya era Sevilla la nueva capital del mundo del occidente y Mutadid el más importante de los reyes andalusíes. Había heredado de su padre el afán de recomponer Al Ándalus, el propósito heroico de restaurar el califato y la convicción de que sólo un andaluz podría hacerlo. Por eso, mantenía al esterero de Calatrava en su papel de califa títere y firmaba sus decisiones en el nombre de Dios y en el del califa Hixem II. A las orillas del gran río, en su poder reluciente sólo se sentía amenazado por la sombra de un hombre que no era Badis, sino Samuel Nagrela. Se sentía ultrajado por tantas derrotas militares, se sentía disminuido por la compasión despectiva que varias veces el judío le había mostrado en el campo de batalla y no soportaba más el relato de La Alhambra, un palacio que emergía de la tierra y se asemejaba al Paraíso.

Por consejo de los más sagaces de sus visires y con la obsesión de derrotar de una vez a Samuel Nagrela, hizo algo que le repugnaba: intentar pactar con el partido bereber. Convocó a los caudillos bereberes de Ronda, Morón y Arcos para proponerles una alianza militar contra Granada.

Los tres llegaron juntos a los Reales Alcázares de Sevilla, cada uno con sus visires, deudos y familiares, en una comitiva única de más de cien personas. Era un jueves radiante del mes de junio, pero a mediodía, al tiempo que los bereberes entraban en la ciudad, el cielo se oscureció. Las temperaturas bajaron tanto y de manera tan rápida que por la ciudad empezaron a oírse oraciones de miedo que imploraban la clemencia divina. Mutadid vio las nubes, salió al jardín para comprobar el frío y estalló a gritos con sus consejeros. Le parecía que aquellas nubes negras, aquel frío imprevisto en pleno mes de junio, aquel padecimiento de las flores en los jardines, no podían ser otra cosa que un mal augurio.

—¡Esto pasa por haceros caso e invitar a quien no se debe! —gritaba.

Se marchó a su alcoba y cuando le anunciaron que los bereberes estaban a las puertas de los Reales Alcázares se negó a salir para recibirlos. En su lugar actuó el esterero de Calatrava, ataviado de califa, con parabienes, agasajos y zalemas de todo tipo.

Sin que el cielo se despejara, aquella misma tarde las dependencias de los Reales Alcázares se fueron llenando de huéspedes oscuros y sombríos, bastos y enérgicos, aunque muy honrados de ser recibidos en Sevilla.

Antes de la cena, los visires tuvieron que convencer a las mujeres del harén para que detuviesen los conjuros a gritos que hacían contra los pájaros de mal agüero. Ellas creían que las mujeres llegadas con los bereberes echaban el mal de ojo y, como el propio Mutadid, desde que vieron las primeras nubes estaban convencidas de que

aquella visita terminaría en tragedia. Los notables de la corte sevillana tuvieron que disimular sus escrúpulos y atender con diplomacia a invitados sin ningún interés en la alta política, que sólo hablaban de caballos y de mujeres, y que pronto empezaron a orinar en los recodos de los jardines y a escupir en cualquier parte.

Bien entrada la tarde, cuando ya era inexcusable su ausencia, apareció Mutadid seco y taciturno, displicente y distante, y sus visires aliviados pudieron comenzar a tratar los aspectos de la alianza de todos contra Granada. En un momento de la conversación, un visir sevillano entonó un discurso pomposo acompañado con aspavientos excesivos. Nur, caudillo bereber de la taifa de Ronda, viejo y borrachín, comentó en voz alta y entre risas esta teatralidad del visir sevillano:

—Ya sé —dijo refiriéndose al visir— quién es el maestro que enseña teatro al esterero de Calatrava.

Al oírlo, Mutadid enrojeció de cólera. Todo el mundo conocía la farsa, pero nadie jamás, en su presencia, se había atrevido a mencionar que el hijo del esterero de Calatrava fuera un impostor. Comenzó a gritar. Acusó a los bereberes de ser los responsables de la guerra civil, de la descomposición política y de la miseria cultural de Al Ándalus. Los llamó hienas del desierto, camelleros apestosos y jinetes de la muerte. Y cuando terminó de explayarse, sin permitir que nadie interviniese ni tan siquiera para pedir disculpas, ordenó a la guardia que encerrara a los tres reyes y a sus visires.

A continuación llamó al amanuense y le dictó una carta en la que, en nombre del califa Hixem II, anunciaba a los habitantes de Morón, Arcos y Ronda que los caudillos bereberes habían sido apresados por su vergonzosa alianza con la república diabólica de Granada, y los conminaba a ponerse de inmediato bajo la única soberanía legítima.

Una semana más tarde, en la respuesta enviada a Sevilla, las tres ciudades se reafirmaron en su independencia y reclamaron la liberación de sus emires.

Entonces Al Mutadid dejó que sus hombres violasen a las hijas de los caudillos bereberes, puso sogas en la cabeza de sus mujeres en señal de duelo y, en los baños, con un alfanje, él mismo les cortó la mano derecha a los tres. Después mandó que los apaleasen hasta romperles las costillas y que los asfixiaran despacio en los vapores del baño.

Cuando supo que Mutadid había ejecutado a tres reyes de su raza, el rey Badis se escandalizó de tal modo que olvidó que habían ido a Sevilla para traicionarlo y ordenó la venganza. Samuel Nagrela, en cambio, persuadido de que Mutadid se había vuelto loco, se alegró y con versos bien escandidos compuso un cántico en el que daba gracias a la Divina Providencia por haberlo librado de golpe de tantos enemigos.

60

De madrugada, cuando se levantó para dirigir un día más la vida de La Alhambra, Carmela oyó los sollozos de su hermano Samuel. Entró en la alcoba y lo halló sobre la cama retorcido de dolor, con la cabeza en las rodillas y una expresión de pánico. Impresionada por los ojos desencajados, los labios violetas y las contracciones del cuerpo, sólo se atrevió a ofrecerle el consuelo de una infusión de manzanilla. Él rehusó sin mirarla, pero con un hilo manso de voz le pidió que avisara a Ilbia. Entonces Carmela no pudo contener un comentario despectivo: tantos médicos entre la comunidad judía de Granada y a su hermano sólo se le ocurría llamar a *esa*. Samuel ni la oyó.

La noche anterior había cenado ligero y se había acostado temprano, pero lo despertó un dolor en el costado que fue creciendo en intensidad. No podía permanecer en la cama: ya se levantaba encorvado como un junco, ya se sentaba con las manos en jarras como una parturienta. Volvió a acostarse como si estuviera borracho y pensó que la vejez había llegado a su vida de repente y como castigo divino por haber escrito aquella tarde un poema en el que se alegraba de la barbarie de Mutadid. El dolor lo llevó a la inconsciencia y, al poco, se despertó de nuevo porque le ardían los huesos, que le parecían tizones entre piedras.

Al amanecer Ilbia lo visitó y anotó once síntomas: dolor de costado, ardor de huesos, llaga dentro del pecho, efusión de humores, fiebre, dolor en los dos riñones y en las entrañas, temblor en las paredes del corazón reblandecido, ictericia, rechazo de líquidos y de lo masticado.

Temblorosos por la autoridad del paciente, los otros médicos, a los que Carmela no había dudado en avisar, confesaban en voz baja que eran pocos los que vivían de ese modo más de dos semanas.

Ilbia en cambio fue más optimista:

—Si me haces caso —le dijo—, de esta no te mueres.

El diagnóstico fue una infección renal que podría ceder con gran reposo, caldo de espárragos hervidos, alubias cocidas en puré y unas infusiones de hierbas diuréticas. Nadie quiso creerla. Carmela y Palomba temían que fuera más correcto el diagnóstico terminal de los otros médicos. Lloraban lejos de donde Samuel estaba, gemían golpeándose los pechos y decían por la mañana: «Ya no puede sufrir más»; pero por la tarde lo veían sufrir el doble. José y Judá se afanaban en buscar otros remedios para su padre. A diferencia de Berenice, que parecía tranquila y cumplía con diligencia sus deberes de atención y cuidado, a los muchachos les vacilaban las rodillas y sollozaban afligidos cuando nadie los veía.

A los dos meses seguía igual; su cuerpo era ya una piel llena de huesos con boca,

corazón, oído y ojos. El sufrimiento le había asolado el vigor, la médula y las fuerzas, y le había hurtado la firmeza a los talones y a los pies. De noche empeoraban sus dolencias y sus quejas se oían por toda La Alhambra. Amanecía y no se creía que llegara el alba y se fuera la noche; oscurecía y no se daba cuenta de que caía la tarde.

Pero una noche, en las tinieblas de su enfermedad, entrevió a los seres de seis alas que Dios le enviaba para sanarlo. De forma paulatina los remedios de Ilbia comenzaron a hacerle efecto. Poco a poco, a lo largo de los seis meses del otoño y del invierno, fue remitiendo la flaqueza que le cercenaba las piernas, bajaron las fiebres, se le alzó la cabeza y recuperó el vigor de las manos.

El día del equinoccio, del brazo de José, fue capaz de caminar por sí desde el Palacio de los Leones hasta el Salón de Comares. Ilbia no estaba. El techo seguía sin construir. Se sentó y pidió que le trajeran papel, cálamo y tinta. Redactó un breve poema para Ilbia en el que le daba las gracias por haberlo curado, le perdonaba con ironía que le hubiera hecho comer tantos espárragos y le pedía en serio que terminase la pirámide del Salón de Comares antes de que la próxima enfermedad se lo llevase para siempre.

Ilbia leyó esa carta con cariño y se dio cuenta de que ya no encontraría más pretextos para demorar la construcción de los Siete Cielos, la pirámide que pondría fin a la obra de La Alhambra.

61

Una tarde, Ilbia buscó los planos que conservaba desde hacía años en el arcón más valioso de cuantos había en el Generalife y mandó llamar a Salomón Gabirol. Antes de que llegara y con el mayor sigilo, bajó al sótano un fragmento de la geometría de Pitágoras que no quería que Salomón consultara, porque daba claves que aligerarían la obra y la forzarían a terminarla antes. Cuando Salomón cruzó el dintel, lo recibió con la sonrisa y el saludo del paciente que recibe al médico, pero él sólo percibió su tristeza:

—¿Qué te pasa? —preguntó Salomón—. Te veo triste.

—Será el cambio del tiempo —suspiró ella.

—¿Para qué me has llamado?

—Para discutir contigo el cierre del sanctasanctórum.

—¿Otra vez? —preguntó Salomón.

Sin responder, Ilbia desplegó los planos sobre un tablero. El tiempo los había descolorido, pero eso los hacía más reales. La primera lámina era un corte de sección transversal en el que se veía sólo la escala de los siete cielos que iban estrechándose en pirámide. Salomón no pudo contener la pregunta inmediata:

—¿Esto qué es? —dijo señalando el séptimo cielo.

—Cristal —respondió Ilbia.

Cuando Salomón oyó aquella respuesta trató de contener su exclamación. Por una parte sentía verdadero entusiasmo ante las novedades arquitectónicas que siempre proponía Ilbia pero, por otra, su formación rabínica se empeñaba en considerar descabelladas pretensiones como aquella de cerrar con una cúpula de vidrio ni más ni menos que un sanctasanctórum que debía funcionar además como Salón del Trono de Israel.

—¿Dónde has visto tú un techo de vidrio? —preguntó.

—En ninguna parte —respondió Ilbia—. Este será el primer palacio del mundo que lo tenga.

—Se puede poner vidrio en las paredes —dijo Salomón—, si me apuras, hasta en el suelo… Pero ¿en un techo?

Salomón no podía apartar la sospecha de que Ilbia en realidad no quería terminar la obra de La Alhambra y de que era justo eso lo que la llevaba a proponer imposibles. No era del todo errónea la percepción de Gabirol, porque era cierto que ella sufría a medida que se acercaba el final. Sin embargo, aquella bóveda de vidrio estaba prevista desde el comienzo en sus dibujos.

—Bueno —concedió Ilbia—, aplacemos esta discusión para el final. Si te parece, comenzamos por el primer cielo, de abajo arriba.

Ilbia le mostró otra lámina.

—Este es Vilon —dijo—, el plano del cielo donde habitan el día y la noche. Lo construiré sobre un molde de barro porque representa el elemento tierra y, en lo espiritual, la mortificación del alma sensitiva. Después incrustaremos estas lacerías que ves aquí y que representan las candelas de los piadosos que no duermen en la noche del Yom Kippur.

Y solo al decirlo cayó en la cuenta de que entre las incontables lacerías que ocuparían los siete cielos aquellas eran las únicas que tenían un significado de esperanza. Algo cambió entonces en el tono de su voz:

—Este es Rakia —dijo mostrando otra lámina—, el segundo cielo donde están el sol, la luna y los planetas. Si te fijas es la suma de doce rosetones que se refieren a los doce signos zodiacales. La distinción entre ellos viene dada por su policromía: Aries y Tauro: rojo; Géminis y Cáncer, naranja; Leo y Virgo, verde; Libra y Escorpio, amarillo; Sagitario y Capricornio, azul; y Acuario y Piscis, violeta.

Siguió hablando con Salomón como un mercader lo hubiera hecho con un probable comprador. Le mostró la lámina que reproducía el tercer techo llamado Shejakim, que es donde se elabora el maná, alimento espiritual de los justos. Le explicó cómo elevaría los andamios, qué partes del techo se moldearían a la altura y cuáles habría que subir desde abajo mediante poleas. Sabía que Salomón Gabirol era de una abstracción excesiva y que jamás consideraría un problema técnico de la construcción, de modo que le explicaba todo aquello para demostrarle autoridad.

—Esta lámina representa el cuarto cielo —le dijo—. Es Zeyul, la Jerusalén Celestial. El corazón del universo, el punto donde se unen lo espiritual y lo físico…

Estaba segura de que al llegar a este cielo, Salomón Gabirol haría algún comentario, pondría alguna objeción o mostraría su entusiasmo, porque tenía escritos sobre el retorno a Sión y la metáfora de la Jerusalén Celestial estaba entre las más utilizadas en sus textos. Sin embargo, él no mostró ningún sentimiento. La estaba observando más a ella que a los dibujos. Con el aliento contenido la oyó explicar cómo conseguiría los tintes oxidados con los que quería labrar el quinto cielo llamado Maón, y que es donde se encuentran las huestes de ángeles que por las noches entonan cánticos de alabanza al Todopoderoso y de día hacen silencio en honor de Israel. La vio corregir un detalle del Sexto Cielo que es el de los ciclones, los huracanes, la nieve, el granizo y otros elementos para el castigo. Vivió con ella la pasión del orfebre, porque supo que aquel techo sería de plata labrada.

Cuando comenzó la explicación de Arabot, el Séptimo Cielo, Ilbia aceleró el tono de su voz.

—En lo más alto —dijo— no existe ni espacio ni tiempo, ni materia ni forma. Por eso he elegido el cristal. En Arabot están los depósitos de vida, los depósitos de paz, los depósitos de bendición, las almas de los justos que ya fallecieron, los espíritus, las almas que en el futuro han de nacer, y el rocío con el que el Eterno revivirá a los muertos…

A Salomón aquellas imágenes se le aparecían de pronto y volvían a írsele del mismo modo, porque en su corazón los movimientos de Ilbia eran mucho más importantes que los de la cúpula. Se sentía desconcertado, como siempre que ella iba vestida con túnicas ajustadas de seda roja. La quería tanto que, cuando la oía tenía que pasear por su propio pensamiento para distinguir entre el amor efímero y la contemplación de Dios.

Después de repasar los dibujos, a pesar del silencio delatador de Salomón, Ilbia volvió al primer folio y comenzó a hablarle del conjunto:

—Es una meditación en vivo —le dijo.

—¿Sobre qué? —preguntó él.

—Sobre la falsa distinción entre la inmortalidad y el amor.

—¿Por qué es falsa esa distinción? —preguntó él.

—Porque el amor nos hace inmortales —respondió ella y prosiguió con sus explicaciones técnicas.

Constaría en total el techo de ocho mil diecisiete piezas o azafates distribuidos en ocho tipos distintos de figuras. Cada figura o lacería se componía a partir de un núcleo que a veces era una estrella de ocho puntas y otras de dieciséis. Estas estrellas, a su vez, generaban la misma figura conforme a la prolongación de sus lados y posterior entrecruzamiento. Las ciento cinco figuras se esparcían por la bóveda en una geometría progresiva según los cánones de Pitágoras.

Salomón Gabirol no había recobrado el aliento cuando Ilbia lo llevó del brazo por el jardín del Generalife hasta una esquina en la que se veía una carpa sucia, y le pidió que le ayudara a retirarla para mostrar lo que cubría. Era una mañana fría pero soleada; una única nube blanca se movía por el cielo; el agua del estanque y los azulejos del patio, húmedos todavía por los restos de la escarcha, brillaban de manera triste, como brillan las cosas en el invierno. Salomón Gabirol había visto muchas veces aquella lona sucia en el rincón del jardín y, consciente de la pulcritud de Ilbia, se había preguntado cómo era posible que aquel bulto siguiera allí. Se imaginaba que debajo habría algún capitel o alguna escultura pagana que había que proteger de la lluvia y siempre había olvidado preguntarle a Ilbia.

Ilbia desató algunos lazos y entre los dos desplazaron la lona húmeda y mohosa. Apenas vio los primeros reflejos, Salomón supo que lo que estaban descubriendo era la bóveda del Séptimo Cielo. Era una esfera astronómica que superaba la invención de todos los arquitectos y mecánicos de aquel tiempo. Ilbia la había ido construyendo durante meses en el único rincón del jardín en el que podía hacerlo y ya estaba acabada hasta en el último detalle. Se la mostró y se la explicó a Gabirol durante más de una hora. Como el baldaquino del rey Salomón, de día la esfera giraría y cambiaría de aspecto con reflejos de cristales, zafiros y nácares, al atardecer se quedaría inmóvil y se asemejaría al cielo con sus estrellas ordenadas en la noche. La estrella clave, ubicada en el centro superior de la bóveda giratoria, constaba también de ciento cinco elementos que eran incrustaciones de oro. El espacio de la bóveda al desarrollarse a

partir de sí misma y desde un embrión autógeno, conforme a las leyes más rigurosas de la geometría evolutiva, buscando combinaciones cada vez más prolijas sin dejar de presuponer las fases anteriores, venía a establecer una cuarta dimensión: el tiempo. El espacio de la bóveda sería a su vez tiempo.

—Creo que este es el momento más importante de mi vida —dijo Salomón.

Lo decía en serio. Años más tarde, cuando pudo contemplar la bóveda colocada en lo más alto del Salón de Comares escribió que con ella se solazaba el corazón del apenado, se olvidaba la fatiga y se consolaban los quebrantos. Pero en aquella mañana de invierno ya comprendió que aquel artilugio divino de Ilbia tenía la cualidad de hacer brotar los presentimientos, porque devolvía lo que pensara o sintiera quien lo mirase. Y comprendió que, de esta manera, la esfera giratoria servía para descifrar el sustrato de la vida de cada uno, tal y como desde siempre estaba escrito.

62

La mañana del 18 de nisán a Ilbia la despertó la tristeza. No la que sentía en los días de lluvia, sino la que en los últimos años le saturaba el alma de pereza y le impedía trabajar, y que ella interpretaba como una notificación divina de que moriría el día que terminase de construir La Alhambra. Había rebasado los sesenta años de edad y aún no había cumplido con el mandato de su estirpe de mujeres sacerdotisas que le exigía transmitir el conocimiento del tiempo y el tiempo del conocimiento a una discípula. Cuando murió la primera elegida, la hija de Berenice y Samuel, pensó que aún le quedaba mucha vida individual y fue aplazando la elección de una nueva heredera. Poco a poco, mientras se sumergía en la construcción del laberinto de la cúpula del Salón de Comares, había ido sintiendo la punzada de la culpa por no haberlo hecho antes, y cuando ya nadie le metía prisa se le había confirmado lo que siempre intuyó: que tanto aplazamiento, tanta pereza y desánimo venía de la certidumbre de que cada dibujo acabado, cada colocación de un pequeño azafate era un paso hacia la muerte inaplazable.

Cuando se dio cuenta de que estaba resuelto el encaje matemático de los azafates de los Siete Cielos, disimuló su nerviosismo alegando que no alcanzaba a distinguir cuál de las piedras que contenía la alacena del muro oeste de la oscura sinagoga de la placeta era la piedra fundacional de Gara Anat. Dijo que tal vez el juez Judá, padre de Berenice y muerto poco antes, se hubiera llevado el secreto a la tumba. El pretexto parecía bueno porque, después de la destrucción del Templo, cientos de sinagogas en todo el Mediterráneo fueron fundadas sobre piedras traídas por los exiliados. Se decía que eran fragmentos de la Roca primigenia, aquella sobre la que Dios creó el mundo en siete días y que emergía en el centro del sanctasanctórum. Por esto, desde el principio estuvo claro que la misma piedra sobre la que se había fundado la primera sinagoga de Gara Anat sería la cúspide de La Alhambra, y que estaría donde sigue estando: por encima de y tapada por la estrella de ocho puntas que hay en lo más alto del Salón de Comares. Si no se encontraba la piedra, La Alhambra no podía terminarse. Pero, a pesar de su angustia fingida, sólo logró un aplazamiento efímero, porque apenas Salomón Gabirol bajó a la medina y preguntó, el rabino mayor identificó sin dudas la piedra y Samuel Nagrela mandó que la trasladaran con guardia y comitiva al recinto de La Alhambra.

Ilbia parecía infeliz y en realidad lo era, porque se sentía comprometida hasta lo más hondo del alma con un proyecto que era su tumba, como si cumplir con las obligaciones de la vida la arrastrase hacia la muerte. Aquella angustia interminable le desdobló el sentido del tiempo. Se había acostumbrado a llevar la cuenta de los días, los meses y los años tomando como puntos de referencia las fases de la construcción

de La Alhambra. Pero cuando estas se iban acercando al fin se le perdió la identidad individual y el sentido lineal del tiempo. Poco a poco, en una emergencia ineluctable, sentía que le estaba brotando la identidad de la estirpe y que se le estaba colocando en el centro de su frente. Por la experiencia de los días finales de la reina Kahina, Ilbia sabía que el signo de la muerte próxima se dibujaba semanas antes en la frente del que va a morir.

Cuando Samuel cayó enfermo, ella lo miró a la frente y no vio la señal de la muerte. Por eso pudo decirle que no se iba a morir; pero un día lo vio desde lejos paseando del brazo de José y le asaltó la certidumbre de que le faltaba poco para irse de este mundo. No fue la única vez. No podría imitar ni describir ese gesto, pero lo había observado muchas veces en hombres y mujeres que enseguida murieron. Y la última vez que visitó el Alcázar del Genil se arrojó las suertes de *El libro de los dichos maravillosos* y se aterró al descubrir el pronóstico de la muerte próxima. De no ser lo que era en esencia, una bizantina convencida de la existencia del alma inmortal y una pitagórica convencida de la naturaleza numérica del cosmos, tal vez hubiera estado de acuerdo con Salomón Gabirol en que alma y cuerpo mueren a la vez y permanecen juntos hasta el día del juicio y de la resurrección.

Aquella mañana, Salomón Gabirol no había aparecido en el Salón de Comares y era probable que no apareciera en todo el día porque era sábado. La tarde anterior habían estado juntos. Salomón se había ocupado de tallar el cristal en el que habría que encajar la estrella de ocho puntas y un poco antes del atardecer le recordó a Ilbia que empezaba el descanso sabático y que ella también debía parar de trabajar. Era un mandato repetido cada viernes y que casi siempre acababa en una discusión. Ilbia decía que el sabat estaba hecho para el hombre y no el hombre para el sabat, y Salomón le pedía que ni citase al profeta de los nazarenos. Pero aquel día Ilbia eludió la discusión y se marchó al Generalife, aunque una vez allí no obedeció el mandato del descanso. Hasta entrada la noche leyó un curioso tratado geométrico sobre el hexágono y el octógono, y después no logró alcanzar un sueño profundo. Lo atribuyó a las infusiones de hierbas que había tomado en La Alhambra y que Carmela seguía preparando para la familia según los cánones combinatorios de su madre.

Al amanecer se puso las ropas de faena y pensó que lo único bueno del asfixiante sábado judío era que podía concentrarse en los detalles del acabado sin las interrupciones de Salomón. Muy temprano subió a la terraza de la Torre de Comares. Era una mañana fresca de primavera, pero el cielo se abría en una luz nítida por las lluvias de los días anteriores. Al frente, la luz resaltaba el único alminar de la alcazaba zirí y, aunque con dificultad, permitía apreciar el gallo de los vientos que coronaba el palacio del rey Badis. Abajo se oía el río que, como la luz, también venía crecido por las lluvias de aquella primavera.

La terraza de la Torre de Comares era un cuadrado perfecto de veintidós codos de

lado, pero todavía tenía abierto en su centro un agujero por el que se accedía a los andamios que colgaban en lo más alto del Salón. La cúpula giratoria ya había sido colocada desde arriba, pero todavía estaba sostenida por vigas porque su perímetro era inferior al del agujero. De las mismas vigas colgaban las escaleras de soga con travesaños de palo que a través de las ranuras del techo conducían a los andamios.

Ilbia llevaba bajo la túnica un calzón masculino con refuerzos de cuero y enganchado a los hombros por tirantes del mismo material. Era su uniforme de alarife y le molestaba la sola idea de tener que cubrirlo con una túnica informe para evitar el escándalo de los hombres. Pero los sábados no había nadie que pudiese verla y ella tenía sesenta años, así que dejó la túnica en el suelo de la terraza, se metió por una de las ranuras y a través de la escalera llegó al andamio. Abrió la bolsa de las herramientas y comenzó a pulir muy despacio uno de los azafates del sexto cielo. Para relajar la vista que se le cansaba por la edad, de vez en cuando miraba hacia abajo y se dejaba complacer por su propia obra. Estaba convencida de que ese era el punto desde el que debía ser contemplada toda La Alhambra. A diferencia de las sinagogas, iglesias y mezquitas que había visto, La Alhambra no estaba hecha para ser vista desde abajo, con la mirada elevada y experimentando la grandeza y lejanía de Dios, sino para ser vista desde arriba, con la espalda enganchada a la estrella de ocho puntas, con la mirada del halcón y experimentando la proximidad del paraíso. Recordaba cada paso de la construcción: la cimentación de la torre, los olores inconfundibles que desprendía el barro de los tapiales, la colocación de las losas de mármol en el suelo del Salón, los estudios que realizó para que cada uno de los cielos contuviese toda la astronomía conocida hasta entonces, o los cálculos interminables para que reverberaran los cuatro nervios de la pirámide y La Alhambra emitiese así la música pitagórica de los cenobios egipcios.

Miró hacia arriba porque sintió que le caían unas gotas de lluvia suave, pensó en lo efímero de la primavera y, de nuevo, en sus sesenta años. Había dejado la túnica y un cartapacio abierto en el suelo de la terraza y temió que se le mojaran los papeles. Subió con cuidado por la escalera de cuerda y llegó a tiempo de salvar los dibujos. Pero la lluvia arreciaba y no podría trabajar más aquella mañana. Se puso la túnica húmeda y ya se iba cuando recordó que había dejado en el andamio las herramientas de talla más precisas de que disponía: unos punzones muy afilados que vinieron con ella desde Sevilla. Comenzaba a soplar el viento frío de Sulayr, y todo parecía aconsejarle que se fuera, pero se resistió a dejar allí sus herramientas más valiosas. Así que se cubrió la cabeza con la capucha de la túnica, se agarró con firmeza a las dos sogas de la escalera y comenzó a bajar con prudencia por los palos que hacían de peldaños. Bajó los primeros con mucho cuidado porque eran los más arriesgados, bajó los siguientes sin dificultad y enseguida el sexto que la situaba a la altura de la baranda del andamio. Una ráfaga de extraño viento entró entonces por el agujero y produjo un efecto de remolino. Ilbia vio cómo la escalera se separaba del andamio y se vio colgando en el vacío por un instante. Miró para abajo y no experimentó ningún

miedo, pero por prudencia decidió volver a subir y prescindir de las herramientas. Al subir al quinto peldaño, el pie izquierdo se le enredó con la túnica, resbaló e Ilbia se vio por un instante agarrada a las cuerdas, con los pies flotando sobre el vacío. Enseguida notó la quemadura de las sogas en las palmas de las manos, comprendió que su peso era superior a su resistencia y que tarde o temprano se iba a caer desde allí. Renunció a gritar, abrió las manos y saltó al vacío.

Cayó en un momento, pero a ella le pareció que volaba y que tardaba años en cruzar planeando cada uno de los siete cielos, siglos en recorrer los treinta y seis codos que la separaban del suelo y milenios en aceptar que se había muerto como ella misma había presentido, sin tiempo para transmitir los conocimientos de una estirpe de mujeres, sin terminar La Alhambra y sin despedirse de nadie.

63

Al día siguiente muy temprano, antes de que el barbero de La Alhambra terminase de afeitarlo, Salomón Gabirol oyó las carreras de la guardia, el tropel de los albañiles y enseguida el alboroto de las mujeres y los criados. Salió al Patio de los Leones y pasó al ulam sin saber aún qué ocurría, y los ojos le estallaron en lágrimas, más de rabia que de dolor, cuando vio el cuerpo menudo de Ilbia estampado en el centro del Salón de Comares, rígido como el mármol y rodeado de un charco de sangre seca.

—Te dije que no trabajaras en sabat —le reprochó al cadáver.

Pero después de este desahogo, que le salió de la parte de su alma levítica e infantil, se mostró como lo que era: un hombre sensible a los golpes de la vida y desvalido ante la muerte de una de las pocas personas que lo había querido de verdad. No le duró mucho esa posición de dolor. Las mujeres del reino recibieron la noticia de la muerte accidental de Ilbia y la interpretaron como un designio divino. Subieron en procesión a La Alhambra y pidieron el cadáver para enterrarlo en olor de santidad. El nagid no estaba: había partido unos días antes hacia la guerra, y en ausencia de la máxima autoridad de los judíos, fue rabí Gabirol quien se opuso a las mujeres con firmeza y serenidad: Ilbia sería enterrada de conformidad con los rituales judíos en el cementerio cuya única tumba era la de Kahina.

Para eludir la oposición de Gabirol, las mujeres se dirigieron a Berenice y recabaron su apoyo. Berenice encontró fuerzas para representarlas ante José Nagrela y convenció al hijo de que el cadáver de Ilbia debía salir de La Alhambra para ser transformado en humo del espíritu allí donde confluyen el Dauro y el Genil, donde estuvo El Edén.

José, a su vez, se lo exigió al que había sido su preceptor.

—Entrégale el cuerpo de Ilbia a mi madre —le dijo con toda la autoridad de que fue capaz—. Nadie tiene más derecho que ella a enterrarlo.

—No —le respondió Salomón—. El cuerpo de Ilbia pertenece al Templo, será enterrado y de acuerdo al ritual de Israel. Basta ya de paganismo.

—Le escribiré al nagid y hablaré con el rey Badis. Ellos resolverán —dijo entonces José—. Mantén el cuerpo hasta que lleguen sus respuestas.

Salomón obedeció esta última orden y mandó que embalsamaran el cadáver. José Nagrela le escribió a su padre, pero no habló con el rey. Se había asustado con la respuesta tajante de Salomón Gabirol y prefirió quedar como impotente ante su madre antes que como pagano ante Badis, ante los ulemas de su corte, ante su pedagogo y, sobre todo, ante Carmela y Palomba, que se habían convertido ya por entonces en una unidad de intransigencia religiosa y fealdad moral.

En los ocho días de duelo oficial por la muerte de Ilbia, llegó la carta de Samuel Nagrela en la que debería de haber resuelto el conflicto. José la leyó, pero no la entendió. Se la dio a leer a su madre, pero Berenice tampoco la entendió. Ni su tía Carmela, ni Palomba, ni nadie… por la simple razón de que era una carta sin sentido, llena de desvaríos teológicos y metáforas desafortunadas que decían más de la decrepitud de Samuel que del problema de las exequias de Ilbia. Nadie informó a Salomón Gabirol del contenido de aquella carta, sobre todo porque temieron que él sí la entendiera.

Durante esos ocho días, Salomón trabajó como un loco al frente de una cuadrilla de albañiles que terminó de fraguar el sexto cielo, encajó la cúpula giratoria, la cerró con la estrella dorada de ocho puntas y colocó sobre ella la piedra fundacional de Granada, la que mil años antes Flavio Josefo entregara en Roma al sacerdote Eleazar. Aturdido por tanto trabajo y por tantas solicitudes diversas, Salomón Gabirol perdió sin saberlo el rigor de la ortodoxia de un rabino de Israel y cedió a la ancestral querencia de los andaluces ante la muerte.

El caso es que por aquellos días recordaba con mucha fuerza la tesis de Ilbia según la cual La Alhambra no debía ser contemplada desde abajo con la mirada atemorizada del hombre, sino desde arriba con la mirada del ojo de Dios. Ella siempre le decía que la estrella de ocho puntas no estaba allí arriba para ser mirada, sino para atraer a la espalda como si fuera una piedra magnética y permitir así que los humanos viesen el mundo con el ojo de Dios. La admiración que sentía por ella y el hecho de haber experimentado él mismo en muchas ocasiones esa sensación de vuelo del espíritu, le llevó a idear una forma inédita de sepultura para Ilbia. Mandó que el pequeño cuerpo embalsamado de Ilbia se introdujera en posición fetal con la cabeza hacia abajo en el vientre oscuro y fresco de una vasija de barro que también contendría las dos piedras traídas del Templo, una por Kahina y otra por los fundadores de Gara Anat.

La vasija fue colocada junto a la cúpula de cristal giratorio que estaba en lo más alto del Salón de Comares y ambas fueron techadas por los albañiles.

En la mañana del 11 de siván se vio a un grupo reducido de personas que rezaban en la terraza de la Torre de Comares. Con su mejor atuendo, digno pero lloroso, dirigía las oraciones Salomón Gabirol. Bajo la solería de la terraza quedó para siempre la vasija de barro que contiene el cuerpo embalsamado de Ilbia.

Después del entierro, los funerales y los preceptivos días de luto y oración, Salomón Gabirol volvió al Generalife. Llegó a pie en el calor del mediodía y entró muy despacio porque estaba dispuesto a no salir nunca más de allí. Volvió a ver las casas bajas de la servidumbre, con su olor a gallinas y sumidas en el silencio de la siesta. Volvió a ver el estanque que a esa hora más bien parecía un resplandor ardiente. Vio los rosales abrasados, la hilera de nenúfares con los pétalos doblados por el sol, y en

la esquina de la umbría vio la higuera más grande, más vieja que la propia casa, bajo cuyas ramas estuvo la lona que cubría la cúpula giratoria, y volvió a ver el torreón desierto, el corredor de aspidistras y la fachada encalada con estrellas de azulejo sobre cada pórtico y la celosía de la biblioteca de Ilbia, donde él se proponía quedarse hasta que no tuviera memoria para recordarla. Había vaciado todos los baúles y había encontrado, leído y clasificado cientos de papeles y papiros que contenían planos y dibujos, cálculos, textos filosóficos y notas de trabajo. Era el único capaz de comprender tanta vida dedicada a un edificio, pero era el peor dotado para soportar tantos recuerdos.

Llegó el otoño. Arropado en exceso, Salomón permanecía leyendo la mayor parte de la noche, creyendo oír la voz de Ilbia en los papeles viejos llenos de cálculos y palabras sueltas, viéndola saltar por los andamios como si fuera una adolescente, oyéndola explicar alquitrabes, pilastras, columnas o artesonados, hasta que lo alcanzaba el alba y un sol incomprensible inundaba las estancias desiertas y los jardines abandonados del Generalife. La vida le parecía entonces doble, como en el relato de la caverna de Platón: en apariencia, un retorno implacable de la dicha, la luz y la duración; en lo real, un inútil esfuerzo humano contra los dictámenes de la Divina Providencia que eran dos: la muerte y el olvido.

Muchas tardes Isaac Gayyat y otros amigos lo sacaban a la fuerza de la lectura y lo llevaban de fiesta, de paseo o de tertulia poética. En una ocasión se lo llevaron hasta la almunia donde años antes José Nagrela y Bulugin Badis habían establecido a las escandinavas. A las puertas de aquella alquería había ido creciendo una aldea de calles embarradas donde mujeres llegadas de cualquier parte criaban niños escuálidos y recibían a guardias, soldados y campesinos, sin rango bastante para pasar a las dependencias de lujo. Al pasar el carro en que lo llevaban por una de esas calles, Salomón escuchó a un hombre que acompañado por un laúd cantaba un poema que él había compuesto y dedicado a la memoria de Ilbia. Pidió que detuvieran el carro, pero no se bajó. Cuando el hombre acabó de cantar, él se apartó una humedad de los ojos, pero le dijo a Gayyat que el acompañamiento de laúd era un desastre y la entonación del cantor un crimen. Gayyat lo miró con grande afecto porque sabía que su amigo era incapaz de hablar bien de nadie, pero que la lágrima fácil que se le había escapado denotaba una emoción que lo hacía humano, si no inmortal.

Después, ya dentro de la almunia, los amigos se entregaron al vino nuevo del invierno. De la misma edad que Salomón, pero más fuerte de cuerpo y más curtido en amores, Isaac Gayyat bebía despacio con dos mujeres sentadas en sus piernas mientras que Salomón resistía las caricias de una mujer morena y tersa, y se emborrachaba deprisa. En la soledad del Generalife, enfrentado a los fantasmas, había descubierto que, al revés de lo que se pensaba, era preciso comer para olvidar y beber para recordar. Y ello porque los fantasmas de los muertos no toleraban la

comida y sin embargo se multiplicaban con el vino. La prueba era que cuanto más duraban sus ayunos más grandes eran los recuerdos de Ilbia y de su madre, y cuanto más bebía más se acordaba de ellas y peor soportaba el agujero de su ausencia.

Antes de retirarse con sus dos mujeres, Isaac Gayyat le dirigió una mirada interrogativa. Salomón la comprendió: su silencio taciturno había despertado la preocupación del amigo por la fuerza de su virilidad y con los ojos le preguntaba por los motivos, al tiempo que lo animaba. Entonces, para tranquilizarlo, se llevó a la mujer morena a la misma estancia adonde iba Gayyat con las otras dos, pero mientras que su amigo se entregaba desnudo al amor de pago, él sentó a la muchacha en unos almohadones, tomó un laúd y empezó a cantarle la canción que acababa de oír en la calle. La muchacha se reía, pero no lograba prestarle mucha atención, ni quedarse quieta. Gayyat, confuso, sin saber si debía atenderlo o no, se dio cuenta de que Gabirol estaba profanando la memoria de Ilbia al recitarle a una meretriz los versos que la ensalzaban. «Escorpio —pensó—. Este hombre es un escorpión incapaz de detener su aguijón ante lo más sagrado». Acertaba e incluso se quedaba corto, porque Gabirol, en efecto, estaba clavando su aguijón envenenado en la memoria de Ilbia, pero además —como hace el animal que da nombre a su signo zodiacal cuando se ve rodeado por el fuego— se estaba envenenando a sí mismo.

Como el sacerdote que recobra la paz al terminar de oficiar, así Salomón se quedó sereno al terminar de cantar. Solo entonces la muchacha logró descomponerle las ropas, derribarlo boca arriba, callarlo con besos y cabalgarlo. Más por tranquilizar a su amigo que por las artes de la mujer, y con la ayuda del vino, Salomón logró bajar sus propias defensas y se dejó derrotar por las caricias hasta que de pronto tuvo una conmoción sideral. Después, todavía desnudo, estalló en una risa nerviosa que escondía un llanto profundo. Durante toda la noche siguió cantando y bebiendo para recordar y, poco antes del alba, cayó en un sueño lleno de fantasmas y recuerdos grandes.

Amanecía ya cuando los amigos lo llevaron al Generalife y lo dejaron caer en su lecho. Antes de salir de la estancia, Gayyat se entretuvo examinando los objetos del escritorio. Unos rollos le llamaron la atención. Atados con hilos de oro estaban los dibujos de la cúpula del Salón de Comares y los textos pitagóricos que la inspiraban. Mandó a los criados que se fueran y se sentó para leer. Aprendió que siete eran las fases filosofales hasta la Roca sobre la que Dios creó el mundo; que siete son los árboles del paraíso, de jacinto y perlas, que crecían en terreno formado por almizcle, ámbar y alcanfor, aunque sus raíces estuvieran en el aire y sus ramas en la tierra, para que los bienaventurados alcanzaran sin dificultad sus frutos; y que siete eran los cielos del Edén: el primero de brillantes blancos, mansión de la majestad de Dios; de jacinto rojo el segundo, casa de la paz destinada a los que oran; de topacio verde el tercero, última estancia de los bondadosos; de coral amarillo el cuarto, jardín de la eternidad, a los que cumplen la Ley de Moisés; de plata el quinto, jardín de la felicidad a los que dominan sus pasiones; de oro rojo el sexto, jardín de los que

retornan a Jerusalén; y de perlas el séptimo, el Edén perdido por los valles de Jauja a los que volverá la nación de Israel.

Horas después, cuando Salomón despertó, Gayyat seguía allí.

—Llévame ahora mismo —le dijo— al Salón de Comares y explícame allí todo esto que he leído.

Salomón Gabirol aceptó. Se refrescó el rostro, se acicaló lo justo y del brazo de Isaac se encaminó hacia La Alhambra. Llegaron con el mediodía. José Nagrela estaba en el Salón de Comares reunido con un emisario y cuando un mayordomo lo interrumpió para anunciarle la visita de Gabirol y Gayyat, dio un zapatazo y comenzó a insultar a Salomón: «¿A qué viene a mi casa —decía— ese enano cabezón?». Salomón lo oyó y en ese momento se quitó la poca compostura que le quedaba. Lo llamó a gritos mastuerzo, botarate, camello e imbécil. Quería entrar en el Salón y lo hubiera hecho de no ser porque Isaac Gayyat lo abrazó y lo contuvo con todas sus fuerzas. A su vez, dentro del Salón de Comares, el emisario tuvo que calmar a José que quería salir «para ahogar —dijo— a ese enano en el estanque». Calmados los ánimos, dentro y fuera, Gayyat y Gabirol tuvieron que esperar un buen rato, paseando junto al estanque del *ulam*, hasta que José se dignó a autorizarlos a entrar. Se cruzaron en la Sala de la Barca. Se miraron con odio. No se saludaron.

La cúpula iba girando muy despacio y modificaba la luz de la primavera. El aire fresco de la estancia parecía circular por canales de bienestar. Los nervios de los dos hombres estaban serenos y nada presagiaba desdicha.

—Escucha la música —le dijo Salomón a Gayyat—. Déjate llevar por el universo que gira sobre nosotros. Ahora imagínate que tu espalda está adherida a la estrella de ocho puntas y que, desde allí, miras hacia abajo… Así quería Ilbia que viésemos siempre La Alhambra.

Le explicó los Siete Cielos al revés, de arriba para abajo. Le explicó que entre esas siete moradas se intercalaban los cuatro ríos de agua, de vino, de leche y de miel, que se correspondían con las cuatro aristas de la bóveda.

—Las cuatro forman una cruz aspada en movimiento —le dijo—. Son símbolo de las cuatro materias cósmicas de Empédocles, porque el vino es fuego, la leche tierra y la miel aire.

Isaac Gayyat se quedó tan aturdido y emocionado por las explicaciones que cuando llegó a su casa compuso un largo poema. En él atribuía a Salomón la maravilla de una arquitectura que emitía música y producía bienestar en el alma.

—Es lo mejor que he escrito nunca —le dijo a Gabirol cuando se lo entregó—. Pero si no te gusta lo destruyes.

Salomón no lo destruyó a pesar de que le parecía injusto que se le atribuyese a él La Alhambra de Ilbia. Muchos años después de la muerte de ambos, por los tiempos en que los almohades asolaron Lucena, el manuscrito que contenía el poema de

Gayyat fue salvado y enviado de urgencia a Jerusalén perdido entre las hojas de otro libro compuesto por Gayyat en los años en que fue el tercer *nagid* de Al Ándalus. Era el Libro de la Lámpara, un comentario a la Mishná y a la Guémara. Separado el poema del libro por los bibliotecarios de Jerusalén, fue clasificado como prólogo a un comentario al Eclesiastés, atribuido a autor incierto y todavía puede leerse bajo el título genérico y ambiguo de *La Alhambra de Salomón*.

y 64

En la primavera del año 1055, contra todo consejo médico, Samuel partió con las tropas de Granada. Estaba harto de la sombra de la muerte, harto de cuidarse y harto de decirse mentiras a sí mismo para prolongarse una vida de enfermo perpetuo que ya no le interesaba. Bebía vino con asiduidad y en cantidades inusuales para él. Una noche despertó sobresaltado porque alguien le sacudía el hombro, y era el arcángel Miguel que lo apremiaba para que hiciera las muchas cosas que le quedaban por hacer en el poco tiempo que le quedaba de vida. A la noche siguiente le tiraron de los pies y era el arcángel Rafael empeñado en curarle una víscera del cuerpo desconocida para él. Otra noche Gabriel, que quería conducirlo por la recta vía y, por fin, Uriel que le pareció el más poderoso de los cuatro, el más autoritario y despiadado. Había sentido muchas veces la proximidad de los ángeles, pero nunca como en aquellas noches había percibido su mirada severa, sin dulzura ni clemencia. Las presencias angelicales llegaron a ser tan frecuentes y molestas, que él se olvidó de su convalecencia, de su edad, de los médicos, de los ángeles, se olvidó de todo y decidió que marchaba a la guerra que aquel año se había generalizado por el reino de Sevilla.

A los pocos días de partir, cuando la batalla aún no había comenzado, supo que Ilbia había muerto y sintió un golpe en el centro del corazón. El palomero entró a la tienda de campaña cuando él despachaba a solas con Saúl y le entregó en mano una carta con la inconfundible caligrafía de su hijo José. Saúl observó los dedos temblorosos de Samuel tratando de romper el lacre, observó sus ojos acuosos y la parálisis de resignación que lo invadió. Cuando terminó de leerla recobró el dominio.

—No hay respuesta —le dijo al palomero con un hilo de voz dulce que no era usual en el trato con la tropa—. Puedes retirarte.

Para Saúl habría querido encontrar un tono y un enunciado que sintetizara la noticia y la emoción que sentía, pero lo venció el peso de la edad y se echó a llorar. Nunca se había rendido tan pronto. Le dolía el alma y el golpe de la noticia repercutía en cada pensamiento nuevo con la resonancia que tienen las confirmaciones de los presagios aciagos.

—Era la mujer de mi destino —le dijo a Saúl.

Más tarde se reprochó a sí mismo su falta de entereza: lloraba como un niño para no sentirse tan viejo. Pero, tres horas más tarde, cuando releyó la carta de José y se dispuso a responder a su consulta sobre las exequias y el entierro debido al cuerpo de Ilbia, se rindió de verdad sin ninguna entereza. Se le agolparon en las sienes los recuerdos de Ilbia viva y se le mezclaron con la visión de su cadáver; revivió el último beso que le dio a su padre y volvió a ver los cuerpos asfixiados de su madre y

su hermana; sintió en los hombros el peso de su hermano muerto, como si volviera a introducirlo en la tumba; y comenzaron a desfilarle todos los muertos que había visto en su vida, incluido él mismo. Terminó la carta y la mandó a Granada, pero nadie la entendió porque el texto era expresión exacta de un infierno delirante de amor y de miedo del que ya nunca pudo salir.

Era otoño cuando volvió a Granada. Había perdido la postura de autoridad que siempre tuvo, le costaba caminar y las manos temblorosas ya no parecían tan benditas. Su cabeza de dios griego tenía ahora una entrada profunda, y sus cabellos negros y rizados estaban ahora descuidados, largos y blancos. Marcado por la enfermedad, su rostro había adquirido un color más verdoso que amarillento, el bigote justo era ahora una barba grisácea y desaliñada. Más flaco que nunca, menos derecho y con el humor arrasado para siempre, se dio cuenta de que no estaba preparado para la vejez, pero sí para la muerte. Por eso, apenas medió el invierno de descanso, asignó a Saúl, comandante del Escudo, la tarea de recomponer el ejército ligero de Granada para dirigirlo de nuevo contra Sevilla apenas llegase la primavera. Esta vez Saúl se negó.

—Soy un anciano, Samuel —le dijo.

No quiso añadir «como tú», porque esa frase habría actuado como un espejo impertinente ante el rostro de Samuel, que tenía la misma edad y peor salud que Saúl.

Así que esta vez sin Saúl las tropas granadinas llegaron hasta el Algarbe y volvieron a derrotar a Mutadid, que hubiera dado cualquier cosa por ver a Samuel tan muerto como él mismo se veía. Fueron aclamados como libertadores en Arcos, Morón y Écija, y cuando ya retornaban a Granada, de manera imprevista, Samuel Nagrela ordenó la toma de Archidona y de su mezquita, que había sido templo de Astarté.

La vieja ciudad se entregó sin resistencia y sus habitantes aclamaron a Samuel. La misma noche en que llegó, instalado en la Mosala, escribió versos a Damiel, patriarca de Jerusalén, en los que le contaba su hazaña y en los que le pedía con sinceridad que rezase por él porque veía acercarse la hora de su muerte. Cuando terminó paseó por los alrededores del templo y recordó que, muchos años antes, en aquellos parajes había pasado la noche más aterradora de su destierro. Volvió al templo y mandó llamar al escribano para dictarle una carta provocadora dirigida a Mutadid de Sevilla. «He tomado —le dijo— el corazón de Al Ándalus. Mientras tú andas con estereros farsantes que hacen de califa, yo estoy sentado ahora mismo en la sala donde Abderramán I fue proclamado emir de Al Ándalus. Él tuvo que exhibir la legitimidad de los Omeyas de Damasco, la validez de los ancestrales títulos de comercio con Bizancio y, sobre todo, las crisálidas de los gusanos de la morera negra que producían la seda. Y yo, Samuel Nagrela, no he tenido que mostrar nada para incorporar este lugar santo a la geografía de mi reino y para dejarlo en herencia a mi hijo, que

volverá a derrotarte a ti, a tus hijos y a tu califato de juglares y estereros».

Nunca el poder de Samuel Nagrela fue tan grande como aquel día.

Al llegar a Granada, antes de cruzar la puerta de Elvira, bajó del palanquín en que lo transportaban y subió a un alazán negro. El caballo avanzaba al paso, rodeado siempre por los oficiales del Escudo, y Samuel Nagrela se mantenía con dificultad en la montura. En la Plaza de Armas, anegada por los cantes de la muchedumbre, Samuel le entregó el estandarte victorioso al rey Badis y se arrodilló ante él. Pero lo hizo de una forma tan pausada y ceremoniosa que los más avisados comprendieron que era un desprecio para la corona de Badis y la confirmación pública de que quería ser rey. Pero él se retiró a La Alhambra sin probar siquiera los mostos de la victoria.

La fiesta continuó durante la tarde. El pueblo se mezcló con los soldados y se emborrachó con el vino turbio recién pisado. Era la misma muchedumbre que cien o mil años antes invadía los días de mercado la plaza de Medina Elvira, o el foro de Elibirge, y establecía tenderetes de frutas y verduras, de gallinas y conejos y de cuanto fuera posible comprar y vender. Un frenesí con olor humano que ahora infundía vida a la ciudad nueva de Kahina.

Más abajo, la vieja ciudad levítica parecía envuelta en la nube triste de la seriedad comercial y crediticia que siempre tuvo y aún conserva.

En la otra colina, remota e inasequible, La Alhambra, y bajo su increíble buena sombra, un hombre que a esas horas sentía el retorno de la enfermedad a su cuerpo y presentía que esta era la definitiva, por más poder que tuviera.

Se encerró en La Alhambra. Sabía lo suficiente como para leerse los síntomas del cuerpo sin consultas ni engaños. No llamó a nadie y se administró él mismo los remedios de espagírica. Metódicos y prácticos, más intensos que nunca, pero ya no para mejorar el cuerpo, sino con el objetivo único de paliar los dolores finales. Se retiró de las veladas poéticas, de los banquetes y las fiestas de bodas o circuncisión. No quiso recibir a jeques, emisarios o embajadores, ni tan siquiera al hijo de Badis, que vino a visitarlo por indicación de su compadre de parrandas, José Nagrela, y para tranquilizarlo en los detalles de la sucesión política. Tampoco quiso despachar con el nuevo comandante del Escudo, y se daba por informado de avatares de la guerra de los que ni tan siquiera se enteraba.

No soportaba la presencia de Salomón Gabirol. Le exigió a Susán que dejara de molestarlo con atenciones y le rogó que no estuviese tan pendiente de él. Le pidió a su hermana Carmela que no volviese a dejarle en sus habitaciones platos de comida que terminaban fríos y asaltados por las avispas. Calculó fechas para su muerte, escribió testamento y empeñó lo que le quedaba de vida en transmitirle a José una sabiduría de asuntos de Estado que al joven le desbordaba. Un buen día dejó de hablarle de Tartessos o Arsidonia, de Damasco o Bizancio, de Roma o los godos, de Abderramán o de Almanzor, de los bereberes o eslavos, de la conquista de Málaga o

de los abades de Sevilla… Y se entregó al silencio.

Vagaba por los jardines de La Alhambra desde la sinagoga de Ilbia hasta el sanctasanctórum de Ilbia, entre la fuente de los leones de Ilbia y el ulam de Ilbia… Sonreía sólo si se cruzaba con José o con algún niño, pero refunfuñaba si era con Salomón, Susán, Gayyat o Carmela. A pesar de ese estado fantasmal, nadie lo dio por muerto hasta que no lo vieron indiferente a la noticia de que José partía con las tropas para la conquista definitiva de Málaga. Era tanto su amor por aquel hijo que aquel gesto de desentendimiento ante la partida fue interpretado como signo de que su alma estaba ya con Dios aunque a su cuerpo le quedase todavía un poco de vida.

No se le volvió a ver una emoción hasta el día en que comenzaba el verano. Aquel año el solsticio coincidía con el sabat y la tarde del viernes lo vieron caminando despacio y con esfuerzo hacia la sinagoga. Allí estuvo leyendo pasajes del Deuteronomio, el libro que contenía la Ley que dio Moisés al pueblo de Israel en la llanura de Moab y que definía las funciones de la tribu de Leví. El cordobés Judá Saddiq, que a su lado leía el Libro de los Reyes, se estremeció cuando lo oyó preguntar en voz muy baja:

—Nosotros somos levitas, ¿verdad, José?

Saddiq salió asustado, no tanto por la obviedad de la pregunta, sino porque lo hubiera confundido con su hijo José. Buscó a Salomón Gabirol y a Isaac Gayyat y se lo contó. No se alarmaron en exceso pero, cuando entraban a la sinagoga, Samuel ya sufría un fuerte golpe de tos y tenía las cuencas de los ojos hundidas y oscuras.

Le dieron agua y pareció calmarse.

Gabirol le pidió permiso y empezó a declamar un poema que había compuesto para Pentecostés, cuando se debe peregrinar a Jerusalén. Cuando terminó de recitarlo, Samuel le pidió que se acercara. Emocionado, Salomón pensó que quería besarlo en la mejilla y que aquel sería su beso de despedida, pero sólo quería decirle algo al oído.

—¿Ya nos vamos a Jerusalén? —le preguntó, y sin esperar respuesta añadió—: Entonces voy a despedirme del sol.

Se puso en pie con mucha dificultad, salió de la sinagoga, recorrió la plaza muy despacio, con algún tropiezo, pero declinando siempre la ayuda de los tres poetas que lo seguían temerosos, sin atreverse a retenerlo, sin atreverse a tocarlo y casi sin atreverse a seguirlo. Se acercó a las puertas de los Dos Mundos y penetró en el ulam. Recorrió el estanque de los arrayanes, cruzó la Sala de la Barca y en la entrada de la de Comares, con un gesto, ordenó a los tres jóvenes que lo esperasen.

Los tres comenzaron a rezar:

—Ya se va —decía Salomón— el que tiene las cuatro coronas: la de la Torá, la de la estirpe de Leví, la del arte y la de las buenas obras. Que Miguel lo conduzca a la salvación. Que Adonai lo acoja en su seno.

Solo en el interior del sanctasanctórum, Samuel miró hacia arriba y vio en lo más alto la estrella de ocho puntas y la cúpula rotatoria de cristal que filtraba los últimos

rayos del sol.

—Ya es sabat, Ilbia —dijo en voz alta—. Deja ya de trabajar.

Y en el séptimo cielo apareció su padre postrado en el lecho de muerte recibiendo la noticia de la muerte de Almanzor. Como si fuera la suya, vio la tumba de su hermano en el sexto cielo que era de tierra. Vio a su madre en el quinto cielo y a Ilbia en el cuarto que era de jade y no se recorría en menos de catorce años, tres meses, dos semanas y un día. Vio a los ángeles de la batalla en el tercer cielo, bajo el mando de Gabriel, Rafael y Uriel. Cansado porque ya había cumplido los cinco mil años de viaje, llegó al segundo cielo donde le pareció ver las seis alas del arcángel Miguel. Y al llegar al primer cielo no vio a Dios, sino que se vio a sí mismo en el esfuerzo de recordar su vida sin lograrlo.

Cuando empezaron a llegarle los recuerdos grandes, su propia imagen se multiplicó. Se vio en tantos espejos como números hay, y en tantos números como recuerdos, y en cada uno con los diferentes rostros de su vida. Sintió el frío de su padre muerto y comprendió que era el suyo. Vio el rostro de su hijo José, recién nacido, y comprendió que era el mismo que el de su padre muerto y el mismo que él tenía en ese instante final. Decidió perdonarse a sí mismo, pero ya no supo a cuál de sus reflejos perdonar. Entendió que sólo somos gestos del rostro, números y recuerdos grandes, y que aquella lucidez de su último pensamiento era la luz que lo cegaba al abrir la última puerta, la que daba al reino del olvido.

2006-2012

Notas y agradecimientos

Creo que no exagero si digo que *La Alhambra de Salomón* puede ser leída a un tiempo como novela histórica (1), como biografía novelada (2) y como obra literaria (3).

1. En cuanto histórica, *La Alhambra de Salomón* se deja leer, a su vez, con dos miradas: la de la verdadera historia y la de la historia de las verdades. Con la primera mirada, veremos la novela como narración de los acontecimientos que se ordenan en el *índice histórico* que ocupa las últimas páginas de este volumen. Todo lo que se cuenta y está en ese índice ocurrió de verdad. Aunque eso no vale a la inversa: no todo lo demás es fantasía.

Con la otra mirada, sabremos que los conceptos tienen historia, evolucionan a lo largo de los siglos, son resultado de procesos dialécticos y su significado cambia según quien los maneje. Por eso, en determinados casos, es más importante observar la historia de las verdades que establecer la verdadera historia. Uno de esos casos es el de la red conceptual que llamamos Al Ándalus: para los contemporáneos es más importante la historia de las verdades sobre Al Ándalus que la verdadera historia andalusí. Para contribuir a esta nueva historia de los conceptos he confeccionado un glosario que, de paso, me ha servido para desplazar allí lo académico y evitar una deriva ensayística en el texto de la novela.

Este glosario proviene de innumerables lecturas, de las que no podría dar cuenta. Creo, sin embargo, que debo mencionar las siguientes obras: Henri Pérès (1937), *Esplendor de Al Ándalus* (Madrid, Hiperión, 1990) e Ignacio Olagüe (1974), *La revolución islámica en Occidente* (Córdoba, Plurabelle, 2003). A estos dos libros, que ya citaba en el prólogo de *Zawi*, mi anterior novela histórica (Rocaeditorial, 2006), puedo añadir ahora con verdadera satisfacción otros dos: Ahmed Tahiri (2003), *Las clases populares en al-Andalus* (Málaga, editorial Sarriá) y Emilio González Ferrín (2006), *Historia general de Al Ándalus* (Córdoba, Almuzara).

Las memorias de Abdalá, rey zirí de Granada, siguen siendo la fuente documental más relevante para la época. Fueron editadas por Levi Provençal y Emilio García Gómez, bajo el título *El siglo XI en primera persona* (Madrid, Alianza, 1995).

Y no en último lugar, entre las fuentes de esta novela está el trabajo de Frederick P. Bargebuhr (1966), *El palacio de La Alhambra en el siglo XI* (México, editorial Cultura). Creo que no hay ahora mismo edición viva de esta obra y para la historia de las verdades es significativo observar que fue editada en México y bajo los auspicios de una universidad norteamericana. El profesor Javier López Gijón puso en mis manos un ejemplar fotocopiado y le debo un agradecimiento muy especial porque sin

esa lectura esta novela no habría sido posible.

2. Las mujeres y los pobres no suelen aparecer reflejados en los textos históricos y, por lo tanto, los personajes de *La Alhambra de Salomón* que pertenecen a uno de estos dos géneros son construcciones del autor. Pero me apresuro a advertir que eso no significa que sean «fruto de la imaginación del autor», como suele decirse: las mujeres y los pobres de esta novela son reconstrucciones verosímiles a partir de materiales antropológicos, arqueológicos, económicos, literarios o sociológicos. El resultado de la reconstrucción puede considerarse ficticio. O no.

Sin embargo, en el otro extremo, en lo relativo a Samuel Nagrela y Salomón Gabirol, *La Alhambra de Salomón* pertenece al difícil género de las biografías noveladas. Y ello porque ambos personajes nos han dejado importantes cuerpos de poemas con muchas referencias autobiográficas que siempre he respetado.

Los poemas de Samuel Nagrela, con encabezamientos redactados por su hijo José, han sido editados en dos volúmenes, edición bilingüe, prologados y anotados por Ángel Saenz y Judit Targarona (Córdoba, ediciones El Almendro, 1988).

La poesía secular y la religiosa de Salomón Gabirol ha sido traducida, editada, introducida y anotada por la profesora María José Cano, también en dos volúmenes publicados por la editorial de la Universidad de Granada en 1987 y 1992. Para el primero de esos volúmenes, la profesora Cano realizó un impresionante estudio preliminar que abarca la biografía de Gabirol, una introducción a sus obras filosóficas, un estudio prosódico y otro literario de su obra poética secular. Publicado hace ya veinticinco años bajo el título *Poemas*, este libro es difícil de encontrar hoy, y debo agradecimiento a su autora porque me lo hizo llegar apenas supo de mi interés.

En ese volumen (página 133) puede encontrarse traducido y acotado el poema «Ven amigo…» que actúa casi como columna vertebral de esta novela. Sin embargo, la versión en lengua hispano-sefardí que he colocado en el pórtico está realizada por la poetisa israelí Marqalit Matitihau, a la que, por su especial atención, también debo agradecimiento.

3. En lo literario, *La Alhambra de Salomón* es tributaria de Felipe Romero, autor de *El mar de bronce*, novela que abarca el mismo periodo y los mismos personajes. Después de la muerte de su autor, esta novela fue editada por dos queridos amigos: José Vicente Pascual y Antonio Enrique, y publicada por Rocaeditorial en 2007.

Antonio Enrique es también el autor de *El tratado de La Alhambra hermética* (Granada, Port Royal, 2005), una lectura decisiva porque me enseñó a apreciar, entre otras muchas cosas, la composición alquímica de La Alhambra (capítulo 48 de esta novela), o que La Alhambra crece de la Tierra y se abre al Sol como una manzana (capítulo 52), o que los escudos en labor de ataurique, de color negro, verde, azul y ámbar se proyectan en la tradición cromática de los planetas: Saturno, Venus, Mercurio y Sol (capítulo 53)…

He de volver a citar a Antonio Enrique porque su obra *El laúd de los pacíficos* (Granada, Mirto, Academia de las Buenas Letras, 2008) es la mejor descripción de Córdoba que he leído nunca. En el capítulo 11 de *La Alhambra de Salomón* hay una descripción del *Maylis al Mulk* de Medina Azahara que proviene de este libro. Y en el capítulo 9 hay cuatro metáforas que también provienen de *El laúd de los pacíficos*. Son las siguientes: calles que se entrecruzan como lanzas, la plaza como una adarga donde estallan las espadas, cada casa del camino como un pecho blanco atravesado por los dardos y, la más bella, exacta y verosímil de las cuatro: Córdoba que mira con ojos fosforescentes de tigre en la oscuridad. Esa mirada nos persigue a los que hemos vivido Córdoba aunque nos escondamos en el centro de la tierra.

Han leído, corregido, adaptado y/o editado esta novela: Andrés Sopeña, Antonio Enrique, Antonio Manuel, Eduardo Díaz Lobón, Eva Mariscal, Isidro Toro, José Antonio Ruiz de Almodóvar, José Manuel García Marín, Miguel Pasquau, Nicolás Palma y Sixto Sánchez Lorenzo. Algunos de ellos han diseccionado la novela con bisturí y otros la han zarandeado con cañones, unos han usado el microscopio y otros la fotografía aérea, unos la historia verdadera, otros la literatura; unos han visto el *qué*, y otros el *cómo*; si por algunos de ellos fuera, capítulos enteros desaparecerían del texto publicado, si de otros dependiera capítulos que de hecho he suprimido reaparecerían. Todos son personas muy queridas que me han hecho sentir orgulloso no de lo que escribo, sino de lo que me ha sido dado escuchar sobre lo que escribo.

Granada, 21 de septiembre de 2012.
Garnata al Yahud, 5 de dhu’l-qa’da de 1433.
Gara Anat, Yom Kippur, día del perdón de 5713.
Paralelo 37,10’ norte; meridiano 3,35’ oeste,
equinoccio: la noche igual al día en todo el planeta.

Glosario

ADONAI: (Véase **YHVH**)

Al Ándalus: Unidad política heredera —no invasora— del reino godo de Toledo, de la Spania bizantina y de la Hispania romana. Sin embargo, una historiografía nacional-católica con mucho arraigo en el imaginario colectivo, quiere que los reinos cristianos del norte sean gérmenes de España y que **Al Ándalus** sea un cuerpo invasor que terminó por ser expulsado, ocho siglos después. Es justo al revés: a las alturas del siglo X, astures, cántabros y vascones llamaban *hispani* a los **andalusíes**, y estos, a su vez, llamaban '**eslavos**' (*saqaliba*) a los habitantes del norte de la península y del resto de Europa.

En cuanto al origen del nombre hay al menos cuatro hipótesis. Según la más extendida el nombre provendría del gentilicio 'vándalo', que designa a la tribu bárbara que cruzó Hispania y estableció un reino en África. Según esta primera versión Ándalus sería, para los africanos, la tierra desde la que llegaron los vándalos. Según una segunda hipótesis, el nombre provendría de un término germánico que significaría 'tierra por lotes'. Según una tercera hipótesis, no menos fiable que las dos anteriores, la palabra Ándalus provendría del hebreo Edén.

La cuarta y más verosímil hipótesis es que Ándalus proviene de Atlántida, el nombre que los griegos daban al extremo occidente. Anteo, Antalo, Intalo, Indalo… serían ramificaciones.

Anat: Diosa de la mitología cananea. Hija de El, patriarca del panteón, y de Ashera, diosa madre. Hermana y esposa de Baal, el señor del universo. A veces se identifica con Astarté o con Isthar/Ester, la diosa central del panteón mesopotámico. Su culto se extendió por todo el Oriente Medio: Fenicia, Siria, Chipre, Palestina, Egipto… Y, confundida o no con Astarté, aparece en todas las colonias fenicias del Mediterráneo. En las tablas de Ugarit, halladas en 1929, Anat es diosa de la fertilidad y también diosa de la guerra. En esta mitología Baal es un dios vencedor y vencido, destructor y destruido. Baal fecunda la tierra, pero cada año muere y baja a los dominios de Mot, la muerte. Para salir de allí necesita la ayuda de Anat/Astarté/Ishtar, su pareja, hermana y amante. Es Anat quien baja a los infiernos y lo rescata. Mot aparece así como el polo oscuro de los binomios muerte y vida, invierno y verano, nacimiento y muerte. Baal, en cambio, es el polo luminoso y el signo de vida, pero sólo si está unido con Anat.

En el Antiguo Egipto, el culto a **Anat** (Anatú) aparece en el periodo de los hicsos. Tuvo templos en Avaris, en Beth-Shan (Palestina) y en Menfis. Ramsés II hizo de

Anat su guardiana personal en las batallas y llamó a su hija (con quien luego se casaría) Bint-Anat, hija de Anat. En algún documento, los fenicios utilizan el nombre de Anat como sufijo para llamarse a sí mismos. En la Biblia parece detectarse un profundo trabajo de erradicación y de *erasio memoriae* de Asherá, por un lado y de Anat/Astarté, por otro. La alusión bíblica más clara está en Jueces 2,11-13 y Jueces 3,7: «Los israelitas ofendieron al Señor con su conducta: se olvidaron del Señor su Dios y dieron culto a Baal y Astarté». «Cuando Salomón era ya viejo, sus mujeres le inclinaron el corazón tras dioses ajenos y siguió a Astaret, diosa de los sidonios…» (1 Rey 11,5 y 5, 33) «Habló entonces Samuel a toda la casa de Israel, diciendo: "Si de todo vuestro corazón os volvéis a **YHVH**, quitad de entre vosotros los dioses ajenos y a Astarot, dedicad vuestro corazón a **YHVH** y servidle sólo a él, y él os librará de manos de los filisteos". Entonces los hijos de Israel quitaron a los Baales y a Astarot, y sirvieron sólo a **YHVH**» (1 Sam 7, 3-4).

alfaquí: Teólogo o jurista, suele designar al maestro de la escuela coránica.

alifato: Alfabeto.

aljama: Mezquita mayor.

Almanzor: Canciller de **Al Ándalus**, nacido en Turrux en torno al año 939. Muerto en Medinaceli a los sesenta y tres años de edad. **Hayib** de **Al Ándalus**. Su nombre completo es el siguiente: Abú Amir Muhammad ibn Abd-Allah, ibn Muhammad, ibn Abd-Allah, ibn Amir, ibn Abú Amir Muhammad, ibn al-Walid, ibn Yazid, ibn Abd al-Malik, al-Maafiri.

andalusí: Gentilicio de **Al Ándalus**. Es galicismo o germanismo traducirlo por 'andaluz'. La traducción correcta sería 'hispano', porque 'español' es adjetivo con extraña terminación que o bien es de origen provenzal o bien es la terminación del despectivo en la lengua romance hispano-andaluza que se hablaba en **Al Ándalus**. Pero si tradujéramos 'andalusí' por 'hispano' no se nos entendería, porque volveríamos a enfrentarnos con la falsa —y sin embargo extendida— ideología en virtud de la cual España fue invadida y se 'refugió' en Covadonga. Así que mejor dejar el término sin traducir.

amazigh: Véase bereber.

amma: Plebe, la más baja de las tres clases sociales de **Al Ándalus**. Alejada del modo de producción feudal, la economía de **Al Ándalus** produjo un enorme proletariado urbano, poco islamizado y menos arabizado. Dentro de la amma hay gentes de las tres religiones y de todas las etnias, y en su confrontación con las otras clases sociales se explica mucho mejor la historia de **Al Ándalus**. De otra manera, en **Al Ándalus**, sociedad abierta, lo importante no era tanto si musulmán, muladí, cristiano o judío, cuanto si rico o pobre. El binomio **moro**/**cristiano** es un

mal código de interpretación de la historia **andalusí**. Se introduce después y se introduce desde fuera.

árabe: El término en la actualidad es desbordante porque remite a una lengua semita, a un Estado (Arabia Saudí), a una nación (la nación árabe), a una región geopolítica (la Liga Árabe), a una raza, a una cultura e incluso a una religión (el Islam).

En lo relativo a **Al Ándalus** lo importante es subrayar que el adjetivo **árabe** sólo se puede predicar con propiedad del sustantivo **Al Ándalus** en lo lingüístico y en lo cultural-religioso, pero nunca en lo genético, racial o biológico. No hay ni hubo árabes en el sentido biológico del término en **Al Ándalus**. Hubo una lengua árabe en confrontación permanente con la lengua hispano-andaluza y hubo Islam, pero ese es otro concepto.

Es cierto que los musulmanes viejos, los primeros que se convierten al Islam, se autodenominan árabes, pero ahí la palabra no es lo contrario de cristiano o español, sino lo contrario de **muladí**, musulmán nuevo. Y es cierto también que no hay notable **andalusí** que se precie que no mande elaborar una genealogía que lo deje emparentado con el mismo Profeta o con sus allegados, pero ya sabemos que el parentesco más que biológico es político.

Sin embargo, es muy importante subrayar que cuando comienza la guerra civil (**fitná**) de 1009 los dos grandes partidos (**taifas**) enfrentados se denominan a sí mismos *taifa al barbariya* (partido de los **bereberes**) *ytaifa al-andalusíes* (partido de los andaluces o hispanos). Este último podía haberse denominado, pero no se denominó, partido de los **árabes**. Los autónimos son importantes.

Árak: Árbol de Persia del que se extraen unos palillos de color canela, de un palmo de longitud y del grosor de un dedo, que se usan para la higiene bucal por su gran contenido en agentes antisépticos y calmantes de las encías. En su lecho de muerte, el Profeta pidió a su esposa que se lo proporcionara antes de su última oración, convirtiéndose así en un elemento litúrgico que llegó a ser sunna.

arriano: Cristiano seguidor de las doctrinas del obispo Arrio. Por extensión, incluyendo a donatistas y priscilianistas, es adjetivo que designa a quien niega el dogma de la Trinidad, la divinidad de Jesús y, por lo tanto, del Espíritu Santo.

asr: Oración de la tarde.

bereber: El término remite tanto a una etnia o raza como a una lengua o familia de ellas.

Desde el punto de vista lingüístico, la **bereber** es una rama de la familia afroasiática y su nombre deriva del apelativo latino ‘barbarus’. El autónimo para la principal de las tribus **bereberes** es **amazigh**. El guanche de las Islas Canarias también retiene elementos de la misma escritura.

En cuanto raza, la **bereber** deja su huella genética por los actuales Estados de

Argelia, Egipto, Libia, Mali, Marruecos, Mauritania, Níger, Nigeria y Túnez. Se extiende también al archipiélago canario y su marca genética disminuye considerablemente al pasar el Estrecho de Gibraltar, para reaparecer con fuerza al norte del Duero. Según recientes estudios de genética de las poblaciones, los granadinos tienen un 2% de **sangrebereber**, mientras los gallegos tienen un 21%. Esto es una sorprendente confirmación de las tesis de Ignacio Olagüe y otros autores que señalan que el término no procede de ‘barbarus’, sino de ‘beriber’, esto es ‘ibero del sur’. Alexandre Eleazar entre ellos, autor del enciclopédico (e inencontrable) libro *Los bere*, esto es los íberos, citado por Antonio Enrique en *El canon heterodoxo*.

berit milá: Circuncisión.

cadí: Juez, quien ejerce la potestad jurisdiccional de conformidad con la ley islámica (sharía).

caíd: Alcaide o alcalde, gobernador militar de las coras o de las provincias fronterizas.

califa: Del árabe *jalifa*, ‘representante’. No debe traducirse por ‘rey’ o ‘emperador’, porque tiene una dimensión muy religiosa. En este sentido, sería un término parecido al de ‘papa’ de los cristianos, si no fuera porque quiere decir representante de Allah y no sucesor del Profeta. Según el Corán, el primer califa fue Adán: «Voy a poner un califa en la tierra». Por lo tanto, sólo puede haber un califa, aunque a lo largo de la historia han coexistido varios o ninguno. En orden histórico, primero están los cuatro Califas Ortodoxos, amigos de Muhammad y elegidos por la comunidad. Es el único califato reconocido por sunníes y chiíes. Después vendrían el califato omeya de Damasco (661-756) y el califato abbasí (756-1258), con capitales en Kufa (756-762), Bagdad (762-1258) y El Cairo (1258-1517). En cuarto lugar, el califato fatimí (909-1171), de orientación chií y con capitales en Qairuán (909-973) y El Cairo (973-1171). El califato otomano (1517-1924), de orientación sunní y con capitales en Edirne y Estambul (1453-1924). Y no en último lugar, el califato omeya de Córdoba (929-1031). He aquí la relación de sus emires y, desde 929, califas.

755-788 Abderramán I
788-796 Hixam I
796-822 Alhakam I
822-852 Abderramán II
852-886 Muhammad I
886-888 Almundir
888-912 Abdalá
912-961 Abderramán III, primer califa, desde 929
961-976 Alhakam II

976-1009, más 1010-1013 Hixam II
1009, más 1009-1010 Muhammad II, llamado El Mahdí
1009, más 1013-1016 Solimán Omeya
1016-1018 Alí Hamud (bereber)
1018 Abderramán IV
1018-21, más 1023 Casim (bereber)
1021-23, más 1025-1027 Yahyá I
1023-24 Abderramán V
1024-25 Hixam III
1025-31 Hixam IV

chiíes: Corriente del Islam, a la que pertenecen los fatimíes e ismaelitas que, a diferencia de los sunníes, permite una interpretación no literal del Libro.

codo piramidal: Unidad de medida utilizada por los sacerdotes egipcios en la construcción de las pirámides. Equivaldría a 63,6 centímetros aproximadamente, es decir, la diezmillonésima parte del radio de la Tierra.

cora: Provincia. **Al Ándalus** se dividía en tres regiones: Algarbe, Central y Levante y en 37 coras, que a partir del siglo XI se convierten en **taifas** o reinos.

devir: Véase **Templo de Salomón**.

distrito: Véase **cora**.

divina proporción: Véase **proporción áurea**.

Edén: Según la tradición y según antiguos estudios lingüísticos, las consonantes de esta palabra ‘d’ y ‘n’ invertidas dan lugar al término ‘and’ y de ahí **Ándalus** y Andalucía. Los autores que sostienen esta etimología ubican el Edén bíblico entre los ríos Genil y Guadalquivir, defienden que el gentilicio ‘hebreo’ proviene de ‘ibero’ y sostienen también que la expulsión del paraíso, narrada en la Biblia, coincidiría en tiempo histórico con una invasión tartesia del territorio mesopotámico andaluz.

efod: Una de las vestiduras sacerdotales descritas en la **Torá**. Según Flavio Josefo era una túnica corta; dejaba sobre el estómago una abertura como de cuatro dedos en cuadro, cubierta por el **hosen**. Filón lo compara con una coraza y san Jerónimo con el vestido llamado caracalla. En el capítulo 28 del Éxodo, Dios manda a Moisés que lo hagan «de oro, de púrpura violeta y escarlata, de carmesí y lino fino reforzado, todo esto trabajado artísticamente. Llevará aplicadas dos hombreras, y así quedará unido por sus dos extremos. El cinturón para ajustarlo formará una sola pieza con él y estará confeccionado de la misma forma: será de oro, de púrpura violeta y escarlata, de carmesí y de lino fino reforzado».

Elibirge: Veáse **Ilíberis**.

Elvira: Veáse **Ilíberis**.

emir: En sentido amplio, caudillo o líder, en traducción habitual príncipe o rey.

emirato: Ámbito espacial o temporal de jurisdicción o soberanía de un **emir**.

eslavo (saqaliba): Gentilicio que designa en general a todos los pueblos del norte, excluidos godos y romanos. El término no designa tanto a un oficio o a una condición de cortesano o eunuco, cuanto a una raza o conjunto de ellas. Para los andalusíes, eslavos eran los europeos, incluidos vascones, cántabros y astures, ya libres, ya esclavos, ya creyentes, ya infieles (cafres). Los textos andalusíes del siglo X unifican, en alguna medida, a los africanos (**moros**) con los norteños (**eslavos**). Esta común percepción antropológica podría deberse al hecho de que **moros** y **eslavos** eran los dos principales componentes de los cuerpos mercenarios contratados por Almanzor. Pero, por otra parte y según muestran algunos estudios contemporáneos basados en el análisis del ADN mitocondrial, la huella genética bereber que va desapareciendo al cruzar el Estrecho reaparece en las poblaciones de la cornisa cantábrica: gallegos, astures, cántabros y vascones. A diferencia de los **andalusíes**, estos pueblos no fueron romanizados ni dependieron del reino godo de Toledo, lo cual unido al factor geográfico y al escaso recambio genético habría mantenido la distancia con respecto a la población de los actuales Estados de España y Portugal, es decir de **Al Ándalus**.

espagírica: Técnicas médicas y cosméticas vinculadas a la alquimia o arte de depurar los metales. Como adjetivo designa también a los fármacos de este género y a quien cultiva estas artes. En la actualidad, se usa a veces el término ‘espagiria’.

espagirista: Quien cultiva la espagírica.

fatiha: Exordio del Corán. Su primera frase dice: bismillaahirrahhmaanirrahhiym. *Bismilá alrahman alrahim* (En el nombre de Dios, el Clemente o el Perdonador, el Misericordioso o Compasivo). La primera letra de esta frase es la Ba (ب), que tiene un punto debajo de ella. A partir de este punto, la tradición intentó construir un sistema cabalístico de lingüística matemática.

fatwa: Dictamen teológico pronunciado por un **ulema**.

fitna: El término árabe فتنة puede traducirse por sedición, división o enfrentamiento dentro de la comunidad musulmana. Históricamente define, entre otros, el período de veinte años entre 1009 y 1031 en que se descompone el califato de Córdoba, y suele traducirse por guerra civil. La traducción es correcta sólo si los términos nación e Islam se consideran sinónimos. Si sostenemos el concepto de «la nación de los musulmanes» entonces la guerra de 1009 fue civil (no internacional) porque los dos bandos eran musulmanes. Ahora bien, la traducción es incorrecta si atribuimos a **Al Ándalus** el carácter de nación, porque entonces el conflicto de

1009 nos aparece como un conflicto entre dos naciones: la bereber de un lado y la andalusí de otro.

gara: En lengua turdetana (prerrománica y presemita) puede significar piedra, cuerno, columna, pilar… Unido al nombre de la diosa **Anat** dio lugar al toponímico Gara-Anat, después Garnata y, por fin, Granada.

Guemara: Véase **Talmud**.

halal: Lo permitido, lo puro, lo contrario de **harén**.

harén: El término designa al menos cuatro cosas:

a. El conjunto de mujeres (esposas, concubinas y esclavas) que rodeaban a un personaje importante.
b. Las dependencias palaciegas en las que estas mujeres residían.
c. Lo privado, la casa particular del rey o califa, donde no entra lo público.
d. Lo contrario de **halal**. Si **halal** es lo permitido, **harem** en árabe significa lo que es tabú.

En el primer sentido del término, el harén de Córdoba estaba compuesto por unas cinco mil personas sumando a los eunucos encargados de la custodia y a los niños. Es probable que la crónica exagere, pero lo cierto es que no podemos imaginar el harén como una simple sala de baño, sino como una pequeña ciudad, llena de niños y hombres, atravesada por relaciones de poder.
Por lo que se lee en las memorias de Abdalá, en cuanto **harén**, la Casa del Gallo de los Vientos fue también un laberinto de intrigas cortesanas y allí se fraguó en buena parte la conjura de Yadair.

Hashem: El Nombre, una de las formas de referirse a **YHVH**.

hayib: Cargo político destacado en las cortes musulmanas. De manera literal significaría ‘el oculto’. Puede traducirse por primer ministro o canciller, sin embargo, todos estos nombres remiten a lo público en la mentalidad contemporánea. Es por esto por lo que, puestos a traducir, se prefiere la expresión ‘camarlengo’. En nuestros días, sólo la corte vaticana ha conservado esta denominación que remite a lo tapado o íntimo.

Heijal: Véase **Templo de Salomón**.

hosen: Pectoral que se colocaba sobre el **efod** en las vestiduras del Sumo Sacerdote. Era una especie de bolsa donde se guardaban dos tablillas y que estaba recubierta por doce piedras preciosas. En Éxodo 28 se describe así: «El pectoral para impartir justicia lo bordarás artísticamente con oro, púrpura, carmesí, escarlata y lino fino, como hiciste con el **efod**. Será doble y cuadrado, de veinte centímetros de largo por veinte de ancho. Engarzarás en él cuatro hileras de piedras preciosas.

En la primera pondrás un rubí, un crisólito y una esmeralda; en la segunda una turquesa, un zafiro y un jade; en la tercera un jacinto, un ágata y una amatista, y en la cuarta un topacio, un ónice y un jaspe. Engárzalas en filigrana de oro. Deben ser doce piedras, una por cada uno de los doce hijos de Israel. Cada una de las piedras llevará grabada como un sello el nombre de una de las doce tribus».

Ifriquiya: En esta época, Ifriquiya no es tanto la antigua África bizantina, sino el reino de fronteras difusas donde habitaban las tribus de los **amazigh** o **bereberes**, los hombres libres del desierto. Abarcaría buena parte de los territorios de los actuales estados de Marruecos, Argelia, Túnez y Libia.

Illíberis: Véase **Elvira**.

imán (o imam): El que dirige a la comunidad en oración y pronuncia la *jutba* u oración del viernes.

IHVH: Véase **YHVH**.

invasión árabe: Véase **Reconquista**.

Ísm: Véase **laqab**.

jassa: Aristocracia o nobleza **andalusí**. No se corresponde con una raza o religión. Es cierto que la mayoría de las familias de la **jassa** son musulmanes viejos (autodenominados **árabes**), pero hay nobleza **muladí**, nobleza judía y nobleza **eslava**.

jazan: Cantor de sinagoga.

jeque (shaiq): Notable, jefe de familia o clan, o simple tratamiento de respeto.

jeshivá: Academia rabínica.

jund: Tribu, según la antigua organización de Damasco. Era también la organización militar de los andalusíes hasta la reforma del ejército por Almanzor.

jupá: Una suerte de tienda que se coloca en las bodas judías a modo de palio nupcial. Según el **Zohar** y la tradición cabalística, antes de bajar al mundo los dos contrayentes eran una misma alma. Al bajar, cada mitad del alma se reviste en cuerpo de hombre y cuerpo de mujer. Cuando llegan a la edad adulta se buscan hasta reencontrarse y **Hashem** los une bajo la **jupá**.

kahina: Vidente o adivina.

Kahina: reina legendaria de los bereberes que resistió la invasión islámica en el siglo VII. Era de religión judía.

ketuvá: Documento que contiene las capitulaciones matrimoniales. Se lee por el oficiante en la boda judía y se firma por los contrayentes y por dos testigos cualificados.

kisk: Gacha de cebada a la que se le añadía mucha leche y se dejaba secar al sol de las terrazas.

kunya: Véase **laqab**.

laqab: En la onomástica árabe clásica es el apodo o sobrenombre. A veces, puede traducirse por ‘título’, en el sentido nobiliario del término. Muy parecido es el significado del término **kunya** (de donde proviene ‘alcurnia’), que se forma con la partícula de filiación (a)bu, ‘padre [de]’, seguida del nombre propio del primer hijo varón. Para las mujeres la partícula es **umm(u)**, ‘madre [de]’. Después está el **ism**, nombre que corresponde a una persona y precede a los indicadores de familia. Puede ser simple como Muhammad o Ali, o compuesto con abd (esclavo de), seguido de uno de los 99 nombres de Dios: Abd Allah (Esclavo de Dios), Abd an-Nasir (Esclavo del Victorioso), Abd al-Rahman (Esclavo del Clemente). Del nombre árabe clásico también forma parte el **nasab** o patronímico, indica la idea de filiación que, de no abreviarse, puede llegar, en caso de conocerse, al antepasado más remoto. Formado por la unión del nombre del hijo con la partícula de filiación ibn/ben (bin), hijo [de], más el nombre del padre/abuelo/bisabuelo/tatarabuelo etcétera. Finalmente la **nisba**, que son uno o más adjetivos que indican tribu, nación u origen. Así al-Garnatí (de Granada), al Sebtí (de Ceuta) o al Balansí (de Valencia).

madira o *taraid*: Preparación de la carne en leche agria.

mar de bronce: Fuente de abluciones del **Templo de Salomón** descrita en la Biblia (I Reyes IV,7) como una gran plataforma de bronce y estaño que se apoyaba sobre «doce bueyes, de los cuales tres miraban al norte, tres al poniente, tres al mediodía y tres al naciente».

mawda: Aperturas en las bóvedas de los baños. Suelen tener la forma de pequeñas estrellas y sirven para regular la iluminación y la temperatura del interior.

mezé: Plato propio de la cocina andalusí que consiste en un surtido de empanadillas, **tarama** y otros entremeses.

mimbar: En las mezquitas, púlpito desde el que el **imam** se dirige a la comunidad de los musulmanes.

Mishná: Véase **Talmud**.

mohel: El judío piadoso, observante e instruido, mezcla de sacerdote y cirujano, que practica la circuncisión.

moro: En el siglo XI, gentilicio con el que los **andalusíes** o hispanos designaban a los **bereberes**. Proviene del adjetivo latino *maurus* que designa lo oscuro o negro. Mauritania es así la tierra de los moros. A partir del siglo XII se utilizó por los

pueblos del norte como término amplio que designaba por contraposición a cristiano no sólo a una raza, sino también a la cultura islámica en general, incluida la **andalusí**. Pero el término moro no fue jamás el autónimo de los andalusíes o hispanos. Es por esto por lo que hablar de la «España mora» o llamar moros a los califas de Córdoba o a los reyes de Granada sólo es posible desde un lenguaje impreciso que induce a error o indica mala intención.

muecín (o almuecín): El que llama a la oración desde el alminar. El canto del muecín es uno de los signos más distintivos del Islam como, por contra, la campana lo es de la Iglesia.

muladí: Cristiano o judío recién converso al Islam.

nagid: Príncipe de los judíos, en sentido político y, al mismo tiempo, religioso. Samuel Nagrela fue el primer andalusí que tuvo la condición de nagid. Consiguió que lo heredara su hijo José. Después lo tuvo Nayyat el lucentino, pero pasó siglo y medio hasta que lo detentara un cuarto andalusí: Maimónides.

nasab: Véase **laqab**.

nisba: Véase **laqab**.

nombre árabe: Véase **laqab**.

número fi: Véase **proporción áurea**.

nuquel: Término de la lengua hispano-andaluza que designaba a los platos pequeños de comida. Las tapas, diríamos hoy.

onomástica árabe: Véase **laqab**.

politeístas: La acusación principal de los andalusíes —no sólo de los musulmanes, sino también de los cristianos unitarios o **arrianos**— hacia la religión del norte es la de politeísmo, por creer que Dios es Uno y Trino. Para comprender **Al Ándalus** hay que entender el conflicto entre **arrianos** (cristianos unitarios que negaban la divinidad de Jesús y del Espíritu Santo) y **trinitarios** (defensores del dogma de la Santísima Trinidad). Este binomio es mucho más explicativo que el que forman la supuesta invasión de los árabes y la patraña de la **Reconquista**. En el 711 ni se perdió España, ni hubo ningún «desembarco de Normandía»: hubo una guerra civil entre **arrianos** y **trinitarios**. Después, a lo largo de los siglos, hubo un proceso de arabización cultural y de islamización religiosa de la sociedad. Téngase en cuenta que en la época de Almanzor sólo el 50% de la población era musulmana. La pregunta es qué religión practicaba el otro 50% de la población. La respuesta probable es que se trataba de una suerte de cristianismo con elementos priscilianistas, arrianos y donatistas, en proceso de fusión con el Islam cuya afirmación central es que Dios es uno: *Allah wahid*.

proporción áurea: La definición de Euclides es la siguiente: «Se dice que una línea

recta está dividida entre el extremo y su proporcional cuando la línea entera es al segmento mayor como el mayor es al menor». Rectángulo áureo sería en consecuencia aquel cuyo lado más corto es al más largo lo que este a la suma de ambos. Y número áureo el que expresa el valor de esa proporción. Se trata de un número algebraico irracional, decimal infinito y no periódico: 1,6180339…

El número áureo y la sección áurea están presentes en todos los objetos geométricos en los que haya simetría pentagonal. Así, en el pentágono interior a una estrella de cinco puntas es posible dibujar una nueva estrella, con una recursividad hasta el infinito. Del mismo modo, es posible dibujar un pentágono por el exterior, que sería a su vez el pentágono interior de una estrella más grande. Parece que no es posible encontrar un pentágono áureo en el mundo inorgánico. En cambio es bastante frecuente en el mundo vegetal (los granos de una manzana, la espiral de una piña…) y en el animal (la concha de un caracol…)

En arquitectura obedecen a la proporción áurea, entre muchos edificios, el Partenón y el Salón de Comares de La Alhambra.

proporción cordobesa: La que se obtiene al dividir el radio de la circunferencia que circunscribe a un octógono regular por el lado de este. Rectángulo cordobés es aquel en el que la base dividida por la altura da el número irracional 1,306562964…, denominado también número cordobés. Encontrada en 1951 por el arquitecto Rafael de la Hoz, es la proporción del mihrab de la Mezquita de Córdoba, de sus arcadas y, según investigaciones en curso, de numerosos edificios más allá de los límites del Califato.

qaba: Traje femenino de danza, largo y ligero, normalmente de colores vistosos y que se abotonaba desde el cuello hasta los pies.

quibla: Cálculo geométrico de la línea imaginaria que une cualquier punto de la superficie del planeta con la piedra negra de La Meca. Por extensión, muro principal de la mezquita que debe estar «enquiblado» y en cuyo centro se sitúa el **mihrab**.

rauda: Cementerio.

reconquista: Leyenda en virtud de la cual un ejército árabe (sic) desembarca en Gibraltar, derrota a don Rodrigo, ocupa España (sic) y deja a los españoles aislados en Asturias. Con Pelayo a la cabeza, los españoles (sic) ganan la batalla de Covadonga e inician el más largo proyecto político de la historia de la humanidad que culmina ocho siglos después (!) con la conquista de Granada.

La leyenda es falsa, pero esta dialéctica conquista/reconquista satisface tanto al nacional-catolicismo español cuanto al islamismo radical contemporáneo, que la modifica por reconquista/requeteconquista.

romance o aljamía: Lengua hispana derivada del latín, con fuertes influencias del árabe coránico. Se transcribía en los caracteres del **alifato**. Se hablaba en toda la

península con excepción de las comarcas euscaldunas del norte. Según fundamentada hipótesis, los habitantes de Qastilia o **Castilia** (**cora** de Elvira) la llevaron en repoblación a la Bardulia, (actual provincia de Burgos), donde pudo dar origen al castellano que hoy hablamos.

rummiyya: Cristiana.

sanctasanctórum: Véase **Templo de Salomón**.

sawiq: Comida preparada con cebada tostada, triturada y mezclada con dátiles y azúcar.

Sefarad: Nombre hebreo de Hispania, procedente del griego Hespérides (veasé **sefardí**).

sefardí: Gentilicio de **Sefarad**, y en la actualidad judío de origen hispano. Aunque el término se usa en la era andalusí, su verdadera expansión sólo tiene lugar a partir del siglo XII. Es anacronismo, por ello, hablar de los poetas sefardíes del siglo XI. Sefardí no es la denominación que se darían a sí mismos Nagrela o Gabirol.

sheva brajot: Las siete bendiciones recitadas hacia el final de la ceremonia de casamiento judío, al beber la segunda copa de vino, que es la primera que los novios toman como esposos. Se dicen en la sinagoga bajo la **jupá**. Por lo general son recitadas por el rabino o cantadas por el **jazán**, aunque en algunas comunidades se pide a siete familiares que reciten una cada uno, pasándose la copa de vino. En otras comunidades, toda la congregación canta las bendiciones a viva voz y en otras se añaden siete cenas posteriores a la boda.

shofar (plural shofarots): Trompeta fabricada bien con el cuerno recto de una cabra salvaje y boquilla de oro (2 Crónicas 5:12), o bien con el cuerno curvo de un carnero y boquilla de plata. Se usa para anunciar el Año Nuevo, el novilunio y las fiestas solemnes (Números 10,11). También se toca por las orquestas como acompañamientos en las Alabanzas (Salmos 98:6). Era llevada a la guerra para indicar el inicio de la batalla. Según la Biblia, las tropas de Josué derribaron las murallas de Jericó haciendo sonar los shofarots. Los judíos creen que cuando suena el shofar se conmueven los mundos espiritual y natural.

sinhaya: Confederación de tribus **bereberes**, también llamada Lamtuma. Sinhaya es también el autónimo étnico con el que se designaron los **ziríes** y, más tarde, los almorávides.

Spania: Provincia del imperio romano de oriente o nombre bizantino de Hispania. Con discusiones entre los historiadores, su extensión sería la de todas las tierras situadas al sur de una línea imaginaria que uniese Valencia con el cabo de San Vicente. A los setenta y cinco años de caer el Imperio romano de Occidente, veinticuatro ciudades de la Bética y la Cartaginense recibieron con alborozo la

llegada de un pequeño ejército enviado por Justiniano, emperador romano de Oriente. Volvía Roma que, en realidad, nunca se había ido. El comercio prosperó. Los jóvenes ricos viajaron a Constantinopla para estudiar. Vinieron aquí funcionarios y soldados bizantinos. En el siglo VII de la era cristiana, las ciudades bizantinas fueron cayendo una a una en manos de los visigodos. Comenzó entonces el peor siglo de los judíos de Sefarad antes de la expulsión.

Sulayr: Sierra Nevada.

sunníes: Corriente religiosa hegemónica en el Islam actual y a la que pertenecían tanto los **omeyas** como los **ziríes**. A diferencia de los **chiíes**, los **sunníes** hacen una interpretación literal del Libro.

sudanés: Gentilicio que en la época designaba en general a todos los pueblos subsaharianos de raza negra. No debe limitarse a los ciudadanos de los actuales estados de Sudán.

Talmud: Obra que recoge las discusiones rabínicas sobre leyes, tradiciones, costumbres, leyendas e historias. Pertenece a la tradición oral y está dividido en dos partes: la Mishná, que consiste en una serie de comentarios de la ***Torá***, versículo a versículo, y la Guemara, que son los ejemplos para la mejor comprensión.

Tanaj: Conjunto de los veinticuatro libros de la Biblia hebrea. Junto a otros libros, constituye el llamado por los cristianos *Antiguo Testamento*.

tarama: Pasta de huevas de pescado secas, con miga de pan, cebolla cruda y aliño de limón y aceite.

tawhid: Palabra que designa el sentido que tiene el musulmán de la unidad y unicidad de su Dios. Tiene un trasfondo radical: sólo Allah es relevante, y lo que no es Él es una quimera fugaz. Viene de la *palabrawahid*, que significa uno, y así se dice: *Alá Wahid*, Dios (es) Uno. En la historia de Bizancio, del reino godo de Toledo y de Al Ándalus es muy relevante la coincidencia de esta idea de la unidad de Dios, con el pensamiento **arriano** y su consiguiente enfrentamiento con el **trinitario** (Dios es Uno y Trino).

Templo de Salomón: En la explanada del monte Moriá, en la ciudad de Jerusalén, donde hoy están la Cúpula de la Roca y la mezquita de Al-Aqsa, el rey David construyó un ara y Salomón un templo que fue destruido en el 552 a. C. por Nabucodonosor II, erigido de nuevo por los asmoneos y destruido otra vez por Tito en el año 70.

Según la descripción de la Biblia, era un edificio largo y estrecho, orientado sobre un eje longitudinal este-oeste. Los sacerdotes y el rey entraban en el Templo a través de una gran puerta chapada en oro. Tras de esa puerta se encontraba el vestíbulo de entrada, el **ulam**. Después la estancia llamada **heijal** o Santo, cuyas

paredes se cubrieron con láminas de cedro, traídas de las montañas del Líbano. La tercera cámara, el **deviro** Santo de los Santos (sanctasanctórum), se encontraba en la parte trasera, a un nivel más alto que el **heijal**, y sólo podía accederse a él subiendo por una escalera. Ahí se colocó el Arca de la Alianza y en su centro emergía la cumbre de la colina, la Roca sobre la que **YHVH** creó el mundo.

Torá: En sentido restringido, los cinco primeros libros de la Biblia, a los que los cristianos llaman Pentateuco, es decir, Génesis o Bereshit, Éxodo o Shemot, Levítico o Vayikrá, Números o Bemidbar y Deuteronomio o Devarim. En sentido amplio, Torá significa enseñanza o instrucción y designa la totalidad de la revelación al pueblo de Israel que, a su vez, es considerada como La Ley.

trinitarios: Cristianos seguidores del dogma establecido en el concilio de Nicea en virtud del cual Dios es uno y trino (Padre, Hijo y Espíritu Santo).

ulam: Véase **Templo de Salomón**.

ulema: Doctor en derecho islámico.

umm: Madre. Véase también **laqab**.

viruela: Enfermedad que durante quince siglos asoló a la humanidad. En Al Ándalus cuatro de cada diez niños enfermos de viruela morían. Algunas comunidades de Al Ándalus ni siquiera daban nombre a los niños hasta que no sobrevivían a la enfermedad.

Hay una leyenda coránica sobre su origen: hacia el año 570, un príncipe cristiano de Yemen, de nombre Abraham, construyó un templo fastuoso porque quería hacer de la ciudad de Sannaá, donde residía, un lugar de peregrinación a semejanza de la que se hacía a La Meca. Celosos de esta ocurrencia, los custodios de la Kaaba, los quraysíes —tribu de la que nacería aquel mismo año el Profeta —, enviaron a Sannaá a un agente que impidió la consagración e inauguración del templo manchándolo de impurezas indelebles. Para vengar esa profanación, Abraham se puso al frente de sus tropas, con su elefante blanco, y se dirigió a sitiar La Meca. Pero, al acercarse, Dios le envió la maldición de unos pájaros negros llamados ababil. Cada uno de ellos llevaba en su pico y en sus garras tres pequeñas piedras del grosor de una lenteja. Las dejaron caer sobre los soldados y taladraron los cascos y las corazas. Los alcanzados vieron sus cuerpos cubiertos de pústulas y emprendieron la huida. Pronto los caminos y las riberas estuvieron cubiertas de cadáveres. Al mismo tiempo, el cielo vertía torrentes de lluvia que arrastraban a los muertos y a los moribundos. Abraham fue golpeado por estas piedras terribles y de sus heridas fluyó el pus, mezclado con sangre. Su suplicio se prolongó hasta que hubo llegado a Sannaá, donde sucumbió al fin a sus dolores. Los mequineses vieron en esta derrota una venganza del cielo, y se hace alusión a ella en la azora 105 del Corán, llamada El Elefante:

¿No has visto como obró tu Señor con los del Elefante?
¿Acaso no desbarató sus artimañas
y envió contra ellos a los pájaros ababil
que arrojaron contra ellos piedras de arcilla
y les dejaron como cereal verde comido?

yihad: La traducción habitual de ‘guerra santa’ no recoge la amplitud del término. El yihad es el esfuerzo. Puede significar desde la resistencia contra las pasiones interiores, hasta el deber de los musulmanes de extender el Islam. Puede tener connotación militar y puede considerarse o no, según las corrientes, como uno de los mandamientos del Islam.

Yahvé: Véase **YHVH**.

YHVH: Son las cuatro consonantes que indican el nombre inefable de Dios. Para el judaísmo, el tetragrámaton **IHVH** es impronunciable y aunque se supiese el modo correcto de pronunciarlo estaría prohibida su pronunciación. Es por esta prohibición por lo que el judío que reza o estudia la **Torá** sustituye el tetragrámaton por el término **Adonai** (mi señor). En otras ocasiones **IHVH** se cambia por **Hashem** (el nombre). Al judaísmo ortodoxo le repugna la pronunciación del tetragrámaton como **Jehová** o **Yahvé**, nombres que surgen al intercalar a Y-H-V-H las vocales de la palabra **Adonai**.

Yom kippur: Día del perdón. El quinto después del año nuevo del calendario hebreo.

zenete (con más frecuencia se transcribe zanata): Tribu bereber de la confederación Sinhaya. Por antonomasia, este gentilicio dio lugar en la lengua hispana a la palabra ‘jinete’.

ziríes: Clan de los Sinhaya, que da lugar a tres dinastías en Ifriquiya, en el Magreb central y en Al Ándalus (Granada y Málaga). He aquí la relación de sus príncipes en Al Ándalus:

Manad (m. 945±).
Ziri Manad (m. 971).
Zawi ibn Ziri (958-1019). Emir de Elvira o rey de Granada, 1013-1019
Habus ibn Maksán (981-1038) Rey de Granada de 1019 a 1038
Badis ibn Habús (1001-1071) Rey de Granada de 1038 a 1071
Abdalá (1051-1125) Rey de Granada de 1071 a 1090
Tamim (1050-1095) Rey de Málaga de 1071 a 1090.

Zohar o Esplendor: Conjunto de libros que incluye comentarios sobre los aspectos místicos de la ***Torá***. Contiene también una discusión sobre la naturaleza de Dios, sobre el origen y estructura del universo, la naturaleza de las almas, la redención,

y también materiales de teología teosófica, cosmogonía mística y psicología mística. Es la obra fundacional del pensamiento místico judío conocido como cábala. Su interpretación de las Escrituras puede ser considerada como una forma esotérica de la **Mishná**. Su autor es Moisés de León, pero este y los propios cabalistas atribuyen su autoría a Simón bar Yojai en el siglo II de la era común.



JOSÉ LUIS SERRANO MORENO (Granada, 1960) es catedrático de Filosofía del Derecho y autor de numerosas monografías y artículos en los campos de la teoría general del derecho y del estado, del derecho ambiental y de la ecología política. Ha sido columnista de *La Opinión de Granada*. Y es autor de novela negra: *Al amparo de la ginebra* (2000), *Febrero todavía* (2001) y de novela histórica *Zawi* (2006). En 2009 publicó *Brooklyn Babilonia*. *La Alhambra de Salomón* es su quinta novela.

Notas

[1] Como en la actualidad dividimos las horas en sesenta minutos, la anotación de Samuel corresponde a las tres horas y 56 minutos del día 11 del mes de tishri. Pero debe tenerse en cuenta que el día judío comienza con la puesta de sol, por tanto debían de ser en torno a las 23 horas del lunes 15 de septiembre de 1035 del calendario juliano. Bajo el signo de Virgo. (*Nota del autor*) <<